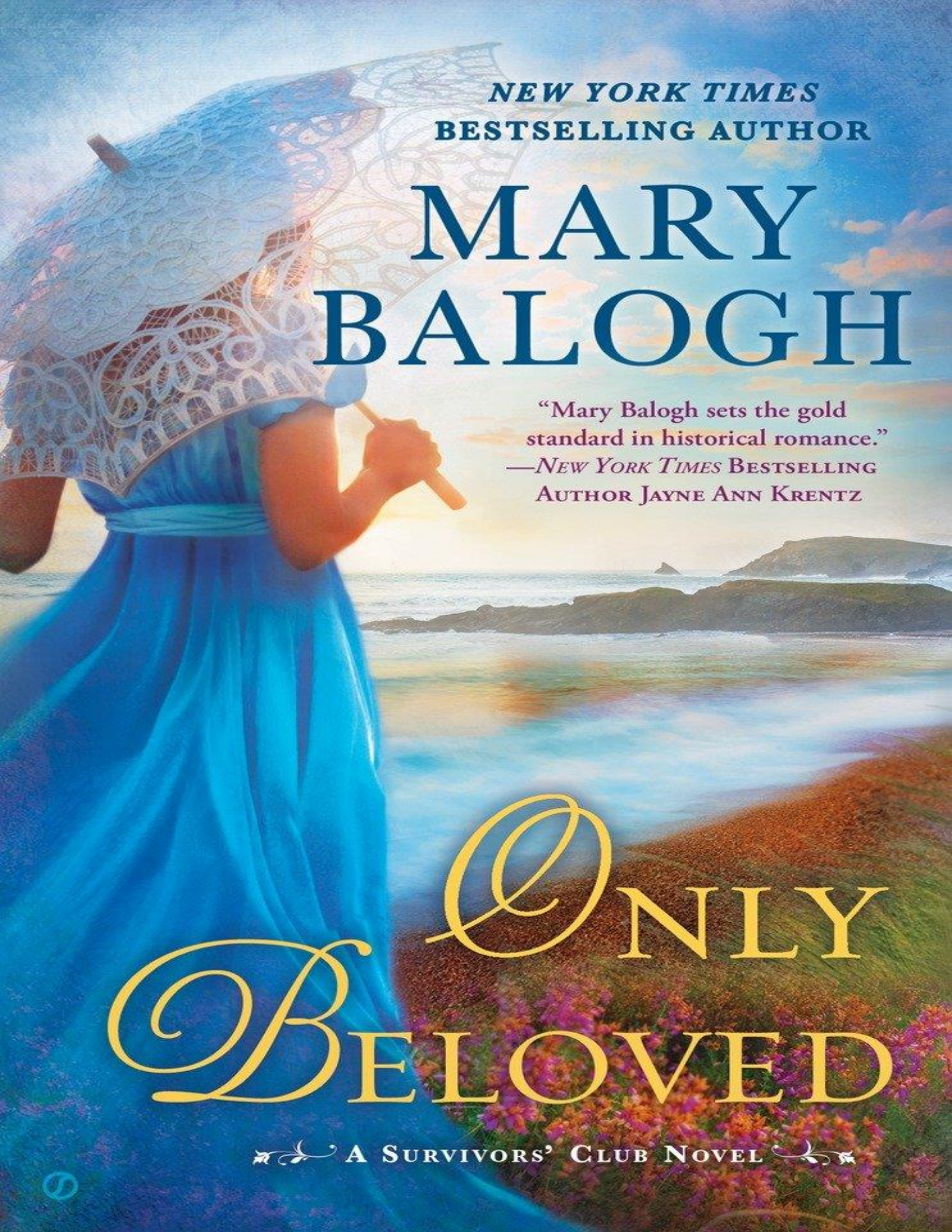
NEW YORK TIMES
BESTSELLING AUTHOR
MARY
BALOGH
"Mary Balogh sets the gold standard in historical romance."
—New York Times Bestselling Author Jayne Ann Krentz
Only
Beloved
A Survivors' Club Novel

ONLY BELOVED

A SURVIVORS' CLUB NOVEL

Mary Balogh

SOLO AMADO

EL CLUB DE LOS SUPERVIVIENTES, 07

CONTENIDO

RESUMEN 4
CAPÍTULO 01 6
CAPÍTULO 02 13
CAPÍTULO 03 22
CAPÍTULO 04 30
CAPÍTULO 05 38
CAPÍTULO 06 47
CAPÍTULO 07 54
CAPÍTULO 08 61
CAPÍTULO 09 70
CAPÍTULO 10 78
CAPÍTULO 11 90
CAPÍTULO 12 99
CAPÍTULO 13 109
CAPÍTULO 14 119
CAPÍTULO 15 127
CAPÍTULO 16 137
CAPÍTULO 17 146
CAPÍTULO 18 155
CAPÍTULO 19 164
CAPÍTULO 20 173
CAPÍTULO 21 182
CAPÍTULO 22 190
CAPÍTULO 23 198
EPÍLOGO 201

RESUMEN

Desde el legendario *New York Times* reconocida autora de *Sólo un beso* y *Una promesa* viene el libro final del Club de los Supervivientes entusiasta serie con el futuro de un hombre se encuentra en el corazón de un amor perdido, pero nunca olvidado**...**

Para él, por primera vez desde la muerte de su esposa, el duque de Stanbrook está considerando volver a casarse y finalmente aceptar la felicidad para sí mismo. Con ese pensamiento viene la imagen atesorada de una mujer que conoció brevemente hace un año y que nunca volvió a ver.

Dora Debbins renunció a toda esperanza de casarse cuando un escándalo familiar la dejó a cargo de su hermana menor. Con una vida modesta como profesora de música, solo le queda un sueño sin cumplir. Entonces, una tarde, un visitante inesperado lo hace realidad.

Tanto para George como para Dora, ese breve primer encuentro fue tan fugaz como inolvidable. Ahora es el momento de una segunda oportunidad. Y aunque incluso el verdadero amor conlleva un riesgo, ¿quiénes son dos soñadores para discutir con el destino?

Esto es una traducción para fans de Mary Balogh sin ánimo de lucro solo por el placer de leer. Si algún día las editoriales deciden publicar algún libro nuevo de esta autora, cómpralo. He disfrutado mucho traduciendo este libro porque me gusta la autora y espero que lo disfruten también con todos los errores que puede que haya cometido.

CAPÍTULO 01

George Crabbe, Duque de Stanbrook, estaba al pie de las escaleras de su casa de Londres en Grosvenor Square, con la mano derecha levantada en señal de despedida a pesar de que el carruaje que llevaba a sus dos primas en su viaje de regreso a Cumberland ya no estaba a la vista. Comenzaron temprano a pesar de que algunos objetos olvidados, o que temían haber olvidado, habían retrasado dos veces su partida, mientras que primero una criada y luego la propia ama de llaves se apresuraron a subir las escaleras para buscar en sus habitaciones desocupadas por si acaso.

Margaret y Audrey eran hermanas y sus primas segundas, para ser precisos. Habían venido a Londres para la boda de Imogen Hayes, Lady Barclay, con Percy, conde de Hardford. Audrey era la madre de la novia. Imogen también se había quedado en Stanbrook House hasta su boda hace dos días, en parte porque era pariente, pero principalmente porque no había nadie en el mundo a quien George amara más. Había otros cinco a los que amaba igualmente bien, era verdad, aunque Imogen era la única mujer y la única relacionada con él. Los siete, incluido él mismo, eran miembros del autodenominado Club de los Supervivientes.

Hace poco más de ocho años, George había tomado la decisión de abrir Penderris Hall, su sede en Cornualles, como hospital y centro de recuperación para oficiales militares que habían sido gravemente heridos en las Guerras Napoleónicas y que necesitaban una atención más intensa y extendida de la que podían proporcionar sus familias. Había contratado a un médico experto y a otros miembros del personal dispuestos a actuar como enfermeras, y había seleccionado cuidadosamente a los pacientes de entre los que le habían recomendado Hubo más de dos docenas en total, la mayoría de los cuales habían sobrevivido y regresaron a sus familias o regimientos después de unas pocas semanas o meses. Pero seis habían permanecido durante tres años. Sus heridas habían variado mucho. No todo había sido físico. Hugo Emes, Lord Trentham, por ejemplo, había sido llevado allí sin un rasguño en su cuerpo pero fuera de su mente y con una camisa de fuerza que le impedía hacerse daño a sí mismo o a otros.

Se había desarrollado un profundo vínculo entre los siete, un apego demasiado fuerte para ser cortado incluso después de que dejaron Penderris y regresaron a sus vidas separadas. Esas seis personas significaban más para George que cualquier otra persona que aún viviera, aunque tal vez eso no era del todo exacto, pues también quería mucho a su único sobrino, Julián, y a la esposa de Julián, Philippa, y a su hija pequeña, Belinda. Los veía con bastante frecuencia y siempre con placer. Vivían a pocos kilómetros de Penderris. El amor, por supuesto, no se movía en jerarquías de preferencia. El amor se manifestaba de mil maneras diferentes, todas las cuales eran amor en su totalidad. Una cosa extraña, eso, si uno se detenía a pensarlo.

Bajó la mano, sintiéndose repentinamente insensato de decir adiós al aire vacío, y se volvió hacia la casa. Un lacayo rondaba la puerta, sin duda ansioso por cerrarla. Probablemente estaba temblando en sus zapatos. A primera hora de la mañana soplaba una

brisa muy fuerte sobre la plaza, aunque había un cielo azul con algunos nubarrones que prometían un hermoso día a mediados de mayo.

Asintió con la cabeza al joven y lo envió a la cocina a buscar café y lo llevara a la biblioteca.

El correo de la mañana aún no había llegado, pudo ver cuando entró en la habitación. La superficie de la gran mesa de roble delante de la ventana estaba desnuda, a excepción de un papel secante limpio, un tintero y dos plumas de pluma. Habría la pila habitual de invitaciones cuando llegara el correo, ya que era el momento álgido de la temporada de Londres. Tendría que elegir entre bailes, veladas, conciertos, grupos de teatro, fiestas en el jardín, desayunos venecianos, cenas privadas y muchos otros entretenimientos. Mientras tanto, su club ofrecía una agradable compañía y diversión, al igual que Tattersall's y las carreras y su sastre y el fabricante de botas. Y si no deseaba salir, estaba rodeado en esta misma sala por estanterías de libros que llegaban desde el suelo hasta el techo, interrumpidas sólo por puertas y ventanas. Si hubiera espacio para un libro más en cualquiera de las estanterías, se sorprendería. Incluso había algunos libros entre ellos que aún no había leído pero que sin duda disfrutaría.

Era una sensación agradable saber que podía hacer lo que quisiera con su tiempo, incluso nada si así lo deseaba. Las semanas previas a la boda de Imogen y los pocos días transcurridos desde entonces habían sido muy ocupados y le habían dado muy poco tiempo para sí mismo. Pero había disfrutado de la actividad y tenía que admitir que había una cierta monotonía mezclada con su placer esta mañana, sabiendo que una vez más estaba solo y libre y comprometido con nadie. La casa parecía muy tranquila, aunque sus primas no habían sido huéspedes ruidosos o exigentes. Había disfrutado de su compañía mucho más de lo que esperaba. Después de todo, eran casi extraños. No había visto a ninguna de las dos hermanas durante varios años antes de la semana pasada.

La propia Imogen era la más cercana de las amigas, pero podría haber causado cierta agitación debido a sus inminentes nupcias. No lo había hecho. No era una novia quisquillosa en lo más mínimo. Uno apenas habría sabido, de hecho, que se estaba preparando para su boda, excepto que había habido un brillo nuevo y desconocido en ella que había calentado el corazón de George.

El desayuno de bodas se celebró en Stanbrook House. Había insistido en ello, aunque tanto Ralph como Flavian, sus compañeros supervivientes, se habían ofrecido a acogerlo también. La mitad de la *Sociedad* había estado presente, llenando el salón de baile casi hasta desbordarse e inevitablemente derramándose en otras habitaciones en las horas posteriores a la comida y a todos los discursos. Y *el desayuno* era ciertamente un nombre inapropiado, ya que muy pocos de los invitados se habían ido hasta altas horas de la noche.

George había disfrutado cada momento.

Pero ahora las festividades habían terminado, y después de la boda, Imogen se había ido de luna de miel con Percy a París. Ahora Audrey y Margaret también se habían ido, aunque antes de partir lo habían abrazado fuertemente, le habían agradecido efusivamente su hospitalidad, y le habían rogado que viniera y se quedara con ellas en Cumberland muy pronto.

Esta mañana había una fuerte sensación de finalidad. Había habido una ráfaga de

bodas en los últimos dos años, incluyendo las de todos los supervivientes y el sobrino de George, todas las personas más queridas para él en el mundo. Imogen había sido la última de ellos, con la excepción de él mismo, por supuesto. Pero apenas contaba. Tenía cuarenta y ocho años y, después de dieciocho años de matrimonio, era viudo desde hacía más de doce años.

Se alegró al ver que el fuego de la biblioteca se había encendido. Se había enfriado parado afuera. Tomó la silla a un lado de la chimenea y extendió sus manos hacia el fuego. El lacayo trajo la bandeja unos minutos más tarde, sirvió su café y puso la taza y el platillo en la mesita a su lado, junto con un plato de galletas dulces que olían a mantequilla y nuez moscada.

—Gracias.— George agregó leche y un poco de azúcar a la infusión oscura y recordó sin razón aparente cómo siempre había irritado a su esposa el hecho de que admitiera hasta el más mínimo servicio que cumplía un sirviente. Hacerlo solo le rebajaría en su estima, le había explicado siempre.

Parecía casi increíble que sus seis compañeros Supervivientes se hubieran casado en los últimos dos años. Era como si hubieran necesitado los tres años después de dejar Penderris para adaptarse al mundo exterior de nuevo después de la seguridad que la casa les había proporcionado durante su recuperación, pero luego se habían apresurado alegremente a regresar a una vida plena y fructífera. Quizás, habiendo estado durante tanto tiempo cerca de la muerte y la locura, necesitaban celebrar la vida misma. También estaba bastante seguro de que todos ellos habían hecho matrimonios felices. Hugo y Vincent ya tenían un hijo cada uno, y había otro en camino para Vincent y Sofía. Ralph y Flavian también esperaban ser padres. Incluso Ben, otro de ellos, había susurrado hace dos días que Samantha se había sentido mareada durante las últimas mañanas y que esperaba que fuera por una buena causa.

Todo era muy reconfortante para el hombre que había abierto su hogar y su corazón a los hombres, y a una mujer, que habían sido destrozados por la guerra, y que podrían haber quedado para siempre al margen de sus propias vidas si no lo hubiera hecho. Si hubieran sobrevivido, eso era.

George miró especulativamente a los bizcochos pero no tomó uno. Pero cogió su taza de café y se calentó las manos al respecto, ignorando el mango.

¿Era francamente contrario a él sentirse tan ligeramente deprimido esta mañana? La boda de Imogen había sido una espléndida ocasión festiva y feliz. A George le encantaba ver su resplandor y, a pesar de algunas dudas iniciales, también le gustaba Percy y pensó que probablemente era el marido perfecto para ella. A George también le gustaban mucho las esposas de los otros Supervivientes. En muchos sentidos, se sentía como un padre orgulloso y satisfecho que había casado a su prole con tantos felices para siempre.

Tal vez ese era el problema, sin embargo. Porque no era su padre, ¿verdad? O de cualquier otra persona, para el caso. Frunció el ceño, consideró agregar más azúcar, decidió no hacerlo y tomó otro sorbo. Su único hijo había muerto a la edad de diecisiete años durante los primeros años de las Guerras Peninsulares, y su esposa, Miriam, se había quitado la vida unos meses más tarde.

Estaba, pensó George mientras miraba sin ver su taza, muy solo, aunque no más ahora

de lo que lo estaba antes de la boda de Imogen y de todos los demás. Julián era el hijo de su difunto hermano, no el suyo, y sus seis compañeros Supervivientes habían abandonado Penderris Hall hace cinco años. Aunque los lazos de amistad habían permanecido fuertes y todos se reunían durante tres semanas cada año, generalmente en Penderris, no eran literalmente familia. Incluso Imogen era sólo su prima segunda de segunda generación.

Habían seguido adelante con sus vidas, esos seis, y lo dejaron atrás. Y qué pensamiento tan patético y autocompasivo era *ese*.

George vació su taza, la colocó muy suavemente en el platillo, la puso en la bandeja y se puso en pie inquieto. Se movió detrás del escritorio y se quedó mirando por la ventana hacia la plaza. Todavía era lo suficientemente temprano para que hubiera muy poca actividad por ahí. Las nubes eran más escasas que antes, el cielo un azul más uniforme. Era el tipo de día diseñado para elevar el espíritu humano.

Estaba solo, maldita sea. Hasta la médula de sus huesos y lo más profundo de su alma.

Casi siempre lo había estado.

Su vida adulta había comenzado brutalmente temprano. A la edad de diecisiete años había asumido una comisión militar con gran entusiasmo, habiendo convencido a su padre de que una carrera en el ejército era lo que más deseaba en la vida. Pero sólo cuatro meses más tarde lo habían llamado a su casa cuando su padre se enteró de que se estaba muriendo. Antes de cumplir los dieciocho años, George había vendido su comisión, se casó con Miriam, perdió a su padre y le sucedió con el título de Duque de Stanbrook. Brendan había nacido antes de los diecinueve años.

A George, mirando hacia atrás, le pareció que toda su vida adulta no había sido otra cosa que soledad, con la excepción de ese brillante estallido de exuberante alegría que había experimentado demasiado brevemente cuando estaba con su regimiento. Y habían pasado unos años con Brendan…

Agarró las manos a la espalda y recordó demasiado tarde que ayer les había dicho a Ralph y Ben que se uniría a ellos para dar un paseo en Hyde Park esta mañana si sus primas salían temprano como lo habían planeado. Todos los Supervivientes habían venido a Londres para la boda de Imogen, y todos seguían aquí, excepto Vincent y Sofía, que se habían ido ayer a Gloucestershire. Preferían estar en casa, ya que Vincent era ciego y se sentía más cómodo en el entorno familiar de Middlebury Park. Y los novios, por supuesto, iban camino a París.

No había razón para que George se sintiera solo y no la habría incluso después de que los otros cuatro hubieran dejado Londres y regresado a casa. Había otros amigos aquí, tanto hombres como mujeres. Y en el campo había vecinos que él consideraba amigos. Y estaban Julián y Philippa.

Pero *estaba* solo, maldita sea. . Y la cuestión era que solo lo había admitido recientemente, sólo durante la semana pasada, de hecho, en medio del alegre ajetreo de los preparativos para la última boda de Supervivientes. Incluso se había preguntado alarmado si se resentía con Percy por ganarse el corazón y la mano de Imogen, por ser capaz de hacerla reír de nuevo y brillar. Se había preguntado si quizás la amaba él mismo. Bueno, sí, lo hizo, había concluido después de una franca consideración. No había ninguna duda al respecto, así como tampoco había duda de que su amor por ella no era *ese* tipo de amor. La

amaba exactamente como amaba a Vincent y a Hugo y al resto de ellos, profunda pero puramente platónicamente.

Durante los últimos días había pensado en volver a contratar nuevamente a una amante. Lo había hecho ocasionalmente a lo largo de los años. Unas cuantas veces había tenido relaciones discretas con mujeres de su propia clase, todas viudas por las que no había sentido más que simpatía y respeto.

No quería una amante.

Anoche se había quedado despierto, mirando el dosel ensombrecido sobre su cama, incapaz de convencer a su mente para que se relajara y a su cuerpo para que durmiera. Había sido una de esas noches en las que, sin razón aparente, el sueño lo eludía, y la idea había surgido en su cabeza, aparentemente de la nada, de que tal vez debería casarse. No por amor o por la sucesión: era demasiado viejo para el romance o la paternidad. No es que fuera físicamente demasiado viejo para esto último, pero no quería tener un hijo, o hijos, en Penderris otra vez. Además, tendría que casarse con una mujer joven si quisiera poblar su guardería, y la idea de casarse con alguien de la mitad de su edad no era atractiva. Podría serlo para muchos hombres, pero él no era uno de ellos. Podía admirar a las jóvenes bellezas que llenaban los salones de baile de moda durante la temporada de primavera, pero no sentía el más mínimo deseo de acostarse con ninguna de ellas.

Lo que se le había ocurrido anoche era que el matrimonio podría traerle compañía, posiblemente una verdadera amistad. Tal vez incluso alguien de la naturaleza de un alma gemela. Y, sí, alguien que se acueste a su lado en la cama por la noche para calmar su soledad y proporcionarle los placeres sexuales habituales.

Había sido célibe demasiado tiempo para su comodidad.

Pudo ver que dos caballos se agitaban al otro lado de la plaza, guiados por un mozo a caballo. Ambos caballos llevaban monturas laterales. Se abrió la puerta de la casa de Rees-Parry, justo enfrente, y las dos jóvenes hijas de la casa salieron y el mozo las ayudó a subir a la silla de montar. Las dos chicas llevaban trajes de montar. Los débiles sonidos de risas femeninas y el buen humor atravesaron la plaza y la ventana cerrada de la biblioteca. Se marcharon con evidente alegría, el mozo siguiéndolas a una respetuosa distancia detrás de ellas.

La juventud podía ser deliciosa de contemplar, pero no sentía ningún anhelo de ser parte de ella.

La idea que se le había ocurrido anoche no había sido puramente hipotética. Se había completado con la imagen de una mujer en particular, aunque no podía explicarse por qué. Apenas la conocía, después de todo, y no la había visto desde hacía más de un año. Pero allí estaba ella, bastante real en su mente mientras pensaba que tal vez debería considerar casarse de nuevo. Casarse con *ella*. Le había parecido que ella sería la *única opción* perfecta.

Eventualmente se había dormido y se había despertado temprano para desayunar con sus primas antes de verlas de camino. Sólo ahora había recordado esos extraños anhelos nocturnos. Seguro que estaba medio dormido y medio soñando. Sería una locura volver a atarse a una esposa, especialmente a una que era una extraña. ¿Y si no le convenía después de todo? ¿Y si no le gustaba? Un matrimonio infeliz sería peor que la soledad y el vacío

que a veces conspiraban para deprimir su espíritu.

Pero ahora volvían los mismos pensamientos. ¿Por qué diablos no había ido a cabalgar? ¿O al White's Club? Podría haber tomado su café allí y haberse ocupado de la agradable conversación de los conocidos masculinos o haberse distraído con la lectura de los periódicos matutinos.

¿Lo aceptaría si se lo pidiera? ¿Era engreído de su parte creer que realmente lo haría? ¿Por qué, después de todo, lo rechazaría a menos que tal vez se sintiera disuadida por el hecho de que no lo amaba? Pero ya no era una mujer joven con su cabeza estaba llena de sueños románticos. Probablemente era tan indiferente al romance como él mismo. Tenía mucho que ofrecer a cualquier mujer, incluso aparte de los obvios incentivos de un noble título y fortuna. Tenía un carácter firme que ofrecer, así como amistad y... Bueno, tenía un *matrimonio* que ofrecer. Nunca se había casado.

Pero, ¿estaría haciendo el ridículo si se volviera a casar ahora, cuando ya era mayor de edad? Pero, ¿por qué? Hombres de su edad y mayores se casaban todo el tiempo. Y no era como si tuviera la vista puesta en alguna joven dulce recién salida del aula. Estaría buscando consuelo con una mujer madura que tal vez le gustaría tener un consuelo similar en su propia vida.

Era absurdo pensar que era demasiado viejo. O que ella lo era. Seguramente todo el mundo tenía derecho a algo de compañía, algo de satisfacción en la vida, incluso cuando la juventud era cosa del pasado. Sin embargo, no estaba considerando seriamente hacerlo, ¿verdad?

Un golpecito en la puerta de la biblioteca precedió la aparición en la habitación de un joven que llevaba un paquete de cartas.

—Ethan—. George asintió a su secretaria. —¿Algo de gran interés o urgente?

—No más de lo habitual, Su Excelencia—, dijo Ethan Briggs mientras dividía la pila en dos y la ponía sobre el escritorio. —Negocios y social—. Indicó cada pila a su vez, como solía hacer.

—¿Facturas?— George orientó su barbilla en la dirección de la pila de negocios.

—Una de Hoby's por un par de botas de montar,— dijo su secretario,—y varios gastos de boda.

—¿Y necesitan mi inspección?— George parecía dolido. —Págales, Ethan.

Su secretario recogió el primer montón.

—Llévate los otros también—, dijo George,—y envía negativas corteses.

—¿A todos ellos, Su Gracia?— Briggs levantó las cejas. —La Marquesa de...

—Todas—, dijo George. —Y todo lo que venga en los próximos días hasta que recibas más instrucciones mías. Me voy de la ciudad.

—¿Irse?— Otra vez las cejas levantadas.

Briggs era un secretario eficiente y confiable. Había estado con el duque de Stanbrook durante casi seis años. Pero nadie es perfecto, reflexionó George. El hombre tenía el hábito de repetir ciertas palabras que su patrón le dirigía como si no pudiera creer que había oído

correctamente.

— Pero hay su discurso en la Cámara de los Lores pasado mañana, Su Gracia—, dijo.

—Se mantendrá.— George hizo un gesto de desdén con la mano. —Me iré mañana.

—¿Para Cornualles, Su Excelencia?— preguntó Briggs. —¿Desea que le escriba para informar al ama de llaves...?

— No es para Penderris Hall —, dijo George. —Volveré... bueno, cuando regrese. Mientras tanto, paga mis cuentas y rechaza mis invitaciones y haz lo que sea que te mantenga ocupado haciendo.

Su secretario recogió el montón restante del escritorio, se mostró de acuerdo con su empleador con una respetuosa reverencia y se fue de la habitación.

Así que se iba, ¿no? se preguntó George. ¿Para proponerle matrimonio a una dama que apenas conocía y que ni siquiera había visto en mucho tiempo?

¿Cómo se proponía matrimonio? La última vez tenía diecisiete años y había sido una mera formalidad, ya que ambos padres habían acordado el matrimonio, llegaron a un acuerdo y firmaron el contrato. Los deseos y la sensibilidad de un simple hijo y una hija no se habían tenido en cuenta, ni siquiera se habían consultado, especialmente cuando uno de los padres ya tenía un pie en la tumba y tenía alguna prisa por ver a su hijo asentado. Al menos esta vez George conocía a la dama un poco mejor de lo que había conocido a Miriam. Al menos sabía cómo *era* ella y cómo sonaba su voz. La primera vez que vio a Miriam fue con ocasión de su propuesta, llevada a cabo con una formalidad balbuceante bajo la mirada severa de su padre y el suyo.

¿De verdad iba a hacer esto?

¿Qué diablos pensaría ella?

¿Qué *diría* ella?

CAPÍTULO 02

Casi se podría llegar a creer que la primavera se estaba convirtiendo en verano, aunque todavía era mayo. El cielo era de un azul claro y profundo, el sol brillaba, y el calor en el aire hacía que su chal no sólo fuera innecesario sino que en realidad fuera bastante pesado, pensó Dora Debbins al entrar por la puerta principal y llamaba para avisar a la Sra. Henry, su ama de llaves, de que estaba en casa.

La casa era una modesta cabaña en el pueblo de Inglebrook en Gloucestershire, donde había vivido durante los últimos nueve años. Había nacido en Lancashire, y después de que su madre se escapó cuando tenía diecisiete años, había hecho todo lo posible para administrar el gran hogar de su padre y ser madre de su hermana menor, Agnes. Cuando tenía treinta años, su padre se había casado con una viuda que durante mucho tiempo había sido amiga de la familia. Agnes, que entonces tenía dieciocho años, se había casado con un vecino que una vez había pretendido a Dora, aunque Agnes no lo sabía. Al cabo de un año, Dora se había dado cuenta de que ya no la necesitaba nadie y que, de hecho, no pertenecía a ninguna parte. La nueva esposa de su padre había empezado a insinuar que Dora debía considerar otras opciones además de quedarse en casa. Dora había considerado buscar empleo como institutriz, acompañante o incluso ama de llaves, pero ninguna de las tres le había atraído realmente.

Un día, por casualidad, vio en el periódico matutino de su padre una noticia en la que invitaba a un respetable caballero o dama a venir a enseñar música a varios alumnos con una variedad de instrumentos diferentes en el pueblo de Inglebrook, en Gloucestershire, y en sus alrededores. No era un puesto asalariado. De hecho, no era una posición real en absoluto. No había ningún empleador, ninguna garantía de trabajo o de ingresos, sólo la perspectiva de crear una empresa de trabajo e independiente que, casi con toda seguridad, proporcionaría al profesor en cuestión unos ingresos adecuados. En el anuncio también se mencionaba una casa de campo en el pueblo que se vendía a un precio razonable. Dora tenía las calificaciones necesarias, y su padre había estado dispuesto a pagar el costo de la casa, más o menos igualando la cantidad de la dote que le había dado a Agnes cuando se casó. Parecía aliviado casi abiertamente, de hecho, ante una solución tan fácil para el problema de que su hija mayor y a su nueva esposa viviendo juntas bajo su techo.

Dora había escrito al agente nombrado en la notificación, había recibido una respuesta rápida y favorable, y se había mudado, sin verla, a su nuevo hogar. Desde entonces vivía aquí muy ocupada y feliz, sin que le faltaran alumnos y sin que le faltaran ingresos. No era rica, ni mucho menos. Pero lo que obtenía de las lecciones era bastante adecuado para satisfacer sus necesidades con un poco de sobra para lo que llamaba sus ahorros para los días lluviosos. Incluso podía permitirse el lujo de tener a la Sra. Henry que limpiaba, cocinaba y compraba para ella. Los aldeanos la habían aceptado en su comunidad, y aunque no tenía amigos muy cercanos aquí, tenía numerosos conocidos amistosos.

Subió directamente a su habitación para quitarse el chal y el gorro, para arreglarse el pelo aplanado ante el espejo, lavarse las manos en el lavabo de su pequeño vestidor y mirar

por la ventana trasera al jardín de abajo. Desde aquí arriba parecía limpio y colorido, pero sabía que al día siguiente estaría ahí fuera con su rastrillo y su paleta, librando una guerra contra las hierbas invasoras. En realidad le gustaban las malas hierbas, pero no, por favor, por favor, en su jardín. Que florezcan y prosperen en todos los setos y prados circundantes y ella los admiraría durante todo el día.

Oh, pensó con una punzada repentina, cómo *todavía* extrañaba a Agnes. Su hermana había vivido con ella aquí durante un año después de perder a su marido. Había pasado gran parte de su tiempo al aire libre, pintando las flores silvestres. Agnes era maravillosamente hábil con las acuarelas. Ese había sido un año tan feliz, porque Agnes era como la hija que nunca había tenido y nunca tendría. Pero Dora sabía que el interludio no duraría. Ni siquiera se había permitido esperar que así fuera. No lo había hecho, porque Agnes había encontrado el amor.

A Dora le gustaba Flavian, el vizconde Ponsonby, el segundo marido de Agnes. Muy cariñoso, en realidad, aunque al principio tenía dudas sobre él, pues era guapo, encantador e ingenioso, pero tenía una ceja burlona en la que había desconfiado. Sin embargo, al conocerlo más de cerca, se había visto obligada a admitir que él era el compañero ideal para su tranquila y recatada hermana. Cuando se casaron aquí en la aldea el año pasado, a Dora le resultó evidente que era, o pronto sería, una pareja de enamorados. Y de hecho había resultado ser precisamente eso. Eran felices juntos, e iba a haber un niño en el otoño.

Dora se alejó de la ventana cuando se dio cuenta de que ya no veía realmente el jardín. Vivían en la lejana Sussex, Agnes y Flavian. Pero no era el fin del mundo, ¿verdad? Ya había ido a visitarlos un par de veces, en Navidad y de nuevo en Pascua. Se había quedado dos semanas cada vez, aunque Flavian la había instado a quedarse más tiempo y Agnes le había dicho con obvia sinceridad que podría vivir con ellos para siempre si así lo deseaba.

—Para siempre *y* un día—, había añadido Flavian.

Dora no lo eligió así. Vivir sola, por su propia definición era una actividad solitaria, pero la soledad era infinitamente preferible a cualquier otra alternativa que hubiese descubierto. Tenía treinta y nueve años y era solterona. Las alternativas para ella eran ser la institutriz o compañera de alguien, por un lado, o un pariente dependiente por el otro, mudándose sin cesar de la casa de su hermana a la de su padre a la de su hermano. Estaba muy, muy agradecida por su modesta y bonita casa de campo, su empleo independiente y su existencia solitaria. No, no sola, solitaria.

Podía oír el ruido de la vajilla de abajo y sabía que la Sra. Henry le estaba insinuando deliberadamente, sin llamar realmente arriba, que el té había sido preparado y llevado a la sala de estar, y que se enfriaría si no bajaba pronto.

Ella bajó.

—Supongo que escuchaste todo acerca de la gran boda en Londres cuando fuiste a Middlebury, ¿no?— preguntó la Sra. Henry, flotando esperanzada en la puerta mientras Dora se servía una taza de té y untaba un bollo con mantequilla.

—¿De Lady Darleigh?— sonrió. —Sí, me dijo que era una ocasión muy grande y alegre. Se casaron en St. George's en Hanover Square, y el Duque de Stanbrook organizó un suntuoso desayuno de bodas. Estoy muy contents por Lady Barclay, aunque supongo que debo referirme a ella ahora como la Condesa de Hardford. Me pareció muy

encantadora cuando la conocí el año pasado, pero también muy reservada. Lady Darleigh dice que su nuevo esposo la adora. Eso es muy romántico, ¿no?

Qué encantador debe ser...

Le dio un mordisco a su bollo. Sophia, Lady Darleigh, que había regresado a Middlebury Park desde Londres con su esposo anteayer, había dicho más sobre la boda a la que habían ido allí para asistir, pero Dora estaba demasiado cansada para dar más detalles ahora. Había exprimido una lección extra de pianoforte para la vizcondesa en lo que ya era un día completo de trabajo y apenas había tenido un momento para sí misma desde el desayuno.

—Sin duda tendré una larga carta de Agnes al respecto en los próximos dos días —, dijo cuando vio la mirada de decepción de la Sra. Henry. —Compartiré con ustedes lo que ella tiene que decir sobre la boda.

Su ama de llaves asintió y cerró la puerta.

Dora dio otro mordisco a su bollo, y de repente se encontró perdida en los recuerdos del año pasado y de algunos de los días más felices de su vida justo antes del doloroso día en que Agnes se fue con su nuevo esposo y Dora, sonriendo, los saludo en su camino.

Qué patético que reviviera esos días tan a menudo. El vizconde y la vizcondesa Darleigh, que vivían en Middlebury Park, justo más allá de la aldea, habían tenido huéspedes muy ilustres, todos ellos con título. Dora y Agnes habían sido invitadas a la casa más de una vez mientras estaban allí, y varias veces varios grupos de invitados habían llamado a la cabaña e incluso tomado el té aquí. Agnes era una amiga cercana de la vizcondesa, y Dora se sentía cómoda con ellos mientras daba clases de música tanto al vizconde como a su esposa. Sobre la base de este conocimiento, ella y Agnes habían sido invitadas a cenar una noche, y a Dora se le había pedido que tocara para la reunión después.

Todos los invitados habían sido increíblemente amables. Y halagador. Dora había tocado el arpa, y no querían que se detuviera. Y luego había tocado el pianoforte y la habían instado a que siguiera tocando. Después la habían llevado al salón para tomar el té en el brazo una personalidad, nada menos que el duque de Stanbrook. Antes, se había sentado entre él y Lord Darleigh en la cena. Se habría quedado boquiabierta si no hubiera estado familiarizada con el vizconde y si el duque no hubiera hecho un esfuerzo por tranquilizarla. Parecía un noble de aspecto casi aterrador hasta que lo miró a los ojos y no vio más que amabilidad.

La habían hecho sentir como una celebridad. Como una estrella. Y durante esos días se había sentido maravillosamente viva. Qué triste -no, patético- que en toda su vida no hubiera otros recuerdos tan vívidos para regodearse cuando se sentaba sola así, un poco demasiado cansada para leer. O por la noche, cuando estaba acostada en la cama sin poder dormir, como a veces lo hacía.

Se llamaban a sí mismos un club, los invitados masculinos que se habían quedado en Middlebury Park durante tres semanas: el Club de los Supervivientes. Habían sobrevivido tanto a las guerras contra Napoleón Bonaparte como a las terribles heridas que habían sufrido durante ellas. Lady Barclay también era miembro, la señora que acababa de casarse. Ella misma no había sido oficial, por supuesto, pero sí su primer marido, y había sido testigo de su muerte por tortura, pobre dama, después de que lo capturaron en Portugal. El

mismo Vizconde Darleigh había sido cegado. Flavian, Lord Ponsonby, el marido de Agnes, había sufrido heridas tan graves en la cabeza que no podía ni pensar, ni hablar, ni entender lo que le dijeron cuándo lo trajeron de regreso a Inglaterra. El barón Trentham, Sir Benedict Harper y el conde de Berwick, el último de los cuales había heredado un ducado desde el año pasado, también habían sufrido terriblemente. Hace años, el duque de Stanbrook los había reunido a todos en su casa de Cornualles y les había dado el tiempo, el espacio y los cuidados que necesitaban para curarse y recuperarse. Ahora todos estaban casados, excepto el propio duque, que era un hombre mayor y viudo.

Dora se preguntaba si volverían a reunirse en Middlebury Park para una de sus reuniones anuales. Si lo hicieran, entonces tal vez la invitarían a unirse a ellos de nuevo, tal vez incluso a tocar para ellos. Era, después de todo, la hermana de Agnes, y Agnes ahora estaba casada con uno de ellos.

Levantó su taza y tomó un sorbo de té. Pero se había vuelto tibio e hizo una mueca. Era por su culpa, por supuesto. Pero odiaba el té que no estaba muy caliente.

Y entonces una llamada sonó en la puerta exterior. Dora suspiró. Estaba demasiado cansada para tratar con cualquier persona que llamara por casualidad. Su última alumna en ese día había sido Miranda Corley, de catorce años, que era tan reacia a tocar el pianoforte como Dora a enseñarle. Estaba totalmente desprovista de talento musical, pobre chica, aunque sus padres estaban convencidos de que era un prodigio. Esas lecciones siempre fueron una prueba para ambas.

Tal vez la Sra. Henry se ocuparía de quienquiera que estuviera en la puerta de su casa. Su ama de llaves sabía lo cansada que siempre estaba después de un día completo de clases y cuidaba su privacidad un poco como una gallina. Pero esta no iba a ser una de esas ocasiones, al parecer. Hubo un golpe en la puerta de la sala de estar, y la Sra. Henry la abrió y se quedó allí parada por un momento, con los ojos muy abiertos como dos platillos gemelos.

—Es para usted, Srta. Debbins—, dijo antes de apartarse.

Y, como si sus recuerdos del año pasado lo hubieran convocado directamente a su salón, entró el duque de Stanbrook.

Se detuvo justo dentro de la habitación mientras la Sra. Henry la cerraba detrás de él.

—Srta. Debbins—. Se inclinó ante ella. —Confío en que no haya llamado en un momento inoportuno...

Cualquier recuerdo que Dora había tenido de lo amable y accesible y realmente muy humano que era el duque huyó sin dejar rastro, y estaba tan impresionada por el asombro como lo estaba cuando lo conoció por primera vez en el salón del Middlebury Park. Era alto y de aspecto distinguido, con el pelo oscuro y plateado en las sienes, y rasgos austeros y cincelados que consistían en una nariz lisa, pómulos altos y labios bastante delgados. Tenía un aire duro y prohibitivo que no podía recordar del año pasado. Era el aristócrata más moderno y distante de pies a cabeza, y parecía llenar la sala de estar de Dora y privarla de la mayor parte del aire respirable.

De repente se dio cuenta de que seguía sentada y mirándole fijamente, como una idiota aturdida. Le había hablado en forma de pregunta y la miraba con las cejas levantadas

a la espera de una respuesta. Se puso en pie tardíamente e hizo una reverencia. Trató de recordar lo que llevaba puesto y si sus prendas incluían una gorra.

—Su Excelencia—, dijo. —No, en absoluto. He dado mi última lección de música del día y estaba tomando mi té. El té ya estará frío en la olla. Déjeme preguntarle a la Sra. Henry...

Pero levantó una elegante mano.

—Por favor, no se preocupe—, dijo. —Acabo de terminar de tomar un refrigerio con Vincent y Sophia.

Con el Vizconde y Lady Darleigh.

—Hoy estuve en Middlebury Park—, dijo, —dando a Lady Darleigh una lección de pianoforte, ya que se perdió su clase habitual mientras estaba en Londres para la boda de Lady Barclay. No mencionó que usted había regresado con ellos. No es que estuviera obligada a hacerlo, por supuesto—. Sus mejillas se calentaron. —No era asunto mío.

—Llegué hace una hora—, le dijo, —inesperado, pero no del todo no invitado. Cada vez que veo a Vincent y a su dama, me instan a que los visite cuando yo quiera. Siempre lo dicen en serio, estoy seguro, pero también sé que nunca esperan que *lo haga*. Esta vez lo hice. Les seguí casi de cerca desde Londres, de hecho, y, que Dios los bendiga, creo que se alegraron de verme. O no ver, en el caso de Vincent. A veces uno casi olvida que no puede ver literalmente.

Las mejillas de Dora se pusieron más calientes. ¿Durante cuánto tiempo lo había tenido parado junto a la puerta? ¿Qué pensaría él de sus rústicos modales?

—Pero, ¿no quiere sentarse, Su Excelencia?— Indicó la silla al otro lado de la chimenea de la suya. —¿Caminó desde Middlebury? Es un día precioso para tomar el aire y el ejercicio, ¿no?

¿*Hacía una hora que había* llegado de Londres? Había tomado el té con el vizconde y Lady Darleigh y había salido inmediatamente después para venir... ¿*aquí*? ¿Tal vez trajo un mensaje de Agnes?

—No me sentaré—, dijo. —Esto no es realmente una visita social.

—¿Agnes...?— Su mano se deslizó hasta la garganta. Su actitud rígida y formal se explicó de repente. Había algo mal con Agnes. Había abortado.

—Su hermana parecía estar radiante de buena salud cuando la vi hace unos días—, dijo. —Siento si mi repentina aparición le ha alarmado. No tengo noticias terribles de ningún tipo. De hecho, vine a hacer una pregunta.

Dora se agarró las dos manos a la cintura y esperó a que él continuara. Un día o dos después de la cena en Middlebury el año pasado había venido a la cabaña con algunos de los otros para agradecerle por tocar y expresarle la esperanza de que volviera a hacerlo antes de que terminara su visita. No había sucedido. ¿Iba a preguntar ahora? ¿Para esta noche, quizás?

Pero eso no fue lo que sucedió.

—Me preguntaba, Srta. Debbins,— dijo,— si podría hacerme el gran honor de casarse

conmigo.

A veces se pronunciaban palabras y se escuchaban con bastante claridad, pero como una serie de sonidos separados e inconexos en lugar de como frases y oraciones que transmitían significado. Se necesitaba un poco de tiempo para unir los sonidos y entender lo que se comunicaba.

Dora escuchó sus palabras, pero por unos instantes no comprendió su significado. Ella simplemente miró fijamente y agarró sus manos y pensó, con una extraña y tonta desilusión, que después de todo no quería que ella tocara el arpa o el pianoforte esta noche.

Sólo para casarme con ella.

¿Qué?

Pareció repentinamente arrepentido, y por lo tanto se parecía más al hombre que ella recordaba del año pasado. —No he hecho una propuesta de matrimonio desde que tenía diecisiete años—, dijo, —hace más de treinta años. Pero incluso con ese hecho como excusa, me doy cuenta de que fue un esfuerzo muy poco convincente. He tenido mucho tiempo desde que dejé Londres para componer un bonito discurso, pero no lo he hecho. Ni siquiera he traído flores ni me he arrodillado. Qué triste figura de pretendiente pensará que soy yo, Srta. Debbins.

—¿Quieres que me case contigo?— Se indicó con una mano sobre su corazón, como si la habitación estuviese llena de solteras y no estaba segura de que se refiriese a ella en vez de a cualquiera de las otras.

Agarró las manos por detrás de la espalda y suspiró en voz alta. —Usted sabe de la boda en Londres hace menos de una semana, por supuesto—, dijo. —Sin duda oyeron hablar del Club de los Supervivientes cuando todos nos alojábamos aquí en Middlebury Park el año pasado. Sabrías de nosotros por Flavian incluso si nadie más lo supiera. Somos muy buenos amigos. Durante los últimos dos años los otros seis se han casado. Después de la boda de Imogen la semana pasada y el último de mis invitados dejó mi casa de Londres hace unos días, se me ocurrió que me había quedado atrás. Se me ocurrió que... Quizás estaba un poco solo.

Dora se sintió medio desanimada. No se esperaba que un noble con su *presencia* experimentara tal carencia en su vida ni que la admitiera si lo hacía. Era lo último que esperaba que dijera.

—Y me sorprendió —continuó cuando ella no llenó el breve silencio que sucedió a sus palabras, —que realmente no quiero estar solo—. Sin embargo, no puedo esperar que mis amigos, por muy queridos que sean, llenen el vacío o satisfagan el hambre que está en el centro de mí ser. Ni siquiera desearía que lo intentaran. Podría, sin embargo, esperar tal cosa, incluso tal vez esperarlo, de una esposa.

—Pero...— Presionó con más fuerza su mano contra su pecho. —¿Pero por qué *yo*?

—Pensé que tal vez usted también esté un poco sola, Srta. Debbins—, dijo, medio sonriendo.

De repente deseó estar sentada. ¿Era ésta la impresión que le daba al mundo: que era una solterona solitaria y patética, que aún mantenía la tenue esperanza de que algún

caballero estuviera lo suficientemente desesperado como para aguantarla? *Desesperado*, sin embargo, no era una palabra que pudiera describir al Duque de Stanbrook. Debía ser algunos años mayor que ella, pero seguía siendo eminentemente elegible en todas las formas imaginables. Podía tener casi cualquier mujer soltera o joven que eligiera. Sus palabras, sin embargo, la habían herido, humillado.

—Vivo una vida *solitaria*, Alteza—, dijo ella, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Por elección. Soledad y aislamiento no son necesariamente palabras intercambiables.

—La he ofendido, Srta. Debbins—, dijo. —Me disculpo. Estoy siendo inusualmente torpe. ¿Puedo aceptar su oferta de un asiento después de todo? Necesito explicarme mucho más lúcidamente. Le aseguro que *no* busqué en mi mente a la dama más solitaria de mis conocidos, ni me acorde de ti y salí corriendo para proponerle matrimonio. Perdóname si le he dado esa impresión.

— Sería demasiado absurdo creer que de todos modos tiene que elegir así —, dijo, señalando de nuevo la silla opuesta a la de ella y hundiéndose agradecidamente en la suya propia. No estaba segura de cuánto tiempo más sus rodillas la habrían mantenido erguida.

—Se me ocurrió después de haber pensado un poco en el asunto —dijo mientras se sentaba —que lo que más necesito y quiero es una compañera y una amiga, alguien con quien pueda estar cómodo, alguien que se contente con estar siempre a mi lado. Alguien.... todo mío. Y alguien que comparta mi cama. Perdónenme, pero debía mencionarlo. Desearía algo más que una relación platónica.

Dora estaba mirando sus manos. Sus mejillas estaban calientes otra vez, bueno, por supuesto que lo estaban. Pero levantó los ojos hacia él ahora, y la realidad de lo que estaba sucediendo se precipitó sobre ella. Era *el Duque de Stanbrook*. Se había sentido halagada, sin aliento, ridículamente complacida por su cortés atención el año pasado. Una tarde, él y Flavian habían escoltado a Agnes y a ella hasta su casa desde Middlebury, y le había pasado el brazo por encima y había conversado amigablemente con ella y la había tranquilizado bastante mientras superaban a las otras dos. Había disfrutado cada momento de esa caminata y la había revivido una y otra vez en los días siguientes y, de hecho, desde entonces. Ahora estaba *aquí*, en su sala de estar. Había venido a proponerle matrimonio.

—¿Pero por qué yo?—, preguntó de nuevo. Su voz sonaba sorprendentemente normal.

—Cuando pensé todas estas cosas —dijo—, vinieron con la imagen de ti. No puedo explicar por qué. Creo que no sé por qué. Pero era de ti, pensé. Sólo a ti. Si me rechazas, creo que permaneceré como estoy.

La miraba directamente a la cara, y ahora ella no sólo veía a un aristócrata austero. Vio a un hombre. Era una idea estúpida, que no habría podido explicar si se le hubiera pedido que lo hiciera. Se sintió sin aliento de nuevo y un poco temblorosa y estaba contenta de estar sentada.

Y alguien que comparta mi cama.

—Tengo treinta y nueve años, Su Excelencia—, le dijo.

—Ah,— dijo y medio sonrió de nuevo. —Tengo el descaro, entonces, de pedirle que se case con un hombre mayor. Soy nueve años mayor que tú.

—No podría tener hijos con ustedes—, dijo. —Al menos…— No había pasado por el cambio de vida todavía, pero seguramente sucederiá pronto.

—Tengo un sobrino —dijo—, un joven digno al que quiero mucho. Está casado y ya es padre de una hija. Los hijos sin duda lo seguirán. No me interesa tener hijos en mi guardería otra vez, Srta. Debbins.

Recordó que había tenido un hijo que había sido asesinado en Portugal o España durante las guerras. El duque debía haber sido muy joven cuando nació ese hijo. Luego recordó lo que había dicho antes sobre no haber hecho una propuesta de matrimonio desde que tenía diecisiete años.

—Es una compañera lo que quiero—, repitió. —Un amigo. Una *mujer* amiga. Una esposa, de hecho. Me temo que no tengo un gran romance o pasión romántica que ofrecer. Ya he pasado la edad de tales fantasías. Pero aunque no te conozco bien ni tú a mí, creo que lo haríamos bien juntos. Admiro su talento como músico y la belleza del alma que sugiere. Admiro su modestia y dignidad, su devoción a su hermana. Me gusta su apariencia. Me gusta la idea de mirarte todos los días por el resto de mi vida.

Dora lo miró, sorprendida. Había sido bonita alguna vez, pero la juventud y ella se habían separado hacía mucho tiempo. Lo mejor que veía en su persona era pulcritud y.... ordinaria. Vio a una solterona estéril en su mediana edad. Él, en cambio, era.... bueno, aun con sus cuarenta y ocho años y su cabello plateado, era guapo.

Se mordió el labio inferior y le miró fijamente. ¿Cómo podrían ser *amigos*?

—No tengo ni idea de cómo ser duquesa—, dijo.

Observó sus ojos sonreír, y le sonrió con tristeza y luego se rió de verdad. Entonces, increíblemente, lo hizo. Y se alegró una vez más de estar sentada. ¿Había una palabra más poderosa que *hermosa*?

—Admito,— dijo, —que si fueras mi esposa, también serías mi duquesa. Pero dudo en decepcionarte, no significa que lleves una tiara y una túnica adornada con armiños todos los días, ya sabes. O incluso todos los años. Y no implica codearse con el rey y su corte todas las semanas. Por otro lado, puede haber algo de diversión al ser tratada como "Su Gracia" en lugar de simplemente Miss Debbins.

—Me gusta mucho la Srta. Debbins—, dijo. —Ha estado conmigo durante casi cuarenta años.

Su sonrisa se desvaneció y volvió a parecer austero.

—¿Está contenta, Srta. Debbins?—, preguntó. —Reconozco que puedes serlo. Usted tiene un hogar acogedor aquí y un empleo productivo e independiente haciendo algo que le gusta. Eres muy apreciada en Middlebury y, creo, en el pueblo por su talento y su buena naturaleza—. Se detuvo y volvió a mirarla a los ojos. — ¿O existe la posibilidad de que a usted también le gustaría tener un amigo y un compañero propio, que a usted también le gustaría pertenecer exclusivamente a otra persona y que él le pertenezca a usted? ¿Hay alguna posibilidad de que estés dispuesta a dejar tu vida aquí y venir a Cornwall y Penderris conmigo? no sólo como mi amiga, sino como compañera de mi vida?— Se detuvo una vez más durante un momento. —¿*Quieres* casarte conmigo?

Sus ojos sostenían los de ella. Y todas sus defensas se derrumbaron, al igual que todas las garantías que se había dado a lo largo de los años de que estaba contenta con el curso que había tomado su vida desde que tenía diecisiete años, de que al menos estaba contenta, de que no estaba sola. No, nunca eso.

Tenía una casa acogedora, una vida ocupada y productiva, vecinos y amigos, un ingreso independiente y adecuado, miembros de la familia no muy lejanos. Pero nunca había tenido a nadie propio al que no tuviera que renunciar en algún momento en el futuro. Había tenido a su hermana hasta que Agnes se casó con William Keeping, y la había tenido de nuevo durante un año antes de casarse con Flavian. Pero.... no había nadie más ni nadie permanente para llenar el vacío. Nadie que hubiera jurado aferrarse a ella hasta que la muerte los separase.

Nunca se había permitido pensar en lo diferente que podría haber sido su vida si su madre no hubiera huido de casa tan abrupta e inesperadamente cuando Dora tenía diecisiete años y Agnes tenía cinco. Su vida había sido como había sido, y había tomado decisiones libres en cada paso del camino. ¿Pero era posible que ahora, después de todo...?

Tenía treinta y nueve años.

Pero no estaba *muerta*.

Sin embargo, no se casaría por desesperación. Un matrimonio infeliz podría, y seria, mucho peor de lo que ya tenía. Pero un matrimonio con el Duque de Stanbrook no sería por desesperación, lo sabía sin tener que reflexionar sobre el asunto. Había soñado con él durante todo un año, catorce meses para ser precisos. Oh, no de *esa* manera, habría protestado incluso hace una hora. Pero sus defensas se habían derrumbado, y ahora podía admitir que, sí, había soñado con él de *esa* manera. Por supuesto que sí. Había caminado junto a él todo el camino desde Middlebury en la más maravillosa de todas las tardes de su vida, su mano a través de su brazo mientras hablaban fácilmente. Él le había sonreído y ella había olido su colonia y percibido su masculinidad. Se había atrevido a soñar con el amor y el romance ese día y desde entonces.

Pero sólo para *soñar*.

A veces, oh, sólo a veces, los sueños pueden hacerse realidad. No la parte del amor y el romance, por supuesto, pero tenía compañía y amistad que ofrecer. Y el matrimonio. *No* es un matrimonio platónico.

Podía saber cómo era...

¿Con él? Oh, Dios mío, con él. Ella podría saber.....

Y alguien que comparta mi cama.

Se dio cuenta de que un silencio prolongado había sucedido a su propuesta. Sus ojos seguían fijos en los de él.

—Gracias—, dijo ella. —Sí. Lo haré.

CAPÍTULO 03

George había sido tomado más bien por sorpresa cuando entró por primera vez en la habitación y volvió a ver a la Srta. Debbins. Pensó que la recordaba claramente del año pasado, pero era un poco más alta de lo que él recordaba, aunque no estaba por encima de la estatura media. . Y la había considerado un poco más regordeta, un poco más simple, un poco mayor. Era extraño, a la luz de su propósito al venir aquí, que ella fuera en realidad más atractiva de lo que recordaba que era. Uno podría haber esperado que fuera al revés.

Era una mujer guapa para su edad, a pesar de la apariencia de la ropa que llevaba y del estilo sencillo y casi severo de su cabello. Debía haber sido muy bonita de joven. Su cabello aún era oscuro, sin signos perceptibles de canas, y tenía una tez impecable y ojos finos e inteligentes. También tenía un aire de dignidad tranquila que mantenía a pesar del impacto de su inesperada aparición y su repentina y abrupta pregunta. En general, parecía una mujer que había llegado a un acuerdo con su vida y la había aceptado por lo que era.

Era ese aire de dignidad de ella, recordó, lo que le había atraído su admiración el año pasado. No había sido sólo su talento musical o su conversación sensata o su aspecto agradable. Le había dicho hacía unos momentos que no sabía por qué su repentina idea de casarse y la imagen de ella le habían llegado simultáneamente, la una inextricablemente unida a la otra, una cosa no era posible sin la otra. Pero *sí* sabía por qué. Era su aire de serena dignidad, lo que no debía ser fácil para ella. Sin duda había algunas mujeres que permanecían solteras por pura elección, pero no creía que la Srta. Debbins fuera una de ellas. Las circunstancias la habían forzado a ser soltera; conocía algunas de ellas por su hermana. Sin embargo, había hecho una vida rica y significativa a pesar de cualquier desilusión que pudiera haber sufrido.

Sí, la admiraba.

Gracias. Sí. Lo haré, había dicho.

Se puso de pie y extendió una mano hacia la de ella. Ella también se puso de pie, y levantó la mano hacia sus labios. Era una mano suave, bien cuidada, con dedos largos y uñas cortas, que al menos recordaba con precisión del año pasado. Era la mano de un músico. Creó música que podría llevarlo al borde de las lágrimas.

—Gracias—, dijo. —Haré todo lo posible para que nunca se arrepienta de su decisión. Es desafortunado que en casi todos los matrimonios sea la mujer quien deba renunciar a su hogar, a sus amigos y vecinos y a todo lo que le es familiar y querido. ¿Será muy difícil para ti renunciar a todo esto?

La mayoría de la gente pensaría que es una pregunta absurda cuando tenía Penderris Hall en Cornualles para ofrecerle y a Stanbrook House en Londres y riquezas incalculables y la vida glamurosa de una duquesa, sin mencionar el matrimonio en sí para reemplazar su soltería. Pero no apresuró su respuesta.

—Sí, lo sera—, dijo ella, su mano aún en la de él. —Me hice una vida aquí hace

nueve años, y ha sido buena para mí. No muchas mujeres tienen el privilegio de conocer la independencia. La gente aquí ha sido acogedora y amable. Cuando me vaya, aquellos de mis alumnos con ganas de aprender, algunos de ellos con verdadero talento, se quedarán sin profesor, al menos por un tiempo. Lamentaré haberles hecho eso.

—¿Vincent?—, le preguntó, sonriendo. —¿Tiene talento?

Después de haber sido cegado y haberse librado del miedo, la ira y la desesperación de saber que su vista nunca volvería, el joven Vincent se había desafiado a sí mismo de varias maneras en lugar de hundirse en la desesperación de vivir media vida. Una cosa que había hecho era aprender a tocar no sólo el pianoforte, sino también el violín y, más recientemente, el arpa. Esto último lo había hecho sólo porque una de sus hermanas le había sugerido vender el arpa que ya estaba en la casa cuando la heredó porque, obviamente, nunca le serviría de nada. Los compañeros supervivientes de Vicente, que nunca fueron sentimentales entre sí, se habían burlado despiadadamente de su destreza en el violín, pero él había perseverado, y estaba mejorando constantemente. No se burlaban de él por el arpa, lo que le había causado infinita frustración y angustia. Pero ahora que finalmente estaba conquistando sus misterios, podía esperar que los insultos empezaran a elevarse.

Una vez más, la Srta. Debbins no se apresuró a dar una respuesta, aunque sabía que Vincent era uno de los mejores amigos del duque.

—El vizconde Darleigh tiene *determinación*—, dijo. —Trabaja duro para ser competente y nunca se excusará del hecho de que no puede ver el instrumento que toca o la música que debe aprender de oído. Lo hace extremadamente bien y mejorará. Estoy muy orgullosa de él.

—¿Pero no hay talento allí?— Pobre Vincent. De hecho, tenía la determinación de no verse a sí mismo como minusválido.

—El talento es raro en cualquier campo—, dijo. —*Verdadero* talento, quiero decir. Pero si todos evitáramos hacer algo para lo cual no somos excepcionalmente dotados, no haríamos casi nada en absoluto y nunca descubriríamos en qué podemos convertirnos. En su lugar, desperdiciaríamos gran parte de la vida que nos ha sido asignada para mantenernos a salvo, haciendo actividades seguras y limitantes. Lord Darleigh tiene talento para la perseverancia, para extenderse hasta los límites de su resistencia a pesar de lo que debe ser uno de las desventajas más difíciles, o tal vez por eso. No mucha gente, dadas sus circunstancias, lograría lo que él tiene. Ha aprendido a iluminar la oscuridad en la que debe vivir su vida, y al hacerlo ha arrojado luz sobre aquellos de nosotros que creemos que podemos ver.

Ah, y aquí había algo más que le recordaba por qué sentía tanta admiración y simpatía por ella: esa serena y pensativa gravedad con la que hablaba sobre temas que la mayoría de la gente descartaría a la ligera. Mucha gente hablaría condescendientemente de lo que Vincent había logrado a pesar de que no podía ver. Ella no. Y sin embargo, también habló honestamente. En efecto, Vincent carecía de un talento musical excepcional, incluso teniendo en cuenta su ceguera, pero no importaba. Como a acababa de observar, él tenía el talento en superabundancia para llevar los límites de su vida más allá del límite de lo que se podía esperar de él.

—Lamento que al casarme con usted la aleje de esta vida, Srta. Debbins—, dijo. —Espero que Penderris y el matrimonio conmigo sean una compensación suficiente.

Puso sus ojos pensativos sobre él. —Cuando llegué aquí hace nueve años desde la casa de mi padre en Lancashire—, dijo, —no conocía a nadie. Todo era extraño y un poco deprimente: vivir en una casa de campo que parecía increíblemente pequeña en comparación con lo que estaba acostumbrada, estar sola, trabajar para ganarme la vida. Pero me ajuste a una nueva vida, y he sido feliz aquí. Ahora he aceptado libremente otro cambio completo. No me has coaccionado de ninguna manera. Haré los ajustes necesarios. Si está seguro, ahora que me ha visto y vuelto a hablar conmigo.

Aún estaba sosteniendo su mano, se dio cuenta. La apretó y se la llevó a los labios una vez más.

—Lo estoy—, dijo. —Bastante seguro.

Se preguntó qué diría o haría si bajaba la cabeza y besaba sus labios. Apenas podía objetar: ahora era su prometida. La conmoción de ese pensamiento le hizo detenerse, y se preguntó por un momento si realmente *estaba* seguro. De repente fue difícil imaginarse a sí mismo besándola, haciéndole el amor, familiarizándose tanto con su cuerpo como con el suyo propio. Pero sabía que se habría sentido terriblemente decepcionado si hubiera dicho que no. Porque no era sólo el matrimonio en sí mismo lo que le había venido a la mente hace unas noches en Londres. Fue la Srta. Dora Debbins y el extraño e inesperado anhelo de casarse con ella.

—¿Cuándo?—, le preguntó ella. —¿Y dónde?— Se mordió el labio inferior como si temiera que estaba mostrando un exceso de entusiasmo inapropiado.

Le dio una palmadita en la mano y la soltó, y ella se sentó de nuevo. En lugar de cernirse sobre ella, él también volvió a sentarse. Idiota que era, no había pensado mucho más allá de la propia propuesta. O, al menos, no había pensado en el proceso real de casarse con ella. Su mente se había concentrado más en la satisfacción imaginada de los años venideros. Sin embargo, acababa de verse envuelto en el frenético ajetreo de una boda y sabía que no se trataba de algo que sucediera sin planearlo.

—¿Debería ir a Lancashire —le dijo—para hablar con tu padre?— No se le había ocurrido hasta ahora que tal vez debería hacerlo.

—Tengo treinta y nueve años—, le recordó. —Mi padre vive su propia vida con la mujer con la que se casó antes de que me mudara aquí. No hay distanciamiento entre nosotros, pero tiene poco o nada que ver con mi vida y ciertamente no tiene voz en cómo la vivo.

George se preguntaba sobre la situación familiar. Conocía algunos de los hechos, pero no toda la razón por la que ella se había ido de casa y se había mudado tan lejos. Era algo inusual para una mujer soltera cuando había parientes varones para mantenerla.

—No tenemos más que nuestros propios deseos que consultar, entonces, al parecer—, dijo. —¿ Deberíamos prescindir de un largo compromiso matrimonial? ¿Te casarás conmigo pronto?

—¿Pronto?— Le miró con las cejas levantadas. Y luego levantó ambas manos y apretó las palmas de sus manos contra sus mejillas. —Oh, Dios mío, ¿qué pensará todo el

mundo? ¿Agnes? ¿Los vizcondes? ¿Tus otros amigos? ¿La gente del pueblo de aquí? Soy profesora de *música.* Tengo casi cuarenta años. Voy a aparecer muy…¿presuntuosa?

—Creo, —dijo— de hecho sé que mis amigos estarán más que encantados de verme casado. Estoy igualmente seguro de que aprobarán mi elección y aplaudirán su disposición a recibirme. Tu hermana seguramente se alegrará por ti. No soy un mal partido, después de todo, ¿o sí, aunque sea nueve años mayor que tú? Julián y Philippa, mi único sobrino y su esposa, también estarán contentos. Estoy seguro de ello. Tu padre seguramente será feliz también, ¿no es así? Y creo que tienes un hermano.

Sus manos cayeron sobre su regazo. —Todo esto es tan repentino—, dijo. —Sí, Oliver es un clérigo en Shropshire.— Se mordió el labio inferior otra vez. —Entonces, ¿nos casaremos pronto?

—Dentro de un mes, si esperamos a que se lean las amonestaciones—, dijo, —o antes si prefieres casarte con una licencia especial. En cuanto al lugar, las opciones pueden estar aquí o en Lancashire o en Penderris o en Londres. ¿Tienes alguna preferencia?

Su hermana y Flavian se casaron aquí en la iglesia del pueblo el año pasado con una licencia especial. El desayuno de bodas se había celebrado en Middlebury Park, y Sofía había insistido en que los recién casados pasaran la noche de bodas en las habitaciones reales en el ala este. Todo había sido encantador, perfecto... pero ¿quería hacer exactamente lo que su hermana había hecho?

—¿Londres?—, dijo ella. —Nunca he estado allí. Tenía que ir a una temporada de presentación cuando tenía dieciocho años, pero.... Bueno, nunca sucedió.

Pensó que sabía la razón. El escándalo casi había estallado el año pasado después de que su hermana se fue a Londres con Flavian después de su boda. Una ex novia de Flavian, que lo había abandonado cuando estaba malherido para casarse con su mejor amigo, ahora era viuda y esperaba casarse con Flavian después de todo. Cuando descubrió que había perdido su oportunidad, cavó en el pasado de Agnes y encontró tierra allí. La madre de Agnes, y *la de la Srta. Debbins,* aún vivía, pero su padre se había divorciado de ella hace años por adulterio. Era un escándalo espectacular en ese momento, e incluso el año pasado había amenazado con el cotilleo malicioso y el ostracismo social para Agnes, la hija de la mujer divorciada. La *Sociedad se* la habría comido viva si Flavia no hubiera intervenido con audacia y habilidad para manejar la situación y evitar el desastre. Ese escándalo inicial habría ocurrido cuando Agnes era una niña y la Srta. Debbins una joven a punto de hacer su debut en la sociedad. Le habría privado de toda esa emoción y, lo que era más importante, del respetable matrimonio que podría haber esperado que resultara de una temporada en Londres, el gran mercado matrimonial anual. Se había quedado en casa para criar a su hermana.

Sin duda, la Srta. Debbins tenía unos cuantos fantasmas que poner a descansar en lo que respecta a Londres y el Beau Monde. Quizás ahora era el momento.

—¿Puedo sugerir Londres para nuestra boda?—, dijo. —¿Tan pronto como las amonestaciones hayan sido leídas? ¿Antes de que termine la temporada? ¿Con casi toda la *Sociedad de* asistentes? Si vamos a casarnos, es mejor que lo hagamos con estilo. ¿No estás de acuerdo?

—¿Lo haría?— No parecía convencida.

—Y, en el aspecto más práctico —continuó—, si queremos amigos y conocidos a nuestro alrededor, y sugeriría que lo hagamos, entonces Londres representa el menor inconveniente para el mayor número de personas. Creo que Ben y Samantha, Hugo y Gwen, Flavian y Agnes, y Ralph y Chloe siguen allí después de la boda de Imogen. Percy e Imogen deberían estar de vuelta de París. Vincent y Sofía estarán encantados de volver a la ciudad, creo, si la alternativa es perderse nuestra boda. Tal vez tu padre y tu hermano puedan ser persuadidos para hacer el viaje. Supongo que Agnes y Flavian estarán encantadas de alojarlos.

—Londres—. Parecía un poco aturdida.

—En St. George's en Hanover Square,— dijo,—donde la mayoría de las bodas de la sociedad son solemnizadas durante la temporada.

Sus mejillas se sonrojaron mientras lo miraba, y sus ojos brillaban. Fue solo cuando ella bajó la cabeza que él se dio cuenta de que el brillo era causado por las lágrimas.

—Entonces, ¿voy a casarme después de todo?— Su voz era casi un susurro. Tenía la sensación de que no estaba hablando con él.

—En Londres, en St. George's, dentro de un mes—, le dijo, —con la misma crème-de-la-crème de la sociedad llenando los bancos. Y luego una luna de miel si lo desea en París o en Roma o en ambos. O el hogar de Cornwall y Penderris, si lo prefiere. Podemos hacer lo que queramos, lo que *tú* desees.

—Voy a tener una boda con todo el mundo presente.— Todavía sonaba un poco aturdida. —Oh, Dios. ¿Qué dirá Agnes?

Dudó. —Srta. Debbins—, preguntó en voz baja,—¿le gustaría invitar a su madre?

Su cabeza se echó hacia atrás, sus ojos se abrieron de par en par, su boca se abrió como si estuviera a punto de decir algo, y luego se volvió a cerrar como lo hicieron sus ojos.

—Oh.— Fue una tranquila oleada de aliento más que una palabra.

—¿Te he angustiado?—, le preguntó. —Le ruego me disculpe si lo he hecho.

Sus ojos se abrieron, pero había una línea fruncida entre sus cejas mientras lo miraba. —Me siento un poco... abrumada, Su Gracia,— dijo ella. —Debo disculparme. Necesito... Me gustaría estar sola, por favor.

—Por supuesto.— Se puso de pie inmediatamente. Maldito sea por ser un tonto torpe. Quizás ni siquiera sabía que su madre estaba viva. Quizás Agnes no le había hablado del año pasado. —¿Puedo tener el honor de volver a visitarla mañana?

Asintió y miró al dorso de sus manos, sus dedos extendidos sobre su regazo. Claramente *estaba* abrumada, un hecho que no le sorprendió cuando no se le había avisado de su llegada.

Dudó un momento antes de salir de la habitación, y luego cerró la puerta de la sala en silencio tras él.

La calle del pueblo estaba vacía mientras caminaba por ella en dirección a la entrada de Middlebury Park, pero no se dejó engañar. No dudó de que ya se había corrido la voz de

su presencia aquí y de la visita que había hecho a la Srta. Debbins. Casi podía sentir curiosos ojos mirándolo desde detrás de las cortinas de las ventanas a lo largo de la calle. Se preguntaba qué tan pronto sería antes de que todos supieran por qué había venido y qué respuesta había recibido a su propuesta de matrimonio.

Se preguntó si le diría algo a Vincent y Sophia, y decidió que no lo haría. Todavía no. No le había pedido permiso a ella, y era importante para él no parecer prepotente. Era sensible al hecho de que tenía un título ducal mientras ella, aunque hija de un barón, vivía ahora como solterona en una aldea rural, enseñando música.

El anuncio podría esperar.

Se preguntaba cómo recibiría la noticia en Penderris y en el vecindario que lo rodea. Se preguntaba si abriría algún tipo de caja de Pandora llevando a una nueva esposa a casa con él y comenzando a ser un hombre casado y contento. A menudo se encontraba pensando en otro dicho, el de dejar mentir a los perros dormidos, cuando pensaba en su vida en Penderris. La muerte de Miriam había sido tan desagradable, incluso más allá del horror del suicidio en sí. Aunque todas las personas cuya opinión valoraba se habían reunido en torno a él y se habían mantenido fieles a él desde entonces, había habido y seguía habiendo un elemento de la población que había decidido culparlo.

A los perros durmientes se les había permitido mentir hasta ahora. Aparte de las semanas de cada año que los miembros del Club de los Supervivientes pasaban con él, vivia una vida bastante solitaria cuando estaba en el campo. Quizás se percibía como una vida solitaria, y quizás la percepción era correcta. Quizás aquellas personas que lo habían culpado hace doce años sintieron que merecía su soledad como mínimo.

¿Cómo sería llevar a la Srta. Debbins como su duquesa? No habría desagrado hacia ella, ¿verdad? O.... peor. ¿Pero qué podría ser peor? Todos esos acontecimientos, de los que nunca habló, ni siquiera a sus compañeros Supervivientes, habían llegado a su terrible conclusión hacía muchos años.

Seguramente tenía derecho a no olvidar, no podía hacer eso nunca, sino a vivir de nuevo, a buscar la compañía, la satisfacción, tal vez incluso un poco de amor.

Caminó por el camino de entrada dentro de las puertas del parque en dirección a la casa y se sacudió la extraña sensación de presentimiento que le había golpeado, aparentemente de la nada.

*****

Como era de esperar, la Sra. Henry no tardó más de uno o dos minutos en llegar después de que el duque se hubiera marchado, abiertamente aturdida por la curiosidad.

—Podría haberme derribado con una pluma cuando abrí la puerta, Srta. Debbins—, dijo mientras se inclinaba para recoger la bandeja de té. —No había oído que el vizconde y su señora trajeron visitas de Londres.

—No lo hicieron. Su Gracia llegó hoy—, dijo Dora.

—¿Y vino a visitarla tan pronto?— La Sra. Henry estaba cambiando los platos de la

bandeja. —Espero que no haya traído malas noticias sobre Lady Ponsonby.

—Oh, no—, dijo Dora. —Pudo asegurarme que Agnes está bien.

—Hice una tetera fresca para traerla,— dijo la Sra. Henry,— pero no la pediste y no me gustó molestarte.

—Su Gracia tomó el té en Middlebury Park—, explicó Dora.

La Sra. Henry decidió que el azucarero no estaba colocado a su gusto en la bandeja, pero después de moverlo y mirar a Dora, que obviamente no iba a dar más información, sacó la bandeja y cerró la puerta detrás de ella.

Dora puso dos dedos de cada mano en sus sienes e imaginó cómo habría reaccionado su ama de llaves si le hubieran dicho que el duque de Stanbrook había venido a Middlebury Park con el propósito específico de *visitarla* para proponerle matrimonio a su señora. Pero la propia mente de Dora apenas podía lidiar con su realidad. Ciertamente no estaba lista para compartir la noticia.

Sabía lo de su madre. Ese fue el primer pensamiento claro que se formó en su mente. Agnes y Flavian debían habérselo dicho. O tal vez lo había escuchado de los chismes de los salones en Londres el año pasado. Él lo sabía, pero aun así había decidido hacerle una oferta de matrimonio y quería casarse con ella públicamente en Londres antes de que terminara la temporada. Incluso estaba dispuesto a invitar a su madre a la boda.

¿Su estatus le permitía burlarse de la opinión pública?

Durante toda la tarde y hasta el final de la noche, el hecho de que invitaría a su madre si lo deseaba se agitó en la mente de Dora junto con todo lo demás que había sucedido después de que él entrara en su sala de estar. Incluso a la mañana siguiente, la irrealidad de todo esto continuó distrayéndola mientras intentaba prestarle toda su atención a Michael Perlman. Era uno de sus alumnos favoritos, un brillante niño de cinco años cuyos gordos dedos siempre volaban sobre el teclado del clavicémbalo de su madre con una precisión y musicalidad asombrosas para uno tan joven. Su carita redonda siempre resplandecía de placer mientras jugaba, y lo hacía con una absorción tan total que la miraba con sorpresa si ella hablaba. Michael Perlman era uno de los que echaría de menos.

Su madre había huido de su familia con un hombre más joven después de que papá los acuso una noche en una asamblea local de ser amantes. En una escena terriblemente pública que todavía tenía el poder de perseguir los sueños de Dora, había acusado a su madre de adulterio y había declarado su intención de divorciarse de ella. Había estado bebiendo demasiado, algo que su familia siempre temía aunque no sucedía a menudo. Cuando esto sucedía, casi siempre estaba en compañía, y decía o hacía cosas horriblemente embarazosas que no soñaba decir o hacer cuando estaba sobrio. Su comportamiento esa noche había sido peor de lo habitual, el peor de todos, de hecho, y mamá había huido y nunca había vuelto. La amenaza de divorcio se ha llevado a cabo en medio de una larga y terrible publicidad. Dora no había visto ni oído nada de su madre desde la noche de esa asamblea. Tampoco había querido hacerlo, pues su madre había huido con su amante, confirmando seguramente la acusación de papá. La vida de Dora había cambiado catastróficamente y para siempre.

El año pasado, cuando el viejo escándalo amenazó con volver a levantarse, Flavian descubrió dónde vivía, la visito. Se había casado con el hombre con el que había huido esa

noche y vivían muy cerca de Londres. Agnes había decidido no seguir con el asunto, aunque le había dicho a Dora sobre la reunión de Flavian con ella.

La oferta del duque de invitar a su madre a su boda había sido la gota que colmó el vaso para Dora cuando su mente ya estaba en un torbellino desesperado. Cielos, un minuto había estado relajada en su sala de estar, demasiado cansada incluso para leer, y treinta minutos más tarde estaba prometida y discutiendo los planes para su boda en St. George's, Hanover Square, en Londres, con el *Duque de Stanbrook.*

¿Realmente había tenido el descaro de pedirle que se fuera de su casa? Tal vez hoy considere su oferta nula y sin efecto. Había una nota esperándola en la bandeja del pasillo cuando regresó a casa después de la lección. Su nombre estaba escrito en el exterior con una mano firme y segura que era inequívocamente masculina.

—Un sirviente de Middlebury lo trajo—, dijo la Sra. Henry al salir de la cocina, limpiándose las manos en el delantal. Se quedó en la sala durante unos momentos, probablemente con la esperanza de que Dora abriera la nota y divulgara su contenido.

—No necesita traerme café esta mañana, Sra. Henry—, dijo Dora. —La Sra. Perlman tuvo la amabilidad de enviar algunos a la sala de música.

Llevó la nota a la sala de estar y la abrió sin siquiera sentarse ni quitarse el sombrero y la pelliza.

Sus ojos se movieron primero hacia la firma. *Stanbrook*, había escrito con la misma mano audaz. Inconscientemente contuvo la respiración mientras sus ojos se movían hacia arriba en la página. Pero no estaba después de todo rescindiendo su oferta, y qué tonto de su parte temer que lo hiciera. La oferta había sido hecha y aceptada, y ningún caballero se retiraría de ese compromiso. Había escrito que entendía que ella iría a la casa por la tarde para darle a Vincent una lección sobre el arpa. Se haría el honor, entonces, de venir a buscarla después del almuerzo. Eso fue todo. No había nada de carácter personal.

Pero no era necesario que lo hubiera. Era su prometido. Estaban comprometidos para casarse. La verdad de eso la golpeó como si solo ahora se diera cuenta completamente. Iba a *casarse*. Pronto. Iba a ser *duquesa*.

Dobló bien la nota y se la llevó arriba. Se puso ropa más vieja, se armó con sus herramientas y guantes de jardinería, y salió al jardín trasero para hacer la guerra contra las malas hierbas que se habían atrevido a invadir su propiedad. La jardinería siempre había calmado la más turbulenta de sus emociones, y ninguna era más turbulenta que las que se habían desatado dentro de ella ayer y todavía lo hacen hoy.

La maleza no tenía ninguna oportunidad contra ella.

CAPÍTULO 04

Dora estaba bien vestida nuevamente y estaba lista para partir poco después del almuerzo, ya que el duque no había dicho exactamente cuándo vendría a buscarla. Normalmente no se iría a Middlebury hasta dentro de una hora y media, pero no quería que la cogieran desprevenida.

Hoy había sido peor que ayer en algunos aspectos. Hoy lo *esperaba*. Y hoy su estómago y su cerebro, se revolvieron vertiginosamente y completamente fuera de su control, en parte con excitación, en parte con una especie de temor. Era un *duque*. Los únicos rangos más altos eran rey y príncipe.

La jardinería la había calmado un rato antes del almuerzo, pero ahora no podía volver a salir. En cambio, se sentó al pianoforte en la sala de estar. Era un viejo instrumento maltratado, que había sido antiguo incluso cuando era niña, mucho antes de que lo trajera a su cabaña hace nueve años. Pero no se sentía privada por no tener un instrumento más digno. Le encantaba el tono suave de este. Incluso le encantaron las dos notas engañosas, una negra y otra blanca, que ninguna cantidad de persuasión y retoques y ajustes con los afinadores de piano podría inducir a comportarse como las otras teclas. Se sentían un poco como viejos amigos. Este pianoforte la había visto a través de todas las alegrías y tristezas, todas las conmociones y el tedio de varias décadas. En todo ese tiempo nunca, o casi nunca, había fallado en traerle alegría y en calmar cualquier problema de su alma. A veces sentía que no habría sobrevivido sin la música y su pianoforte.

El duque de Stanbrook debía haber llamado a la puerta exterior. La Sra. Henry debió abrirle y luego dio un golpecito en la puerta de la sala antes de entrar. Apenas habría entrado directamente como si fuera el dueño de la cabaña, aunque *estuviera* comprometido con su dueña. Pero la primera indicación que Dora tuvo de su llegada fue la conciencia de algo grande y oscuro en el borde de su visión, donde antes no había habido tal objeto. Sus manos cayeron inmóviles sobre las teclas y giró la cabeza lentamente. Estaba de pie justo detrás de la puerta, donde había estado parado un rato ayer.

—Perdón —, dijeron al mismo tiempo.

Hizo una reverencia. —Debo decir, — continuó,—que fue muy inteligente de mi parte elegir una esposa que pueda llenar mi casa con música por el resto de mis días.

Estaba haciendo lo que ella recordaba que había hecho el año pasado cuando estaba sentada a su lado en la cena antes de tocar para los invitados en Middlebury. Estaba sonriendo con los ojos y diciendo algo que la tranquilizaría. Y recordó la impresión más vívida que había tenido de él esa noche y durante los días siguientes, de que no sólo tenía ojos sonrientes, sino también ojos bondadosos. Uno no esperaba bondad de un hombre de su alto rango. Uno esperaba distanciamiento, incluso altanería.

Fueron sus ojos y lo que sugirieron sobre él lo que la hizo soñar con él mientras todavía estaba en Middlebury y después de que se fuera, aunque *sueño* era la palabra clave. En realidad, él había parecido un universo fuera de su alcance. La suya era solo la

amabilidad de la condescendencia, se había dicho a sí misma más de una vez.

Tenía los ojos más bonitos de todos los que había conocido.

—No te oí llegar—, dijo, poniéndose en pie. —Pero estoy lista. ¿Nos vamos caminando?— Pero debía ser asi. Seguramente no podía haber estado tan absorta en su interpretación que se le había pasado por alto el sonido de un carruaje que se detenía frente a su puerta.

—¿Te importa?—, le preguntó mientras se ponía el sombrero que había puesto en una silla con su chal. —El buen tiempo sigue aguantando, y parece una pena desperdiciarlo.

—No me importa—, le aseguró, poniendo el chal sobre sus hombros. —Camino a todas partes.— Tendría más tiempo para pasar con él si caminaban. Y tendría *el resto de su vida* para pasar con él después de casarse.

Oh, Dios. Oh, Dios mío. De repente se sintió casi mareada por el placer de todo esto.

Se le ocurrió a Dora cuando salieron de la cabaña y salieron por la puerta de su jardín hacia la calle del pueblo, que la llegada del Duque de Stanbrook aquí ayer no habría pasado desapercibida. Seguramente se habría corrido la voz a todos los habitantes antes de que terminara el día, como siempre se ha corrido la voz de cualquier cosa remotamente inusual en una pequeña comunidad. Estaría dispuesta a apostar que a estas alturas la mitad de la aldea sabía que él había regresado hoy y que más de unos pocos afortunados que viven o tienen sus negocios en esta calle estaban observando discretamente desde detrás de las cortinas de sus ventanas para ver si salía de su casa de campo. Ahora eran testigos de cómo Dora avanzaba por la calle en dirección a las puertas del parque de Middlebury, con la mano atravesada por el brazo del duque.

No habría sido tan humana si no hubiera sentido un cierto disfrute con esta realidad. La especulación estaría muy extendida durante el resto del día. La Sra. Jones, la esposa del vicario, quizás no por casualidad, estaba de pie en la puerta de su jardín hablando con la Sra. Henchley, la esposa del carnicero. Ambos se volvieron y sonrieron, hicieron una reverencia y comentaron sobre el hermoso clima y miraron significativamente a Dora. El duque tocó el borde de su sombrero de copa con una mano, les deseó una buena tarde, y estuvo de acuerdo en que sí, el verano parecía haberse adelantado este año. Dora adivinó con una sonrisa interior de cariño hacia sus vecinos que regalarían al resto del pueblo en lo que quedaba del día con un relato bordado del encuentro.

Ella y el duque giraron entre las puertas hacia el parque privado de Middlebury, pero no permanecieron mucho tiempo en la entrada principal. En vez de eso, el duque los giró a su izquierda para caminar entre los árboles que bordeaban la pared sur del parque, y hubo una instantánea impresión de paz y aislamiento. La luz del sol fue silenciada por las ramas y el dosel de hojas verdes sobre la cabeza. Había los hermosos olores de la tierra y el verde, algo que Dora nunca había notado en sus muchas caminatas a lo largo del camino de entrada.

La golpeó de repente, como si uno de los rayos de sol que penetraban en los árboles hubiera brillado directamente en su mente, que estaba feliz. Era una extraña interpretación, quizás, ya que había vivido la mayor parte de su vida con la determinación consciente de estar contenta con su vida. Nunca se había permitido pensar en ninguno de los factores que podrían haberla hecho *infeliz*. Pero sabía en esos momentos, mientras disfrutaban de su

entorno en un silencio agradable, que nunca había conocido la verdadera felicidad hasta ahora.

La sintió con un burbujeo interior de exuberante alegría. Todos sus sueños se hacían realidad de repente, inesperadamente, incluso si sucedía veinte años después de lo que ella había esperado. Pero eso no importaba. Nada importaba más que el hecho de que por fin estaba sucediendo. Estaba sucediendo ahora. Se preguntó cómo reaccionaría el duque si quitaba la mano de su brazo y daba vueltas, los brazos extendidos hacia los lados, la cara hacia el cielo lejano, canto y risas en sus labios. Sonrió ante la extraña imagen de sí misma, el pensamiento la provocó y bajó su barbilla para que él no viera más allá del borde de su sombrero.

Pero había que abordar algo antes de que llegaran más lejos.

—Preferiría que no invitáramos a mi madre a la boda—, dijo abruptamente.

—Entonces no lo haremos.— Puso una mano sobre la de ella en su brazo y la miró. —Debe darme una lista de las personas *que* desea invitar, Srta. Debbins, y la pondré en las manos de mi secretario con mi propia lista en cuanto regrese a Londres dentro de un par de días.

¿Tan pronto? ¿Los próximos días?

—Deseo que las primeras amonestaciones se lean el próximo domingo—, explicó, —si es que no te estoy apresurando demasiado. Pero habiendo concebido la idea de casarme, y habiendo obtenido su consentimiento para mi oferta, ahora estoy impaciente por que se haga el acto.

¿Podría saber lo dulce que le sonaban esas palabras a sus oídos?

—Haré una lista cuando regrese a casa—, dijo. —Será una muy corto, sin embargo.

—Entonces debes decirme —dijo—si deseas que mi lista sea igualmente corta. Realmente no me importa cuán pequeña o grande sea nuestra boda, siempre y cuando tú y yo estemos allí con el número requerido de testigos para que todo sea legal.

—Oh—, dijo ella, y fue consciente de una cierta decepción.

Quizás lo vio en su cara.

—Pero si no tienes ninguna preferencia,— continuó,—¿puedo reforzar una sugerencia que hice ayer? Me dijiste entonces que no podrías ser duquesa. Hasta que dijiste eso, sólo pensé en persuadirte de que tal vez te gustaría casarte *conmigo*. Había olvidado que también debo convencerte de que te cases con ese formidable ser, el Duque de Stanbrook. Supongo que lo doy por sentado porque ha estado conmigo durante mucho tiempo. Pero aunque espero que pasemos la mayor parte de nuestra vida de casados en Penderris, sin duda habrá momentos en los que tendré que estar en Londres, y ciertamente no desearía dejarte atrás en el campo. También me dijiste ayer que nunca ha estado en Londres ni te has mezclado con la *Sociedad*. Tal vez el mejor momento para hacer ambas cosas sea ahora, durante el mes previo a nuestra boda y durante la boda misma, es decir, la gran boda. ¿Vendrás a Londres, si no es conmigo en uno o dos días, al menos poco después? Tu hermana y Flavian siguen allí. Así como la mayoría de los otros Supervivientes, y espero plenamente que Sofía y Vincent regresen allí también. Deja que todos te presenten la

ciudad. Permíteme hacer lo mismo tan pronto como se anuncie oficialmente nuestro compromiso. Déjame organizar una fiesta de compromiso.

Habían dejado de caminar y le había soltado el brazo. Se quedó mirándola, sus manos agarradas a su espalda, amabilidad y preocupación en sus ojos.

—Oh,— dijo de nuevo.

—Pero es una mera sugerencia—, dijo. —Soy tu sirviente, Srta. Debbins. Todo será como tú quieras.

Dora se sintió muy tentada de tomar la salida del cobarde y elegir la boda más tranquila de Londres después de todo, o incluso una boda aquí en la iglesia donde Agnes se había casado con Flavian el año pasado. Pero…

¿Londres?

¿Durante la *temporada*?

Como la prometida del duque de Stanbrook y la cuñada del vizconde Ponsonby y el amigo del conde de Berwick, que ahora también era duque, y el barón Trentham y Sir Benedict Harper y el vizconde Darleigh y la condesa de Hardford?

Era la materia de la que se hacían los sueños. Era el material del que se hacían los cuentos de hadas.

—No hay necesidad de asustarse—, dijo.

—Oh, no tengo miedo—, le aseguró. —Un poco abrumada, tal vez otra vez. Pero tienes toda la razón. Si voy a ser tu esposa, entonces necesito ser tu duquesa también. Además, siempre he pensado que debía ser encantador asistir al teatro de Londres, pasear por Hyde Park, bailar el vals en un baile de verdad. ¿Soy demasiado vieja para eso?

Su sonrisa se había convertido en una verdadera diversión. —¿Tiene reumatismo en ambas rodillas, Srta. Debbins?

—¡No!— Estaba un poco sorprendida por la referencia abierta de él a sus rodillas.

—Yo tampoco—, dijo. —Tal vez podamos bailar juntos en un rincón oscuro de un salón de baile oscuro sin hacer demasiado espectáculo de nosotros mismos.

Ella le sonrió.

—Cambiemos de rumbo—, sugirió, ofreciendo de nuevo su brazo, —o acabaremos en la pradera al otro lado del lago. En su lugar, pasearemos por este lado y luego tomaremos el sendero que sube hasta la casa. Vincent se enfadará si te mantengo fuera más allá del tiempo asignado para su lección.

—¿Es posible?—, preguntó. —¿Qué Lord Darleigh se enfade?

— Lo difamo —, admitió con una sonrisa.

Dora nunca había caminado por el lago, aunque lo había visto desde lejos. Tampoco había caminado por el sendero de barandilla que Lady Darleigh había construido después de su matrimonio para que su marido ciego pudiera moverse más libremente por el parque sin tener que ser siempre conducido. También fue la vizcondesa quien se interesó por la posibilidad de formar a un perro ovejero para que lo guiara y le diera aún más libertad de

movimiento. Y había hecho reconstruir el sendero solitario en las colinas detrás de la casa para que pudiera caminar allí con relativa seguridad. Lo había plantado con varios árboles aromáticos y flores para deleitar sus otros sentidos.

—¿Has cruzado alguna vez a la isla?— Preguntó Dora, asintiendo hacia ella mientras caminaban junto al lago. — Agnes me dijo que el pequeño templete del templo en su centro es muy hermosa por dentro. Las vidrieras hacen que la luz sea bastante mágica—, dijo.

—Sólo lo he admirado desde el banco—, admitió. —Es una delicia que viviremos juntos en nuestra próxima visita a Middlebury, como marido y mujer.

El estómago de Dora se sintió como si hubiera realizado una voltereta completa. No estaba segura de que aun así creyera plenamente en este futuro al que había accedido. Apenas se atrevía a confiar en tal felicidad.

—Penderris Hall está junto al mar—, le dijo. —¿Sabías eso? Hay acantilados escarpados que bordean el parque en el sur y arenas doradas debajo y una belleza general que es bastante salvaje en comparación con lo que se ve a su alrededor aquí. Espero que no te parezca sombrío.

—No espero hacerlo—, dijo. —Será en mi casa.

Casa. Sin embargo, nunca lo había visto. Nunca había puesto un pie en Cornwall o en Devonshire. O en Gales, aunque no estaba lejos de aquí, en Gloucestershire. Y recordó que su esposa había muerto en los acantilados a los que se había referido. Alguien se lo había dicho, quizás Agnes. La duquesa se había arrojado poco después de perder a su único hijo, su único hijo, durante las guerras.

¿Cómo debe haber sido para el duque perderlos a los dos de esa manera? ¿Cómo había mantenido su cordura?

Dora se sorprendió por completo al darse cuenta de que ella sería su segunda esposa. Él vendría a ella cargado de años y años de recuerdos de una vida familiar con otra mujer y un niño. Vendría cargado del recuerdo de las terribles tragedias que le habían arrebatado a ambos en pocos meses. ¿Era de extrañar que no tuviera amor romántico o pasión para ofrecerle? No podría reemplazar a su primera esposa en sus afectos.

Bueno, por supuesto que no podía. No querría hacerlo aunque fuera posible. La suya sería un tipo de relación completamente diferente. Era consuelo y compañía lo que quería de ella. Había sido bastante honesto al respecto, y no debía olvidarlo. Quería a alguien que le ayudara a mantener a raya la soledad.

Bueno, y *ella también*. Podrían hacer eso el uno por el otro. Podría ser su compañera y amiga, y él podría ser el suyo. También tenía música que ofrecer, a cambio de todos los bienes materiales y lujos que le proporcionaría. Sonrió cuando recordó lo que le había dicho antes sobre su inteligencia para elegir una esposa que pudiera tocar para él.

No se iba a deprimir por lo que no podía tener de su matrimonio. Cielo santo, ayer a estas horas, había esperado plenamente que viviría su vida aquí en Inglebrook como una solterona. Pero ahora estaba prometida.

Se volvieron hacia el camino que lleva a la casa.

—Eres una compañera pacífica, Srta. Debbins—, dijo el duque. —No parece que

sientas la necesidad de llenar cada momento de silencio con palabras.

—Oh, Dios mío—, dijo,—¿es una forma educada de decir que no tengo conversación?

—Si así fuera —dijo—, entonces también me condenaría a mí mismo, ya que he guardado el mismo silencio durante gran parte de nuestro caminar. Casi desearía que hubiéramos tenido tiempo de seguir caminando entre los árboles para pasear por el prado y sentarnos en la casa de verano. Pero debo, por desgracia, comportarme responsablemente y entregarte a tiempo para tu lección.

—¿Lo saben?— preguntó Dora. Podía sentir el aleteo de la ansiedad en su estómago.

—No sentía que tenía derecho a hacer ningún anuncio—, le dijo. —Me pareció totalmente posible que después de pensar las cosas, cambiarías de opinión sobre cómo enfrentarte a la agitación en tu vida que te traerá el casarte conmigo. No quería avergonzarte indebidamente si habías cambiado de opinión. Estaba muy ansioso cuando fui a tu casa antes. No sabía lo que me esperaba.

Lo miró con recelo, pero él parecía perfectamente serio.

—Nunca se me ocurrió cambiar de opinión—, dijo. —Pensé que quizás tú serías el que cambiaría la tuya después de haberme visto de nuevo ayer por la tarde. Pero recordé que eres un caballero y no cambiaría, habiendo hecho su oferta.

Se rió suavemente. —Le aseguro, Srta. Debbins,— dijo,—que verla de nuevo ayer me hizo más ansioso por casarme contigo.

Oh, Dios mío, pensó Dora. *¿Por qué?* Pero se sintió calentada hasta el centro de su corazón de todos modos.

*****

George se sentía ansioso de nuevo. Vincent y Sofía, podía ver, estaban afuera, sentados en los jardines formales mientras Tomás, su hijo, caminaba alegremente a lo largo del sendero cerca de ellos. Se detuvo incluso cuando George lo vio para arrancar la cabeza de una flor y se la tendió a su mamá con una mirada de triunfo.

—Oh, Dios mío,— dijo la Srta. Debbins,—están afuera, y Lady Darleigh nos ha visto. Pensará que es muy presuntuoso de mi parte acercarme a la casa desde la dirección del lago y caminar sobre tu brazo. Soy su profesor de música.

Le sonrió y le dio una palmadita en la mano. —Les informé cuando Vincent me contó sobre su lección de arpa que entraría en la aldea y la acompañaría hasta aquí —, le dijo. —¿Tengo tu permiso para contarles lo de nuestro compromiso?

—Oh—, dijo. —Sí, supongo que sí. Pero, ¿qué van a pensar?

Estaba encantado por su remilgo, su modestia, su ansiedad, pues después de todo era una dama, hija de un barón, y probablemente había esperado hacer un matrimonio perfectamente respetable cuando era joven.

—Creo que estamos a punto de averiguarlo—, dijo. Y sí, él también estaba un poco nervioso. Sospechaba que sus amigos serían tomados totalmente por sorpresa. No necesitaba su aprobación, pero ciertamente la quería.

Vincent y Sofía estaban sonriéndoles, ella debía haberle dicho algo. Tomás estaba comenzando a caminar en su dirección, pero Sofía lo tomó en sus brazos.

—Creo, Srta. Debbins,— dijo Sophia cuando estaban cerca,—que George temía que se saltara su lección hoy debido al buen tiempo. Insistió en ir a buscarte aquí en persona.

—Así es,— dijo George. —Si hubiera esperado a que viniera sola, la habría visto sólo uno o dos minutos antes de que desapareciera en la sala de música con Vincent y el arpa, y no me hubiera gustado nada.

Sofía lo miró especulativamente cuando Vincent se acercó a su lado, guiado por su perro, y Tomás cambió su afecto y le mostró su flor a George.

—La Srta. Debbins no nos ha defraudado todavía—, dijo Vincent con una sonrisa. —Buenas tardes, señora. Me temo que te enfadarás conmigo. Apenas he tenido oportunidad de practicar desde mi última lección.

—Eso es muy comprensible, Lord Darleigh—, dijo ella. —Has estado en Londres.

—Pero antes de que te la lleves, Vincent,— dijo George,—Tengo algo que decir. Estabas desconcertado por mi llegada ayer, como bien podría estarlo ya que te había visto en la ciudad unos días antes. Vine con un propósito en particular y lo logré con éxito ayer, cuando visite a la Srta. Debbins en su casa.

Sophia miró de uno a otro. Tomás ofreció su flor, ligeramente aplastada, a la Srta. Debbins, que la tomó con una sonrisa de agradecimiento y se la llevó a la nariz.

—La Srta. Debbins me ha hecho el gran honor de aceptar mi mano en matrimonio—, explicó George. —Planeamos casarnos en cuanto se hayan leído las amonestaciones. Me temo que entonces me la llevaré de aquí y de ti. También voy a insistir en que regreses a Londres dentro de un mes, ya que planeamos casarnos con mucha pompa y circunstancias en St. George's y debemos tener a toda nuestra familia y amigos a nuestro alrededor.

La Srta. Debbins estaba prestando mucha atención a su flor. Por un momento, Sophia y Vincent sí, Vincent también los miró con expresiones de asombro mientras Thomas se estiro con ambos brazos y empujaba el hombro de su padre.

—¿Te vas a *casar*?— Preguntó Sofía mientras Vincent tomaba al niño con su brazo libre. —¿*El uno con el otro?* Pero qué absolutamente…¡ *perfecto*!

Hubo una gran cantidad de ruido y actividad e incluso algunos chillidos cuando todos abrazaron a los demás y se estrechaban las manos y se daban palmadas en la espalda y se besaban las mejillas y algo era graciosamente gracioso, porque todos se reían.

—No puedo decidir por quién de ustedes estoy más contento—, dijo Vincent mientras sonreía de uno a otro, para todo el mundo como si realmente pudiera verlos. —No puedo pensar en nadie que merezca a George más que usted, Srta. Debbins, ni en nadie que la merezca más que él. Pero esto es un engaño diabólico de tu parte, George. ¿Qué se espera que hagamos ahora sin un profesor de música?

—Me imagino, Vince,— dijo George, poniendo una mano sobre su hombro,—todo el

personal de la casa ofrecerá una oración de agradecimiento.

—¿Es una reflexión sobre la calidad de mi instrucción?— Preguntó severamente la Srta. Debbins.

—Eso te enseñará a insultarme, George—, dijo Vincent con una sonrisa. —Thomas, mi muchacho, el pelo de papá no fue hecho para ser arrancado, ya sabes. Esos rizos están pegados a mi cabeza.

Sophia le había unido un brazo a la Srta. Debbins y la atraía hacia la casa.

—No puedo decirte lo emocionada que estoy—, dijo ella. —¿Somos los primeros en enterarnos? Qué espléndido. Sube al salón a tomar el té y cuéntame tus planes. Cada uno de ellos. ¿Sabías que George iba a venir? ¿Te escribió para decírtelo? ¿O apareció en tu puerta sin avisar? Qué romántico debe haber sido eso.

—No puedo tomar té—, protestó la Srta. Debbins. —Es hora de la lección de Lord Darleigh.

—Oh, pero no soñaríamos...— comenzó Sophia.

—Aún no estoy casada, Lady Darleigh—, dijo la Srta. Debbins enérgicamente. —Todavía tengo trabajo que hacer.

George tomó al niño del brazo de su padre y le sonrió a Sophia.

—Vete, Vincent—, dijo.

CAPÍTULO 05

La lista de la Srta. Debbins, cuidadosamente escrita con una mano pequeña y cuidadosa, era realmente muy corta. Consistía en su padre y su esposa, a quien ella no llamaba su madrastra, anotó George, su hermano y su esposa, su hermana y Flavian, su tía y tío de Harrogate, tres parejas de Inglebrook, y una de su antigua casa en Lancashire.

George se lo entregó a Ethan Briggs cuando regresó a Stanbrook House después de estar fuera durante cinco días.

—¿ Te he mantenido muy ocupado mientras estuve fuera, Ethan?—, me preguntó.

Su secretario parecía dolido. —Sabe que no, Su Gracia—, dijo. —He pagado veintidós facturas y he rechazado treinta y cuatro invitaciones, algunas de las cuales necesitaban ser redactadas con más tacto que otras. No he hecho suficiente trabajo para justificar el generoso salario que me pagas.

—¿Es generoso?— preguntó George. —Es bueno es saberlo, porque pronto te lo ganarás y más. Su tiempo y energía serán gravados, Ethan, como lo fueron durante las semanas anteriores a la boda de Lady Barclay. Las invitaciones deben ir a todos en esta lista. Es ciertamente corta, pero la Srta. Debbins me aseguró que ha incluido a todos los que son importantes para ella. Ah, y hay esta también, mi propia lista. Me temo que es lamentablemente larga, pero la Srta. Debbins estuvo de acuerdo conmigo en que si queremos hacer esto correctamente, entonces deberíamos invitar a todos los que son alguien. Hay ciertas expectativas cuando uno tiene el título de duque.

—¿Srta. Debbins?— preguntó Briggs cortésmente, tomando ambas listas de la mano de su empleador.

—La dama que ha sido lo suficientemente buena para consentir en casarse conmigo—, explicó George. —Habrá invitaciones de boda, Ethan. A St. George's, por supuesto, a las once de la mañana, cuatro semanas después de este sábado, si llego a tiempo para que se lean las primeras amonestaciones este domingo. Como me atrevo a decir que lo serán.

Su secretario, que nunca antes había mostrado nada que se acercara al asombro, lo miró con una mandíbula ligeramente caída.

—Me atrevo a decir que fue ese otro servicio nupcial la semana pasada el que despertó en mí el deseo de tener mi propia boda, Ethan—, dijo George disculpándose. —Me temo que su período de descanso ha terminado. Habrá mucho más trabajo por hacer, incluso después de haber escrito y enviado las invitaciones. Pero al menos has tenido algo de práctica.

Su secretario había recuperado su equilibrio habitual. —Permítame desearle toda la felicidad del mundo, Su Gracia—, dijo.

—Puedes—, dijo George.

—Nadie se lo merece más—, añadió Briggs, normalmente impasible.

—Bueno, eso es muy gentil de tu parte, Ethan.— George asintió cordialmente y lo dejó para el arduo trabajo que tenía por delante.

Su siguiente tarea, que no debía demorarse ni un momento más de lo necesario, consistía en hacer los arreglos necesarios para que las amonestaciones se llevaran a cabo. Sin embargo, no mucho más de una hora después de su llegada a la ciudad, regresó a Grosvenor Square y llamó a la puerta de Arnott House, que estaba al otro lado de Stanbrook House. El mayordomo del vizconde Ponsonby le informó de que su señor y su señora habían regresado de una excursión vespertina no diez minutos antes, y fue escoltado hasta la sala de estar, donde se reunieron con él unos minutos más tarde.

Y no, pensó George con una mirada más atenta de lo habitual a la vizcondesa, la Srta. Debbins no se parecía mucho a su hermana, que era más alta, de pelo más rubio y más joven y bonita.

—George—. Flavian le sonrió y le estrechó la mano antes de cruzar hacia el aparador para servirles un trago. —No te hemos visto desde la boda de Imogen. Estábamos empezando a pensar que debias haber regresado a Penderris para recuperarte de toda la emoción.

—Siéntate, George—, dijo Agnes, indicando una silla y sonriéndole para darle la bienvenida. —Probablemente has estado disfrutando de un merecido descanso.

—*He* estado fuera de la ciudad—, admitió George mientras estaba sentado. —Pero no en Penderris. He estado en Middlebury Park.

Ambos lo miraron con sorpresa.

—¿Fuiste con Sophia y Vincent?— preguntó Flavian.

—No con ellos, no—, dijo George, tomando el vaso que le ofreció su amigo. —Fui unos días después de ellos. Tuve que esperar hasta después de que mis primas se fueran, aunque en realidad no tenía intención de ir a ninguna parte hasta que se hubieran marchado a Cumberland. Vince y Sophia se sorprendieron cuando descendí sobre ellos sin previo aviso.

—Estoy segura de que fue una feliz sorpresa—, dijo Agnes. —¿Por casualidad viste a Dora mientras estabas allí?

—Sí, lo hice—, dijo. —La Srta. Debbins era, de hecho, mi razón para ir.

Se volvieron ceños idénticos de incomprensión sobre él.

—Fui—, explicó George, —a preguntarle a la Srta. Debbins si estaría dispuesta a casarse conmigo. Y ella es... bastante complaciente, en eso.

—*¿Qué?*— Agnes se echó a reír, pero había perplejidad en el sonido. No estaba segura de sí era serio o si estaba haciendo algún tipo de broma extraña.

—Le propuse matrimonio a la Srta. Debbins,— dijo George,—y ella me aceptó. Nos casaremos en St. George dentro de un mes. Me seguirá a la ciudad en una semana. Parece que tiene que ir de compras, aunque se niega rotundamente a permitirme pagar cualquiera de las facturas antes de casarse conmigo. Tu hermana es una mujer independiente y de mente fuerte, Agnes. Aunque nunca antes había estado en Londres y está claramente asombrada, si no aterrorizada, ante la perspectiva de venir ahora en medio de la temporada

social como la prometida de un duque y de casarse con él a lo grande con todo el mundo de moda que la mira, ella todavía insiste en hacerlo por su propia cuenta. Sin embargo, ha estado de acuerdo en que lo más sensato es llegar temprano para que pueda conocer la *Sociedad* y permitir que la *Sociedad la* conozca antes del fatídico día. No asistirá a ningún entretenimiento formal, me asegura, pero ha accedido a una fiesta de esponsales cerca de la fecha de nuestra boda. Estoy totalmente admirado por su coraje.

Las manos de Agnes se habían deslizado para cubrir sus mejillas. —¿Es realmente cierto, entonces?—, preguntó, sin duda retóricamente. —¿Te vas a casar con Dora? —Sus ojos se iluminaron repentinamente con lágrimas sin derramar.

—¿Por qué eres tan astuto, George?— Flavian dejó su vaso, se puso de pie y cruzó la distancia entre ellos para mover la mano de George hacia arriba y hacia abajo con un fuerte apretón de manos y luego golpearlo en la espalda. —Y pensar que todos nosotros en el club hemos estado ocupados juntando nuestras cabezas para pensar en una dama digna que pueda tentar tu imaginación y quitarte de nuestras manos. Es muy humillante, permítanme decirte, que un hombre se vea reducido a ser un emparejador, pero no mostraste signos de hacerlo por ti mismo. Sin embargo, todo el tiempo que has tenido a la vista a mi cuñada. No podría estar más feliz, y Agnes está extasiada. Se nota por el hecho de que está llorando.

—Oh, no lo estoy—, protestó ella. —Pero... George, no puedes saber lo que esto significa para mí. Dora dio su vida por mí cuando era niña. Se quedó en casa para criarme después de que nuestra madre se fuera, cuando debería haber estado disfrutando de una temporada de presentación aquí en Londres. Podría haber tenido esa temporada después de que lo peor del escándalo se calmara si hubiera presionado a papá, pero nunca lo hizo. Ni siquiera fue a Harrogate cuando nuestra tía Shaw la hubiera llevado y le hubiera presentado a algunos caballeros elegibles. Ella fue muy firme en que se quedaría conmigo, y nunca se quejó ni me hizo sentir que era una molestia y que había arruinado todas sus esperanzas. ¿Pero ahora por fin va a tener su "felices para siempre"? ¿Contigo de todos los hombres, George? Y ahora estoy llorando. Gracias.— El agradecimiento fue por el gran pañuelo que Flavian había dejado sobre ella. Le pasó una mano por la nuca mientras se secaba los ojos y se sonaba la nariz.

¿Feliz para siempre? El término hizo que George se sintiera un poco incómodo. Ciertamente no tenía eso que ofrecer, pero la Srta. Debbins no lo esperaba. Ambos eran lo suficientemente mayores y experimentados en la vida como para entender que ningún matrimonio podía ofrecer una felicidad sin límites. No es que fuera un cínico. No lo era, y tampoco, estaba bastante seguro, si lo era ella. Ambos eran realistas. De eso estaba seguro.

Pero… *¿Feliz para siempre?* Por un momento esa sensación de presentimiento amenazó de nuevo.

Los siguientes diez minutos más o menos se dedicó a contestar todas las preguntas que tenían para él. Finalmente, sin embargo, se puso en pie y sacó una carta de un bolsillo interior.

—Tengo otras visitas que hacer—, dijo, —aunque ésta fue la primera por razones obvias. Haré todo lo posible para hacer feliz a tu hermana, Agnes. Te escribió mientras todavía estaba en Gloucestershire para que pudiera traer la carta en persona.

Agnes se la quitó. —Estoy bastante segura de que se harán felices el uno al otro—,

dijo.

Flavian le volvió a dar la mano. —Odio decir algo para disuadirte, George,— dijo,— ¿pero se te ha ocurrido que seremos cuñados?

—Un pensamiento aterrador, ¿no?— dijo George alegremente.

Todavía sonreía mientras salía de la casa y se dirigía a Portman Square para ver si Ralph y Chloe estaban en casa. Se habían puesto en marcha, y todos los que eran importantes para él debían ser informados en persona.

Se sorprendió un poco al descubrir que estaba sintiendo algo muy parecido a la exuberancia. Si iba a lamentar su decisión precipitada de casarse, ciertamente no estaba ocurriendo todavía.

Esperaba que nunca lo hiciera.

*****

Dora se fue a Londres cinco días después de su prometido, después de una despedida apresurada y, en algunos casos, llorosa de sus alumnos, sus vecinos y amigos, y de la Sra. Henry, que había decidido permanecer entre su familia y amigos en el vecindario de Inglebrook en lugar de aceptar la oferta de acompañar a su empleador a su nueva vida en calidad de sirvienta personal. Dora viajaba con un estilo opulento, el duque había insistido en enviar su propio carruaje junto con lo que parecía ser un extravagante grupo de lacayos y corpulentos jinetes e incluso una criada. Era realmente casi embarazoso, e innegablemente placentero. La deferencia que se le mostraba cuando se detenían en el camino durante el viaje era algo a lo que debía acostumbrarse, supuso. La simple Srta. Debbins, viajando, como ella había planeado, habría sido virtualmente ignorada.

Durante la última hora antes de llegar a Arnott House en Grosvenor Square, se sentó con la nariz casi pegada contra la ventana del carruaje, a pesar de que la lluvia estaba cayendo por fuera y el pesado cielo gris añadía una capa de tristeza a todo lo que había debajo. No le quitó el ánimo a Dora. Esto era Londres por fin, y casi podía creer que las calles estaban realmente pavimentadas con oro. Era algo bueno, pensó, que la criada estaba dormitando contra la esquina opuesta y por lo tanto, no la observaba deleitarse de manera nada sofisticada.

Su estómago se sentía más que un poco agitado, sin embargo, para cuando el carruaje se balanceó ligeramente sobre sus muelles y se detuvo. Aquí estaba, veinte años tarde, pero a punto de llevarse seguramente el mayor premio matrimonial que tenía que ofrecer la temporada, incluso si tenía cuarenta y ocho años. Controló su sonrisa ante el tonto pensamiento: la criada se estaba despertando y arreglando sus faldas, su toca y su sombrero.

¿Qué diría Agnes? ¿Y Flavian?

Pronto lo descubriría. Cuando uno de los lacayos del duque bajó los escalones y levantó una mano de guante blanco para ayudarla a bajar, las puertas de la casa se abrieron y tanto Agnes como Flavian aparecieron en la entrada. Dora los perdió de vista por un momento cuando el lacayo le puso un gran paraguas sobre su cabeza y se apresuró a cruzar

el pavimento mojado y subir los escalones. Y luego entró y fue envuelta en los brazos de su hermana. Flavian se puso a un lado, sonriéndole.

—Pero esta no es una casa de la ciudad —, protestó Dora al salir del abrazo de su hermana. —Es una mansión.— Y Stanbrook House también estaba en algún lugar de esta plaza. Entonces eso también debe ser una mansión. No había otro tipo de edificio en la plaza. La enormidad de lo que estaba a punto de suceder en su vida comenzaba a iluminarse más plenamente en ella, aunque, por supuesto, el carruaje en el que había viajado había sido un presagio.

—Dora, mi amor.— Agnes estaba apretando sus manos casi dolorosamente, sus ojos brillando con lágrimas sin derramar. —Oh, qué feliz estoy por ti.

—Bueno.— Dora, un poco avergonzada, habló enérgicamente. —Soy bastante mayor para casarme por primera vez, ¿no? Pero más vale tarde que nunca, como dice el dicho. Espero que no estés molesto conmigo, Flavian.

—¿Molesto?— Inclinó la cabeza hacia un lado y se rió suavemente. —Por supuesto que sí. Déjame mostrarte cuánto.

Y luego se vio envuelta en sus brazos y sintiéndose considerablemente nerviosa.

—Recuerdo una ocasión famosa el año pasado,— dijo,—cuando George y yo las escoltamos a ti y a Agnes a casa desde M-Middlebury y los dejamos seguir adelante porque quería pedirle matrimonio a Agnes pero no quería que me escucharan, y fue algo bueno también, como resultó. Hice un completo d-desastre de ello y ella me lo hizo saber. Sin embargo, algo bueno vino de esa tarde, porque lo que realmente estaba haciendo, por supuesto, era permitir que George se familiarizara mejor contigo. Preveía este día aunque no creo que la gente me creería si lo dijera, ¿verdad?

—No.— Agnes y Dora hablaron y Flavian levantó esa ceja burlona suya.

—Con toda seriedad me alegro por ti, Dora,— dijo,—y absolutamente encantado por George. Sube y toma un poco de té. Agnes ha estado paseando desde su silla hasta la ventana toda la tarde, y sólo mirarla me ha dado sed.

—Estás bien, ¿verdad, Agnes?— preguntó Dora mientras cada uno de ellos tomaba uno de sus brazos.

—Sí, lo soy.— Agnes acarició su abdomen con una mano, y Dora pudo ver una hinchazón mayor de la que había sido aparente en Pascua. —Oh, Dora, vamos a pasar un tiempo encantador preparándonos para tu boda.

—Necesito ir de compras—, le dijo Dora.

—Bueno, por supuesto que sí—, estuvo de acuerdo Agnes.

Y compraron durante los próximos días, aunque de una manera y en una escala que superó con creces las expectativas de Dora. Sabía, por supuesto, que necesitaría ropa nueva, incluyendo un traje adecuado para su boda con un duque en una iglesia de moda ante la mitad del mundo de moda. Sin embargo, pronto se le hizo comprender la ingenuidad de su expectativa de que bastaría con una rápida visita a las tiendas para comprar prendas de vestir confeccionadas. La futura duquesa de Stanbrook, al parecer, debía elegir primero patrones, telas y adornos, y una modista de moda que la midiera y la embelleciera

exclusivamente para ella. Y todo eso, por supuesto, significaba muchas horas de hojear y muchas más horas de estar de pie sobre un pedestal en su turno mientras la medían, la inmovilizaban y la pinchaban. Y entonces, cuando las prendas estaban listas y esperaba que la prueba terminara, tuvo que pasar por todo el proceso de nuevo mientras la modista tomaba nota de todas las pequeñas alteraciones que había que hacer. Cualquier protesta débil que Dora pudiera hacer para que cierta prenda de vestir era "lo suficientemente buena" era ignorada. Sólo la perfección sería suficiente para una modista elegida para confeccionar las prendas de la futura Duquesa de Stanbrook.

Dora estaba asombrada por la cantidad de ropa nueva de todas las descripciones y para todas las ocasiones imaginables que necesitaba: vestidos para caminar, para montar en el carruaje, para la mañana, para el té de la tarde, para montar, vestidos para la cena, para la ropa formal de la noche, para las fiestas. Y cada prenda necesitaba sus propios accesorios exclusivos: gorros, guantes, retículas, zapatos, zapatillas, abanicos, sombrillas, chales, cintas y lazos, turnos y enaguas.... la lista continuaba.

Había un innegable placer en verse vestida con tal esplendor, por supuesto, ¡pero el costo! Los modestos ahorros que había conseguido gracias al trabajo arduo y a una gestión cuidadosa durante los últimos nueve años disminuyeron a un ritmo alarmante. Pero no entraría en pánico. Si era absolutamente necesario, aceptaría un préstamo de Flavian, aunque había rechazado rotundamente un regalo de dinero de él cuando trató de presionarla con el argumento de que seguramente *algún día* tendría un cumpleaños. Sus fondos se repondrían tan pronto como su casa de campo se vendiera y pudiera pagarle. Y después de su matrimonio no necesitaría dinero propio, aunque su cuidadosamente cultivada independencia de espíritu no le gustaba la perspectiva de depender totalmente de un hombre, aunque sin duda era rico. Tendría que acostumbrarse a ese aspecto del matrimonio.

Y entonces, justo antes de que Dora sintiera que debía solicitar un préstamo a su cuñado, una carta de felicitación de la esposa de su padre trajo consigo una letra bancaria de su padre por una suma considerable para ayudarla con los gastos de la boda. De él aceptaría un regalo, decidió, con profunda gratitud.

Todos los miembros del Club de los Supervivientes que todavía estaban en la ciudad después de la boda de Lady Barclay la visitaron en Arnott House uno o dos días después de la llegada de Dora para expresar su deleite incondicional por la noticia de su compromiso. Le rogaron que los llamara a todos por sus nombres de pila, ya que pronto sería una de ellos. Pronto se familiarizó con todos los amigos más cercanos de su prometido, pero no con él. Era un hecho divertido, pero en realidad no podía imaginarse a sí misma llamándolo George. Parecería demasiado presuntuoso.

Cada una de las damas del grupo: Samantha, Lady Harper; Chloe, Duquesa de Worthingham, a quien Dora conoció por primera vez; y Gwen, Lady Trentham, acompañaron a Dora y Agnes en al menos una de sus excursiones de compras, y cada una de ellas fue libre de dar consejos y opiniones sobre sus compras propuestas. Dora se encontró disfrutando inmensamente de su compañía y se dio cuenta de que en todos los años desde su juventud nunca había tenido amigas cercanas.

Sin embargo, sus días no estaban completamente ocupados con las compras. Agnes y Flavian la llevaron a la Torre de Londres y a algunas galerías de arte. Ben y Samantha la llevaron a Kew Gardens, lo que la dejó sin aliento, y luego a Gunter's por unos helados,

después de haber notado su comentario de que nunca había probado ese manjar en particular. Hugo y Gwen la llevaron a ver la Catedral de San Pablo y la Abadía de Westminster, a subir a la Galería de los Susurros en la primera y a leer todas las inscripciones del Rincón de los Poetas en la segunda. Ralph y Chloe la invitaron con el duque y Agnes y Flavian a unirse a ellos en su palco privado en el teatro una noche, y Dora se sintió cautivada por una ingeniosa comedia de Oliver Goldsmith's.

El duque de Stanbrook no la descuidó. El día en que apareció el anuncio de su compromiso en los periódicos matutinos, la llevó a Hyde Park en lo que Dora pronto entendió que era la hora de moda de la tarde. Un gran número de beau monde se movía alrededor de una pequeña área ovalada del parque, menos decididos a tomar el aire y hacer ejercicio, al parecer, que a saludarse e intercambiar noticias y chismes. Inmediatamente se hizo evidente que los dos eran el centro de atención del día. Dora fue presentada a tanta gente que sintió como si su cabeza estuviera girando sobre sus hombros cuando el carruaje del duque salió del parque.

—Dudo que recuerde una sola cara o nombre—, se lamentó. —Y si lo hago, nunca recordaré qué nombre va con cada cara.

—Es comprensible que te sientas bastante abrumada—, dijo, girando la cabeza para mirarla amablemente. —Pero algo de lo que pronto te darás cuenta es que verás a la misma gente casi dondequiera que vayas. Pronto empezarás a distinguir a una persona de otra e incluso a recordar algunos nombres. No hay necesidad de estar nervioso hasta que eso suceda. Una sonrisa y una inclinación de cabeza real serán suficientes para la mayoría de la gente. E incluso si no estoy siempre a tu lado, Agnes o Flavian lo estarán u otro de nuestros amigos.

—Una inclinación de cabeza real—, dijo. —¿Difiere de todos los otros tipos de asentimientos? Tendré que practicar. Quizá tenga que comprar unos impertinentes con joyas—. Sus ojos estaban arrugados en las esquinas, podía ver, aunque no se rió en voz alta. —He disfrutado de la tarde.

—¿Lo has hecho?— Volvió a sus caballos hacia la concurrida calle fuera del parque con una habilidad consumada. — Tenía miedo de que lamentaras no haber optado por una boda más tranquila en Inglebrook.

—Oh, no—, dijo con firmeza. A pesar de los momentos de desconcierto, había disfrutado cada momento desde que llegó a Londres.

Su prometido también organizó una pequeña fiesta para visitar los jardines de Vauxhall una noche. Era un lugar al que Dora siempre había soñado ir, y no estaba decepcionada. Se acercaron a los jardines de recreo en barco a través del río Támesis en lugar de en coche sobre el nuevo puente, y la vista de las luces que temblaban sobre el agua era bastante encantadora. Escucharon un recital orquestal, pasearon por las anchas avenidas, iluminadas por faroles de colores colgados de los árboles que se extendían a ambos lados. Cenaron, entre otras delicias, las finas lonchas de jamón y suculentas fresas por las que los Jardines eran famosos, y vieron un espectáculo de fuegos artificiales a medianoche. Dora llegó a casa con la sensación de que seguramente se había quedado sin aliento toda la noche. Qué glorioso país de las maravillas era Vauxhall.

Se sintió como si hubiera retrocedido unos cuantos años durante las semanas desde

que dejó Inglebrook. Incluso su espejo le mintió y le mostró a una mujer con el resplandor de la juventud aparentemente restaurado. Miró de cerca, pero... no tenía ni una sola cana.

A veces pensaba en sus días en Inglebrook y se maravillaba que la vida pudiera cambiar tan repentina y completamente. Sólo hace un mes, menos de un mes, no tenía ni idea de que todo esto estaba en su futuro. No es que quisiera quedarse en Londres indefinidamente. Anhelaba casarse e ir al Penderris Hall, su nuevo hogar. Iban a ser felices, ella y el duque, se atrevió a esperar. Iba a haber tanto afecto como amistad en su matrimonio. Seguramente ya lo había.

La fiesta de esponsales que el duque de Stanbrook había prometido mientras aún estaban en Gloucestershire estaba planeada para dos noches antes de la boda, e iba a ser el debut formal de Dora en el mundo de la *Sociedad.* Había sido vista en varios lugares públicos desde que llegó a Londres, pero había decidido no asistir a ninguna fiesta o baile privado hasta que estuviera bien vestida y se sintiera a la altura de las circunstancias. Parecía apropiado que conociera al beau monde en Stanbrook House justo antes de casarse con el duque. Un número de personas habían sido invitadas, él le había informado, aunque no iba a ser un baile. Él había explicado a modo de disculpa que no había habido tiempo suficiente para organizar un evento tan grande para su satisfacción.

Para el día de la fiesta, Dora estaba muy contenta de que no era una gran fiesta a la que se enfrentaba, ya que el pánico se estaba apoderando de ella. Era cierto que en las últimas tres semanas se le había presentado a varios miembros de la *Sociedad en* varios lugares, pero aún no se le había pedido que se mezclara con ellos en gran número, que mantuviera una conversación social con ellos durante varias horas, que se exhibiese como seguramente lo haría como la prometida del Duque de Stanbrook.

Sin embargo, el pánico fue reemplazado por la practicidad y el sentido común, antes de irse a Stanbrook House. Si su vida hubiera tomado el curso que esperaba de niña, ya estaría tan acostumbrada a los entretenimientos que se acercaría a una fiesta como la de esta noche sin reparos de nerviosismo. Después de todo, era hija de un barón, y esta vida a la que por fin se sentía atraída era su derecho de nacimiento. La habían educado para que se lo esperara. Además, estaba perfectamente familiarizada con varios de los invitados de esta noche: su padre y su esposa; su hermano, Oliver, y su esposa, Louisa, que habían llegado a la boda y estaban alojados en Arnott House; la tía Millicent y el tío Harold Shaw de Yorkshire; los seis amigos que había invitado de Inglebrook y la única pareja de Lancashire; y, por supuesto, los miembros del Club de los Supervivientes y sus cónyuges.

El Conde y la Condesa de Hardford, Imogen, la antigua Lady Barclay, también estarían allí, recién llegados del extranjero. Había habido cierta ansiedad de que no volverían lo suficientemente pronto para la boda del duque, pero habían llegado justo a tiempo. En la mañana de la fiesta de esponsales visitaron primero la Casa Stanbrook y luego la Casa Arnott.

—No puedo decirle lo feliz que estoy de que George haya decidido casarse de nuevo—, dijo la condesa, apretando las dos manos de Dora en las suyas. —Y no puedo imaginar una novia más adecuada para él que usted, Srta. Debbins.— Se volvió hacia su marido. —Percy, cuando oigas a la Srta. Debbins tocar el arpa o el pianoforte, te sentirás transportado al cielo, te lo prometo.

Dora miró a la condesa con asombro. ¿Podría esta mujer cálida y vibrante ser

posiblemente la misma dama de aspecto marmóreo que recordaba de Middlebury Park el año pasado? Su apuesto esposo le sonrió calurosamente antes de estrecharle la mano a Dora.

La noche de la fiesta se acercaba inevitablemente, y Dora se encontró a sí misma esperándola con verdadero placer y con distintos aleteos de aprehensión.

CAPÍTULO 06

La fiesta de compromiso podría no ser una gran fiesta, pensó Dora más tarde, pero cuando el duque habló de invitar a varios invitados, en realidad se refería a un *gran* número. Estimó que había por lo menos doscientas personas, y Su Gracia la presentó a todas ellas dentro de la primera media hora mientras estaban juntos en la línea de recepción. Reconoció a unos cuantos de Hyde Park y del teatro y de Vauxhall Gardens, pero la mayoría eran desconocidos. ¿Podría alguna vez recordarlos a todos tan bien como sus nombres?

Llevaba un vestido de encaje dorado sobre satén rubio que Gwen y Agnes la habían persuadido a elegir.

—Estás a punto de convertirte en duquesa, Dora—, le había recordado Gwen, con un brillo en sus ojos. —Nada es demasiado grandioso para un personaje tan exaltado. Además, los colores y el diseño se adaptan a la perfección.

Parecía sincera al decirlo. Pero por supuesto que era sincera. Eran amigas, y había venido a la jornada de compras específicamente para ofrecer sus consejos y opiniones.

Agnes había insistido en enviar a su propia criada a la habitación de Dora para peinar su cabello en suaves espirales a la altura de la parte posterior de su cabeza. Le dieron altura y quizás un poco de elegancia a su apariencia.

—Soy el más afortunado de los hombres, Miss Debbins—, había dicho el duque al llegar a la Casa Stanbrook, cogiendo su mano enguantada en la suya y llevándola a los labios. —Estás muy guapa.

El cumplido, aunque bastante extravagante, había calentado a Dora hasta los dedos de los pies. Y él, por cierto, se veía aún más guapo de lo habitual con su ropa de noche en blanco y negro, aunque no se lo dijo.

Las habitaciones que se utilizaban para la fiesta estaban en el primer piso y eran realmente espléndidas, con una gran cantidad de dorados en los frisos y lámparas colgantes y escenas de mitología pintadas en los techos abovedados y retratos y paisajes en marcos ornamentados en las paredes y alfombras persas bajo los pies. Fue vertiginoso darse cuenta de que dentro de unos días ésta sería su casa, o una de sus casas de todos modos.

Todas las habitaciones estaban llenas de invitados. Había conversación en el salón, música y conversación en la sala contigua, cartas en dos salones más pequeños, refrescos en otro. Dora no pasó mucho tiempo con su prometido después de esa primera media hora. Él se mezclaba muy bien con todos sus invitados y también Dora, aunque no tenía que hacer ningún esfuerzo para hacerlo. La gente acudía a ella. Querían conversar con ella. La simple Srta. Dora Debbins, profesora de música en el pequeño pueblo de Inglebrook, se había transformado, al parecer, por el hecho de que el duque de Stanbrook deseaba casarse con ella. Podría haber sido una realización algo perturbadora si hubiese intentado esconderse a su sombra. Sin embargo, no lo hizo. Era una dama, hija de un barón. Pertenecía a esta

gente. Sonrió y conversó, y si alguien intentaba monopolizar su atención durante demasiado tiempo, sonreía con sus excusas y seguía adelante.

Era casi la hora de la cena cuando el duque de Stanbrook se acercó a ella mientras entraba en la sala de música, después de haberse alejado de una agradable conversación con dos parejas de ancianos.

—Contraté los servicios del Sr. Pierce para la noche—, explicó, asintiendo en dirección al pianista. —Entiendo que se gana la vida con estos eventos.

—Toca bien—, dijo Dora. Había notado toda la noche la música suave y relajante, escogida con cuidado para proporcionar una melodía de fondo sin ser de ninguna manera intrusiva o dificultando la conversación de la gente. Sin embargo, sintió un poco de pena por el Sr. Pierce, ya que nadie parecía prestarle atención. Se preguntaba si tenía alma artística o si se contentaba con ganarse la vida así. Quizás era preferible a muchas otras ocupaciones. Al menos probablemente no tenía una Miranda Corley para enseñar. —Iré a hablar con él.

—Iré contigo—. Le sonrió. —Pero antes de que lo hagamos...— La miró con consideración. —Al principio pensé en pedirte que favorecieras a mis invitados con un recital durante una pequeña parte de la noche. Pero no creí que querrías la presión extra en una noche que seguramente ya te estaría exigiendo mucho.

—Oh—, dijo ella, sorprendida. ¿Podría haber Tocado para toda esta gente?

—Debería haberte consultado—, dijo. —Debería haber sido tu decisión.

—Oh, no, está todo bien—, dijo. Pero podría haber tocado, como lo hizo en Middlebury Park el año pasado, pero a una escala mucho mayor?

Él movió su cabeza un poco más cerca de la de ella. —No, no está bien—, dijo. —Perdóname, por favor. Tengo mucho que aprender. He estado acostumbrado a mandar durante tanto tiempo que ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo. Tomé una decisión por ti en esta ocasión y contraté a alguien con sólo una fracción de tu talento.

—No necesariamente—, dijo. —El Sr. Pierce está haciendo un trabajo esta noche y lo está haciendo bien. ¿Cómo puede mostrar talento en tales circunstancias? No está aquí para llamar la atención sobre sí mismo ni sobre la música.

—Tienes toda la razón—, dijo. —Me acuerdo constantemente de por qué me gustas tanto. ¿Tocarás para nuestros invitados? ¿Justo después de la cena, tal vez? Le daré a Pierce un respiro y le enviaré a cenar abajo. ¿Lo harás? ¿Por favor?

—Me consumiría el terror—, dijo. Pero oh, el anhelo de decir que sí.

—¿Eso es un no?—, preguntó. —Pero tus ojos dicen que sí. Mis motivos son totalmente egoístas. Deseo compartir los talentos de mi futura esposa con los miembros de la *Sociedad* reunidos aquí y disfrutar de tu gloria reflejada. Sin embargo, no te presionaré. Esta noche es probablemente un poco intimidante para ti, aunque no muestres ningún signo externo de ello.

—¿Sólo por un tiempo muy corto?—, preguntó, y luego deseó poder recordar las palabras.

—Por el tiempo que quieras—, dijo.

Contuvo el aliento, lo dejó salir y se mordió el labio inferior.

—Me disculpo...—, dijo.

—Muy bien—, dijo simultáneamente.

Frunció el ceño preocupado. Dora sonrió. Y él también sonrió.

—¿Estás segura?—, le preguntó.

—Absolutamente no—, le dijo ella. —Pero lo haré.

—Gracias—, dijo. Ofreció su brazo. —¿Vamos a hablar con Pierce?

Aunque no era un baile y normalmente no habría habido una cena formal, tenía que haber una en esta ocasión, el duque lo había explicado hacía un día o dos, porque era su fiesta de compromiso. Dora estaba sentada a su lado en el salón de baile, que había sido preparado con mesas suficientes para acomodar a todos. La luz de las velas de las lámparas de araña brillaba en la porcelana fina, el cristal y las joyas. Hubo un suntuoso festín. Dora no pudo disfrutar nada de eso. ¿Qué había aceptado ella? Pero no podía culpar a nadie más que a ella misma.

El duque se puso en pie después de que los invitados se saciaron y espero a que cayera el silencio. Dio la bienvenida a los invitados que habían venido a la ciudad específicamente para su boda con la Srta. Debbins, especialmente al padre de su prometida, Sir Walter Debbins, con Lady Debbins y su hermano, el Reverendo Oliver Debbins, con la Sra. Debbins. Propuso un brindis por su prometida, que pronto será su esposa.

Dora sonrió a su padre, a su hermano y cuñada, a Agnes, a Chloe y a Ralph, directamente en su línea de visión. Las mariposas bailaban en su estómago.

—Tengo un regalo especial para después de la cena—, dijo el duque. —Mi prometida no sólo es un músico consumado, sino también uno extraordinariamente talentoso. La conocí hace poco más de un año cuando cene en Middlebury Park y luego tocó el arpa y el pianoforte a petición de Lord y Lady Darleigh. Desafortunadamente, no hay arpa aquí, pero la Srta. Debbins ha accedido a tocar el pianoforte directamente después de que todos hayamos regresado a la sala de estar. Después de haberla escuchado, comprenderán por qué no la olvidé, sino que regresé hace un mes para rogarle que me hiciera el honor de casarme conmigo. Aunque me apresuro a añadir que no fue *sólo* su talento musical lo que me atrajo.

Volteó la cabeza para sonreír a Dora mientras las risas y los aplausos se extendían por el salón de baile.

Era demasiado tarde para retirarse, pensó ella. ¿Pero quería hacerlo? No vio nada más que bondad y buena voluntad a su alrededor mientras miraba la habitación. Llamó la atención de Flavian y él guiñó el ojo.

El duque se fue temprano del salón de baile. Dora lo siguió con su hermano y cuñada y Ben, Sir Benedict Harper, que caminaba decididamente con la ayuda de dos bastones especiales.

—Eres muy valiente, Dora—, dijo Louisa, tomando su brazo. —Pero tienes mucho talento. Estoy muy contenta por ti. Nadie se merece más la felicidad.

—Tuve el privilegio de estar presente en ese recital el año pasado—, dijo Ben. —Sin

embargo, era demasiado tonto para darme cuenta de que se estaba gestando un romance.

El salón se había transformado mientras cenaban. La mitad de la pared entre ella y la sala de música había sido doblada hacia atrás, y se habían colocado sillas en ambas salas, de cara a la abertura, a la que se había trasladado el piano. La multitud parecía mucho más grande para Dora ahora de lo que había parecido antes. Casi todos habían tomado asiento y mirado expectantes hacia la puerta, donde el duque de Stanbrook la esperaba. Sonrió y levantó una mano por la de ella. La condujo hacia el instrumento, y se sentó y trató de componer su mente, sus ojos sobre el teclado. Sus manos se sentían húmedas y un poco acosadas con alfileres y agujas. El silencio de ambas habitaciones parecía fuerte.

Luego puso sus manos en las teclas y comenzó a tocar una sonata de Beethoven. Durante unos segundos sus dedos no parecían dispuestos a tocar las notas que conocía tan bien, y su mente rebosaba de pensamientos de todo menos de la música. Y luego escuchó la melodía y se deslizó dentro de ella y la creó de nuevo entre sus dedos y manos. No perdió el contacto con lo que la rodeaba. Sabía que estaba en Stanbrook House, rodeada de un gran número de personas, algunas de las cuales eran cercanas y queridas para ella, la mayoría habían sido extrañas para ella hasta esta noche. Sabía que tocaba a petición del duque de Stanbrook. Sabía que estaba haciendo algo que nunca antes había hecho a tal escala. Pero la persona que estaba consciente de esas cosas parecía bastante remota, alguien de quien no tenía que preocuparse hasta más tarde. Por en el momento la música se apoderó de ella.

Se sorprendió al oír el volumen de los aplausos después de terminar, con el sonido de las voces, por el ruido de las sillas cuando su audiencia se puso de pie colectivamente. . Levantó la vista, se mordió el labio, vio al duque de pie en la puerta del salón, con la cara radiante de orgullo, las manos entrelazadas a la espalda y sonrió.

—Más,— alguien dijo, y se convirtió en un canto, mezclado con algunas risas y un silbido penetrante.

Tocó una sonata de Mozart y, como bis final, cuando los invitados no querían dejarla ir, la canción folclórica galesa “Llwyn On”, que solía tocar en el arpa.

Esto fue, pensó cuando los aplausos se desvanecieron y se encontró rodeada de invitados agradecidos, seguramente uno de los días más felices de su vida. Y era sólo el comienzo.

Pasado mañana era el día de su boda.

*****

George no solía entretener a gran escala, aunque, por supuesto, acababa de organizar la recepción de la boda de Imogen y Percy. Esta fiesta, sin embargo, había sido organizada por su propia cuenta. Había querido presentar a su prometida a la *Sociedad* antes de su boda para que ese día en particular fuera menos abrumador para ella. Porque por su elección, la fiesta de compromiso sería como un debut social para ella, más de veinte años después de lo que debería haber ocurrido.

Estaba más que satisfecho con la forma en que había progresado la noche. Estaba

elegantemente vestida y a la moda, con un peinado muy elegante. Sin embargo, también se veía muy bien. No había intentado parecer ni más joven ni más grande de lo que era. No llevaba joyas, excepto pequeños pendientes de oro. Era fácil ver a la maestra disciplinada, casi de primera clase, tanto en su apariencia como en su comportamiento. Sin embargo, estaba preparada y aparentemente a gusto con toda la atención que se le prestaba. Había sentido que, a medida que pasaba la noche, a ella le gustaban y la aprobaban. Estaba encantado con ella.

Su recital musical, sin embargo, la había elevado por encima de su papel como su prometida. La había establecido como una persona interesante y consumada por derecho propio. La gente que se apiñaba a su alrededor después de que terminara de tocar no lo hacía porque se había ganado un duque como marido, sino porque era alguien que había despertado su admiración.

Estaba más que contento.

Los siguientes dos días no podían pasar lo suficientemente rápido para él. No sólo para que pudiera tenerla en su cama, aunque también había eso, sino para que pudiera tenerla permanentemente en su vida. A él le molestaba el hecho de que esta noche ella regresara al otro lado de la plaza a Arnott House con toda su familia, mientras que él debía permanecer aquí solo.

Sonrió mientras la miraba a través de la habitación. Y se le ocurrió con algo parecido a la sorpresa que era feliz. Seguro que a menudo sentía felicidad. Lo había sentido por todos los oficiales que habían salido del hospital de Penderris curados, o al menos en el camino de la curación. Lo había sentido por su sobrino cuando se casó con Philippa y cuando nació Belinda. Lo había sentido en abundancia por cada uno de sus compañeros Supervivientes cuando se casaron y tuvieron hijos. Se sintió feliz por Dora Debbins esta noche. Pero... ¿cuándo había sentido alguna vez la felicidad por sí mismo? Por mucho que lo intentara, no pudo pensar en ninguna ocasión desde que se unió a su regimiento a la edad de diecisiete años, cuando había sido feliz durante un tiempo demasiado breve. Sólo recientemente había empezado a sentir que algo se le acercaba, cuando fue a Gloucestershire e hizo su oferta y fue aceptado, varias veces durante el mes pasado, y ahora esta noche. Ahora, en este momento.

Era un hombre feliz, pensó, y esto era sólo el principio. Pronto ella ya no regresaría a la Casa Arnott y lo dejaría solo aquí. Pronto sería su esposa. Permanecerían juntos. Casi se estremeció por el puro placer del pensamiento.

Y un momento más tarde fue sacudido de nuevo por el repentino temblor de miedo en su estómago, para que no ocurriera algo que destruyera esa felicidad. Maldita sea, debia aprender a confiar en el presente y en el futuro, a dejar atrás el pasado de una vez por todas.

Alguien le puso una mano en el brazo, y se volvió para encontrar a su sobrino de pie a su lado.

—Estás siendo superado por tu propia prometida, tío George—, dijo Julian con una sonrisa. —Mis condolencias.

—Mequetrefe—, dijo George con cariño. —Estoy aquí de pie, disfrutando de su gloria reflejada.

—Te agradecería a hablar contigo en privado,— dijo Julian,—si este no es un momento demasiado inconveniente.

—Para nada—, le aseguró George. —No creo que mi presencia sea echada de menos por un tiempo. Salgamos al rellano.

Su sobrino no volvió a hablar hasta que se apoyaron en la barandilla de roble de la escalera y en el pasillo de abajo.

—Philippa y yo hemos hablado mucho de tus inminentes nupcias—, dijo, —y se nos ha ocurrido que tal vez te sientas un poco preocupado por nosotros.

George levantó las cejas y su sobrino se sonrojó.

—Me dejaste muy claro, después de la muerte de Brendan, que me considerabas tu heredero. Dijiste en ese momento que nunca tendrías otro hijo propio. No, no digas nada.— Levantó una mano mientras George respiraba para hablar. —Déjame terminar. Sabemos perfectamente que la Srta. Debbins no es una.... bueno, que no es una jovencita y que puede que no te cases con ella para volver a montar tu guardería, pero...

—Tienes toda la razón—, dijo George, interrumpiéndolo con firmeza. —Me caso con la Srta. Debbins porque le tengo afecto. . No tenemos ningún deseo de poblar la guardería en Penderris. Su estatus como mi heredero no está en peligro.

El rubor de Julian se había profundizado. —Te creo, y estoy sinceramente feliz por ti—, dijo. —Esta noche ha quedado muy claro que tú y la Srta. Debbins se tienen en gran estima. Pero el punto es, tío George, que a veces pasan cosas inesperadas. No sé si es una posibilidad y, que Dios me ayude, no quiero saberlo. Pero Philippa parece pensar que sí, y puede que tenga razón, ya que es una mujer y todo eso. De todos modos, estamos totalmente de acuerdo en que estamos perfectamente contentos con lo que tenemos y con lo que somos. He rescatado mi propia casa y propiedades de la ruina cercana con la que se encontró mi padre, y he hecho mucho más que eso. Está prosperando. Tengo mucho que dejar a mi hijo mayor, si es que tenemos hijos, eso es, y medios adecuados para proveer a Belinda y a cualquier otro niño con quien podamos ser bendecidos. No nos sentiremos privados de mi derecho de nacimiento si tienes otro hijo. Después de todo, papá era un hijo menor y nunca esperó sucederte, y yo nunca lo esperé. Siempre estaba Brendan…— Su voz se calló y frunció el ceño con aparente angustia.

George se conmovió.

—Gracias, Julian—, dijo. —Lo inesperado, como lo expresas, es casi seguro que no sucederá, pero tus garantías y el hecho de que también hablas por Philippa son un gran consuelo para mí. No podría pedir un sobrino mejor… y una sobrina.

Se preguntó por primera vez si la Srta. Debbins realmente había descartado de su mente toda posibilidad de tener un hijo, y si aceptaría tal resultado de su matrimonio tan tarde en su vida. Su falta de hijos podría haberle causado alguna infelicidad en el pasado. Como con todo lo demás, sin embargo, adivinó que se había enfrentado a cualquier desilusión con la calma y el buen sentido que la caracterizaba. ¿Su oferta de matrimonio había reavivado alguna débil esperanza en ella? Sinceramente esperaba que no.

Y entonces Julian volvió a hablar.

—¿Sabías que el hermano de la tía Miriam está en la ciudad?—, preguntó.

—*¿Eastham?*— George dijo, sorprendido y horrorizado al escuchar que el hermano de su esposa muerta estaba en Londres. Anthony Meikle, conde de Eastham, era en realidad el medio hermano de Miriam. —Pero siempre ha sido un recluso. Vive en Derbyshire. Nunca viene a Londres.

—Bueno, él está aquí ahora—, dijo Julian. —Lo vi con mis propios ojos ayer en las afueras de Tattersall's. Incluso hablé con él. Me dijo que estará aquí una semana o así por negocios. Sin embargo, no parecía muy contento de verme. Ciertamente no estaba dispuesto a establecer una larga conversación. Siempre fue un poco raro, ¿no?

—No tomes su falta de amabilidad como algo personal—, dijo George. —Habría estado aún menos contento de verme.— De hecho, mucho menos. George estiró los dedos de ambas manos para evitar apretarlos en puños. Su boca se secó de repente.

—Por un momento pensé,— dijo Julián,—que quizás lo habías invitado a tu boda. Pero difícilmente habrías hecho eso, ¿verdad? Ustedes dos nunca fueron los mejores amigos.

—No—, dijo George. —No lo invité.

Julián frunció el ceño y parecía como si hubiera dicho más si hubiera podido encontrar las palabras. George le dio una palmadita en el hombro y se alejó de la barandilla.

—Es hora de que vuelva con mis invitados—, dijo enérgicamente. —Gracias por tus palabras, Julian. Dale las gracias a Philippa de mi parte, ¿quieres?

Volvió al salón y vio que su prometida, sonrojada y riendo, seguía en medio de un grupo numeroso. George sonrió al verla.

Pero el gran brote de felicidad interior que había sentido hacía tan solo unos minutos había sido reemplazado completamente por el miedo progresivo y sin fundamento.

Eastham podría haber tenido muchas razones para viajar a Londres. Su llegada aquí probablemente no tenía nada que ver con el hecho de que George se iba a casar pasado mañana. ¿Por qué lo haría, después de todo? Las coincidencias ocurrían todo el tiempo.

Pero, ¿qué demonios le *había* traído?

CAPÍTULO 07

Dora había descubierto varias veces en el curso de su vida que el tiempo tenía la extraña capacidad de arrastrarse y galopar simultáneamente. Parecía haber pasado mucho más de un mes desde que había estado en su cabaña en Inglebrook, bastante contenta con su vida y la rutina de sus días, sin pedir nada más del futuro que una continuación de la misma. De hecho, parecía casi como algo que debía haberle ocurrido a otra persona durante una vida diferente. Y sin embargo… Bueno, se despertó en la mañana de su boda sin poder creer que el mes ya había pasado. Parecía que ayer que había llegado a Londres con todo el tiempo del mundo para adaptarse a la nueva realidad de su existencia.

Se despertó con la sensación de pánico de que había sido apresurada, que no estaba casi lista, que ni siquiera estaba perfectamente segura de que esto fuera lo correcto. Había un extraño anhelo de recuperar la comodidad y la seguridad de su antigua vida. Esta nueva era demasiado vívida, demasiado brillante.... *feliz* para durar. El futuro abriéndose paso hacia adelante, desconocido e insondable. ¿Podía confiar en eso? Estaba sorprendida de haber dormido, incluso resentida por el hecho de haberlo hecho. Había necesitado la noche para reflexionar y considerar.

Pero, ¿qué había que considerar?

¿Tenía miedo de la felicidad? ¿Porque la había defraudado en su juventud y tenía miedo de ceder nuevamente? Estaba a punto de casarse con un hombre amable y maravilloso. Estaba incluso, podría ser honesta en la privacidad de su propia mente, un poco enamorada de él. Quizás muy enamorada, aunque nunca admitiría semejante estupidez fuera de la privacidad de su propia mente. En cualquier caso, iba a casarse con él *hoy*. Antes de que terminara la mañana, de hecho. Nada podría o lo detendría, porque era un hombre de honor. Además, quería casarse con ella. Había venido hasta Inglebrook para proponerle matrimonio, y no había habido nada en su forma desde entonces que sugiriera que se arrepintiera de haberlo hecho.

No, realmente no había nada que reflexionar y nada que temer. Tiró las sábanas, se levantó de la cama y cruzó la habitación para bajar las cortinas de la ventana. Había llovido durante los últimos cuatro días, y el cielo había estado cargado de nubes todo el tiempo. También había estado ventoso y frío en junio. ¡Pero mira! Esta mañana el cielo estaba azul y no había ni una nube a la vista. Los árboles del parque en el centro de la plaza de abajo estaban quietos, ni siquiera una ligera brisa crujía las hojas. La luz del sol los atravesaba desde el este.

Oh, se estaba convirtiendo en un día perfecto. Pero por supuesto que lo era. Habría sido perfecto aunque hubiera llovido a cántaros y hubiera soplado un vendaval.

Todavía era muy temprano. Dora tomó su chal de la silla junto a su cama, lo envolvió en sus hombros contra el ligero frío, y se sentó en el asiento de la ventana. Levantó las piernas ante ella y se abrazó las rodillas con ambos brazos. Miró a través de la plaza hacia Stanbrook House, pero estaba más de la mitad escondida detrás de los árboles. ¿Ya se había

despertado? ¿Estaba mirando hacia aquí? Esta noche Stanbrook House será su hogar. Mañana a esta hora ella estaría allí con él. Podía sentir y oír el latido de su corazón acelerarse y sonreía con tristeza. Era un poco vergonzoso tener treinta y nueve años y ser virgen mientras que, presumiblemente, tenía años de experiencia a sus espaldas. Bueno, por supuesto que los tenia. Había estado casado casi veinte años.

Pero no quería pensar en eso. Ciertamente no hoy.

Y de repente, de la nada, se produjo una gran punzada de añoranza por su madre. Le quitó el aliento y le revolvió el estómago. Sumergió la cabeza hasta que su frente descansó sobre sus rodillas y tragó un bulto en su garganta.

Su madre había sido vibrantemente hermosa y llena de sonrisas, risas y amor. Había querido mucho a sus hijos y nunca había contratado a una niñera para que los cuidara. Lloró desconsoladamente cuando Oliver se fue a la escuela a los doce años, cuando Dora tenía diez años. Dora había tenido toda su atención durante los dos años siguientes hasta que nació Agnes. Mamá las había amado por igual después de eso. Se había acurrucado y jugado sin cesar y feliz con el bebé, como lo había hecho Dora, y había hablado con su hija mayor, soñado con ella sobre el futuro, prometiéndole una temporada deslumbrante y un esposo guapo, rico y amoroso en el fin de la misma. Se habían reído de lo guapo que sería y de lo rico y encantador y cariñoso que sería. Mamá había cepillado y peinado el cabello de Dora sin parar, le había hecho ropa bonita y le había dicho lo encantadora que se estaba volviendo. Ella misma había enseñado a Dora en lugar de contratar a una institutriz, aunque había insistido en que papá contratara a un buen profesor de música para ella. Se sentía privilegiada y honrada, le había dicho una vez a Dora, que se le hubiera confiado una hija tan dotada musicalmente. Su talento, había añadido mamá a menudo, ciertamente no provenía de ella, ni tampoco de papá.

Cuando Dora cumplió diecisiete años, habían comenzado a planear activamente la temporada de presentación que tendría la primavera siguiente. Su profesora de música estuvo contratada durante horas extras para dar clases de baile a Dora, pero las tres habían bailado entre clases, Dora con su madre mientras una de ellas o ambas tarareaban la música hasta que se quedaban sin aliento y Agnes gritaba con risas y aplaudía. Entonces mamá, con los pequeños pies de Agnes equilibrados, cantaba y bailaba, y Dora practicaba los pasos sola con una pareja imaginaria hasta que todos se desmayaban en un montón de risas y cansancio.

¿Habían sido esos días, esos años, tan felices y despreocupados como Dora los recordaba? Probablemente no. La memoria tendía a ser selectiva. Recordaba su infancia y su niñez temprana como días de amor y risa sin fin, quizás por el gran contraste con lo que había seguido.

A Dora se le había permitido asistir a la infame asamblea porque había alcanzado la edad mágica de diecisiete años. No era una mujer joven, pero ya no era una niña. Había estado encantada con la emoción, casi enferma con ella, de hecho. La pequeña Agnes también estaba emocionada, recordó, mientras veía a su hermana prepararse, con la barbilla apoyada en sus manos a un lado del tocador. Le había dicho a Dora que se parecía a una princesa y se preguntaba si un príncipe vendría por la noche en un corcel blanco. Ambas se habían reído por eso.

A mitad de la noche, Dora ya había disfrutado del placer y el triunfo de su debut local.

Había bailado en todos los bailes, incluso si uno de ellos había sido con el vicario, que era tan distinto de un príncipe como era posible para un hombre, y había conocido todos los pasos de los bailes sin tener que pensar en ellos. Y entonces papá había representado su terrible escena, su voz cada vez más fuerte mientras acusaba a mamá de ponerle los cuernos con el guapo y mucho más joven Sir Everard Havell, que estaba en una de sus largas visitas a parientes en el vecindario. Antes de que dos de sus vecinos lo persuadieran para que "tomara un poco de aire fresco", le había informado a la asamblea que iba a expulsar a mamá y divorciarse de ella.

Dora había estado tan terriblemente mortificada que se había escondido en un rincón de la sala de asambleas por el resto de la noche, resistiéndose a todos los intentos de convencerla para que conversara o bailara en la pista de baile. Incluso le había dicho a su mejor amiga que se fuera y la dejara en paz. Había torcido su pañuelo tan fuera de forma que incluso un hierro pesado nunca podría hacerlo parecer perfectamente cuadrado. Habría muerto si hubiera podido hacerlo con sólo desearlo. Su madre, mientras tanto, se había puesto furiosa, sonriendo, riendo, hablando, bailando y manteniéndose alejada de Sir Everard hasta el final de la noche.

Toda la espantosa situación podría haber pasado, por horrible que haya sido. Papá no solía beber en exceso, pero era conocido por avergonzarse a sí mismo, a su familia y a sus vecinos cuando lo hacía. Todo el mundo habría fingido olvidar, y la vida habría continuado como de costumbre.

Pero quizás mamá había llegado a un punto de ruptura esa noche. Quizás se había sentido avergonzada y humillada demasiadas veces. Dora no lo sabía. No había asistido a ningún entretenimiento para adultos hasta esa noche. O quizás la acusación estaba justificada incluso si la naturaleza pública de la acusación de papá no lo estuviera. Sin embargo, la madre de Dora había huido durante la noche, presumiblemente con Sir Everard, ya que él también había desaparecido a la mañana siguiente sin despedirse de sus familiares.

Mamá nunca había regresado, y nunca había escrito a ninguno de sus hijos, ni siquiera a Oliver, que estaba en Oxford en ese momento. Papá había cumplido con su amenaza a pesar de que el divorcio había hecho una gran mella en su propia fortuna y había destruido totalmente la dote de mamá, que debía dividirse en dos para aumentar lo que Dora y Agnes podían esperar de su padre como dote cuando se casaran. Poco después de que se aprobara el proyecto de ley de divorcio en la Cámara de los Lores, se les había dicho que mamá se había casado con Sir Everard Havell. La Sra. Brough, una vecina y amiga de la familia desde hace mucho tiempo, y ahora la esposa de papá, había traído la noticia. El Sr. Brough aún estaba vivo en ese momento, y había recibido una carta de alguien en Londres que había visto el aviso en los periódicos matutinos.

La vida de Dora había cambiado tan abrupta y totalmente después de la noche de esa asamblea como lo había hecho hace un mes en Inglebrook, aunque de una manera muy diferente. No hubo una temporada para ella en Londres cuando cumplió dieciocho años. Incluso si se hubiera podido arreglarse con alguien más para patrocinarla, había un terrible escándalo para disuadirla, así como la pobreza comparativa de papá. Además, no habría ido aunque hubiera podido, al igual que no fue a Harrogate unos años más tarde, cuando su tía Shaw la instó a que fuera y le prometió que la presentaría a la sociedad y a algunos

caballeros elegibles. No fue porque estaba Agnes. Pobre Agnes, desconcertada e infeliz, que lloraba por su madre y sólo podía tener a Dora en su lugar.

Dora se había quedado por Agnes.

Era como si ese mismo pensamiento convocara a su hermana. Hubo un ligero golpecito en la puerta de su dormitorio, y se abrió lentamente para revelar el rostro ansioso de Agnes y luego su forma completa, envuelta en una bata.

—Oh, estás despierta—, dijo, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras ella. —Pensé que lo estarías. ¿En qué estás pensando?

Dora sonrió y casi mintió. Rara vez hablaban de los recuerdos dolorosos del pasado. Pero se encontró a sí misma diciendo la verdad.

—Mamá—, dijo, y parpadeó al darse cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas calientes.

—¡Oh, Dora!— Agnes corrió hacia ella, con las manos extendidas. —¿La echas mucho de menos? ¿Incluso después de todo este tiempo? He pensado en ella de vez en cuando desde que Flavian fue a visitarla el año pasado. Pero apenas puedo recordarla, ya sabes. Me atrevería a decir que me la encontraría en la calle sin conocerla, incluso si todavía se veía como hace tantos años. Solo tengo unos pocos recuerdos de ella. Pero es diferente para ti. Tenías diecisiete años. Había estado contigo durante toda tu infancia y tu juventud.

—Sí—, dijo Dora, apretando las manos de Agnes y luego buscando a tientas su pañuelo.

—¿Te importa lo que le dijo a Flavian el año pasado?— preguntó Agnes.

—¿Que era inocente?— Dora dijo. —¿Que no había hecho más que coquetear un poco con ese hombre antes de que papá dijera lo que hizo? No puedo creerlo. Fue papá quien fue el culpable en esa ocasión, y creo que puedo entender por qué mamá huyó. ¿Cómo enfrentarse de nuevo a sus amigos y vecinos después de semejante humillación? Tal vez incluso puedo entender que haya dejado a papá. ¿Cómo podría perdonar lo que él había hecho, incluso suponiendo que le pidiera perdón? Pero ella *nos* dejó, Agnes. Te dejó. Eras poco más que un bebé. Podría haber regresado, pero no lo hizo. Podría haber escrito, pero no lo hizo. Esa noche horrible la usó para hacer lo que debía haber soñado durante mucho tiempo. Se escapó con ese hombre. Se casó con él. Puso su propia satisfacción antes que nosotros, antes que a ti. No, lo que le dijo a Flavian no hace ninguna diferencia.

—Se habría sentido miserable si se hubiera quedado—, dijo Agnes. —Pobre mamá.

—La gente a menudo es miserable—, dijo Dora. —Hacen lo mejor que pueden. Hacen una vida con sentido a pesar de ello. Hacen *la felicidad* a pesar de ello. La miseria prolongada es a menudo autoinfligida al menos parcialmente.

Agnes había acercado una silla y se había sentado junto a su hermana, una mano descansando inconscientemente sobre la ligera hinchazón de su hijo nonato.

—Hiciste la felicidad de la miseria, Dora—, dijo en voz baja. —Me hiciste feliz. ¿Sabías eso? ¿Y sabías que te adoraba y sigo haciéndolo? Lo siento… Siento mucho que te hayas visto obligada a renunciar a tu juventud por mí, o que hayas decidido renunciar a ella.

Dora giró la cabeza y extendió una mano para agarrar la de su hermana.

—No hay mayor placer, Agnes—, dijo, —que hacer que un niño se sienta seguro y feliz cuando está en tu poder hacerlo. Sé que no era una sustituta de mamá, pero te quería mucho. No fue un sacrificio. Créeme que no lo fue.

Agnes sonrió, y ahora también había lágrimas en sus ojos.

—Creo,— dijo ella,—que después de Flavian amo a George más que a cualquier otro hombre que conozco. Todos lo hacen, ya sabes, los Supervivientes, eso es. Todos lo adoran. Les salvó la vida de muchas maneras, no sólo ofreciendo su casa como hospital. Y lo hizo todo con una clase de bondad y amor silencioso y constante. Flavian dice que tenía el don de hacer sentir a cada uno de ellos que él, o ella en el caso de Imogen, tenía toda su atención. Dio tanto de sí mismo que es increíble que le quede algo. Pero ese es el misterio del amor, ¿no? Cuanto más se da, más se tiene. Estoy tan contenta de que él te tenga a ti, Dora. Él te merece. No muchos hombres lo harían. Y ciertamente te lo mereces. ¿Estás contenta? No sólo te has asentado... ¿Lo amas?

—Soy feliz.— Dora sonrió. — Podría haber sido derribada con una pluma, ya sabes, cuando apareció sin previo aviso en mi sala de estar hace un mes. De hecho, estaba enfadada cuando escuché un golpe en la puerta. Había tenido un día ocupado y estaba cansada. Y luego entró en la habitación y me preguntó si le haría el favor de casarme con él.

Ambas se rieron y se apretaron la mano.

—Soy feliz—, dijo Dora otra vez. — Él es amabilidad en sí mismo.

—¿Sólo amabilidad?— preguntó Agnes. —¿Lo amas, Dora?

—Estamos de acuerdo,— dijo Dora,—que somos demasiado viejos para esas tonterías.

Agnes gritó y se puso de pie de un salto.

—¿Traigo una silla de ruedas para llevarte a la boda?—, preguntó. —¿Debería enviar una a Stanbrook House para llevar a George?

Dora bajó las piernas del asiento de la ventana y las dos volvieron a reírse.

—Le tengo cariño—, admitió Dora. —Ya. ¿Estás satisfecha? Y creo que me quiere mucho.

— Estoy asombrada por el romance —, dijo Agnes, con una mano sobre su corazón. —Pero no te creo ni por un momento. Al menos, no creo que sea sólo cariño lo que sienten el uno por el otro. Lo estaba observando mientras tocabas el piano hace un par de noches. Estaba positivamente radiante. Y no fue sólo orgullo. Y vi la forma en que lo mirabas después de que habías terminado de tocar, antes de que te aturdieran las atenciones de los invitados. Dora, hoy es el día de tu *boda*. Estoy tan feliz que podría explotar.

—Por favor, no lo hagas—, dijo Dora.

Un golpecito en la puerta en ese momento anunció la llegada de una criada con una bandeja para el desayuno para Dora, y Agnes se despidió, prometiendo volver en una hora para ayudarla a vestirse para la boda. Dora miró la tostada con mantequilla y la taza de

chocolate sin apetito, pero sería muy embarazoso si su estómago vacío comenzaba a protestar durante el servicio nupcial. Se dispuso a limpiar el plato.

Sí, era el día de su boda. Pero mamá no estaría allí para presenciarlo, aunque aparentemente no vivía lejos de aquí. ¿Lo sabía? ¿Sabía que Dora se casaría hoy con el duque de Stanbrook? ¿Y le importaría si lo hacía? Él había estado dispuesto a invitarla, y por un momento Dora lamentó de manera ilógica que hubiera dicho que no.

—Mamá—. Murmuró el nombre en voz alta y luego agitó la cabeza para aclararse. Qué idiota estaba siendo.

Pronto el día de la boda de Dora comenzó en serio. Agnes regresó como prometió y fue seguida poco después por su cuñada, Louisa, y la esposa de su padre, Dora nunca había podido llamar a la ex señora Brough su madrastra, y por la tía Millicent. La propia criada de Agnes, con muchos consejos y asistencia de las damas, vistió a Dora con su traje de novia. Había elegido un vestido azul medio que algunas personas podrían considerar demasiado sencillo para la ocasión, aunque Agnes y todos los amigos que la acompañaban en ese momento le habían asegurado que el corte y el estilo de la experta lo hacían no sólo inteligente sino perfectamente adecuado para ella. Llevaba un sombrero de paja de ala pequeña, de copa alta, adornado con acianos, y zapatos y guantes de color paja. La criada de Agnes peinó su cabello en la parte baja del cuello para acomodar el sombrero, pero bellamente enrollado y rizado para que no se viera tan primitivo como siempre.

Todos, excepto la doncella, procedieron a abrazarla con fuerza cuando llegó el momento de que se fueran a la iglesia, y todos hablaron a la vez, al parecer. Hubo una carcajada.

Y entonces, justo cuando todo se estaba calmando y sólo quedaba Agnes y Dora se estaba preparando para lo que tenía por delante, llamaron a la puerta y Flavian asomó la cabeza, la declaró decente, lo que hubiera hecho él si no hubiera estado, y abrió la puerta para admitirse a sí mismo y a Oliver y al tío Harold. Flavian la miró con ojos perezosos y le dijo que se veía tan bien como cinco peniques, cualquiera que fuera su significado, y Oliver le dijo que se veía tan bonita como una imagen y que estaba tan orgulloso como un pavo real de ella. Su hermano nunca había sido conocido por su originalidad con las palabras. Luego procedió a abrazarla en sus brazos e intentar aplastar cada costilla de su cuerpo mientras le aseguraba que si alguien merecía la felicidad por fin, era ella. El tío Harold simplemente parecía avergonzado y le beso la mejilla después de decirle que se veía bien.

Su padre, Oliver le informó que la estaba esperando abajo para escoltarla a la iglesia.

Papá no era un hombre emocional ni demostrativo, y eso era un enorme eufemismo, pero miró fijamente a Dora unos minutos más tarde, mientras bajaba las escaleras hacia el vestíbulo.

—Estás muy guapa, Dora—, dijo. Dudó antes de continuar. —Te agradezco por invitarnos a Helen y a mí a tu boda y por pedirme, además, que te entregue. Nunca fue nuestra intención, ya sabes, hacer que te sintieras obligada a dejar tu casa después de nuestro matrimonio.

Dora no estaba segura de que no hubiera sido la intención de la Sra. Brough. Había tenido una conversación franca con su hijastra poco después del matrimonio de Agnes con William Keeping y un año después de su propio matrimonio con papá. Le había explicado

que aunque Dora había tenido la dirección de la casa desde que era poco más que una niña, no debía sentirse obligada a seguir haciéndolo ahora que tenía una verdadera señora. Tal vez, había sugerido, Dora querría visitar a su tía en Harrogate por un período de tiempo indefinido. O quizás le gustaría hacer su casa con Agnes y el Sr. Keeping y permitir que su hermana cuide de ella para variar. Dora había resultado herida, ya que había estado tratando muy duro de no involucrarse en el funcionamiento de la casa. Al mismo tiempo, había una cierta sensación de alivio al ser liberada para perseguir su propio futuro.

—Estoy muy contento de que hayáis venido, papá—, le aseguró con toda sinceridad. Su padre nunca se había esforzado por ganarse su afecto, pero tampoco había sido nunca cruel, y Dora lo amaba.

Le ofreció su brazo y la llevó hasta el carruaje que la esperaba. El sol seguía brillando desde un cielo despejado. El aire era cálido y acogedor. Numerosos pájaros, escondidos entre las ramas de los árboles del parque, cantaban con el corazón abierto.

Oh, que todo sea un buen presagio, pensó Dora.

CAPÍTULO 08

A las once menos cinco no era probable que hubiera un espacio vacío en ninguno de los bancos de la iglesia de St. George's en Hanover Square. De hecho, algunos de los invitados masculinos estaban de pie en la parte de atrás e incluso estaban empezando a invadir los pasillos laterales. Las bodas de la sociedad durante la temporada atraían invariablemente a una multitud de invitados, pero cuando el novio era un duque y la novia una desconocida aparente, entonces la multitud seguramente sería más grande de lo habitual. Incluso el Rey Jorge IV había explicado que estaría encantado de asistir si una obligación de hace tiempo no le obligara a estar fuera de la ciudad el día en cuestión.

El organista estaba tocando en silencio, silenciando el bajo zumbido de la conversación.

George, sentado al frente con su sobrino, debería haberse sentido nervioso. Era casi obligatorio, ¿no es cierto, que los novios sintieran que sus pañuelos se tensaban alrededor de sus gargantas y que sus palmas se volvían pegajosas en esta etapa del proceso? Pero era Julián quien mostraba signos de nerviosismo mientras se daba palmaditas en uno de sus bolsillos para asegurarse de que el anillo no había escapado de sus confines durante los últimos cinco minutos.

El mismo George se sentía perfectamente compuesto. No, en realidad estaba sintiendo algo más positivo que eso. Estaba consciente de una especie de ansiedad juvenil mientras esperaba a su novia. Iba a saborear cada palabra y cada momento del servicio nupcial con ella a su lado. La ceremonia los llevaría al futuro que ellos mismos habían elegido. Sería un comienzo perfecto para un matrimonio de perfecta satisfacción, o eso creía firmemente. Lo había esperado cuando fue a Gloucestershire para ofrecerle matrimonio, pero se había convencido de ello durante el último mes. Era la esposa que inconscientemente había anhelado quizás toda su vida, y se atrevió a creer que era el marido con el que ella había soñado y que le habían negado cuando era una dama muy joven. Pero el destino era algo extraño. No habría estado libre en ese momento, aunque se hubieran conocido.

—¿Llega tarde?—, murmuró cuando le pareció que debían ser al menos las once.

Julián se abalanzó sobre este pequeño signo de debilidad. —¡Ajá!—, dijo, girando la cabeza y sonriendo. —Lo *estás* sintiendo. Pero dudo mucho que lo sea. La Srta. Debbins no parece el tipo de persona que haría esperar a alguien. Pero si llega tarde, ciertamente no va a llegar más tarde. Creo que ha llegado.

Mientras hablaba, el obispo apareció al frente de la iglesia, formal y magníficamente vestido y flanqueado por dos individuos inferiores, meros clérigos. Le hizo señas a George para que se levantara. El órgano se quedó en silencio por un momento, al igual que la congregación, y luego comenzó a tocar un himno solemne. Hubo un susurro de cabezas girando para mirar hacia atrás y un murmullo de voces cuando la novia apareció y comenzó a caminar a lo largo de la nave del brazo de su padre.

El primer pensamiento extraño de George cuando se giró y la vio fue que era exactamente igual a ella misma. Su vestido azul, de manga larga y cuello redondo, de diseño sencillo y sin adornos, le quedaba perfecto. Su sombrero de paja era claro y de ala pequeña, y su cabello debajo de él tenía un estilo suave. Tenía los ojos muy abiertos y no miró ni a la izquierda ni a la derecha mientras se acercaba, pero parecía sosegada, incluso serena. Sus ojos lo encontraron casi inmediatamente y permanecieron fijos en él.

Sintió una ola de afecto cálido por ella y una certeza absoluta de que todo era como debía ser. Iba a ser feliz al fin. Ella también, él se encargaría de eso. Sonrió, y ella le devolvió la sonrisa con una mirada de placer desprotegido.

Entonces ella estaba a su lado, su padre se inclinó y se alejó para sentarse junto a Lady Debbins en el banco delantero, y se volvieron juntos para casarse. La congregación fue olvidada, y George sintió una sensación de paz, de rectitud. Era el día de su boda, y en los siguientes minutos esta mujer a su lado sería su esposa. Su propia.

—Queridos hermanos—, dijo el obispo, y George prestó atención al servicio. Quería recordar cada momento precioso por el resto de su vida.

—…ahora vienen a unirse—, decía el obispo unos momentos más tarde con esa voz distintiva de los clérigos de todas partes que llevaba al rincón más lejano de la iglesia más elevada. —Si alguno de ustedes puede demostrar una causa justa por la que no se casen legalmente, hablen ahora; o callen para siempre.

Se dirigía a la congregación. Luego les haría la misma pregunta a los dos, y luego pronunciaban los votos que los unirían por el resto de sus vidas. Sin embargo, a pesar de sí mismo, George sintió el dolor de la ansiedad que todos los novios deben experimentar durante el latido de silencio que siguió a la amonestación. Alguien tosió. El obispo respiró hondo para continuar.

Y lo impensable sucedió.

Una voz rompió el silencio desde muy atrás en la iglesia antes de que el obispo pudiera volver a hablar, una voz masculina, distinta y fuerte y ligeramente temblorosa de emoción. Era una voz familiar, aunque George no la había oído en varios años.

—*Puedo* mostrar una causa justa.

Y de alguna manera le pareció a George que había estado esperando esto, que era inevitable.

Hubo un grito de asombro colectivo desde los bancos y un renovado susurro de sedas y satenes mientras los miembros de la congregación, casi como un solo cuerpo, se balanceaban en sus asientos para ver quién había hablado. George también se giró, sus ojos se encontraron brevemente con los de su novia mientras lo hacía. Incluso en esa momentánea mirada pudo ver que se había puesto pálida de repente. Su sangre parecía como si se hubiera convertido en hielo en sus venas.

Anthony Meikle, conde de Eastham, había posibilitado que todos lo vieran. Se puso de pie y salió al centro de la nave. O quizás no se había sentado en absoluto. Quizás acababa de llegar.

El obispo y los clérigos que estaban con él se mantuvieron en calma. El obispo

levantó una mano para pedir silencio y lo consiguió casi inmediatamente.

—Usted se identificará, señor, y declarará la naturaleza del impedimento—, dijo, aun usando su voz eclesiástica formal.

Hugo, que parecía atronador y amenazante, estaba de pie, notó George casi desapasionadamente. Ralph también estaba un par de lugares más lejos en el mismo banco, el corte de su cicatriz facial lo hacía parecer más ferozmente pirata de lo habitual.

En un gesto dramático que parecía demasiado teatral para cualquier escenario de renombre, Eastham levantó su brazo derecho y señaló a George con un dedo ligeramente tembloroso.

—*Ese hombre*—, dijo, —*el duque de Stanbrook*, es un asesino y un villano. Mató a su primera esposa empujándola desde un alto acantilado en su propiedad en Cornwall hasta su muerte en las escarpadas rocas de abajo. La duquesa de Stanbrook era mi hermana y bajo ninguna circunstancia se habría quitado la vida. Stanbrook la odiaba y la asesinó.

—Media hermana—, George oyó a alguien murmurar y se dio cuenta de que era él mismo.

Hubo una oleada de sonido de la mitad de la congregación, sonidos de silencio de la otra mitad, y finalmente un silencio expectante.

Anthony Meikle, ahora el Conde de Eastham, había hecho la misma acusación inmediatamente después de la muerte de Miriam, hace doce años, a cualquiera que quisiera escuchar, y varias personas lo hicieron. Lo había logrado a pesar del hecho de que no había podido ofrecer nada a modo de prueba o incluso evidencia creíble. Después del funeral había jurado venganza. Esto, presumiblemente, lo era.

Ahora se explicaba su rara aparición en Londres. A George le pareció que podía haber adivinado que esto o algo parecido sucedería.

—¿Tiene pruebas, señor, para probar este cargo tan grave?—, preguntó el obispo. —Si lo hace, su curso de acción sería llevarlo a un magistrado u otro oficial de la ley.

—¡*Las fuerzas de la ley*! —exclamó Eastham, su voz palpitaba con desprecio. —¿Cuándo es un duque? Debería ser colgado del cuello hasta que muera, e incluso ese extremo sería demasiado bueno para él. Pero, por supuesto, no sucederá porque tiene la protección de su rango. Sin embargo, le acuso de la verdad, y le encargo a usted, mi señor Obispo, de que cumpla con su deber y ponga fin a esta farsa del servicio matrimonial. El Duque de Stanbrook no puede tomar una segunda esposa cuando asesino a la primera.

George volvió la cabeza para mirar a su novia de nuevo. Estaba pálida como una tiza, y se preguntó si estaba a punto de desmayarse. Pero miraba fijamente y aparentemente con calma a Eastham.

—Me temo, señor —dijo el obispo con voz severa—, que debo juzgar contra su protesta y continuar con este procedimiento. Su acusación sin fundamento no me ha convencido de que hay un impedimento válido para las nupcias que estoy aquí para solemnizar.

—No hay ninguno—, dijo George. No intentó levantar la voz, aunque el silencio era tal que no dudaba de que todo el mundo pudiera oírle. —Fui el único testigo de la muerte

de mi esposa, y estaba demasiado lejos para salvarla.

—Eres un sucio *mentiroso,* Stanbrook—, gritó Eastham, y dio algunos pasos amenazadores hacia adelante. Pero Hugo y Ralph ya estaban afuera en la nave y se le acercaban, y Flavian no estaba muy lejos. Percy estaba saliendo de un banco al otro lado del pasillo.

—Señor.— La voz del obispo resonó por toda la iglesia con solemne autoridad. —Su objeción a este procedimiento ha sido oída y rechazada. se sentará ahora y callará, o se retirará de la iglesia.

A Eastham no se le dio la oportunidad de elegir. Hugo le clavó un brazo en uno de los suyos mientras que Ralph hizo lo mismo con el otro, y entre ellos lo sacaron apresuradamente hacia atrás, aunque no se fue en silencio. Flavian y Percy los siguieron. Percy no reapareció.

Pero George sólo estaba medio consciente de lo que estaba sucediendo o del renovado oleaje de sonido de los bancos. Sus ojos estaban fijos en los de su esposa, que se había apartado del espectáculo para mirarle.

—¿Deseas continuar?— preguntó, con voz baja. —Pospondremos nuestra boda a otro momento si lo prefieres.

O cancelarlo si ella lo desea.

—Deseo proceder ahora.— No dudó, y sus ojos permanecieron fijos en los de él. Pero su cálida y radiante sonrisa se había ido. Su propia expresión, temía, era sombría.

Un pesado silencio había caído sobre la iglesia, aunque George no lo sentía como uno particularmente hostil. No había un flujo constante de invitados que se dirigían indignados hacia las puertas, solo el sonido de los tacones de las botas sobre piedra mientras sus tres amigos regresaban a sus lugares. Pero por supuesto, casi todos en la congregación habrían escuchado ese rumor en particular hace mucho tiempo. Había causado sensación en el vecindario acerca de Penderris Hall en los días y semanas posteriores a la muerte de Miriam, y era una historia demasiado salaz como para no haberse extendido a otras partes del país, especialmente a Londres. Siempre habría aquellos demasiado ansiosos por gritar asesinato después de una muerte violenta de la que solo había habido un testigo, y que era el marido de la mujer. El rumor había muerto con el tiempo y la falta de motivos o pruebas. Era dudoso que mucha gente todavía lo creyera. De hecho, era dudoso que muchas personas más allá del vecindario de Penderris lo hayan creído alguna vez.

El obispo continuó con el servicio, retomando exactamente donde lo había dejado, y George trató de retomar su estado de ánimo anterior y miró a su novia para ver si había retomado el suyo.

Era imposible, por supuesto, e imposible concentrarse completamente.

Dijeron sus votos con voces inquebrantables, mirándose directamente mientras lo hacían, y él colocó su anillo de bodas en su dedo mientras repetía las palabras que el obispo le leyó. Ni su propia mano ni la de ella temblaron ni siquiera con el más mínimo temblor. Pero su mano estaba helada al tacto. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Tomó un esfuerzo consciente de su parte, y sin duda también del de ella. Había calidez en su sonrisa, pero no resplandor.

El obispo los proclamó marido y mujer, y así, casi sin darse cuenta, llegó el momento en que se había anticipado con tanto afán juvenil y estaban casados.

¿Ella sabía de esos rumores sobre la muerte de su esposa? George se encontró a sí mismo preguntándose. Tarde pensó que quizás debería haberle planteado el asunto.

Cuando llegó el momento de retirarse a la sacristía para firmar el registro, le pasó la mano sin guantes por el brazo, y la cubrió con la suya cuando descubrió que aún estaba fría. Enroscó sus dedos sobre ella para calentarla, como si solo fuera su mano la que necesitara consuelo.

—Lo siento mucho—, murmuró.

—Pero no fue tu culpa—, dijo.

—Quería que nuestra boda fuera perfecta para ti—, le dijo.

Sus ojos miraron fugazmente los de él. —No fue culpa tuya,— dijo de nuevo,—no más de lo que fue mía.—

Pero no le había asegurado que había sido perfecto.

Ambos estaban sonriendo cuando salieron de la sacristía unos minutos más tarde, ya que el registro había sido firmado y atestiguado, el sello final de su matrimonio. Un mar de rostros sonrientes los miraba desde los bancos, como si nada hubiera pasado para arruinar la boda y hubiera provocado chismes en los salones de moda en los próximos días.

Caminaron lentamente, asintiendo de un lado a otro, escogiendo amigos y parientes en particular: Agnes con el labio superior atrapado entre los dientes y las lágrimas nadando en sus ojos; Philippa con las manos unidas a su boca; Gwen sonriendo y asintiendo junto a la flamígera Chloe; Imogen, sus ojos, luminosos de ternura, moviéndose de uno a otro; Vincent mirando tan directamente hacia ellos que era casi imposible creer que era ciego; Oliver Debbins mirando con preocupación, frunciendo el ceño a su hermana, su esposa sonriendo; Ben con... ¿lágrimas en sus ojos? Los otros Supervivientes, George notó, Hugo, Ralph, Flavian, y, por supuesto, el superviviente por matrimonio, Percy, brillaban por su ausencia, y no hacía falta ser un genio para adivinar a dónde habían ido y qué estaban tramando. No, al menos, cuando uno había estado involucrado en otras cinco bodas de Supervivientes durante los últimos dos años, una de ellas hace poco más de un mes.

Estaban esperando fuera de la iglesia, junto con una gran multitud de curiosos, que levantaron una ovación cuando aparecieron los novios. Los cuatro hombres, como George esperaba, se habían armado con grandes puñados de pétalos de flores, que pronto fueron lanzados al aire para que llovieran sobre la cabeza de George y la de su novia. La tomó de la mano, y ambos se rieron e hicieron una carrera hacia el carruaje abierto que los esperaba. Había sido adornado con flores antes de que George se fuera de casa. Sin embargo, sin mirar, sabía que a estas alturas ya habría adquirido una carga menos bonita de cosas metálicas y ruidosas atadas a la parte posterior, listas para armar un escándalo ensordecedor tan pronto como el vehículo estuviera en movimiento.

George depositó a su novia en el carruaje y la siguió. Otra lluvia de pétalos multicolores llovió sobre sus cabezas. Las campanas de la iglesia repicaban las alegres noticias de un nuevo matrimonio. Los miembros de la congregación comenzaban a salir por las puertas.

El sol brillaba.

Una mano tocó a George en el hombro y lo apretó.

—No te preocupes—, dijo Percy sólo para sus oídos. —Se ha ido y no volverá a aparecer por un tiempo.

Y entonces el cochero dio la señal para que los caballos comenzaran, y todos los demás sonidos fueron ahogados por el estruendo impío de las decoraciones extraoficiales del carruaje.

George colocó sus hombros en una esquina del asiento y tomó una de las manos de su novia en las suyas.

—Bueno, mi querida duquesa—, dijo mientras se veía obligada a leerle los labios para oír.

Sonrió y luego puso una mueca y se rió del ruido.

Levantó la mano de ella hasta los labios y la sostuvo allí mientras el carruaje salía de Hanover Square en su camino hacia Portman Square, Chloe y Ralph habían insistido en organizar el desayuno de bodas en Stockwood House.

George tenía la intención de poner su brazo sobre sus hombros y besarla en los labios para que todos los que estaban fuera de la iglesia la vieran. Era lo que sus amigos esperarían. Hubiera sido la conclusión perfecta para una boda perfecta, el comienzo perfecto para un matrimonio feliz.

Debería haberlo hecho de todos modos. Pero ya era demasiado tarde.

El día se había estropeado irrevocablemente.

******

El día *no se* había estropeado, se aseguró Dora durante el resto del día. Lo que había sucedido en la iglesia había sido desafortunado (¡oh, qué gran eufemismo!) pero había sido tratado con rapidez y firmeza, el hombre había sido expulsado, y el servicio nupcial se había reanudado como si la desagradable interrupción no hubiera ocurrido en absoluto.

Aparte de esos breves momentos, el servicio nupcial había sido perfecto. También el clima. El sol y el calor los habían saludado cuando salieron de la iglesia, y había habido la deliciosa sorpresa de una multitud animada y las caras alegres y risueñas de sus amigos mientras los bañaban con pétalos de rosa, tal como recordaba que hicieron en la boda de Agnes el año pasado. Incluso el ruido ensordecedor de las ollas y sartenes que arrastraban detrás del carruaje hasta Stockwood House había sido divertido. Su esposo había sostenido su mano en la de él hasta el final y se había sentado medio de lado en el asiento, mirándola con ojos sonrientes.

La casa de Chloe y Ralph había sido decorada festivamente para la ocasión con cintas y lazos y urnas de flores. El salón de baile se parecía más a un jardín lujoso que a una habitación interior y le había quitado el aliento a Dora cuando entró en el brazo del duque. Pronto había estado lleno de invitados, todos los cuales se habían inclinado o hecho una

reverencia y sonreían y ofrecían sus felicitaciones y sus mejores deseos mientras pasaban a lo largo de la línea de recepción. La comida había sido suntuosa, los discursos sinceros y a menudo provocadores de risas, y el pastel de bodas una obra de arte tan bella que parecía una lástima cortarlo. Y después del desayuno, los invitados no tenían prisa por irse, sino que se habían trasladado a otras habitaciones y se habían ido a la terraza para quedarse y continuar sus conversaciones. Pero poco a poco los huéspedes comenzaron a despedirse y finalmente sólo quedaron familiares y amigos cercanos.

Todo había sido perfecto.

Nadie había hecho referencia alguna a lo que había sucedido durante esos cinco minutos en la iglesia. Era casi como si Dora lo hubiera imaginado.

Al final del día, lo que más recordaba eran las sonrisas y risas y la alegría implacable de tanta gente, todos celebrando sus nupcias. ¿Por qué la había dejado con ganas de llorar?

Habían sido esos tres o cuatro minutos, definitivamente no más de cuatro, de un día largo y lleno de acontecimientos que, por lo demás, había sido alegre y perfecto. Como un gusano en el corazón de una rosa perfecta.

Puedo mostrar una causa justa.

Seguramente era la pesadilla de cada novia que alguien rompiera ese breve silencio en el servicio nupcial con solo esas palabras.

Ese hombre, el Duque de Stanbrook, es un asesino y un villano. Mató a su primera esposa empujándola desde un alto acantilado en su propiedad en Cornwall hasta su muerte en las escarpadas rocas de abajo. La duquesa de Stanbrook era mi hermana y bajo ninguna circunstancia se habría quitado la vida. Stanbrook la odiaba y la asesinó.

Debería ser colgado del cuello hasta que muera. El duque de Stanbrook no puede tomar una segunda esposa cuando asesino a la primera.

Era casi increíble que la boda y el desayuno se hubieran llevado a cabo con tanta normalidad, tan alegremente, tan *perfectamente* después de que se hubieran pronunciado esas palabras. ¿Cómo pudieron sonreír el resto del día? ¿Cómo pudo sonreír? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Por qué no se ha dicho nada?

Era injusto. Era tan injusto.

La llamaba “querida”, notó. Ella no le llamaba nada. ¿Cómo podía seguir llamándolo “Alteza” cuando estaba casada con él? Pero, ¿cómo podía llamarlo "George", si no la había invitado a hacerlo? ¿Necesitaba una invitación? Era su marido. Y eran amigos, ¿no es así? Seguramente una amistad había crecido entre ellos durante el mes pasado. Pero, ¿lo conocía? Había vivido cuarenta y siete años antes de que ella lo conociera el año pasado, más de la mitad de su vida. Realmente no lo conocía en absoluto.

Bueno, por supuesto que no. Habían pasado sólo un mes, más esos pocos días del año pasado juntos. Había sentido que lo conocía, que conocía su espíritu. Pero la verdad es que no lo conocía en absoluto. Llegar a conocerse era el objetivo de su matrimonio.

Era bien entrada la noche cuando llegaron a casa. E incluso el regreso a casa debería haber sido perfecto. El mayordomo abrió de par en par las puertas dobles con una especie de floritura, derramando luz sobre los escalones sombreados al anochecer, y se inclinó.

Detrás de él estaban reunidos todos los criados, formalmente en dos filas que se extendían a lo largo del recibidor, las mujeres a un lado y los hombres al otro. A pesar de lo avanzado de la hora, todos estaban sonriendo, sus cabezas se volvieron hacia las puertas. A lo que debía haber sido una señal preestablecida de alguien, todos aplaudieron cuando el Duque de Stanbrook llevó a Dora al otro lado del umbral.

Alguien debía haber salido corriendo de Stockwood House para advertir a los sirvientes que estaban en camino.

El mayordomo tenía un discurso que pronunciar, rígido pero también entrañable. El duque respondió y presentó a Dora como su duquesa. Siguieron más aplausos y más sonrisas, y les dio las gracias por la bienvenida y prometió conocerlos a todos por su nombre en los próximos días.

Una bandeja de té fue llevada a la sala de estar y Dora se sentó para cumplir con su primer deber como esposa en su nuevo hogar. Se sentaron a ambos lados del fuego, lo que era bienvenido en la frescura que había llegado con el atardecer. Y hablaron sobre el día, coincidiendo en que había sido perfecto.

Como había sido.

Excepto por esos pocos minutos.

Varias veces Dora pensó que abordaría el tema, pero no pudo endurecer sus nervios. Varias veces pensó que el duque iba a hacer mención de ello, pero cuando habló fue de otra cosa, de algún otro recuerdo entrañable del día.

No dejó de sonreír. Ninguno de los dos, se dio cuenta.

—Estás cansada, querida—, dijo al fin. —Ha sido un día largo y ajetreado. Aunque feliz, ¿no estás de acuerdo?

—Sí—, dijo ella. —Muy feliz.

Dios mío, ¿qué les pasaba? ¿Cómo pudieron permitir que un hombre trastornado les hiciera esto?

Estaba de pie ante su silla, extendiendo una mano. Había una noche de bodas para celebrar. ¿Por qué se sentía deprimida? Puso su mano en la de él, se puso en pie y le permitió pasar su brazo por el suyo. Ni siquiera sabía, pensó, dónde estaba su alcoba, dónde estaban sus baúles que habían traído aquí en algún momento del día, dónde encontraría lo que necesitaba, dónde se desnudaría, dónde…

La llevó arriba, pasando por los candelabros de la pared llenos de velas, todos alegremente encendidos, y a lo largo de un amplio pasillo antes de detenerse frente a una puerta cerrada.

—Estás cansada, querida—, dijo de nuevo, sus dedos se curvaron alrededor de su mano en su otro brazo y se la llevo a los labios. —Te dejaré para que descansen bien y espero verte en el desayuno por la mañana. Aunque no debes sentirse obligada a levantarte temprano si deseas seguir durmiendo. Buenas noches.

¿Qué?

Pero Dora no tuvo tiempo ni para mostrar ni para expresar su sorpresa. Abrió la puerta

para revelar un habitación iluminada por la luz de las velas y una criada que le hacía una reverencia y le sonreía. Reconoció el fino camisón de lino que había elegido para su noche de bodas, colocado sobre una silla. Entró y la puerta se cerró tras ella.

—Soy Maisie, Su Excelencia —, dijo la criada. —Seré su doncella por el momento hasta que elija a alguien más, a menos que decida quedarse conmigo, lo cual me gustaría de todas las cosas.

Dora sonrió.

Sonrisas. Perfección. Lo que había pasado en unos minutos. Era así como recordaría el día de su boda mientras viviera, pensó Dora mientras se entregaba a los no familiares servicios de su nueva criada.

Oh, y la ausencia de una noche de bodas.

Estás cansada, querida.

Mi querida.

Ella no quería ser su querida. Quería ser *Dora*.

CAPÍTULO 09

George estaba de pie en la ventana de su alcoba, con los nudillos apoyados en el alféizar y los hombros encorvados. Estaba mirando hacia la oscuridad, aunque apenas era consciente de que no había nada que ver. Estaba vestido para ir a la cama, con su bata azul oscuro sobre su camisa de dormir. Detrás de él, las sábanas de la gran cama con dosel habían sido retiradas por la noche, a ambos lados.

Difícilmente podría haber hecho más lío del día si lo hubiera intentado. La aparición de Eastham dentro de la iglesia y su dramático pronunciamiento habían sido totalmente inesperados, es cierto, pero la vida estaba llena de lo inesperado. En cuarenta y ocho años debería haber aprendido mejor cómo manejarlo. En realidad, creía que en ese momento se había comportado con la debida moderación y dignidad, al igual que el obispo. Incluso había tenido el pensamiento para preguntarle a su novia si deseaba posponer la boda.

Fue el resto del día lo que había sido el desastre. Y era el más culpable, temía. Todos los demás habían seguido su ejemplo.

Lo que debería haber hecho era besar a su novia en el carruaje, como había planeado hacer, mientras todos miraban. Entonces debería haberle hablado de lo que había sucedido con la promesa de que hablarían más a fondo más tarde, cuando estuvieran solos y no distraídos por el estruendo de los cacharros que estaban arrastrando. *Entonces* debería haber planteado el asunto abiertamente con sus invitados al comienzo del desayuno de bodas, explicarles nuevamente que no había absolutamente ninguna verdad en los cargos que el Conde de Eastham había formulado contra él esta mañana e inmediatamente después de la muerte de Miriam, e invitarlos a dejar atrás el desafortunado incidente si podían, y celebrar el día de su boda con él y su nueva duquesa. Más tarde, después de que la mayoría de los invitados se habían ido y sólo quedaban familiares y amigos cercanos, debería haber planteado el tema de nuevo y hablarlo con ellos. Y *entonces,* después de regresar a casa con su esposa, debería haberse sentado con ella y haber discutido el asunto en privado, y volver a hablar de ello una vez más.

Eso es lo que *debería* haber hecho. Después de todo, no tenía nada que ocultar y nada de lo que avergonzarse.

No había hecho ninguna de esas cosas.

En cambio, después de esa breve disculpa a su novia en la iglesia, no le había dicho nada a nadie, sino que se había comportado como si ese escandaloso episodio no hubiera ocurrido. Y aparte de la rápida palabra de Percy antes de que el carruaje se moviera, todo el mundo había seguido su ejemplo. Todos habían estado sonrientes, festivos por el resto del día, la celebración perfecta de la boda con la pareja perfectamente feliz.

Ni una nube en su cielo. Sólo una felicidad sin fin delante de ellos.

Había sido una pretensión gigante. Todo el día había habido un fuerte silencio sobre el mismo tema que seguramente había sido lo más importante en los pensamientos de todos.

Eastham estaría encantado si supiera que había arruinado el día de la boda de George a pesar de que no había podido detener el proceso.

George cambió de posición para apoyar sus manos en los marcos laterales de la ventana justo por encima del nivel de su cabeza. Una luz se movía lenta y rítmicamente alrededor de la plaza: la linterna del vigilante nocturno. Pero su presencia era innecesaria. Nada perturbó la paz. No ahí fuera, de todos modos.

Y entonces se produjo el mayor desastre de todos. Había dejado que su novia se fuera a la cama sola, en su noche de bodas. Lo había hecho porque parecía cansada y había pensado en hacerle un favor.

¡Tonterías!

Entonces, ¿por qué demonios lo hizo? ¿Porque no podía enfrentarse a ella en la intimidad del lecho nupcial? ¿Porque temía que una parte de ella creyera lo que había oído? ¿Porque retirarse a su propio mundo interior era una segunda naturaleza para él y necesitaba estar solo?

¿En su noche de bodas?

Apretó los puños y los golpeó ligeramente contra el marco de la ventana. ¿Iba a permitir que Eastham le hiciera esto además de todo lo demás?

Se sintió de repente y dolorosamente como su yo de diecisiete años de nuevo, torpe y totalmente fuera de control de su propia vida y destino. ¿Cómo pudo enviar a su esposa a la cama sola en su noche de bodas? Estaba bastante avergonzado y desconcertado.

Era pasada la medianoche, demasiado tarde para ir a verla ahora. ¿Pero iría? ¿Qué tan probable era que ella estuviera durmiendo? No mucho, supuso. ¿Cómo podría estarlo? Había deseado tanto que el día de su boda fuera el día más feliz de sus vidas. En vez de eso, se había convertido en la peor pesadilla de un día que ninguno de los dos había vivido jamás. Dios mío, había sido abandonada por su esposo en su noche de bodas: su esposo de cuarenta y ocho años, tan maduro, que se había dejado llevar completamente por el azote de un hombre que había arruinado gran parte de su vida adulta.

No se llevó una vela con él a la habitación o al suyo más allá. No quería que la luz la despertara si por casualidad estaba dormida. O quizás no quería iluminar su propio rostro si no lo estaba. Golpeó suavemente la puerta de la alcoba de la duquesa, en la que no tenía la intención de que la duquesa durmiera jamás, excepto quizás durante las siestas de la tarde, y giró la perilla silenciosamente antes de abrir la puerta y entrar.

La cama estaba intacta. Podía ver eso con la tenue luz de la ventana, en la cual no se habían corrido las cortinas. Por un momento pensó que la habitación estaba vacía. Pero había un gran sillón alado al lado de la ventana, y pudo ver que ella estaba acurrucada dentro de él, con las piernas apoyadas en el asiento y giradas hacia los lados, abrazándose los brazos por los codos debajo del pecho, la cabeza contra el respaldo de la silla. Estaba muy quieta y muy callada. Demasiado quieta y demasiado tranquila para estar durmiendo.

Cruzó la habitación para pararse frente a su silla. De hecho, no estaba durmiendo. Sus ojos estaban abiertos y mirándolo.

—Lo siento mucho, querida—, dijo. Las mismas palabras tontas que había usado

antes.

—No me llames así.— Su voz era tranquila y apagada.

Sintió una sacudida de alarma.

—Tengo un nombre—, le dijo ella.

—Dora—, dijo en voz baja. Había planeado llamarla así en el carruaje antes de besarla fuera de la iglesia, deliberadamente no le había preguntado antes del día de su boda si tendría el privilegio de usarlo antes. Había esperado ansiosamente escuchar su respuesta con su propio nombre. Había una intimidad en los nombres, y había querido esa intimidad a los pocos minutos de que dejaran la iglesia como marido y mujer. ¿De dónde diablos había salido "*mi querida*"?

—No podría haber manejado tan mal el día, más de lo que lo he hecho—, dijo.

—No fue tu culpa—, dijo ella, todavía con ese tono monótono.

—Ah, pero gran parte lo fue—, dijo. — Unos pocos minutos espantosos podrían haber quedado solo en eso, unos minutos, si solo hubiera hablado abiertamente sobre el incidente después a nuestros invitados, lo hubiera discutido con nuestras familias y amigos más tarde, y te lo hubiera explicado cuando estábamos solos.

—No sabías que iba a pasar—, dijo. —No tuviste oportunidad de preparar una respuesta apropiada. Sin embargo, te comportaste con dignidad.

Se inclinó sobre sus piernas ante ella. Le habría tomado las manos si ella las hubiera puesto a su disposición, pero siguió abrazando sus codos. No se había movido en absoluto. Estaba profundamente retraída en sí misma. Si hubiera podido desaparecer en la silla, creía que lo habría hecho.

—Dora,— dijo, —no hay nada de verdad en nada de lo que dijo. Te juro que no la hay.

—No creí ni por un momento que la hubiera—, dijo ella. —Nadie lo hizo.

Tal vez no. Pero en ese momento había quienes habían elegido creer, incluyendo una pequeña camarilla de sus vecinos en casa que se había permitido el deplorable impulso humano de convertir una simple tragedia en una sensación espeluznante. Ser acusado de un crimen atroz cuando uno no tenía pruebas irrefutables de su inocencia era sin duda uno de los peores sentimientos del mundo. Uno quería proclamar su inocencia, pero, sabiendo que era inútil, se retiraba en cambio al núcleo más profundo y oscuro de uno mismo, y más o menos se quedaba allí para siempre. Eso fue lo que hizo, aunque estaba convencido de que todos los elementos más sensatos de la sociedad lo habían absuelto hace mucho tiempo de toda sospecha de culpabilidad.

Alargó una mano y se la puso en la mejilla. No se estremeció ni se movió, ni siquiera llegó a tocar su mano. Puso una rodilla en el suelo, para equilibrarse mejor.

—Quería que el día de nuestra boda fuera perfecto para ti—, dijo.

No dijo nada. ¿Pero qué había que decir?

—En vez de eso,— dijo,—debe haber sido uno de los peores días de tu vida.

La oyó respirar como para hablar, pero no dijo nada para negarlo.

—Es pasada la medianoche—, dijo. —Un nuevo día. Permíteme empezar de nuevo, si quieres.

¿Su cabeza se inclinó una fracción más cerca de su mano?

—Déjame llevarte a la cama—, dijo. —A nuestra cama matrimonial en nuestra habitación. Aquí no. Este será su dormitorio privado para uso durante el día. Al menos, espero que sólo sirva para eso. Ven a la cama conmigo, Dora. Déjame hacerte el amor.

Podía oírla inhalar muy lentamente. —Soy tu esposa—, dijo, con la misma voz apagada.

Se puso en pie abruptamente y se volvió hacia la ventana. Apoyó las manos contra los marcos exteriores. El vigilante nocturno se había ido hace mucho tiempo. No había nada más que oscuridad ahí fuera.

—Por favor, no lo hagas—, dijo. —No hagas de esto una cuestión de deber. No me debes nada por obligación. Nada. Me casé contigo porque quería una compañera y una amante. Pensé que querías lo mismo. Si me equivoqué, o si has cambiado de opinión, entonces... que así sea—. Hubo un breve silencio. —¿Me equivoqué? ¿Has cambiado de opinión?—

—Ninguno de los dos—, dijo.

—Perdonadme por lo de hoy—, dijo, —y sobre todo por lo de esta noche. Ni siquiera puedo explicarme por qué te di las buenas noches fuera de tu dormitorio. Ciertamente no fue porque no te quería. Por favor, créeme.

Entonces sintió una mano en la espalda. No la había oído ponerse de pie.

—Yo también lo siento, Su Gracia —, dijo. —Los dos somos lo suficientemente mayores para saber que no podemos esperar la perfección de ningún día. Qué tontos fuimos al esperarlo el día de nuestra boda. Y sin embargo fue perfecto, excepto por esos pocos minutos, que no fueron ni culpa tuya ni mía.

Se dio la vuelta. —¿Su Gracia?— Se rió. —Oh, no, por favor, Dora.

—George—, dijo. Su nombre sonaba un poco primitivo en la lengua de ella y, en general, seductor.

Puso un brazo sobre sus hombros y el otro sobre su cintura y la atrajo hacia él. Era cálida y proporcionada y femenina y estaba vestida con un camisón predeciblemente modesto y sin adornos del mejor lino. Olía a esa ligera fragancia floral que había notado antes. Puso sus manos contra sus hombros y levantó su cara. No podía verla claramente. Aunque miraba hacia la ventana, estaba a la sombra de su cuerpo.

Besó sus labios por primera vez. Los mantuvo rígidos y quietos, y se le ocurrió con algo de asombro que era posible que nunca antes la hubieran besado. Incluso si lo hubiera hecho, probablemente hubiera sido hace mucho tiempo. Alejó un poco la cabeza de la de ella y la giró un poco para que la luz tenue del exterior se reflejara en su rostro.

—Sonríe para mí—, murmuró.

Tal vez fue la sorpresa lo que la llevó a hacerlo.

La besó de nuevo, y sus labios, aún curvados hacia arriba y ligeramente separados por una sonrisa, eran suaves y flexibles. Suavizó los suyos sobre ellos, los movió, tocó su lengua contra la costura de la de ella, presionando ligeramente entre ellos. Hizo un suave sonido de alarma, pero le había cogido los codos con las manos y movido los brazos para que cayeran sobre sus hombros y alrededor de su cuello. La atrajo nuevamente contra su cuerpo y profundizó el beso sin hacer nada más que pudiera escandalizarla más.

Le sorprendió la sensación de puro placer que sentía en su abrazo casi casto. El placer no tenía nada que ver con el deseo sexual, aunque también estaba eso. Tenía más que ver con el hecho de que era su mujer, su esposa, su compañera, *suya* para el resto de sus vidas mientras ambos vivieran. Algo de la alegría de la mañana, de ayer por la mañana, regresó.

Su cabeza se apartó de la suya entonces y pudo ver su cara lo suficientemente clara como para detectar algo de ansiedad allí. —¿Te das cuenta—, le preguntó,—de que soy virgen?

Estaría dispuesto a apostar que sus mejillas estaban en llamas.

Quería sonreír, incluso reír, porque hablaba con la voz que debía usar para los más descuidados de sus alumnos de música, pero habría sido un error. —Me doy cuenta—, dijo con seriedad. —Por la mañana ya no será así. Ven a la cama, Dora.

******

Dios mío, debía estar profundamente dormida, pensó Dora mientras empezaba a flotar hacia la superficie. Estaba envuelta en calidez y confort. El colchón nunca se había sentido tan suave o la almohada tan cálida y firme debajo de su cuello. Nunca se había sentido tan relajada o tan llena de bienestar. Un reloj hacía tictac en algún lugar cercano. Respiró una agradable pero desconocida fragancia. Además del tic-tac rítmico del reloj, había otro sonido, el de la respiración profunda e incluso de alguien dormido a su lado. Y, el único detalle discordante, había un dolor entre los muslos y dentro de ella. Pero no realmente discordante después de todo, porque paradójicamente el dolor era el sentimiento más deliciosamente reconfortante de todos y el origen de su total satisfacción.

Había llegado a la superficie misma del sueño y entró en la conciencia, recordando. Estaba en una cama desconocida en una habitación desconocida. Pero la cama era... ¿cómo la había llamado? Era su cama matrimonial. Y esta era su habitación, siempre que estuvieran en Londres, de todos modos. La otra habitación a la que había venido a buscarla era de ella sólo para uso diurno. Pero no tenía ningún deseo de volver allí.

Estaba acostado a su lado ahora, su brazo debajo de su cabeza, y estaba durmiendo. Le había hecho el amor antes de que se durmieran. Había sido una actividad muy unilateral, ya que había sido irremediablemente ignorante e inadecuada. Pero no, no, no, no, ella no pensaría eso. Le había asegurado que no lo había sido. Le había dicho que ella había sido maravillosa y, oh, Dios mío, le había creído porque su voz había sido baja contra su oído, y una de sus manos había estado acariciando su cabello, y todavía sentí su peso sobre ella, y todavía estaba... dentro de ella. La había hecho sentir maravillosa a pesar de que no tenía idea de qué hacer para que sus relaciones sexuales fueran mutuas. Le había dicho que no

necesitaba hacer nada, sólo *ser* y disfrutar si era posible. Se había disculpado por el dolor que sabía que le estaba causando y había prometido que sería mejor la próxima vez y mejor aún después de eso.

Él no había entendido realmente, aunque había intentado explicarlo, que había algo de dolor que no era realmente dolor en absoluto, aunque sí dolía. Bueno, no era de extrañar que no hubiera entendido si lo había descrito de esa manera. ¿Realmente había sido tan incoherente? Pero no podía expresarlo correctamente, ni siquiera dentro de su propia cabeza. Había derramado algunas lágrimas porque él la estaba lastimando, pero las lágrimas habían sido menos por el dolor que por la pura maravilla de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podría uno conocer toda la vida adulta los hechos de lo que sucedía entre un hombre y una mujer e imaginar cómo se sentiría, pero realmente no tiene idea de cómo sería realmente?

Se había convencido una y otra vez a lo largo de los años de que la ausencia de *eso* en su vida no la hacía menos feliz o menos realizada como persona o como mujer. Y por supuesto que tenía razón. No habría vivido sus días como media mujer si él nunca hubiera venido a ofrecerle matrimonio. Pero, oh, el deleite del descubrimiento de anoche y.... la pura *alegría* de saber que esto sucederá una y otra vez en el futuro.

Era una mujer casada. En todos los sentidos: la boda de ayer, la consumación de anoche.

Sin embargo, no era sólo el acto en sí lo que había sido maravilloso. El había sido maravilloso. Había sido considerado y respetuoso con su incómoda inexperiencia. Había apagado las velas antes de unirse a ella en la cama, y no se había quitado completamente el camisón, sino que sólo lo había subido hasta la cintura y luego lo había bajado cuando habían terminado. Se había quitado su propia camisa de dormir, pero sólo después de que la habitación estuviera en la oscuridad. Todavía estaba desnudo junto a ella. A lo largo del costado de su brazo derecho podía sentir la desnudez de su pecho, cálido y ligeramente cubierto de pelo. También había sido paciente. Ignorante como era, había sentido la moderación que se había impuesto a sí mismo mientras la preparaba con manos cálidas y hábiles y una boca suave y seductora. Y había sostenido la mayor parte de su peso por encima de ella mientras sucedía. Se había abierto paso lentamente dentro de ella. No estaba segura de que la hubiese salvado así de todo el dolor, pero quizás había evitado algo de la conmoción del desconocido estiramiento y penetración que *había allí*. Incluso después de que la hubiera penetrado por completo, había procedido con cautela, lo había notado, hasta que él terminó y ella sintió un chorro de calor líquido en lo más profundo de su interior.

Ah, sí, había sido doloroso y chocante. También había sido, con mucho, la experiencia más gloriosa de su vida.

A pesar de ello, sus pensamientos volvieron a su boda, el día en que esperaba que fuera el más feliz de su vida. No había sido, por supuesto, pero incómodo como había sido para ella, debía haber sido mucho peor para él. Ese hombre, el Conde de Eastham, había sido su cuñado y, sin embargo, lo había acusado de asesinato. ¿Por qué? ¿Y por qué tan públicamente y en una ocasión así? Había sido de alguna manera horriblemente evocador de otra ocasión cuando alguien, su padre, había hablado con una denuncia pública y cambió su vida para siempre. ¿Era puro rencor por parte del conde porque el viudo de su hermana se casaba de nuevo?

No podía preguntar. Aunque anoche había dicho que debería haber hablado abiertamente sobre el incidente con sus invitados y amigos durante el día y haberlo discutido completamente cuando estaban solos, no había procedido a hacerlo. La había llevado a la cama en su lugar.

De repente se dio cuenta de que ya no podía oír su respiración a su lado. Giró la cabeza para encontrarse siendo observada por unos ojos somnolientos y sonrientes.

—Dora—, murmuró.

—George.

Se rió después de unos momentos. —Bueno, esa fue una conversación profunda.

—Sí—, estuvo de acuerdo. Sólo estaba medio bromeando. Un nombre, un nombre de pila, era algo poderoso. Su corazón había anhelado hacia él anoche cuando la llamó por su nombre por primera vez. Llamarlo por su nombre parecía muy personal e íntimo cuando era... el duque de Stanbrook, a quien había considerado como una especie de figura de nobleza remota e inalcanzable durante más de un año. Pero ahora era su esposa. Estaba en la cama con él. Habían hecho el amor. Era George.

—Me gusta despertar para verte allí.— Cerró los ojos e inhaló. —Mi cama ha estado muy vacía, Dora.

¿Desde la muerte de su primera esposa? Pero ella no quería estar pensando ese pensamiento en particular. Y no importaba. Eso fue entonces. Esto era ahora.

—La mía también—, le dijo. Oh, no se había dado cuenta de lo vacía que había estado.

Volvió a abrir los ojos. —¿Te gusta despertarte conmigo?

—Sí.

—Esta conversación se hace más profunda por momentos—, dijo, y se sonrieron el uno al otro y luego se rieron. Se sentía muy bien al reírme con él. Esperaba que hubiera luz y risas en su matrimonio, así como la compañía e intimidad de la que había hablado cuando le propuso matrimonio.

Se preguntaba si le hablaría hoy sobre el día de ayer y qué podría haber provocado ese incidente. No sabía nada de su primer matrimonio, de su primera esposa, de su hijo. No sabía nada sobre su corazón. Pronto se iría a Penderris Hall con él, donde había vivido durante casi veinte años con ellos. No lo había pensado de esa manera antes. ¿Sentiría su presencia residual? ¿Podría ella ser todo para él? ¿Sería capaz de ser todo para ella?

Preguntas tontas, tontas. Su matrimonio sería lo que hicieran de él. Se habían puesto de acuerdo en la compañía, la amistad y la intimidad, y esas cosas le habían sonado muy bien. Todavía lo hacían. No debía empezar a anhelar todo en absoluto o felices para siempre o esas otras cosas románticas y de cuento de hadas con las que una chica podría soñar.

Su mano descansaba ligeramente sobre su abdomen, sobre su camisón.

—Indudablemente estás dolorida—, dijo. —Me contendré por una o dos noches mientras te curas, pero te quiero aquí en esta cama conmigo, Dora, esta noche y todas las

noches. ¿Espero que sea lo que deseas también?

—Lo es—. Giró la cabeza y apoyó una mejilla contra su hombro; oh, Dios mío, olía tan masculino y tan bien. Él acurrucó su cabeza contra la de ella y Dora sintió que podía desmayarse fácilmente de alegría.

Sí, era suficiente. Esto era suficiente, esta felicidad tranquila con el hombre con el que se había casado ayer y con el que se había acostado anoche.

Se quedó dormida otra vez.

CAPÍTULO 10

George acompañó a Dora a través de la plaza hasta la casa de su hermana a la mañana siguiente. Tomaron el atajo a través del pequeño parque en el centro de la plaza, pero se convirtió más bien en un atajo largo, ya que se detuvo varias veces para mirar las flores y comentar con aprecio cómo estaban dispuestas en sus lechos. Se fijó especialmente en el lecho de rosas y se inclinó sobre un capullo de color rojo oscuro para ahuecarlo suavemente entre sus manos. Respiró su aroma y giró la cabeza para mirarlo.

—¿Podría haber algo en todo el universo más hermoso o más perfecto?—, le preguntó.

En realidad, podía pensar en una cosa, y la miraba directamente, y no miraba al capullo de rosa que se encontraba entre sus delgados y sensibles dedos de músico. Llevaba lo que él suponía que era uno de sus nuevos vestidos, una versión algo más inteligente de lo que solía llevar. Sin embargo, el color rosado oscuro era una sorpresa. Sospechó que Agnes o alguna de las otras mujeres la habían convencido de que fuera un poco más atrevida de lo habitual. Le quitaba unos cuantos años de edad, o tal vez sería más exacto decir que le prestó algo del florecimiento de la juventud a su edad real. Claramente no estaba tratando de parecerse a alguien que no era.

—Sí—, dijo. —Algo podría.

—¿Oh?— Se enderezó y parecía un poco indignada. —¿Qué?

—Bueno,— dijo,—si te lo digo, entonces me sentiré muy tonto, como si me hubiera confundido con un joven enamorado suspirando con estrellas brillando en sus ojos.

Vio como la indignación se desvanecía y daba paso a la comprensión. —Oh—, dijo ella,—qué tontería.

—¿Ves?— Señaló con una mano. —Me consideras tonto incluso cuando no lo digo. Así que lo haré. Ese sombrerito de paja que llevas puesto es tan bonito como la rosa.

Lo miró durante un momento más y luego estalló en una risa encantada, y pasaron unos cuantos años más de su edad.

—Usted, señor—, dijo ella,—no tiene capacidad de distinción.

Sospechaba que estaba sonriendo, algo inusual para él. —Tendría que estar en desacuerdo con usted, señora—, dijo,—de la forma más categórica.

Ofreció su brazo y reanudaron su corta caminata a la Casa Arnott. No volvieron a hablar, pero George se sintió alentado por el breve y tonto intercambio. Fue un gran alivio haber superado esa espantosa incomodidad de ayer y estar relajados y cómodos juntos hoy, como había soñado que lo estarían desde el principio. Esta mañana estaba lleno de esperanza de nuevo para el futuro. Y era una mañana encantadora otra vez. Había calor en el aire y todo el verano por delante.

Se deleitaba pensando que era su esposa, su amante, así como la mujer a la que estaba

legalmente vinculado por el resto de sus vidas. La consumación había sido dulce a pesar de su torpeza y de las restricciones que se había impuesto a sí mismo por ella. Había sido.... la perfección misma.

Iban a la casa de Arnott para que Dora pudiera despedirse de su padre y de Lady Debbins, así como de su hermano y su esposa, que estaban emprendiendo su camino a casa por separado. Un carruaje ya estaba fuera de las puertas y dos lacayos estaban cargando un baúl y muchos otros paquetes y cajas de sombreros en él. Había un bullicio de actividad dentro de la casa también mientras ambas parejas se preparaban para irse, pero todos se volvieron cuando George y Dora entraron al salón sin anunciarse. Los hombres miraron especulativamente a George mientras las damas abrazaban a Dora. Había mucho ruido y risas.

—El salón se está llenando de d-damas—, le dijo Flavian a George con una mirada teatral mientras pasaba la punta de un dedo índice por debajo de los puntos altos del cuello de su camisa. —Los Supervivientes se han ido a casa de Hugo y esperan que te lleve allí si puedo arrastrarte lejos de tu esposa. Será mejor que nos vayamos. Tengo la firme sospecha de que no nos querrán aquí después de que los viajeros se hayan ido. Meros hombres y todo eso.

George le sonrió.

—Se trata más bien —, dijo Agnes, apartando por un momento su atención de su familia, —de que no nos quieren allí, Flavian. Hugo le aseguró a Gwen, por supuesto, que ella no debía sentir que estaba siendo expulsada de su propia casa, pero entonces llegó Vincent y le informó que acababa de llevar a Sophia a nuestra puerta. Son las esposas de los supervivientes, entre otras, las que están en el salón, Dora. Significativamente, el marido de la única mujer miembro no está aquí, pero me atrevo a decir que es algo bueno para el pobre Percy.

Sir Walter y su esposa se iban, y la atención se centró en ellos de nuevo. George estrechó la mano de su suegro y besó la mejilla de Lady Debbins. Vio como Dora también estrechaba la mano de su padre hasta que cubrió la suya con su mano libre y le dijo algo que George no pudo oír. Puso su mano en su hombro y la besó en la mejilla. No fue una despedida efusiva. Tampoco era una fría. Estrechó la mano de su madrastra e intercambiaron sonrisas.

Pasaron más de diez minutos antes de que un segundo carruaje llevara al reverendo Oliver Debbins y a su esposa de regreso a casa con sus hijos. Esas despedidas incluyeron abrazos prolongados entre hermanos y hermanas y cuñadas. Agnes también mostró mayor afecto hacia ellos que hacia su padre y su esposa.

Ese matrimonio roto hace tantos años había causado mucho dolor duradero, pensó George.

—¿No te importará si voy a casa de Hugo durante una hora más o menos?— Preguntó cuándo partió el carruaje. Había tomado la mano de Dora en la suya y la estaba mirando a los ojos. Había lágrimas allí, aunque no se habían derramado sobre sus mejillas.

—Por supuesto que no—, dijo ella. —No te sometería a un salón lleno de damas, especialmente la mañana después de nuestra boda.— Se sonrojó.

— Muy bien —, dijo.

Cinco minutos más tarde, el currículo de Flavian se detuvo frente a las puertas y se marcharon. Los miembros del Club de los Supervivientes siempre pasaban tiempo a solas, siempre que podían. Lo habían hecho casi a diario durante los tres años en que vivieron en Penderris Hall, y lo habían seguido haciendo la mayoría de las noches durante sus reuniones anuales de tres semanas y siempre que las circunstancias los unían. Hablaban abiertamente y con el corazón sobre el progreso que habían hecho, sobre sus triunfos y reveses, y sobre cualquier otra cosa que fuera de profunda preocupación personal para uno u otro de ellos. Se habían convertido casi en siete segmentos de una sola alma mientras estaban en Penderris, y habían permanecido estrechamente unidos.

Sin embargo, George siempre se había sentido un poco diferente de los demás. Para empezar, Penderris era su hogar. Por otra parte, no había sufrido daños personales en las guerras. Nunca había estado en la Península ni en Bélgica, donde la batalla de Waterloo puso fin a las ambiciones de Napoleón Bonaparte. Había compartido menos de sí mismo que los demás. Había sido mejor escuchando. Siempre se había visto en el papel de ser el fuerte, el consolador, el cuidador. Incluso pensó que había sido una especie de figura paterna para Vicente y Ralph, que habían sido muy jóvenes cuando llegaron a él.

Ahora, esta mañana, sospechaba que mientras se sentaba silenciosamente junto a Flavian, él sería el centro de atención. Había que tener en cuenta ayer. La simpatía, la comprensión y la ayuda serían suyas si se las pidiera. Se sentía muy incómodo. Porque lo que nunca había compartido con estos amigos más cercanos nunca podría ser compartido. Había...secretos que no debía divulgar.

Hugo vivía a cierta distancia de Grosvenor Square en una casa que había sido de su padre. El difunto Sr. Emes había sido un exitoso y próspero hombre de negocios sin pretensiones de gentileza. Hugo había sido galardonado con su título, el barón Trentham, después de liderar una misión desesperada particularmente cruel pero exitosa en la Península. Pero entonces todas las misiones desesperadas eran crueles por su propia naturaleza. Siempre estaban formadas por voluntarios que sabían que con toda probabilidad morirían.

George y Flavian fueron los últimos en llegar. Los demás estaban reunidos en la sala de estar, bebiendo café y licor. El único que no era miembro del club era Percy, el conde de Hardford, el marido de Imogen, aunque se puso en pie cuando George entró en la habitación.

—No pertenezco aquí—, dijo. —No tengo intención de quedarme.

—Será mejor que te sientes mientras estés aquí—, dijo Hugo. — Eres perfectamente bienvenido a quedarte si lo deseas, Percy, pero ciertamente necesitas estar aquí por un tiempo.

Percy se sentó de nuevo, y la atención se volvió hacia George.

—Te esperábamos un poco antes—, le informó Ben mientras George se servía una taza de café y luego se sentaba. —Te levantaste tarde esta mañana, ¿verdad, George? Después de una noche larga, ¿quizás? ¿Y de no dormir demasiado?

—La duquesa se veía notablemente rosada cuando George la llevó a Arnott House, no

pude evitar darme cuenta—, agregó Flavian. —Por supuesto, el sol brillaba, y algunos dirían que el paseo por la plaza es largo y algo agotador, pero aun así...

George sorbió su café con una mano firme. —Fuera de los límites, ustedes dos—, dijo. —Cortar la línea.

—Creo que Flavian,— dijo Ben,—fue casi definitivamente una noche larga y sin dormir demasiado.

—Lo que uno puede esperar, Ben —, dijo Flavian suspirando mientras se sentaba con un vaso de algo en la mano.

—Sobre ayer, George—, dijo Ralph.

Era evidente que no se refería al día en general, sino a un segmento específico del mismo.

George suspiró y dejó su taza. —Debo agradecerles a ti y a Hugo,— dijo,—por expulsar a Eastham con el mínimo esfuerzo, Ralph. Y a ti por mantenerlo alejado, Percy. ¿Cómo lo hiciste?

—Puedo ser bastante persuasivo cuando quiero serlo—, dijo Percy con una sonrisa, —y también muy discreto. No hubo disturbios en Hanover Square cuando salió de la iglesia, tal vez se haya dado cuenta. No hay tomates podridos ni huevos volando alrededor de tu cabeza ni de la de nadie. El hombre quería hablar cuando le expresé mi simpatía por su causa. Lo invité a una taberna con cuya reputación estoy familiarizado. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de hablar mucho. Fue muy desafortunado, pero nos vimos envueltos en una pelea no más de un par de minutos después de llegar. No estaba claro quién la empezó. Me escapé con mi cara y las galas de boda intactas y volví a pie a la Plaza de Hannover a tiempo para acompañar a Imogen al desayuno de bodas. Eastham, según tengo entendido, no fue tan afortunado. Creo que su cara y su persona sufrieron un pequeño daño.

—¿Cómo sabías,— preguntó George con rigidez, —que su historia no habría valido la pena escucharla?

—No dudo,— dijo Percy, aun sonriendo, —que hubiera sido *interesante* escucharla, George. ¿Pero vale la pena? Apenas. Imogen quiere hacerme creer que estás del lado de los ángeles en todas las cosas y que tal vez eres uno de ellos disfrazado de humano. El asesinato no parece ser de tu estilo. Sea como sea, he terminado aquí. Desgraciadamente, le prometí al perro que me adoptó el día que conocí a Imogen y que no está dispuesto a *deshacerse de* mí, un paseo por Hyde Park, y si no aparezco, me mirará con reproche con sus ojos saltones y me hará sentir como el mortal más despreciable y despiadado de todos.

—Oh, Percy,— dijo Imogen, —sabes muy bien que te encaprichaste de Héctor.

—Creo, Imogen,— dijo Vincent,—Percy está tratando de retirarse con tacto para dejarnos solos.

—Oh, lo entiendo—, dijo ella riendo.

—Me voy, entonces—, dijo Percy. —Gracias por el trago, Hugo.

Y salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

George aclaró su garganta.

—Anoche le aseguré a mi esposa,— dijo,—que no había absolutamente ninguna verdad en la acusación de Eastham. Les doy a todos la misma seguridad ahora.

—Bueno, eso es un gran alivio, debo decir, George—, dijo Ralph. —Te conocemos desde hace menos de una década, así que cuando un extraño apareció ayer en St. George's para acusarte de asesinato sin pruebas, le creímos sin dudarlo y perdimos toda la fe en ti.

—Realmente no esperabas que tuviéramos dudas, ¿verdad, George?— Preguntó Imogen.

Vincent se había inclinado hacia adelante en su silla y estaba mirando a George de esa manera tan extraña que tenía. —Creo que me salvaste la vida hace años en Penderris, George—, dijo. —Sé que me salvaste la cordura cuando aún era sordo y ciego. Yo no le creería culpable de asesinato o de cualquier tipo de violencia contra otra persona, incluso si se levantara ahora y nos dijera que lo es. No es que lo harías. No eres un mentiroso más de lo que eres un asesino. No creería nada malo de ti. Moriría por ti si algo tan melodramático fuera necesario.

—Bravo, Vincent—, gruñó Hugo.

George se sintió absurdamente cerca de las lágrimas y esperaba desesperadamente que nadie se diera cuenta.

No había hablado mucho de su pasado a nadie. Sus amigos sabían, por supuesto, de la muerte de Brendan en Portugal y del suicidio de Miriam poco después. Sabían de su pesadilla más persistente y recurrente, aquella en la que corría hacia el acantilado en el que ella se encontraba, sintiendo como si se estuviera moviendo a través de algo grueso y resistente en vez de a través del aire, tratando de llegar a a tiempo para sacarla del borde, tratando de gritarle algo que la persuadiera a retroceder, y fallando, y luego pensando en las palabras correctas un momento demasiado tarde, cuando su mano casi tocaba la de ella cuando saltó.

—Eastham era el medio hermano de Miriam,— dijo,—aunque adquirió el título después de su muerte. Se querían mucho el uno al otro. Solía ir a casa con bastante frecuencia y quedarse mucho tiempo; la salud de su padre fue mala durante años antes de morir. Eastham-Meikle, como era entonces, solía venir también a Penderris hasta que yo.... lo desanimé. Vino después de la muerte de Brendan para ofrecerle a Miriam algo de consuelo, aunque no a Penderris. Después de que ella... murió, me acusó de matarla. Estaba fuera de sí, por supuesto, como yo. Pero no se retractó de la acusación en los días previos al funeral, y me acusó a cualquiera que quisiera escucharle. Mucha gente escuchó, por supuesto, como era de esperar, y unos pocos que estaban predispuestos a creerle lo hicieron. Sin embargo, los chismes desaparecieron con el tiempo por falta de pruebas, y Meikle abandonó Cornualles inmediatamente después del funeral, jurando venganza aunque le tomaba el resto de su vida. Supongo que ayer fue su venganza. Supongo que no la encontró perfectamente satisfactoria, aunque arruinó el día para Dora. Tal vez haya más por venir.

Diablos, lo suponía, tal vez habría más. Pero, ¿qué más podría haber?

Un largo silencio siguió a sus palabras. Eso era característico de sus sesiones. Nunca hablaban por el mero hecho de hacer ruido o con palabras vacías de consuelo o consuelo.

—Tú... ¿lo *desanimó*?— Preguntó Ben al fin.

—Nunca hubo amistad entre nosotros—, dijo George. —Yo era muy joven cuando me casé, sólo tenía diecisiete años. Él era diez años mayor, una gran diferencia durante los años en que uno está madurando. Teníamos.... razones para disgustarnos y resentirnos. Pero finalmente se volvió demasiado ofensivo para soportarlo, y había causado un gran daño dentro de mi familia. Le informé que ya no era bienvenido en Penderris.

—¿Ofensivo?— Flavian dijo.

George lo miró y agitó lentamente la cabeza. Confiaría su vida a este grupo. Los amaba totalmente. Pero no podía decir nada más.

—Ofensivo, sí—, dijo.

—Espero—, dijo Imogen, —que Percy no haya hecho más daño que bien ayer, George. Espero que no le haya causado más problemas al hacer arreglos para que ese hombre quedara fuera de acción por el resto del día.

—Percy hizo todo lo posible para asegurarse de que el día de la boda de Dora no fuera un desastre total—, le dijo George. —Le estaré eternamente agradecido. Si hay más problemas, no es porque Percy lo haya involucrado en una pelea en una taberna.

—¿Y ahora qué?— preguntó Ralph. —¿Qué podemos hacer por ti, George?

Todos se sentaron adelante en sus asientos. Saldrían y moverían montañas por él si se lo pidiera, George lo sabía. Se obligó a sonreír.

—Nada en absoluto—, dijo. —El peor de los problemas vino hace años, después de la muerte de Miriam. Ayer volvió a cobrar vida, y no dudo que será el tema principal de conversación en los clubes y salas de estar durante los próximos días. Sin embargo, no espero que se me rechace como a un posible asesino, como tampoco lo era entonces. Además, llevaré a Dora a casa a Cornwall en los próximos días y eso será el fin del asunto.

Excepto que no podía creerlo del todo.

—¿No esperarás que te siga hasta allí?— preguntó Hugo.

—Si lo hace—, le aseguró George, su estómago se sacudía incómodo, —no puedo detenerlo, pero se quedará en otro lugar que no sea Penderris Hall, e ignoraré su presencia. Pero no lo espero. ¿Cuál sería el propósito?

No tenía sentido, estar allí, aparte de arrastrar viejos y rancios resentimientos y avergonzar a Dora.

—¿Esa vieja pesadilla no te está molestando?— preguntó Vincent.

—Últimamente no—, le aseguró George. —Confío en que con el tiempo se detendrá por completo. Tengo una nueva esposa y un nuevo matrimonio para darme esperanza y felicidad.

Hubo silencio otra vez.

—Es una lástima —añadió—que algunas cosas nunca se olviden del todo con sólo intentarlo. Pero todos hemos aprendido esa lección.

—Ciertamente—, dijo Imogen.

Vincent nunca olvidaría que fue un movimiento tonto e ingenuo suyo en el campo de batalla lo que le había cegado de por vida. Imogen nunca olvidaría que había disparado la bala que mató a su amado primer marido en la Península cuando ambos estaban en cautiverio. Hugo nunca olvidaría que fue uno de los pocos hombres que sobrevivió al desesperado ataque que había llevado a cabo, o que fue el único que sobrevivió sin un solo rasguño. Ralph nunca olvidaría que había persuadido a sus tres amigos más cercanos de la escuela para que compraran comisiones y se unieran a él en la Península, y que poco después había visto cómo volaban en pedazos en una carga de caballería. Todos ellos tenían cargas que llevarían por el resto de sus vidas a pesar de que habían aprendido a vivir con ellas e incluso a encontrar la felicidad de nuevo.

Volvería a ser feliz, pensó George, a pesar de todas las cargas del pasado. *Estaba* feliz. Su corazón se alzó de alegría cuando pensó en Dora. Se encargaría de que ella también fuera feliz.

Flavian se puso de pie y le dio una palmadita en el hombro a George al pasar por detrás de él para devolver el vaso al aparador. —Será mejor que te lleve de v-vuelta a casa, George,— dijo,—o mi cuñada dejará de hablarme y entonces Agnes también lo hará.

Era una señal para que todos los demás se fueran, excepto Imogen, que esperaría el regreso de Percy de su paseo por el parque. Todos ellos regresarían a sus hogares en el campo en los próximos días, y era dudoso que estuvieran juntos de nuevo hasta su reunión anual en la próxima primavera. Para entonces ya habría algunos niños nuevos que traer a Penderris: su grupo principal de siete se estaba expandiendo rápidamente. Todos se abrazaron y se desearon un buen viaje.

Probablemente no había estado en casa de Hugo por mucho más de una hora, pensó George mientras se sentaba al lado de Flavian en el carruaje nuevamente. Parecía mucho más tiempo que eso. Sonrió al darse cuenta de que echaba de menos a su esposa y no podía esperar a verla de nuevo. ¿Cuántos años tenía? ¿Cuarenta y ocho, que pronto serán diecinueve?

—Un centavo por ellos, George—, dijo Flavian.

—¿Por mis pensamientos? Ni siquiera una libra, Flavian—. George sonrió a su amigo. —Ni siquiera 20 libras.

******

Regresaron a Stanbrook House por la plaza en lugar de cruzarla por el parque, con la mano de Dora atravesada por el brazo de George. Qué hermoso era hoy, pensó, después de toda la pompa y la emoción de ayer, irse a casa tranquilamente con su esposo.

—Oh, debo decírtelo—, dijo ella. —Alguien ha expresado su interés en mudarse a Inglebrook para enseñar música: el Sr. Madison. Esta tarde va a visitar al vizconde.... a Sofía y a Vincent. Incluso le interesa el hecho de que haya una casa de campo en venta en el pueblo. Ha sido miembro de una orquesta sinfónica durante varios años y ha viajado por toda Gran Bretaña y Europa. Pero se ha casado recientemente y ha formado una familia y quiere una vida más tranquila y estable, pero lo suficientemente lucrativa como para

proporcionarle un ingreso estable.

—Será un pobre sustituto para ti—, dijo George con una sonrisa de soslayo.

—Oh, qué tonta adulación—, dijo. —Pero te lo agradezco. Ahora podré sentirme considerablemente menos culpable por haberme ido tan abruptamente, siempre y cuando al Sr. Madison le guste lo que oiga esta tarde, por supuesto. ¿Volverás a salir? ¿A tu club, tal vez?

—Tenía la esperanza de pasar el resto del día con mi esposa—, dijo. —¿No tienes tiempo para mí?

—Por supuesto que sí—. Estaba absurdamente complacida. —Creí que todos los hombres pasaban el día en uno de los clubes o en el Parlamento o en alguna otra reserva exclusivamente masculina.

—Este hombre no—, le dijo mientras subían las escaleras de su casa. —No todo el tiempo, por lo menos, y ciertamente no en el primer día completo de mi matrimonio después de haber estado separado de mi esposa toda la mañana. ¿Te divertiste?

—Lo hice—, le aseguró, pero no añadió el maravilloso sentimiento que le había dado ser una esposa entre esposas, una amiga entre amigas, o lo encantador que había sido saber que tenía un marido que volvía con ella. Se habría avergonzado de decir esas cosas en voz alta. Estaba un poco avergonzada incluso de pensarlos. ¿Qué había pasado con su orgullo por su independencia, su capacidad de permanecer sola sin ningún hombre?

No se quedaron allí el resto del día. En vez de eso, fueron a caminar a Hyde Park, aunque no a la zona donde el mundo de moda paseaba y cabalgaba por la tarde.

—La gente puede sentirse obligada a detenerse e informarnos de cómo está el tiempo si vamos allí—, dijo a modo de explicación. —No quiero que me detengan y me hablen hoy. ¿Tu si?

Dora se rió. —No—, dijo ella. —Tengo toda la compañía que deseo para hoy.

—Ah.— Se rió. —He recibido mi cumplido y ahora callaré.

No tenía idea de que el matrimonio se sentiría así.... cómodo, que implicaría bromas y comentarios burlones y risas.

Caminaban por senderos estrechos que traspasaban y trepaban y descendían entre los árboles y a veces presentaban piedras o raíces de árboles para tropezar con ellos si no tenías cuidado. Los senderos eran tranquilos y solitarios en su mayor parte, con ocasionales vislumbres de césped y pequeños grupos de personas, tanto jinetes como peatones. Las niñeras de dos niños se sentaron en una extensión de césped hablando mientras sus jóvenes pupilos corrían a jugar. Un pequeño perro persiguió un palo que su amo le tiró, su cola azotando lo que debe ser un huracán menor. George le habló del perro de Percy, un antiguo perro callejero de raza indeterminada y aspecto poco atractivo, que se le había impuesto hasta que no tuvo más remedio que conservarlo y amarlo.

—Me gusta Percy—, dijo Dora, riéndose de la historia. —Parece bastante perfecto para Imogen.

—Él la ha hecho brillar,— dijo, —y por eso siempre lo tendré en la más profunda estima.

Se preguntaba si ahora, cuando estaban solos y lejos de casa, hablaría de ayer y de la muerte de su primera esposa.

—Fue bastante triste despedirse de tu padre y de tu hermano esta mañana—, dijo. —Debiste desear estar más tiempo con ellos.

—Me alegré mucho de que vinieran—, le aseguró ella. —Pero Oliver tiene una vida muy ocupada y a Louisa no le gusta dejar a sus hijos más tiempo del necesario. A mi padre no le gusta salir de casa en absoluto.

—Pero lo hizo por ti—, dijo. —Me alegro de ello.

Su cabeza se volvió hacia ella, y pudo sentir preguntas tácitas en el silencio.

—Nunca fue un hombre de corazón abierto—, le dijo, — aunque tampoco fue cruel ni negligente, al menos no con nosotros, sus hijos. La Sra. Brough era una de las amigas de mi madre. Me gustaba, y después de que mamá se fue, ella continuó visitándome con palabras de consejo y aliento. Pero después de que el Sr. Brough murió varios años después, estaba claro que su interés residía más en mi padre que en mí. Su matrimonio no fue una gran sorpresa. Pero poco después de su boda le dejó claro a Agnes que ya era hora de que considerara el matrimonio, y Agnes se casó con William Keeping, algo que nunca debió haber ocurrido. Luego se aseguró de que yo comprendiera que no había lugar para dos señoras en nuestra casa, aunque yo había estado tratando de pasar desapercibida. Fue un gran alivio para todos nosotros, supongo, excepto quizás para Agnes, cuando me mudé a Inglebrook. Nunca he podido pensar en la Sra. Brough con otro nombre, pero como ya no puedo llamarla así, no la llamo de ninguna manera, me temo. Es un poco incómodo. En lo que respecta a mi padre, no tenemos una relación estrecha, pero tampoco estamos distanciados. Estoy feliz de que haya venido aquí y me haya entregado. También estaba feliz por eso.

—¿Te molestó que se volviera a casar?—, preguntó.

Dudó mientras él usaba su mano libre para sujetar una rama baja que la habría golpeado en la cara si no lo hubiera notado. —Intenté no hacerlo—, dijo. —No había razón para que no se casara, y parecían, todavía parecían, muy encariñados el uno con el otro. Habría sido reprobable resentirse de su matrimonio por mis propias razones egoístas.

—¿Egoísta?—, dijo. —¿Pero no habías renunciado a tus sueños para mantener el hogar de tu padre y criar a tu hermana?

—Pero no a petición de él—, protestó ella. —Fue mi decisión quedarme. No puedo culpar a nadie más por lo que libremente decidí hacer.

—Podría argumentar ese punto, Dora—, dijo. —¿No culpaste a tu padre por la deserción de tu madre? Ah, perdóname. Esa pregunta estuvo bastante fuera de lugar. Ignórala si quieres y admiraremos la belleza del parque.

—Oh, le he culpado —dijo suspirando—, especialmente después de escuchar lo que mi madre le dijo a Flavian el año pasado. Supongo que has oído hablar de eso. Y, por supuesto, también la he culpado a ella. Inicialmente la culpa fue enteramente suya. Yo estaba allí cuando la acusó muy públicamente en medio de una asamblea y no se calló, aunque algunas personas lo instaron a no decir lo que viviría para lamentar. Pero.... no necesitaba irse y no volver nunca más. O tal vez lo hizo. ¿Cómo puedo saber cuán

intolerable se había vuelto su matrimonio para ella? Uno nunca puede saber realmente tales cosas desde el exterior, ¿verdad?

—No—, estuvo de acuerdo en voz baja,—no se puede.

—Pero había una niña—, dijo ella. —Estaba Agnes. Ciertamente, puedo estar muy equivocada, pero seguramente debería haber puesto a su hija antes que a cualquier infelicidad personal con su matrimonio. Agnes tenía cinco años.

—Sus hijos, tal vez—, dijo. —Estabas tú y Agnes. Y tu hermano.

—Tenía edad suficiente para cuidar de mí misma—, dijo. —Dios mío, te casaste cuando tenías diecisiete años.

—Yo era un niño y estaba a merced de fuerzas más allá de mí—, dijo, —como tú.

—Sí.— Esperó, pero él no le explicó sus palabras sobre sí mismo. —Oh, intento no odiarla, no juzgarla, pero no siempre tengo éxito. No podemos saber cómo es la vida de otra persona, ¿verdad? a menos que podamos vivir sus vidas desde dentro, y eso es imposible. Sólo puedo juzgar a mi madre por el dolor que nos causó a Agnes, a mí y a Oliver. Y eso es quizás injusto, especialmente cuando fue mi padre quien lo empezó todo, o aparentemente lo empezó.

Habían dejado los árboles detrás de ellos y caminaban bajo el sol. Dora levantó la barbilla para poder sentir el calor veraniego contra su cara bajo el borde de su sombrero. Dejó de caminar y se volvió hacia el sol.

—Ella tenía tanto derecho a estar conmigo ayer como él—, dijo, y se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado en voz alta.

—¿Lamentas no haberla invitado?—, preguntó.

—No.— Cerró los ojos brevemente. —Habría sido intolerable. Debes haberte dado cuenta de eso después de hacer la sugerencia hace un mes.

—Pero es posible—, dijo. —La mayoría de las cosas se pueden cuando uno es un duque.

Lo miró. Estaba sonriendo de esa manera gentil y amable.

—Me encontré ayer por la mañana, preguntándome si ella sabía de mi boda, si le importaba—, le dijo.

—Sabes, Dora—, dijo, y la amabilidad que brillaba en sus ojos parecía envolverse en ella como una manta caliente, —no tenemos que partir hacia Cornualles mañana o incluso al día siguiente.

Planeaban irse mañana. Iban a ir a Penderris, y quería con un apasionado anhelo estar en el camino con él. De camino a casa. No quería demorarse ni un solo día.

Se salieron del camino para permitir el paso de dos jóvenes seguidas por una sirvienta. Dora esperó hasta que estuvieran fuera del alcance del oído.

—No puedo ir a visitarla—, dijo.

—Como desees.— Su sonrisa la calentó mientras el sol estaba oscurecido por una pequeña nube.

—No sé dónde vive—, dijo.

—Flavian sí—, le recordó.

Se mojó los labios con la lengua. —¿Crees que debería ir?

—Creo,— dijo,—que debería permitirte decidir eso por ti misma, Dora. Pero si desea quedarte uno o dos días más, entonces lo haremos. Y si deseas visitar a tu madre, te acompañaré, o no.

Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró de cerca. —Ahora sé,— dijo,—lo que Flavian y Agnes quieren decir cuando hablan de ti.

Levantó las cejas.

—Que eres un oyente inteligente—, dijo ella. — Que brindas consuelo, fuerza y apoyo sin tratar de imponer tu voluntad a nadie o intentar controlar las acciones de nadie.

—No se necesita mucho talento para escuchar—, dijo, —cuando uno ama al orador.

¿Amas?

—Y tú amas a todo el mundo—, dijo.

—Ah,— dijo,—no, Dora. Me temo que no podrás convertirme en una especie de santo.

—Tus compañeros Supervivientes lo hacen—, le dijo.

Se rió suavemente. —Pude consolarlos cuando estaban en su punto más bajo—, dijo. —Era fácil ser un héroe cuando yo no estaba herido.

—¿Estabas?— Frunció el ceño.

Algo cayó detrás de sus ojos casi como una cortina.

—¿Caminamos?— Señaló a la larga franja de hierba que tenían ante ellos, y dejaron el camino y se fueron en lo que Dora adivinó que era la dirección de la serpentina. Tal vez pensó que era hora de que la multitud volviera.

—¿Vendrás conmigo?—, preguntó después de uno o dos minutos de silencio.

—Sí.

—¿Mañana?

—Sí.

Pero no quería ir. ¿O quería? No buscaba ningún tipo de reconciliación. Nunca lo sería. Trató de no juzgar las acciones de su madre o de odiarla o culparla por el daño que le había hecho a Agnes y a ella misma, y probablemente a Oliver, pero no podía.... perdonarla, como realmente no podía perdonar a su padre. Sin embargo, lo había invitado a su boda y la había entregado. ¿Su madre no debería tener la misma consideración? El pensamiento la hizo sentir un poco mareada.

—¡Qué extraño!—, dijo. —Si mi madre se hubiera quedado, si mi vida se hubiera desarrollado según lo planeado, casi sin duda no estaría caminando aquí contigo ahora. Y habría odiado eso. Aunque no hubiera sabido lo que me faltaba, ¿verdad?

Volvió la cabeza hacia él, y ambos se rieron.

—Yo también lo habría odiado—, le dijo.

CAPÍTULO 11

Los años durante los cuales Penderris Hall había sido un hospital para oficiales heridos habían salvado la cordura de George. Estaba convencido de ello. Y no fue sólo porque la casa estaba llena y la vida lo suficientemente ocupada como para mantener su mente alejada de sí mismo. Era más lo que se le había necesitado. Ese hecho le había sorprendido al principio, pues había asumido que el éxito de su plan dependería casi enteramente de las maravillosas habilidades de Joseph Connor, el médico que había contratado. Todo lo que haría, había pensado, sería proporcionar el espacio y la financiación. Había descubierto, sin embargo, que tenía una función casi tan importante como la de Connor, pues había descubierto en sí mismo una vasta capacidad de empatizar, de ponerse en el lugar del que sufre, de *escuchar,* de encontrar las palabras correctas que decir en respuesta. Había descubierto que era un hombre paciente, que podía pasar tanto tiempo con cada herido como fuera necesario. Había pasado muchas horas, por ejemplo, simplemente abrazando a Vincent durante los horribles meses en que el joven estaba sordo y ciego. Durante esos años había descubierto en sí mismo una capacidad de amar que llegaba a cualquiera que lo necesitara.

La recompensa de todo esto, ¡ah, la idoneidad bíblica de esto!, fue que al darse a sí mismo también había recibido en abundancia. Cada uno de los oficiales que habían estado en Penderris y sobrevivieron aún le escribían regularmente. Y los seis que habían formado el Club de los Supervivientes con él lo amaban, lo sabía, tanto como él los amaba a ellos. Era una rica recompensa.

Podría identificarse con Dora. Había sacrificado sus propias perspectivas de una vida feliz como esposa y madre joven para que su hermana pudiera crecer sintiéndose segura y apreciada. Y luego, cuando parecía que ya nadie la necesitaba, se había hecho una nueva vida que había sido admirable en su dignidad y utilidad. Pero las heridas eran más profundas, probablemente mucho más profundas de lo que ella misma pensaba. Podía perdonar a su padre más fácilmente que a su madre porque nunca había sido el centro de su vida y porque el lazo de afecto entre ellos siempre había sido, en el mejor de los casos, tibio. Pero su madre había sido todo para ella cuando era una niña creciendo, y la deserción de la madre y el silencio subsiguiente la habían devastado. Sabía que había un gran agujero negro en la vida de su esposa donde había estado su madre; no, peor que un agujero. Un agujero vacío no sentía dolor. El dolor había sido empujado profundamente dentro de Dora, pero estaba allí, probablemente tan crudo como siempre.

Haría cualquier cosa para arreglar las cosas para ella, aunque sabía por experiencia que nadie podría arreglar la vida de otra persona. Sólo se podía escuchar, animar y amar. Y *sostener* cuando era apropiado.

No le hizo el amor a su esposa esa noche. Sabía que le había causado dolor en la noche de bodas, aunque también sabía que le habría dado la bienvenida, que el lado físico de su matrimonio sería importante para ella. Dios mío, ¿cómo debía ser media vida en el celibato? Y que nadie intente decirle que las mujeres no sienten anhelos y frustraciones

sexuales como los hombres. Pero ahora le daría a su cuerpo la oportunidad de curarse. Lo haría y simplemente la abrazó. Había estado tranquila desde su paseo por el parque, y sabía que su mente estaba en el mañana y su decisión de ver a su madre.

Deslizó un brazo sobre sus hombros y la acurrucó contra él. Con la otra mano le tomó la barbilla y la besó.

Era especialmente besable. Tenía una boca cálida, suave y dulce, y cuando trazó la línea de sus labios con su lengua, a los separó y pudo alcanzar su lengua para tocar la de ella. Había calor y humedad allí y una bienvenida. Se giró sobre su costado para acercarse a él y suspiró profundamente en su garganta.

Había algo sorprendentemente encantador en abrazar a una mujer cuando uno no tenía la intención de tener sexo completo con ella. Era una experiencia totalmente nueva para él, de hecho. La besó en la frente, la sien, la oreja, la barbilla, la garganta. Y su mano se movió sobre ella, rozando el costado de un seno, trazando la línea de una cadera, la parte plana de su abdomen, rodeando la redondez de una nalga. Era cálida y fragante y dulce y...suya.

Esa era la mayor maravilla de todas, el mayor milagro: que fuera *suya*. Su esposa, hasta que la muerte los separe. Y no sólo su esposa, no, no, no sólo eso. Era su compañera, su compañera de cama, su amiga. Y sí, serían amigos. Ya lo eran, aunque aún quedaba mucho por saber el uno del otro y sin duda habría que hacer muchos ajustes. A él le gustaba ella.... oh, más de lo que le gustaba cualquier otra persona en este mundo.

Su mano era ligera contra su espalda.

—¿Podemos prescindir del camisón?—, preguntó, su boca contra la de ella. —Pero sólo si te sientes cómoda estando piel con piel conmigo.

—Supongo que es lo que se hace entre las personas casadas, ¿no? —dijo, sonando tanto como la Srta. Debbins de Inglebrook, sonrió en la oscuridad.

—No necesitamos hacer nada de lo que hacen los “casados”—, le dijo. —Haremos sólo lo que queramos hacer.

—Muy bien—, dijo, y se habría sentado si no la hubiera sostenido en su lugar con el brazo sobre los hombros.

Deslizó su camisón lentamente por su cuerpo, pasando la parte posterior de sus dedos por encima de sus muslos mientras lo hacía y luego por encima de su estómago.

—Levanta los brazos por mí—, dijo al fin, y le quitó el camisón por completo y lo dejó caer sobre el costado de la cama. —Eres muy, muy hermosa, Dora.

—Eso es porque la habitación está en la oscuridad—, dijo.

—Ah, pero mis manos, mis dedos y mi boca no necesitan luz—, le dijo.

No se sentía como una muchacha, por lo que estaba agradecido. Tenía un cuerpo de mujer, no voluptuoso, pero sí muy femenino. Era cálida, de piel suave y sedosa, y si no tenía cuidado, se iba a excitar más de lo que quería.

Ella era perfecta.

Acarició sus pechos con dedos ligeros como plumas y besó su boca y acarició la carne húmeda con su lengua.

—Puedes tocarme a mí también si quieres—, le dijo.

—Estoy tocando...— Empezó, pero él profundizó su beso.

—Donde quieras—, dijo. —Soy tu marido. Soy todo tuyo. Soy para tu placer, así como para todo lo demás.

—Oh.— Ella respiró suavemente por su boca.

—Espero que esto sea siempre un placer tanto para ti como para mí—, dijo.

—¿Será?— Era la Srta. Debbins otra vez. —Oh, George, ya lo es. No tienes ni idea.

Sí. Sí, tenía.

Movió las manos por la espalda hasta los hombros y las bajó hasta la cintura. Las deslizó hacia adelante y las rodeó sobre su pecho, sobre sus hombros, bajando por sus brazos hasta los codos.

—Eres muy encantador—, dijo ella.

Si hubiera estado pensando en términos de romance, bien podría haberse enamorado un poco más de ella en ese momento. Pero estaba pensando en términos de placer, más que en el suyo propio. Y en términos de abrazarla, protegerla, apreciarla, aliviar sus cargas, especialmente las que enfrentará mañana. Esperaba haber hecho lo correcto al empujarla en la dirección de visitar a su madre. La acercó con ambos brazos a su alrededor, atrapando sus manos entre ellas, y la besó suavemente.

—Duerme ahora—, dijo. —Mañana por la noche volveremos a hacer el amor.

—Sí—, dijo, apoyando su cuello en su brazo y su cabeza en su hombro. —Sí, por favor—, añadió adormecida unos momentos después.

George sonrió y besó la parte superior de su cabeza.

******

A la tarde siguiente, Dora, George, Agnes y Flavian estaban juntos en el carruaje del duque en camino para visitar a Sir Everard y Lady Havell en Kensington. George había ido a Arnott House ayer a última hora para preguntarle a Flavian dónde se encontraba la casa y había regresado un poco más tarde con la noticia de que Agnes insistía en que si Dora iba a visitar a su madre, entonces ella también lo haría.

El año pasado Agnes se había negado a ir. Estaba contenta con lo que había aprendido, había protestado cuando le contó a Dora la visita de Flavian, pero no deseaba conocer a la madre que la había abandonado cuando era poco más que un bebé.

Las hermanas, sentadas una al lado de la otra frente a los caballos, miraban a través de ventanas opuestas mientras sus maridos seguían lo que parecía una conversación tensa, aunque Dora no trató de seguir lo que se estaba diciendo. En cambio, cuando la mano de Agnes encontró la suya en el asiento entre ellas, la agarró y sintió que volvía a esos años en los que había sido más madre que hermana de su hermana menor.

No estaría haciendo esto, estaba convencida, si George no la hubiera presionado. Aunque eso era muy injusto. No había ejercido ninguna presión en absoluto. Ni siquiera le había sugerido que viniera. Él simplemente le había sonreído amablemente mientras se convencía a sí misma de que hiciera lo que había pensado que nunca haría. Él había escuchado mientras se explicaba a sí misma tanto como a él que si no lo hacía ahora, probablemente nunca lo haría y siempre podría arrepentirse y continuar odiando y llorando a la madre que la había dejado sin una palabra. No había hecho nada para persuadirla antes de que decidiera o para disuadirla cuando su decisión fue tomada.

Pero sospechaba que él la había llevado a ello.

Lo miró a través de los asientos, sus rodillas se tocaban cada vez que el carruaje se balanceaba, y él sonreía. ¡Oh, esa sonrisa! Era algo poderoso. Sugería fortaleza y apoyo y amabilidad y aprobación. También era un poco como un escudo. ¿Cómo había conseguido que hablara ayer de su familia y de los acontecimientos más perturbadores de su historia familiar? No podía recordar que él hubiera hecho preguntas directas o intrusivas. Aun así, hablo. . Sin embargo, no le había contado nada de su propia familia ni del terrible desastre que le había puesto fin y le había dejado triste y solo. ¿Se lo diría alguna vez? Tenía la incómoda sospecha de que no sólo era desconocido para ella, sino también, en muchos sentidos, inescrutable.

Sin embargo, era demasiado pronto para llegar a esa conclusión. Llevaban casados sólo dos días. Pronto, probablemente mañana, partirían hacia Penderris. Una vez que estuvieran en casa, seguramente abriría su vida a ella como había abierto la suya.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Aquí—, dijo por fin Flavian cuando el carruaje se salió de la carretera. —Parece como si estuviéramos conduciendo hacia un salvaje e ingobernable desierto, pero hay un bonito y bien cuidado jardín alrededor de la casa, al menos el año pasado, cuando estuve aquí.

Y de hecho, todavía lo había. La casa en sí era una casa solariega robusta con un aire de ligera negligencia, aunque no estaba en absoluto abandonada. La mano de Agnes se apretó convulsivamente sobre la de Dora.

—Tal vez—, dijo con suerte,—no están en casa.

—No tuve la impresión el año pasado—, dijo Flavian, inclinándose hacia adelante en su asiento y cogiendo su mano libre, —que estén lejos de casa a menudo, Agnes.

—Dudo que la conozca—, dijo. —No puedo recordar cómo era y no la he visto en más de veinte años.

Dora simplemente miró a George en busca de coraje. Ninguno de los dos habló.

Un anciano sirviente abrió la puerta después de que George la golpeó con la cabeza de su bastón. El hombre miró de uno a otro ante sus ojos y se detuvo para reconocer a Flavian. Se alejó de la puerta para admitirlos y tomó la tarjeta de visita que George le dio.

—El Duque y la Duquesa de Stanbrook y el Vizconde y Lady Ponsonby para Sir Everard y Lady Havell, si están recibiendo—, dijo George.

El hombre inclinó la cabeza y subió las escaleras hacia un lado del pasillo. Volvió a

aparecer uno o dos minutos después.

—Mi señor y mi señora os recibirán en el salón—, les informó, y se volvió para guiar el camino de vuelta.

A Dora le hubiera encantado darse la vuelta y huir, pero no había llegado tan lejos sólo para hacerse la cobarde. Tomó el brazo ofrecido de George y lo siguió en la estela del sirviente. Agnes vino detrás con Flavian.

Sir Everard no esperó a que se anunciaran. Los encontró en la puerta del salón, que estaba abierta. Estaba sonriendo de bienvenida.

No había envejecido muy bien, pensó Dora, aunque era fácilmente reconocible como el atractivo y apuesto joven que recordaba de varias largas visitas que había hecho a familiares en su vecindario durante su infancia. Las mujeres lo habían anhelado mucho. Varias de las más jóvenes bebían los vientos por él. Pero en los años transcurridos desde entonces había adquirido un poco de barriga, su pelo rubio se había aclarado y descolorido, y su cara se había vuelto más redondeada y más ruda. Probablemente era, pensó con cierta sorpresa, no más de unos pocos años mayor que George.

Sus ojos evaluaron la persona de Sir Everard Havell porque no deseaba volver su atención hacia el otro ocupante de la habitación, que estaba de pie justo detrás de él.

—Bienvenidos a todos—, dijo, su tono efusivo y un poco extravagante. — Conocimos previamente al vizconde Ponsonby, ¿verdad, Rosamond? Usted, entonces, señor, debe ser el Duque de Stanbrook. Y las damas...

Dora no escuchó lo que tenía que decir sobre ellos. Había vuelto su mirada hacia la mujer a la que había llamado Rosamond.

Había envejecido notablemente. Bueno, por supuesto que sí. Tenía veintidós años más. Había engordado, aunque se soportaba bien y las libras de más estaban distribuidas proporcionalmente y se volvieron lo suficientemente buenas. Su cabello, antes tan oscuro como el de Dora, era de un gris plateado uniforme. Su cara estaba arrugada, su mandíbula menos definida, como era inevitable, aunque aún conservaba rastros de su antigua belleza. Sus ojos aún estaban oscuros y no estaban descoloridos.

Parecía una extraña. Por unos instantes fue casi imposible reconciliar la apariencia de esta anciana con el recuerdo de una mamá vibrante, risueña y joven, bailando con cada una de sus hijas, dando la impresión de que el sol salía y se ponía sobre ellas y sobre su hijo ausente. Pero el desconocimiento duró sólo unos momentos antes de que Dora viera en Lady Havell a la madre que recordaba.

Sir Everard estaba intentando tomar la mano de Dora e inclinarse sobre ella, pero lo ignoró. De hecho, prácticamente no era consciente de él.

—¿Dora?— Los labios de su madre apenas se movían, y había muy poco sonido detrás de la palabra, pero oh, Dios mío, habló con la voz recordada. —Y....y... ¿*Agnes*?

—La duquesa ciertamente heredó la apariencia hermosa de su madre —, dijo Sir Everard, su voz aun conmovedora, —según recuerdo de la época en que era una dama muy joven. ¿No estás de acuerdo, Stanbrook?

Dora no escuchó la respuesta de George, si, de hecho, dio una. Estaba experimentando

exactamente el mismo problema que siempre tuvo con la ex Sra. Brough. No sabía cómo llamar a esta mujer.

—¿Señora?—, dijo mientras inclinaba la cabeza. Estaba consciente de que Agnes hacía una leve y rígida reverencia a su lado sin decir una palabra.

—Viniste —, dijo su madre, con las manos muy apretadas a la cintura, y, oh, ella llevaba un anillo de plata que siempre había estado en el dedo meñique de su mano derecha. —Leímos el anuncio de tu boda en los periódicos matutinos, Dora. ¿La boda fue anteayer? No esperaba que vinieras, pero me he vestido para las visitas todos los días desde que leí el aviso por si acaso...Oh, ambas lo han hecho muy bien. Estoy más contenta de lo que puedo decir. Pero, ¿dónde han ido mis modales? Ni siquiera he saludado al Duque de Stanbrook y al Vizconde Ponsonby.— Se hizo una reverencia y miró a cada uno de ellos por separado.

—Siéntate, siéntate—, les dijo Sir Everard. —Nuestro hombre volverá aquí con la bandeja de té en unos momentos.

Todo era horrible, horriblemente doloroso, encontró Dora mientras Sir Everard hablaba y nadie más tenía nada que decir. Era una experiencia aún peor de lo que temía. Cuando por fin habló, Sir Everard parecía sentirse aliviado, pero no vio su reacción a lo que dijo.

—He estado obsesionada por tu deserción desde la noche en que sucedió —, dijo, dirigiéndose a su madre con palabras que no había planeado hablar, en realidad no había planeado nada más allá de la visita. —Ya he tenido suficiente de atormentarme. Vine aquí para poder ver por mí misma que ha pasado mucho tiempo y que la mujer que recuerdo, la madre que recuerdo, ya no existe. He visto y ahora estoy satisfecha. Usted es Lady Havell, señora. Sólo te pareces un poco a mi madre.

Se escuchaba a sí misma, horrorizada por su grosería, pero contenta de haber encontrado el valor de decir la verdad. Habría sido absurdo si hubieran bebido té y hablado de tópicos y luego se hubieran marchado.

Su madre la miró, su cara sin expresión. Pero sus manos estaban entrelazadas, nudosas y blancas, en su regazo.

—Sé,— continuó Dora,—que mi padre tenía tanta culpa como tú, y más aún, de hecho, esa noche. Incluso si hubiera habido verdad en lo que dijo, era imperdonable que te acusara públicamente. Puedo entender que sus palabras fueron una humillación intolerable para ti y que la perspectiva de seguir viviendo como su esposa parecía insoportable. Incluso puedo entender la atracción de un hombre más joven y un nuevo amor cuando su matrimonio era tan obviamente infeliz. Pero lo que no puedo entender, o al menos lo que no puedo perdonar, es tu completo abandono de *nosotros* y de papá. ¿Qué te habíamos hecho? Eras nuestra madre, nuestra mamá, y te necesitábamos. Agnes era una niña. Ni siquiera podía entenderlo. Sólo sabía que su madre se había ido, que quizás te habías ido porque no era lo suficientemente adorable.

Su voz temblaba, se dio cuenta. Ella también. También estaba sin aliento. Se había sentado en un sofa, George a su lado. Cubrió una de sus manos con las suyas, aunque no la agarró ni dijo nada.

—Supongo,— dijo Agnes,—que amabas a Sir Everard. Puedo entender que a veces un nuevo romance puede parecer más tentador que el matrimonio que uno ya tiene. ¿Pero más tentador que el amor de los hijos? Sin embargo, quizás estoy siendo injusta contigo, sin embargo, tal vez, incluso probablemente, no hubieras elegido a Sir Everard sobre nosotros si Papa no te hubiera obligado a hacerlo. Fue especialmente atroz de tu parte hacerlo si en verdad era inocente, , como le aseguraste a Flavian cuando vino aquí el año pasado. Sin embargo, hablamos con papá y lo tratamos con honor y respeto. Tal vez es un error por nuestra parte tener un.... doble rasero.

Su madre habló por fin.

—Te escribí, Dora—, dijo. —Os envié regalos para vuestros cumpleaños hasta que el silencio me convenció de que vuestro padre os los debia estar ocultando. Además, las cartas y los regalos no eran una expiación adecuada por el abandono. No podía llevarte conmigo cuando me fui. Tu padre me habría perseguido y te habría llevado de regreso, y eso habría sido más angustiante para ti que el hecho de que te dejara atrás. Además, en ese momento no tenía adónde ir, ni adónde llevarte. No es que lo pensara hasta más tarde, debo confesar. Me escapé por impulso, y cuando mi corazón comenzó a doler por ti con un terrible dolor, decidí permanecer lejos en vez de volver a ti y a tu padre también. Pero estar separada para siempre de mis hijos me partió el corazón en dos. Nunca se ha arreglado del todo.

—Te aseguro, Dora, Agnes...— empezó Sir Everard.

Dora giró la cabeza y lo miró con incredulidad. Dudó, y el color de su cara se hizo más profundo.

Empezó de nuevo. —Le aseguro, Su Gracia, mi señora, que su madre no había hecho nada para merecer la humillación que sufrió de manos de su padre esa noche, igual que yo. Un poco de coqueteo. Bueno, todo el mundo coquetea, ya sabes. Fue totalmente inofensivo. No teníamos más idea de huir que... bueno, que de volar a la luna. Pero cuando tu padre dijo lo que hizo, me vi obligado, como honorable caballero, a tomar una de dos opciones: abofetearlo y retarlo o llevarme a Rosamond y esperar pacientemente hasta que pueda ofrecerle la protección de mi nombre por el resto de su vida.

—Pero como caballero,— dijo Flavian, con su voz llena de ironía,— no estaba obligado a considerar a los hijos de Lady Debbins.— No era una pregunta.

El criado escogió ese momento para traer la bandeja de té, cargada de bebidas y delicadezas que ninguno de ellos quería. Lady Havell no hizo ningún movimiento para verter o hacer referencia a los refrescos. En el momento en que el sirviente salió de la habitación, el silencio era fuerte y pesado.

—Les ruego me disculpen por venir aquí sin ser invitada a perturbar su paz—, dijo Dora, poniéndose de pie. —No tenía la intención de hablar con tanta dureza. Pensé, supongo, en extender una especie de rama de olivo. Todos tomamos decisiones en la vida y debemos vivir con las consecuencias. Y algunas decisiones no son fáciles de tomar. He vivido lo suficiente para comprenderlo, así como el hecho de que casi nunca podemos volver atrás si nos arrepentimos de un determinado camino que tomamos. Pero gracias por su amabilidad al recibirnos.

—No me acuerdo de ti—, dijo Agnes, dirigiéndose a su madre, —excepto por unas pocas imágenes parpadeantes que nunca son episodios completos. Pero sé que hiciste algo

muy bien. Dora fue una madre maravillosa para mí durante mis años de crecimiento. Era cálida, amorosa y cariñosa. Pudo haber aprendido a ser así sólo de ti, porque papá siempre fue una figura remota y sin sentido del humor que se ocupó de nuestras necesidades materiales, pero que nunca nos prestó mucha de su atención ni de su amor. Debe haber sido difícil estar casada con él.

William Keeping había sido otro de esos hombres, pensó Dora, aunque es cierto que no había sido ni un bebedor ni un hombre abiertamente celoso.

Los otros también se habían levantado. George aún no había dicho una palabra. Sin embargo, ahora lo hizo. Extendió una mano a su madre, que se estaba poniendo de pie.

—Me alegro de haberla conocido, señora—, dijo. —Le prometo que cuidaré a su hija por el resto de mis días.

Dora vio a su madre morderse el labio mientras sus ojos se volvían sospechosamente brillantes.

—Nunca quise nada más que su felicidad—, dijo, —aunque mi comportamiento sugiriera lo contrario, supongo. Gracias, Su Excelencia. Yo diría que Dora es una dama afortunada, pero creo que usted es un hombre igualmente afortunado.

Él le sonrió.

—Señora—, dijo Dora antes de detenerse y bajar la cabeza para mirar sus manos. Comenzó de nuevo. —Madre, tal vez quieras volver a escribirme a Penderris Hall en Cornualles. Recibiré esas cartas y responderé.

—Lo haré, Dora—, dijo su madre.

—Voy a tener un hijo en otoño—, dijo Agnes.

—Oh.— Su madre la miró con nostalgia. —Estoy tan contenta, Agnes.— Era probable, sin embargo, que ya se hubiera dado cuenta.

—Te lo haré saber—, dijo Agnes.

—Gracias.

Y luego volvieron al carruaje, menos de media hora después de haberlo dejado. ¿O era una eternidad? Dora y Agnes ya no se sentaban juntas. . Agnes estaba de espaldas a los caballos, con el brazo de Flavian sobre los hombros y la cara oculta en el hueco entre el hombro y el cuello. Dora se sentó al lado de George, sin tocarlo del todo.

—Siento haberte traído, mi amor—, dijo Flavian.

Eso hizo que la cabeza de Agnes se levantara. —No hiciste tal cosa—, le informó. —Le dije a George que vendría y tú dijiste que me acompañarías.

—Siempre he tenido un poco de dificultad con mi m-memoria—, dijo mansamente, exagerando deliberadamente su tartamudeo.

—No me arrepiento de haber venido—, dijo, apoyando su cabeza de nuevo sobre su hombro. —Le escribiré después de mi confinamiento. ¿Por qué debería escribir a papá, después de todo, y no a ella?

—Así es—, dijo.

Dora deseaba apoyarse en George, para sentir la seguridad de su calor y fuerza. Tal vez él lo sabía. Tomó su mano en la suya, entrelazó sus dedos y se la llevó a los labios. Se inclinó ligeramente hacia un lado hasta que su cabeza se inclinó de forma muy natural contra su hombro.

—Bravo, Dora—, dijo en voz baja.

Tenía que concentrarse mucho para no llorar.

¿Cómo había encontrado consuelo en su vida, se preguntaba, antes de que apareciera la voz tranquila de George, sus ojos bondadosos, sus hombros firmes y sus brazos protegidos?

Podría haber estado un poco alarmada por la pérdida de su espíritu de independencia si lo hubiera pensado.

Su corazón sufría por la madre que había perdido hacía veintidós años y que hoy ha vuelto a encontrar y.....

¿Y *qué*?

CAPÍTULO 12

Agnes y Flavian se dirigieron a su casa en Sussex, tan tarde por la hora en que todos regresaron a Grosvenor Square. Dora y George se acercaron para verlos de camino.

—Me alegro de haber ido contigo—, dijo Agnes, —aunque creo que estaré molesta por ello durante unos días. Es una extraña, pero es nuestra *madre*. Oh, no sé qué pensar. ¿Cómo te sientes, Dora?

—No es una extraña para mí—, le dijo Dora, —y sin embargo lo es. Si me escribe, le responderé. Oh, fue tan malvado por parte de papá, Agnes, retener sus cartas y regalos. Aunque quizás pensó que era lo mejor. Estoy cansada de culpar, resentir y odiar.

Se abrazaron, ambas con lágrimas en los ojos.

—Al menos nos tenemos la una a la otra—, dijo Agnes. —Te amo más de lo que puedo decir, Dora.

Después de regresar a Stanbrook House, Dora subió a recostarse en la alcoba de la duquesa. Pero no podía quedarse dormida, cansada como estaba. Seguía recordando que su madre decía que se había vestido para las visitas todos los días después de ver el anuncio de la próxima boda de Dora, y el recuerdo le hacía doler la garganta con lágrimas sin derramar. ¿Pero cómo podía sentir lástima por su madre? Agnes había esperado día tras día, semana tras semana cuando era niña. Solía poner una de sus muñecas en su ventana cada noche cuando se iba a la cama, para vigilar mientras dormía, y cada noche le decía a la muñeca todo lo que tendría que mostrarle a mamá cuando llegara a casa. Pero a veces encerraba la muñeca dentro de un armario y se escondía debajo de las sábanas y se negaba incluso a darle a Dora un beso de buenas noches.

Oh, cómo nos dolía el corazón a veces, incluso con recuerdos de eventos pasados y olvidados.

Qué feliz había estado la semana pasada cuando papá vino a Londres y aceptó entregarla en su boda. Cómo sus palabras en la mañana de su boda habían calentado su corazón. Sin embargo, papá había echado a su madre y luego había guardado sus cartas y regalos para sus hijas. ¿Cómo pudo haber retenido regalos para un niño de cinco años?

Oh, pero estaba cansada, cansada, *cansada* de repartir culpas.

Debía haberse quedado dormida. Se despertó cuando algo cálido cubrió su mano, que estaba fuera de las sábanas. Era la mano de George. Estaba sentado a un lado de la cama, mirándola con preocupación. Tenía las mejillas húmedas, se dio cuenta cuando con la otra mano las secó suavemente con un gran pañuelo de lino. Le sonrió y giró su mano debajo de la suya para agarrarla.

—Eres muy bueno en eso—, dijo.

—¿En....?— Levantó las cejas.

—Dando consuelo—, dijo. —¿Pero quién te consuela, George?

Podría haber jurado por un momento que era un profundo dolor lo que veía en sus ojos, pero luego sonrieron con una amabilidad que era casi como un escudo.

—Me consuela darlo—, dijo.

Le creyó. Había oído hablar mucho de él de sus amigos y sus esposas y de Agnes, y había experimentado su bondad por sí misma. Pero la pregunta seguía en pie. ¿Quién lo consuela? Era consciente de un enorme charco oscuro de soledad que había en él. Se lo había admitido en Inglebrook cuando vino a pedirle que se casara con él, pero en ese momento lo había considerado sólo como una ausencia de amigos íntimos y la falta de una esposa. Pero ahora sospechaba, más que sospechar, que su soledad era mucho más profunda que eso.

—Entonces, dame consuelo.— Se giró sobre su espalda y abrió los brazos hacia él. Pero se había metido bajo las sábanas cuando se echó. Las hizo retroceder con una mano y volvió a abrirle los brazos. —Y déjame consolarte.

La miró a los ojos por un momento y luego a la habitación. —¿En la alcoba de la duquesa?—, dijo.

—Yo soy la duquesa—, le dijo.

—Bueno,— dijo en voz baja,—y así es.—

Los dos estaban completamente vestidos. Incluso aún llevaba puestas sus botas de Hesse. Empujó las mantas hacia atrás y se subió a la cama sin quitárselas ni nada más, lo que podría significar simplemente que estaba cansado y que tenía la intención de acostarse a su lado y dormir.

No pretendía tal cosa, o aún no, de todos modos. Y ella lo había empezado. Dios mío, en realidad lo había invitado a su propia cama. A plena luz del día. ¿Qué clase de mujerzuela pensaría que era?

Pero no había evidencia de que estuviera pensando, y muy pronto el pensamiento racional también huyó de la mente de Dora. Había pensado que los abrazos de anoche eran imposibles, maravillosamente íntimos después de que él le había quitado el camisón y ambos estaban desnudos. Pero hoy, cuando ambos estaban completamente vestidos... Bueno, hoy la acarició con manos duras, buscando y una boca exigente y urgente, y ella lo exploró con la misma audacia a pesar de la barrera de varias capas de varias prendas. Y hoy le levantó sus faldas lo suficientemente alto y se arrodilló entre sus muslos después de extenderlas con las rodillas y desabrochó sus pantalones de la cintura y deslizó sus manos por debajo de las nalgas de ella y se sumergió profundamente dentro de ella, todo en cuestión de momentos, al parecer, y todo completamente visible para ambos.

El aliento de Dora se le quedó atrapado en la garganta, y sus manos se dirigieron a sus hombros completamente vestidos mientras él se inclinaba sobre ella, y sus piernas con medias de seda se retorcieron alrededor de él y sus pies llegaron a descansar sobre el cálido y flexible cuero de sus botas.

—¿Te estoy haciendo daño?— Sus ojos estaban llenos de deseo.

—No.

Y, oh, Dios *mío,* él se retiró y se zambulló de nuevo, y ella le apretó las piernas, le

sujetó los pies y levantó las caderas, y cabalgaron con fuerza; no había otras palabras para describir lo que había sucedido, aunque su mente hubiera estado buscando palabras. No sabía cuánto tiempo duro y no lo habría sabido incluso si hubiera habido un reloj dentro de su línea de visión, porque no había tal cosa como el tiempo. Sus ojos estaban sobre los de él y los de él sobre los de ella, pero no había vergüenza, ni siquiera una conciencia real de que se miraban el uno al otro al acoplarse. Para Dora, esto podría haber sido eterno. Pero el maravilloso, *maravilloso* placer se convirtió eventualmente en una necesidad que era casi dolorosa y sin embargo más placentera que el placer y finalmente tan urgente que todo en ella se apretó y tenso contra él y sus manos volvieron a estar por debajo de ella y la sostuvieron con fuerza mientras conducía hacia adentro y se quedaba allí.

El universo se rompió, lo cual fue el pensamiento más tonto que se pueda imaginar, decidió Dora segundos o minutos más tarde, después de que sintiera de nuevo en lo más profundo de su interior ese encantador borbotón de su liberación y él los hubiera desacoplado y yaciera a su lado, con su brazo debajo de su cabeza. Estaban calientes y desarreglados y sin aliento y, ¡oh, Dios mío! ¿así se comportaba la gente casada? ¿Era esto *normal*?

Si no lo era, no le importaba. Oh, a ella *no le importaba*.

—Gracias, Dora—, murmuró contra su oído después de mucho tiempo. — Realmente eres un gran consuelo para mí.

Y la tristeza regresó. Porque incluso entregándose a él como acababa de hacerlo no podía consolar ese dolor que estaba segura de que había visto en sus ojos durante un momento sin vigilancia hace un momento. Quizás, ah, quizás lo comparta cuando vayan a Penderris. Quizás le diría exactamente de qué se trataba la aparición del Conde de Eastham en la iglesia durante su boda.

Significaba más de lo que parecía significar, estaba perfectamente segura.

—¿Iremos a casa mañana?—, le preguntó.

—Creo que ahora estoy en casa—, dijo. —No necesariamente aquí en Stanbrook House, sino aquí contigo en mis brazos.

Para alguien que había dicho que no habría romance en su matrimonio, realmente no le estaba haciendo nada mal.

—Pero sí—, dijo. —Nos iremos a casa, Dora. A casa, a Cornualles. Mañana.

******

El viaje entre Penderris Hall y Londres siempre era largo. Las horas que pasaba dentro del carruaje eran tediosas, y George se había dado cuenta de que era casi imposible de leer: el libro se movía demasiado en su mano a pesar de que su carruaje estaba bien suspendido. Y el paisaje que pasaba había dejado de encantarle hace mucho tiempo. Las cabinas de peaje, la necesidad de cambiar de caballo, la necesidad de comer y dormir en las posadas, el clima, a veces en forma de lluvia torrencial o, ocasionalmente, incluso la nieve que hacía intransitables los caminos, hacían que el viaje pareciera más largo cada vez que lo hacía.

Pero esta vez no encontró el regreso a casa ni largo ni tedioso. Vio todo con ojos nuevos mientras Dora comentaba sobre escenas y personas que pasaban. Disfrutaba de aspectos del viaje que siempre había dado por sentado. Le divertía, por ejemplo, que se inclinaban y se arrastraban donde quiera que fueran, que siempre había un salón privado a su disposición incluso cuando se detenían inesperadamente para comer, que las mejores cámaras siempre estaban listas para ellos y que la mejor comida se servía de manera oportuna.

—Podría acostumbrarme a ser duquesa—, dijo la primera noche mientras terminaban de cenar.

—Espero que puedas,— dijo,—ya que estás atrapada con ser duquesa por el resto de tu vida.

Lo miró sin comprender por un momento y luego soltó una carcajada.

Le encantaba oírla reír.

No se rió del todo una mañana después de que habían estado viajando durante una hora más o menos en un agradable silencio. Pero estaba sonriendo, y sus ojos brillaban de alegría.

—¿Qué te divierte?—, preguntó.

—Oh,— dijo y parecía mortificada de que se hubiera dado cuenta. —Tal vez es sólo que soy feliz.

—¿La felicidad te hace sonreír?—, preguntó. Pero se dio cuenta de que ahora también estaba sonriendo.

Se rió a carcajadas entonces. —Me sentía mareada al darme cuenta de que iba camino a casa con mi esposo—, dijo. —Estaba pensando que tal vez estaba soñando, que había caído en trance mientras trataba de no escuchar a Miranda Corley, y que había inventado esta hermosa vida imaginaria para mí.

—¿Miranda Corley no era tu alumna estrella?—, preguntó.

—Pobre Miranda—, dijo ella. —No dudo que tenga una docena de cualidades. Un talento musical no está entre ellos.

—¿Era un sueño encantador?—, preguntó.

—Bueno, considéralo, George—. Se giró para mirarlo, cada centímetro de la Srta. Debbins que había conocido el año pasado. —Hace poco más de un mes estaba sentada en mi humilde cabaña, tomando el té y ocupándome de mis asuntos, cuando llegó un apuesto y rico duque para pedir por mi mano en matrimonio. Era cosa de cuentos de hadas. Pero parece que es real, porque no me estoy dando cuenta de los lamentables esfuerzos de Miranda por producir música, ¿verdad?

—¿Rico?—, le preguntó. —¿Estás segura?

Eso le dio una pausa, y se sonrojó. —¿Lo eres?

—Lo soy—. Tomó la mano de ella en la suya y entrelazó sus dedos. —¿Y *guapo*, Dora? ¿Las cosas de los cuentos de hadas?

—Bueno, lo eres—, dijo, volviendo a su asiento. —Y lo es. No para ti, tal vez. ¿Pero para mí? Sí.

Volvieron a quedar en silencio mientras pensaba en lo que había dicho. Era el Príncipe Azul para su Cenicienta, ¿no? No podía saber cuán cerca de un cuento de hadas le parecía su unión, aunque había hablado de ello antes de su matrimonio en términos prácticos y mundanos. Tenerla así a su lado, su compañera y amante, su esposa, era algo encantador más allá de las palabras. Había dicho que no habría romance, pero había estado pensando en la palabra en términos de pasión ardiente y juvenil. También había un romance de mediana edad, que estaba descubriendo, más tranquilo y menos demostrativo, pero sin embargo.... bueno, romántico.

—George—, le preguntó,—¿por qué te casaste conmigo? Quiero decir, ¿por qué *yo*?

Todavía no sabía por qué y sólo podía decir la verdad.

—No lo sé. — Giró la cabeza para mirarla. Sus ojos miraban sus manos entrelazadas en el asiento que había entre ellos. Levantó sus manos hacia su muslo. —Sólo sé que cuando pensaba en casarme como algo que quería hacer, no era un matrimonio en abstracto, sino un matrimonio contigo. Me sentí bien cuando lo pensé y me sentí bien cuando te volví a ver. Parecía lo correcto durante el mes en Londres, y era lo correcto el día de nuestra boda. Me he sentido cómodo desde entonces.

Levantó la cabeza para mirarle a los ojos. No respondió. Sonrió en su lugar. Le encantaba su sonrisa.

El tiempo no era bueno mientras viajaban a través de Devon y a Cornualles, el mar a menudo a la vista a su izquierda. El cielo era persistentemente gris con nubes pesadas y el viento golpeaba el carruaje desde el oeste. El mar, como resultado, era áspero y un gris metálico moteado con espuma. Al menos la lluvia se mantuvo a raya, pero todo debía parecer muy deprimente para alguien que no había estado allí antes. Como un niño, había querido que todo fuera perfecto para el regreso a casa de su esposa.

—Ojalá hubiera podido traerte aquí a la luz del sol —, le dijo una mañana cuando estaban a diez millas de casa, —pero no tengo voz en lo que el tiempo decide hacer.

—Oh, pero el sol brillará en algún momento—, dijo. Respiró como para decir otra cosa, pero no lo hizo. Cuando habló, fue con una sonrisa en su voz. —George, hablemos del día de nuestra boda.

Instintivamente, se presionó más hacia atrás en su asiento.

—Tres o cuatro minutos no hacen un día—, le dijo. —Olvidemos esos minutos y recordemos todo lo demás. Quiero recordarlo como el día más maravilloso de mi vida.

Ah, Dora.

—Y el mío—, estuvo de acuerdo, poniendo su hombro contra el de ella. —¿Cuál es tu recuerdo más preciado?

—Oh, eso es difícil—, dijo ella. —Supongo que el momento en que el obispo les dijo a todos los reunidos en la iglesia que éramos marido y mujer y que ningún hombre, supongo que tampoco quería decir ninguna mujer, nos separaría. Ese fue el momento más precioso de mi vida. Pero hubo muchos otros momentos memorables.

—Al verte entrar en la nave en el brazo de tu padre —, dijo.

—Al verte esperando por mí,— dijo ella, —y sabiendo que eras mi *novio*.

—Deslizar el anillo sobre tu dedo,— dijo,—y sentir cuán perfectamente encajaba.

—Oyéndote jurar amarme y respetarme.

—Mirándote firmar el registro, usando tu apellido de soltera por última vez y sabiendo que la escritura estaba hecha oficialmente y que eras mi esposa para siempre.

—Caminando de regreso a lo largo de la nave y viendo tantas caras sonrientes, algunas familiares, otras no. Oh, y la música, George. Debe ser un órgano magnífico.

—Te llevaré a verlo la próxima vez que estemos en Londres—, le prometió. —Y lo tocaras.

—¿Estaría permitido?—, preguntó, sus ojos abriéndose de par en par.

—Todas las cosas se les permiten a una duquesa—, dijo, y se sonrieron el uno al otro; no, rieron.

—Los pétalos de flores de Flavian y tus amigos nos lanzaron cuando salimos de la iglesia—, dijo.

—Las decoraciones metálicas adheridas al carruaje.

—La línea de recepción en la entrada del salón de baile de Chloe y Ralph,— dijo,—y toda esa buena voluntad dirigida sólo a nosotros.

—Abrazando a nuestra familia y amigos—, dijo. —Viéndolos felices por nosotros.

—La comida y el pastel de bodas.

—El vino y las tostadas.

—Mi brillante anillo de bodas—, dijo ella. — Seguí levantando mi mano deliberadamente para poder verlo.— Ella lo hizo ahora.

—Nuestra noche de bodas—, dijo en voz baja, —aunque eso ocurrió el día después de nuestra boda. Lamento que…

—No—, dijo, cortándole el paso. —No debemos arrepentirnos de nada. Nada es perfecto, George, y el día de nuestra boda no fue una excepción. Pero fue tan perfecto como cualquier otro día. Recordémoslo con alegría. Dejemos de tratar de olvidarlo sólo porque había un pequeño defecto en él.

Un *simple defecto*. *Ah, Dora*.

—Una mera mota de polvo—, dijo. —Un simple grano de arena. También fue el día más hermoso de mi vida.

—¿La primera vez no fue así?—, preguntó.

Respiró lentamente y lo soltó. —No—, dijo. —No la primera vez. Mira, estamos en casa.

El carruaje se había desviado hacia la tierra de Penderris, y la casa estaba a la vista en el lado de Dora. Podía verse como un tipo de lugar prohibitivo, supuso, especialmente con

este tiempo. Era una enorme mansión de piedra gris rodeada de jardines cultivados que al menos mostraba algo de color en esta época del año, incluso si el sol no brillaba. Debajo de los jardines en el frente había un paisaje costero salvaje de hierba gruesa y tojo y brezo y rocas escarpadas y, por supuesto, los altos acantilados, que se desplomaban hacia más rocas y arena dorada y el mar debajo.

—Oh. —Sonaba asombrada. —Es tan vasto. ¿Cómo diablos voy a aprender a ser la señora aquí? Incluso la casa de mi padre se vería insignificante si estuviera al lado. Mi cabaña se vería como el cobertizo de un jardinero.

Le puso un brazo en los hombros. —Tengo una ama de llaves perfectamente competente, que ha estado conmigo desde siempre—, le dijo. —Me casé contigo porque quería una esposa y una amiga, no porque necesitara una señora para Penderris.

Apartó la cara de la ventana y lo miró con lo que él consideraba su mirada práctica y sensata. Ahora estaba reprimiendo un toque de exasperación.

—Qué tontería dices—, dijo. —Como si uno pudiera casarse con un duque y esperar salirse con la suya siendo simplemente su esposa y su amiga. ¡Cómo me despreciarían todos tus sirvientes! Y hablarían con otros sirvientes y comerciantes, y hablarían con sus empleadores y clientes, y muy pronto todos los que estuvieran a kilómetros de distancia me mirarían con burla y desprecio. No soy sólo tu esposa, George. También soy, que el cielo me ayude, tu duquesa. Y no te atrevas a sonreírme así, como si fuera una simple diversión para ti. Voy a tener que aprender a ser la dueña de esta... esta mansión, y no intentes decirme nada que diga lo contrario.

Demasiado para su famosa serenidad interior. Pobre Dora. Mientras esperaba con ansias volver a casa con ella, ella claramente lo había estado abordando con creciente agitación. Aunque no le había impuesto ninguna expectativa, ella se las había impuesto a sí misma. Le apretó el hombro y la besó.

—Solo ten en cuenta,— dijo,—que hay corazones revoloteando de miedo dentro de esa mansión. No es porque estoy regresando a casa. Soy ya conocido. Es porque vienes, la nueva Duquesa de Stanbrook. Estarían muy desconcertados si supieran que les tienes miedo.

Ella suspiró. —Te hablé de Miranda Corley hace un par de días—, dijo. —Es sorda, por decirlo amablemente, y tiene diez pulgares pegados a sus manos en lugar de sólo dos con ocho dedos. También está en una edad en la que está experimentando toda la rebelión hosca de la juventud oprimida. Sin embargo, sus padres creen que es un prodigio de la música y me contrataron para alimentar su genio. Te digo esto para que entiendas lo que quiero decir cuando digo que preferiría en este momento enfrentarme a una triple lección con Miranda que a mí llegada a Penderris.

Se rió cuando el carruaje se detuvo al pie de los escalones de la entrada, y retiró su brazo de los hombros de ella.

—Estamos en casa.

******

Tengan en cuenta que hay corazones revoloteando de miedo dentro de esa mansión... porque estás llegando, la nueva Duquesa de Stanbrook.

Dora mantuvo esas palabras firmemente en mente por el resto del día. Se había adaptado a nuevas circunstancias antes en su vida, y lo volvería a hacer. Además, no carecía de experiencia como dueña de un hogar. Era sólo que Penderris estaba en una escala tan grande. *Mucho* más grande que cualquier otro lugar en el que haya vivido.

Al menos se salvó aquí de la bienvenida formal que había recibido en Stanbrook House en su noche de bodas, quizás porque había sido imposible predecir exactamente cuándo llegarían. Sin embargo, para cuando se sentó a almorzar con George, se había encontrado con el mayordomo, que los había saludado en la puerta de entrada a su llegada, y con el ama de llaves, una señora regordeta y matrona que había mirado con aprecio a Dora, pero sin ninguna desaprobación abierta. Dora le había informado que esperaba una reunión más larga mañana y tal vez un recorrido por las cocinas.

Encontró a Maisie, la criada que le había sido asignada en Londres, en su vestidor, que era tan grande como toda la habitación de su cabaña. Pasó una hora más o menos sola en la alcoba de la duquesa, presumiblemente descansando. En vez de eso, se sentó en el asiento de la ventana, sus rodillas abrazadas a su pecho, mirando a través del parque hacia los acantilados y el mar a la distancia. La cruda belleza de todo esto iba a requerir un tiempo para acostumbrarse. George la llevó a dar un pequeño paseo por el parque interior después, y luego llegó la hora de vestirse para la cena, la cual fue de acuerdo a las horas de campo, antes de lo que había sido en Londres. La cena se sirvió en un gran comedor en una mesa que parecía extenderse casi por completo. Afortunadamente, su lugar había sido puesto al lado del de su esposo en la cabecera de la mesa, y pudieron conversar sin tener que gritarse el uno al otro a gran distancia.

Fue una experiencia desconcertante, pero no un regreso infeliz. A los pocos días, estaba segura, se familiarizaría con su entorno y sus nuevas funciones y podría relajarse y sentirse como en casa.

Pero algo la había molestado desde el momento de su llegada. O quizás era la ausencia de algo. Había esperado señales de la primera duquesa, por muy leves que fuesen. Todavía no había visto mucho de la casa, por supuesto, ya que George la había llevado a tomar un poco de aire, a petición suya, cuando en vez de eso podría haber pedido un rápido recorrido por la casa. Pero por lo que había visto, no había nada que sugiriera que Penderris había sido nunca nada más que el hogar de un soltero hasta ahora.

Dora debería haberse sentido aliviada, pues había sentido cierta inquietud durante los días en el carruaje por saber que era la segunda duquesa, que su predecesora había vivido aquí y gobernado durante casi veinte años. Había entrado en la alcoba de la duquesa, sintiéndose un poco como una intrusa, temiendo que de alguna manera llevara el sello de la otra mujer. Lo que encontró, en cambio, fue una hermosa habitación decorada en varios tonos de verde musgoso y oro, pero también bastante impersonal, como una habitación de invitados o como una habitación que esperaba para asumir la personalidad de su ocupante.

Tampoco había señales del toque de una mujer en ninguna otra parte, ni en el salón, ni en el comedor, ni siquiera en los jardines. Tampoco había señales de que hubiera habido un

niño aquí una vez, un niño, un joven, el hijo de la casa. Todo esto hizo que Dora se sintiera un poco incómoda. Por supuesto, tanto la primera duquesa como el hijo habían desaparecido hace más de diez años, y desde entonces Penderris había sido utilizado como hospital y hogar de convalecencia. Tal vez se habían dado órdenes recientemente de que cualquier signo restante fuera eliminado por deferencia hacia ella. Si eso era así, entonces había sido un movimiento con tacto por parte de alguien, pero bastante innecesario. La vida de dos personas no debería ser borrada del lugar que había sido su hogar.

Era casi como si nunca hubieran estado.

Pero Dora estaba cansada después del largo viaje. Tal vez mañana, cuando recorriera toda la casa, vería todo tipo de evidencias de la primera familia de George; tal vez una guardería llena de libros y juguetes, tal vez la habitación de un joven que aún se mantiene como estaba, tal vez un retrato de la duquesa. Dora no tenía ni idea de cómo era.

Después de la cena, George le pasó la mano por el brazo y la sacó del comedor. Pero en lugar de llevarla al salón, la llevó arriba, a lo que describió como la sala de estar de la duquesa. Estaba entre sus vestidores y los dormitorios de más allá de cada uno. Dora no lo había investigado antes. Era una habitación acogedora, pensó inmediatamente, amueblada con muebles tapizados de aspecto cómodo. Un fuego crujía en el hogar y las velas de los dos candelabros daban una luz cálida y alegre.

Sin embargo, la impresión general de Dora sobre la habitación fue fugaz, ya que su atención se centró casi inmediatamente en un objeto familiar: su piano, que parecía viejo y maltratado, como si estuviera en casa.

—¡Oh! —exclamó, y sacó su brazo del de George y dio unos pasos apresurados hacia la habitación antes de detenerse de nuevo y girar para mirarlo, sus manos en forma de oración en sus labios.

Estaba sonriendo. —Espero—, dijo,—que no te estuvieras felicitando por haberte deshecho de él por fin.

Agitó la cabeza, se mordió el labio superior y perdió la visión.

—No llores.— Se rió suavemente, y sintió como sus manos se agarraban a sus hombros. —¿Tan infeliz eres de verlo?

—Es una cosa tan fea y vieja—, dijo, secándose las lágrimas con ambas manos. —No me gustaba decir nada al respecto. Me despedí de él en la cabaña y esperaba que quienquiera que comprara el lugar le diera algún uso. ¿Qué te hizo pensar en traerlo aquí?

—Tal vez un deseo de complacerte—, dijo. —O tal vez un recuerdo de haberte escuchado tocarlo por un corto tiempo el día después de que te pedí que te casaras conmigo. Principalmente un deseo de complacerte a ti y a mí. ¿Estás contenta?

—Sabes que lo estoy—, dijo. —Gracias, gracias, George. Qué amable eres y qué bueno eres conmigo.

—Es un placer complacerte—, le dijo, con las manos apretando sus hombros. —¿Lo tocarás para mí, Dora? ¿Después de que hayamos bebido nuestro té?

—Por supuesto que sí—, dijo ella. —Pero antes. No puedo esperar.

Tocó durante una hora. Ninguno de los dos dijo una palabra durante ese tiempo, ni

siquiera entre trozos. Tampoco aplaudió ni mostró ningún otro signo de aprecio o aburrimiento. Dora tocaba sin mirarlo ni una sola vez, pero era consciente de él en todo momento. Tocaba para él, porque le había pedido que tocara, pero aún más porque había pensado en traer su piano de Inglebrook, porque se había quedado muy contento con su sorpresa, porque estaba *allí,* escuchando. Se sintió más casada durante esa hora de lo que se había sentido en cualquier momento anterior. Estaba conscientemente feliz. Las palabras, incluso las miradas, eran innecesarias, y ese era quizás el pensamiento más feliz de todos.

Mientras bebían té después y conversaban cómodamente sobre una variedad de temas, Dora pensó en lo muy, muy dulce que era el matrimonio y lo afortunada que era de estar casada al fin.

—¿Hora de acostarse?—, sugirió después de que la bandeja fuera retirada.

—Sí—, estuvo de acuerdo. —Estoy cansada.

—¿Demasiado cansada?—, preguntó.

—Oh, no—, le aseguró ella. —No muy cansada.

¿Cómo podría estar demasiado cansada para hacer el amor? ¿O para él? Estaba, por supuesto, irremediablemente enamorada de él. Lo había admitido para sí misma mucho antes. Sin embargo, no había ninguna diferencia real en nada. Eran sólo palabras: estar enamorado, amor romántico.

No necesitaba palabras cuando la realidad era tan hermosa.

CAPÍTULO 13

George pasó la mayor parte de la mañana siguiente en casa, primero con su secretario y luego con su mayordomo. Tenía que ponerse al día desde que se había ido por un tiempo, primero para la boda de Imogen y luego para la suya propia. Dora, con un aspecto aseado y elegante en uno de sus nuevos vestidos y con el cabello simplemente peinado, le había informado en el desayuno que pasaría la mañana con la Sra. Lerner, el ama de llaves, y que también tenía la intención de visitar las cocinas y conocer al chef y a algunos de los sirvientes de la casa. Tenía la intención de memorizar todos sus nombres en unos pocos días y esperaba que le hicieran concesiones hasta que lo hiciera. Sin embargo, tendría cuidado de no buscar problemas, ya que entendía que algunos chefs guardaban sus dominios celosamente y resentían la interferencia incluso de la señora de la casa.

George había escuchado con cariño y se preguntaba qué pensarían los criados de ella. No había hecho ningún intento de parecer una duquesa, en realidad se parecía más a una profesora de música provincial, ni de comportarse como tal. Sin embargo, tenía la intención de ser la duquesa y señora de su nuevo hogar. Lo haría a su manera.

—Incluso la Sra. Henry, mi ama de llaves en Inglebrook, podía enfadarse si sentía que estaba invadiendo sus deberes—, había añadido.

George apostaría que sus sirvientes pronto respetarían a su esposa e incluso llegarían a amarla. Dudaba de que su primera esposa, Miriam, hubiera conocido a algunos de los sirvientes por su nombre. Pero no tenía la intención de hacer comparaciones.

Había planeado sugerir un paseo por la playa por la tarde, pero el tiempo seguía siendo inclemente. Una mañana nublada y tempestuosa dio paso a una tarde lloviznosa y ventosa, y en su lugar se vio obligado a pensar en algún tipo de diversión en el interior. No fue difícil, porque por supuesto, todavía no había visto gran parte de la casa. Se había enterado durante el almuerzo que sus actividades matutinas no la habían llevado más allá de la habitación de la mañana y las cocinas.

La llevó a dar una vuelta por el resto.

Primero quería ver dónde se habían alojado todos durante los años en que Penderris era un hospital. Le mostró las habitaciones que cada uno de los Supervivientes había ocupado, y el tiempo pasó rápidamente al recordar algunas historias sobre cada uno de ellos, a sugerencia de ella.

—Puede parecerte extraño que me acuerde con cariño de aquellos años—, dijo mientras se paraban en la ventana de lo que había sido la habitación de Vincent. Estaba frente al mar, aunque no había podido apreciar la vista. Sin embargo, le había gustado escuchar el mar después de que volviera su audición, y había mantenido su ventana abierta incluso en los días más incómodos para poder oler el aire salado. —Había mucho sufrimiento, y a veces era casi insoportable ver cuando había tan poco que podía hacer para aliviarlo. Pero en muchos sentidos fueron los años más felices de mi vida.

—Me atrevo a decir que viste el sufrimiento humano en su peor momento y la obstinación y la resistencia humanas en su mejor momento—, dijo. —No conozco a todos los heridos que pasaron tiempo aquí, por supuesto, sólo a los seis que se convirtieron en tus amigos. Pero son seres humanos extraordinarios, y creo que deben ser personas fuertes, vitales y amorosas, al menos en parte debido a todo su sufrimiento en lugar de a pesar de ello.

—He tenido el privilegio de conocerlos—, dijo mientras la llevaba a la habitación en la que Imogen había permanecido durante tres años. Tenía vistas a los huertos de la parte de atrás de la casa.

—Creo que sí—, dijo ella. —Y han tenido el enorme privilegio de conocerte.

Era quizás un poco parcial.

—¿Por qué lo hiciste?—, preguntó.

—¿Abrir mi casa como un hospital?—, dijo mientras ella miraba los parterres uniformes de flores multicolores en el jardín trasero con las que se mantenían llenas las urnas y los jarrones de la casa. —Realmente no sé de dónde surgió la idea. He oído decir que algunos artistas y escritores no saben de dónde vienen sus ideas. No me pongo a la par con ellos, pero entiendo lo que significa. La casa se sentía vacía y opresiva. Me sentí vacío y oprimido. Mi vida era vacía y sin sentido, mi futuro vacío y poco atractivo. No había nada más que vacío en mí y en mi interior, de hecho. ¿Por qué de repente se me ocurrió llenar mi casa y mi vida con soldados horriblemente heridos? Podría haber sido visto como exactamente la solución equivocada para lo que me afligía. Pero a veces, creo, cuando uno hace una pregunta desde su más profunda necesidad y espera una respuesta sin esforzarse demasiado para inventarla, la respuesta viene, aparentemente de la nada. No es así, por supuesto. Todo viene de alguna parte, incluso si ese lugar está más allá de nuestra conciencia consciente. Pero me estoy enredando en mis pensamientos. Debería haber parado después de “Realmente no lo sé” como respuesta a tu pregunta.

—Tal vez —dijo en voz baja sin apartarse de la ventana—, la idea te vino, al menos en parte, porque tu hijo era oficial y murió. Y porque tu esposa no pudo soportar su dolor y destrozó tu corazón ya roto.

Sintió como si hubiera plantado un puño muy fuerte en la parte baja de su abdomen. Se sintió sin aliento y con un dolor repentino.

—¿Quién sabe?—, dijo abruptamente después de un silencio, parecía que ninguno de los dos quería romperlo. —Déjame mostrarte el cuarto donde Ben aprendió a caminar de nuevo y Flavian aprendió a lidiar con sus furias.

—Lo siento—, dijo, frunciendo el ceño cuando se apartó de la ventana y cogía su brazo ofrecido.

—No lo sientas—, le dijo. Escuchó la brusquedad de su tono e hizo un esfuerzo por corregirlo. —No necesitas disculparte por nada de lo que decidas decirme, Dora. Eres mi esposa.— Ahora su voz sonaba simplemente fría. Además forzada.

La habitación a la que se la llevó después se había convertido de nuevo en un salón que rara vez se usaba, ya que nunca entretenía a gran escala. En una época, sin embargo, había barras robustas a lo largo de toda su longitud, una fijada a la pared, la otra a corta

distancia de ella y paralela a ella, ambas a la altura justa para que Ben se agarrara a cada lado de su cuerpo mientras forzaba el peso sobre sus piernas y pies aplastados y aprendía a moverlos en una apariencia de paseo. Había sido un espectáculo doloroso de contemplar. Y muy inspirador.

—Nunca he visto a nadie más decidido a hacer algo que era aparentemente imposible—, le dijo a Dora después de describir el artefacto. —Su cara se llenaba de sudor, el ambiente estaba a menudo lleno de maldiciones, y es una maravilla que no rechinara los dientes cuando no estaba usando su boca para maldecir. Iba a caminar aunque tuviera que atravesar las brasas del infierno para hacerlo.

—Y de hecho ahora camina con sus dos bastones—, dijo ella.

—Por pura terquedad infernal—, dijo con una sonrisa. —Todos estábamos muy contentos cuando finalmente se convenció de que usar una silla de ruedas no era una admisión de derrota, sino todo lo contrario. Sin embargo, eso no ocurrió hasta que conoció a Samantha y se fue a Gales. También monta y nada.

—¿Y Flavian?—, le preguntó.

—Teníamos una bolsa de cuero rellena suspendida del techo para el uso de tu cuñado—, dijo, —y guantes de cuero para que los usara mientras golpeaba el relleno. Aprendió a venir aquí cuando sus pensamientos estaban tan desesperadamente mezclados que no podía sacar ninguna palabra, incluso permitiendo su tartamudeo. Su frustración tenía una forma de liberarse con la violencia y asustó a varias personas hasta la muerte. Por eso lo traje aquí. Su familia no sabía cómo lidiar con él.

—¿De quién fue la idea del saco de boxeo?—, preguntó.

—¿Del médico?—, dijo. —¿Mía? No puedo recordar.

—Creo que probablemente fue tuya—, dijo ella.

—Me estás convirtiendo en un héroe, ¿verdad?—, le preguntó.

—Oh, no—, le dijo. —Eres un héroe. No me necesitas para proclamar lo que ya es así.

Se rió y la llevó a la galería de retratos familiares, que recorría todo el ancho de la casa en el lado oeste del piso superior, donde el sol era menos problemático de lo que hubiera sido en el este.

Podría haberla llevado de vuelta al salón, pensó más tarde, cuando ya era demasiado tarde. Ya habían pasado buena parte de la tarde en las habitaciones del hospital, y no era demasiado temprano para el té, especialmente cuando tenía una sorpresa esperándola después. Pero disfrutaba mostrándole su casa y observando su interés genuino. Le encantaba su compañía y el saber que ahora ella pertenecía aquí, que no era una mera visitante que se iría tarde o temprano.

Así que la llevó a la galería.

La familia Crabbe se remonta en una línea ininterrumpida a principios del siglo XIII, cuando el primero de sus antepasados registrados había sido galardonado con una baronía por alguna hazaña militar que le había llamado la atención del rey. El título había mutado a vizconde y conde y eventualmente a duque. George era el cuarto duque de Stanbrook.

Había retratos que se remontan al principio, con muy pocas omisiones.

—Fallé una prueba de historia de la Guerra Civil cuando tenía ocho años o más—, dijo George a Dora. —No podría entusiasmarme por los Cavaliers y los Roundheads y no habría obtenido ni una sola respuesta correcta si no me hubiera fascinado terriblemente el hecho de que al Rey Carlos I le hubieran cortado la cabeza. Mi padre me castigó enviándome aquí para aprender la historia de mi propia familia. Era pleno invierno y mi pobre tutor fue enviado conmigo, quizás como castigo por no haber despertado mi interés. Al día siguiente, en un examen que me hizo mi padre, obtuve todas las respuestas correctas e incluso exasperé a mi tutor escribiendo una explicación para cada uno de ellos cuando una sola frase hubiera sido suficiente. Me ha encantado la galería desde entonces, cuando supongo que podría haber llegado a verla como una especie de cámara de tortura.

Se rió. —¿Vas a hacerme la prueba mañana?—, le preguntó.

—Dudo que tengas el incentivo suficiente para hacerlo bien—, dijo. —No es invierno, y no tengo un bastón listo en mi biblioteca como mi padre, aunque para ser justos, nunca lo usó conmigo, ni con mi hermano.

Se movieron lentamente por la galería mientras identificaba a las personas en cada retrato. Hizo su comentario breve para no aburrirla, pero ella le hizo numerosas preguntas y vio semejanzas con él en varios de los miembros de la familia que datan del siglo pasado más o menos, a pesar de las elaboradas pelucas en polvo y los parches negros en la cara y de las grandes cantidades de terciopelo y encaje.

—Ah—, dijo con evidente placer al llegar al gran retrato de familia que había sido pintado poco antes de la muerte de su madre cuando tenía catorce años. Se había creído muy adulto mientras se pintaba, recordó, porque ni el pintor ni su padre habían tenido que decirle ni una sola vez que se quedara quieto, a diferencia de su hermano, que se había retorcido y bostezado y arañado y se había quejado durante casi todo el tedioso proceso. —Te pareces mucho a tu padre, George. Tu hermano se parece más a tu madre y Julian se parece a él. ¿Extrañas terriblemente a tu hermano? Y era más joven que tú.

—Sí, lo extraño—, admitió. —Desafortunadamente, se metió en las garras del alcohol y de los juegos de azar cuando era muy joven y nunca parecía poder liberarse, aun cuando la mayoría de sus contemporáneos habían terminado con las travesuras juveniles y se estaban estableciendo en la edad adulta. Si no hubiera muerto cuando lo hizo, no habría quedado prácticamente nada de su propiedad para que mi sobrino lo heredara. Durante un tiempo pareció que Julián seguiría sus pasos, pero tuvo la suerte de conocer a Philippa, una simple maestra de escuela en ese momento. Esperó a que creciera, aunque su padre, con toda la razón, le mandó a hacer las maletas y no la vio durante varios años. Usó el tiempo para hacerse digno de ella y aceptable para su padre. Estaba y estoy muy orgulloso de él, además de muy encariñado.

Dora se había girado para mirarlo. —Cuando lo conocí en Londres, me di cuenta de que lo amabas mucho—, dijo, —y que te tenia respeto. Será un digno sucesor del título.

—Pero no demasiado pronto, espero—, dijo.

—Oh.— Ella se rió. —Tampoco lo espero. Me gustas aquí conmigo.

—¿De verdad?— Bajó la cabeza y la besó brevemente en los labios.

Se volvió hacia la pared, y por primera vez, se dio cuenta de que no debería haberla traído. Porque estaba mirando la pared en blanco más allá de ese retrato familiar y luego lo miraba por encima del hombro con las cejas arqueadas.

—¿Pero ese es el último?—, le preguntó. —¿No hay más?

—No—, dijo. —Todavía no.

Tenía catorce años cuando se pintó ese cuadro, tres años antes de la muerte de su padre. Ahora tenía cuarenta y ocho años. Eso hizo una brecha de treinta y cuatro años. Nunca se había hecho un retrato de familia con Miriam y Brendan. Y ningún oficial de ninguno de ellos solo.

No había pensado lo suficientemente pronto en cómo se vería esa pared en blanco para Dora.

—Tal vez— dijo con voz un poco extravagante—, lo convertiremos en un proyecto para el próximo invierno, Dora. Recuerdo que es un asunto largo y tedioso, sentado para un retrato, pero debe hacerse. Me gustaría que me lo hicieran. Encontraré a un retratista de buena reputación y lo traeré aquí para que se quede. Puede pintarnos en los días en que hace demasiado frío y deprimente para aventurarse a salir.

Pero se había girado para mirarle a la cara, y sus ojos estaban puestos en los de él, con el ceño fruncido entre las cejas.

—¿No hay ningún cuadro tuyo con tu mujer y tu hijo?—, le preguntó. —No lo quitaste por deferencia a mis sentimientos, por casualidad, ¿verdad? Realmente no necesitabas hacer eso, George. Debes ponerlo en su sitio. No me molesta el matrimonio que tuviste durante casi veinte años mucho antes de que supiera de tu existencia. No estoy celosa. ¿Pensaste que lo estaría? Además, son parte de toda esta historia familiar que has mostrado aquí.

En vez de contestar, se giró sobre sus talones y dio varios largos pasos por la galería, sus botas sonando en el piso de madera pulida. Se detuvo tan bruscamente como había empezado, pero no se volvió hacia ella.

—No hay retrato, Dora—, dijo. —Debería haberlo hecho, tal vez, pero nunca llegué a organizarlo. Nada ha sido escondido fuera de tu vista. Formaron parte de mi vida durante muchos años, Miriam y Brendan, y luego murieron. Mucho ha pasado desde entonces, en Penderris, en mi vida. Ahora estás aquí, la esposa de mi presente y de todo el futuro que se nos conceda. Prefiero no mirar atrás, no hablar del pasado, ni siquiera pensar en ello. Quiero lo que tengo contigo. Quiero nuestra amistad, nuestro... matrimonio. He sido feliz con eso, y he sentido que tú también lo eres.

No la había escuchado venir detrás de él. Su brazo se sacudió y luego se puso rígido cuando le puso una mano encima.

—Lo siento—, dijo ella.

Se dio la vuelta. —*No* sigas diciendo que lo sientes.

Su mano se enderezó, como si la hubiera escaldado, y permaneció suspendida por encima del nivel de su hombro, con la palma hacia afuera y los dedos extendidos. Por un momento hubo una expresión de alarma en su rostro.

—Lo siento—, dijo de nuevo.

Sus hombros se hundieron. Ni siquiera podía recordar la última vez que había perdido los estribos. Y ahora los había perdido con Dora.

—No—, dijo, —Yo soy el que necesita disculparse, Dora. Te ruego que me disculpes. Por favor, perdóname. Cuando me casé contigo, quería que la vida fuera nueva y buena para los dos, libre de recuerdos del pasado. El pasado no tiene existencia real, después de todo. Se ha ido. El presente es la realidad que tenemos, y por ello estoy agradecido. Me gusta el presente. ¿Y tú? ¿Te arrepientes de algo?

Le molestaba que pasara un momento antes de que ella sacudiera la cabeza y bajara el brazo a su lado.

—Siempre he soñado con estar casada con un hombre que podría gustarme,— dijo,— aunque no desperdicié mi vida esperando a que apareciera.

—¿Y puedo gustarte?—, preguntó. Descubrió que estaba aguantando la respiración

—Puedes—, dijo con seriedad. Y entonces sonrió, una expresión que comenzó en sus ojos y se extendió a su boca. —Y lo hago.

—Creo—, dijo, agarrando las manos a la espalda, —que deberíamos bajar a tomar el té.

******

A pesar de un cierto nerviosismo, Dora había disfrutado bastante la mañana. Había establecido una relación de trabajo tanto con la Sra. Lerner como con el Sr. Humble,(humilde) el chef, aunque creía que este último estaba muy mal nombrado. Sintió que se había ganado su cautelosa aprobación. Había conocido a varios miembros del personal de la cocina después de que el Sr. Humble los había puesto en fila para su inspección y regañado a un limpia botas por encorvarse y a una sirvienta por tener una mancha en su delantal, aunque todavía era de día. Dora estaba segura de que recordaría a cada sirviente e incluso podría ponerle el nombre correcto a la persona correcta.

Había disfrutado plenamente de la tarde a pesar de que la lluvia había impedido el paseo por la playa que había estado esperando. Pero había tanto que descubrir en la propia casa que no se sintió muy decepcionada. Y, de hecho, fue encantador que George se la mostrara, que tan claramente amaba la casa y amaba hablar de ella. Había disfrutado mucho de sus recuerdos sobre sus compañeros Supervivientes y los años en que todos ellos se habían quedado aquí. Y le había encantado la visita a la galería y escucharle identificar a sus antepasados en sus retratos y describir un poco de sus historias. Normalmente no era un hombre hablador, lo sabía. Prefería escuchar, y era muy hábil para atraer a otros, incluida ella, a hablar de sí mismos. Sin embargo, se había absorto en la historia de su familia allí en la galería, y parecía relajado y contento.

Pero ahora deseaba que no hubieran ido allí.

Había algo horriblemente mal.

Cualquier extraño que no supiera nada de la familia asumiría después de estar en la galería que George había sido soltero hasta ahora, aunque incluso entonces el extraño podría esperar que se hubiera pintado un retrato de sí mismo en algún momento durante los últimos treinta años. Pero en realidad se había casado apenas tres años después de esa pintura familiar. Su hijo había nacido un año después de eso. Y aunque tanto la esposa como el hijo ya no estaban, habían vivido como una familia durante muchos años. Casi veinte. Aquí mismo. En Penderris Hall.

La parte verdaderamente desconcertante era que a George le encantaba la historia de su familia. Eso había sido obvio esta tarde, así como el hecho de que estaba orgulloso de esos retratos, que se remontaban en una línea ininterrumpida durante varios siglos. ¿Por qué, entonces, había roto la cadena al no encargar un retrato de su propia familia?

Caminaron en silencio hacia la sala de estar, con sus manos entrelazadas en la cintura, la de él a su espalda. Dora se estremeció al pensar en su reacción a la pregunta sobre el retrato ausente. Se dio la vuelta y se alejó rápidamente. Aunque se había detenido casi inmediatamente, no se había vuelto hacia ella. Y entonces su temperamento se quebró y la había fulminado. Por un momento parecía un extraño bastante aterrador. Oh, se había recuperado muy rápido y se había disculpado con ella. Pero se había quedado con la sensación de que se le había dicho en términos inequívocos que su pasado estaba fuera de sus límites. Y a todos los demás también. No parecía haber ningún registro de ella, ningún signo, ningún rastro de ella.

Le había dicho, en pocas palabras, que todo lo que había sucedido en su vida entre los diecisiete y los treinta y cinco o treinta y seis años no era asunto de ella. Una enorme y oscura brecha de años. Y tenía razón, por supuesto. Su antiguo matrimonio no era asunto de ella. Excepto que era su marido y se suponía que había comunicación entre los cónyuges, ¿no es así?

Y excepto que de alguna manera la había inducido a derramar su propia historia con todos sus esqueletos y demonios antes incluso de que salieran de Londres.

Dora caminó junto a su marido y se dio cuenta de que apenas lo conocía y que quizás nunca lo conocería. Porque, ¿cómo se podía conocer a un hombre si sólo se experimentaba el presente con él y no se sabía nada del pasado que lo había formado en la persona que era? Había vivido casi *cuarenta y ocho* años antes de que se casara con él.

Su mente tocó a regañadientes ese episodio en la iglesia, cuando el medio hermano de la primera duquesa había acusado a George de asesinar a su esposa. Dora no lo creyó, ni por un momento. Y sin embargo... Y sin embargo, algo había provocado al Conde de Eastham a venir a su boda para hacer una escena pública.

¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado *realmente*?

Un fuego les esperaba en la sala de estar a pesar de que era bien entrado el mes de junio, y la bandeja de té se llevó cuando llegaban allí. George dio las gracias a los dos lacayos y Dora sonrió. A ella le gustaba eso de él. Le gustaba que los sirvientes no fueran invisibles para él como parecían serlo para tanta gente que siempre había sido atendida de pies y manos.

—El tiempo no ha sido bueno contigo hasta ahora, Dora, ¿verdad?—, dijo mientras le servía el té.

—Pero lo será—, dijo. —Imagina mi maravilla cuando me despierto una mañana y encuentro el sol brillando desde un cielo azul hacia un mar azul.

—Espero estar allí para presenciarlo—, dijo.

Se instalaron a ambos lados de la chimenea y charlaron cómodamente. Su comportamiento era relajado, agradable, incluso afectuoso. Le sonreía a menudo, e incluso cuando no lo hacía, sus ojos eran amables. Su irritabilidad, su furia en la galería parecía casi un sueño. Pero Dora se encontró a sí misma preguntándose sobre su bondad casi perpetua, sus ojos sonrientes. ¿Eran una especie de escudo? ¿Para evitar que otra gente vea dentro? ¿Ver el mundo y a otras personas como él quería verlas a pesar de lo que fuera que estaba encerrado en su interior?

¿O estaba imaginando que había una profunda oscuridad dentro de él?

—Tengo un regalo de bodas para ti—, dijo después de poner su taza y platillo vacío en la bandeja.

—¡George!— Habló con reproche. —No necesitas seguir dándome regalos. Tu regalo de boda era un colgante de diamantes y pendientes, y eran más que suficientes. Nunca he tenido nada tan precioso.

—¡Joyas!— Hizo un gesto de desdén con una mano como si no fueran nada de valor. —Esto es algo más personal, algo que creo que te gustará.

—Me gustan mis diamantes—, le aseguró ella.

—Esto te gustará más—. Se puso de pie y tomó la mano de ella en la suya. —Ven. Déjame mostrarte.

Parecía un chico ansioso, pensó.

La bajó y pasó por la puerta de la habitación que sabía que era la biblioteca, aunque no había visto aún ninguna de las habitaciones de la planta baja. Podría estar explorando durante toda la semana siguiente antes de que lo viera todo, o eso parecía. Se detuvo en la puerta de al lado de la biblioteca.

—Es la sala de música—, le dijo, con la mano en el pomo de la puerta. —Tiene vistas al jardín de rosas y no al mar, y siempre he pensado que es un toque particularmente inteligente. Siempre ha habido sólo un gran piano aquí, aparte de las sillas que esperan al público. Tiene un tono excelente, y creo que te gustará tocarlo siempre que puedas separarte de tu propio piano en tu sala de estar.

Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró. Estaba deliberadamente retrasando la apertura de la puerta.

—Sin embargo, no es ni el jardín de rosas ni el gran piano lo que es tu regalo de bodas—, dijo.

—¿Las sillas, entonces?

Sonrió y abrió la puerta, poniéndose de pie a un lado para que pudiera precederle en la habitación.

El gran piano, casi solo en medio de una gran cámara de techos altos, era en realidad un instrumento magnífico. Eso fue inmediatamente evidente para Dora. Tenía líneas

elegantes y agradables, y su alto brillo brillaba incluso con la luz opaca que entraba por las ventanas. Se reflejaba en el suelo de madera altamente pulido. Las rosas estaban floreciendo afuera. Pero sus ojos no se centraron en ninguna de esas cosas hermosas.

—Oh.— Se paró en un punto justo dentro de la habitación.

Un arpa de tamaño natural, intrincada y elegantemente tallada y que parecía hecha de oro macizo, estaba a un lado del piano, una silla dorada a su lado. —¿Mía? ¿Es *mía?*

—Sólo con la condición de que me permitas escuchar ocasionalmente cada vez que la toques—, dijo desde detrás de su hombro. —No, corrijo eso. No hay condiciones. Es un regalo, Dora, mi regalo de bodas para ti. Sí, es tuya.

Los recuerdos del año pasado y su primer encuentro con el duque de Stanbrook volvieron a ella. Cuando recibió a los invitados del vizconde Darleigh en Middlebury Park, había tocado el arpa primero antes de pasar al piano. Todos habían sido amables y agradecidos, pero fue el duque George quien se puso de pie cuando terminó de tocar el arpa y retiró el taburete del piano para ella. Fue quien la llevó arriba a la sala de estar para tomar un refrigerio y llenó un plato para ella y le trajo una taza de té antes de sentarse a su lado y hablar en un cálido elogio de su talento.

Se había enamorado un poco de él esa noche, aunque parecía tonto y presuntuoso en ese momento.

—Nunca he visto nada más magnífico. Es una obra de arte—, dijo, cruzando la sala hacia el arpa y tocando con reverencia la sólida belleza de su marco antes de pasar los dedos suavemente por las cuerdas. Una suave ondulación de sonido siguió a su movimiento. Ni siquiera se atrevió a adivinar cuánto le había costado.

Y era de ella.

—Cuando era niña,— dijo ella,—me encantó una vieja arpa maltratada que nadie tocaba en casa de uno de nuestros vecinos. No podía dejar de pasar mi mano sobre sus cuerdas sólo para escuchar el sonido que venía de ellas. Más que nada en el mundo, quise sacarle música real. Mi madre hizo arreglos con esos vecinos para que mi profesor de música me acompañara allí en ciertos días y me enseñara a tocar. A veces me dejaban ir sola y practicar. Mamá convenció a papá para que me comprara el arpa pequeña que aún tengo, la que solía llevar conmigo cuando visitaba a los enfermos y ancianos en Inglebrook. No volví a encontrarme con un arpa de verdad hasta que el vizconde Darleigh, Vincent, me contrató para que le diera clases de piano y lo vi en la sala de música de Middlebury Park. Ni siquiera en mis sueños imaginé que alguna vez tendría una.

—Pero ahora si—, dijo.

Se dio la vuelta. Seguía de pie justo detrás de la puerta, con las manos pegadas a la espalda, resplandeciendo de placer.

—¿Qué he hecho para merecer esto?—, le preguntó.

—Déjame ver.— Miró hacia el techo pintado y dorado como si estuviera pensando profundamente. —Ah, sí.— La miró. —Aceptaste casarte conmigo.

—Como si cualquier mujer en su sano juicio se hubiera negado—, dijo.

—Ah, pero tú no eres cualquier mujer, Dora —dijo mientras cruzaba la habitación

hacia ella—, y creo que me habrías rechazado si no te hubiera gustado un poquito. Compré el arpa para ti porque pensé que te haría feliz. Y también por razones egoístas. Porque si *eres* feliz, yo también lo soy.

Dora se sintió repentinamente incómoda de nuevo. Porque el pensamiento se le había ocurrido una vez más mientras miraba a sus ojos sonrientes que era un hombre terriblemente, terriblemente solitario. Aun así. Y se le ocurrió que podía lidiar con su soledad sólo dando, haciendo felices a otras personas. No por recibir. No sabía cómo recibir.

¿Quién le había quitado esa habilidad?

No había necesitado que trajeran su piano aquí. No había necesitado gastar una fortuna en un arpa para ella. Se había casado con ella y era amable. Eso era suficiente. Oh, eso era más que suficiente.

—No necesitas llorar—, dijo en voz baja. —Es sólo un arpa, Dora, y aún no estás segura de que sea buena.

Levantó ambos brazos y cogio su rostro en sus manos.

—Oh, lo es—, dijo con convicción. —Gracias, George. Es el regalo más maravilloso que he recibido. Lo atesoraré toda mi vida, principalmente porque tú me lo diste. Y puedes escucharme tocar cuando quieras. Sólo tienes que pedirlo o venir cuando estoy tocando sola. Soy tu esposa. También soy tu amiga.

Hizo lo que nunca había hecho antes. *Ella lo* besó. En los labios. Se quedó muy quieto hasta que terminó, aunque sus labios se suavizaron contra los de ella.

—¿Tocaras para mí ahora?—, le preguntó.

—Estoy muy oxidada—, le advirtió. —Ha pasado más de un mes desde la última vez que toqué el arpa en Middlebury. Pero sí. Tocaré para ti. Por supuesto que lo haré.—

Ajustó la posición de la silla para ella y se quedó un poco detrás y a un lado mientras ella acercaba el arpa contra su hombro hasta que se sintió cómoda. Luego extendió sus manos sobre las cuerdas. *De su arpa.*

Cerró los ojos y tocó la sencilla e inolvidable melodía de una vieja canción popular. Como la mayoría de las canciones populares antiguas, era hermosa y trágica.

Pero la vida no tenía por qué ser trágica.

¿Verdad?

CAPÍTULO 14

La vida de George cambió de forma gradual pero perceptiblemente en las siguientes semanas.

En primer lugar, estaba maravillosamente contento. Su vida siguió en gran medida la vieja rutina: pasaba unas cuantas horas la mayoría de los días en su tierra, a veces en compañía de su mayordomo, a veces solo. Sus cosechas se habían convertido en una ola de promesas verdes y los corderos se estaban convirtiendo en pequeñas ovejas, y las ovejas parecían necesitar pronto una esquila. También pasó tiempo en la oficina en la parte trasera de la casa, ya que le gustaba saber exactamente qué estaba pasando con sus granjas, a pesar de que tenía un administrador competente y de confianza.

La diferencia era que todo el tiempo que estaba ocupado con su propio negocio sabía que su esposa también estaba ocupada en el desempeño de sus deberes como señora de Penderris Hall, aunque admitió que el ama de llaves y el chef podían funcionar muy bien sin ella, por no mencionar al mayordomo. Pero, como él, necesitaba conocer y comprender el funcionamiento interno de su hogar, y aun así mantenía que los sirvientes la despreciarían si no mostraba interés. Y sus comidas favoritas seguramente se servían con un poco más de frecuencia que antes, pensó George, aunque nunca se había quejado de nada de lo que le servía su chef.

La verdadera diferencia era que cuando no estaba en el trabajo, las horas ya no eran largas y vacías. Porque tenía un compañero constante, con el que podía discutir los acontecimientos del día y cualquier otro tema que se le ocurriera a cualquiera de ellos. Tenía una compañera con la que podía sentarse en silencio durante horas mientras ambos leían o mientras él leía y ella, más productiva que él, bordaba o tejía a crochet o estampaba. A veces le leía en voz alta. Tenía una compañera que compartía su placer en las cartas que a menudo aparecían junto a su plato de desayuno, y ahora también en el de ella. Se acostumbraron a leer la mayoría de las cartas en voz alta entre ellos.

Sofía y Vincent habían publicado otro libro infantil, otra aventura de Bertha y Dan el Ciego; el segundo embarazo de Sofía parecía estar avanzando bien, al igual que el de Chloe y el de Samantha y Agnes; Imogen y Percy habían permanecido en Londres durante más tiempo del que habían planeado, desde que varios parientes, prácticamente un hombre y una mujer, asumieron que estarían encantados de ser agasajados en su felicidad posterior a la luna de miel, a pesar de que ya eran una pareja de casados y serios, Percy había escrito esa carta en particular; Melody Emes estaba echando sus primeros dientes y Hugo se preguntaba si volvería a saber en esta vida lo que era dormir; aparentemente caminaba por el piso con el bebé por la noche para que la niñera, a la que le pagaban para realizar la tarea, pudiera descansar; el abuelo galés de Samantha se había recuperado del resfriado en el pecho que lo había arrastrado desde antes de Navidad. La Sra. Henry, la antigua ama de llaves de Dora, se le había ofrecido un empleo temporal en Middlebury Park. La madre de Dora seguía disfrutando de aquel maravilloso día, cuando sus *dos* hijas la habían visitado y les había enviado dos cartas hasta el momento. En ambas, había explicado lo feliz que se

había sentido al ver que habían crecido para convertirse en damas tan encantadoras y que ambas habían hecho matrimonios felices y ventajosos.

Percy había informado en una posdata de su carta, que George le habría ocultado a Dora si no la hubiera leído en voz alta, que el Conde de Eastham, habiéndose recuperado de su indisposición, se había ido a su casa en Derbyshire. George se preguntó si eso sería lo último que sabría de su ex cuñado. Dora no hizo ningún comentario excepto levantar las cejas y hacer una pregunta de una sola palabra.

—¿Indisposición?

—Aparentemente—, dijo George vagamente, y, aparte de una mirada larga y dura, estaba contenta de dejarlo así.

Y ahí estaba la música que ahora llenaba su vida. Apenas pasaba un día en el que no tocaba el piano en su sala de estar o el arpa en la sala de música, o ambas cosas. A veces tocaba el gran piano, aunque pronto lo encontró un poco desafinado, algo que no era evidente para su propio oído. Nunca leía mientras ella tocaba. La música que producía era placentera en sí misma, pero el efecto calmante que tenía sobre él era puro gozo. Y eso tenía más que ver con ella que con la música en sí. Había verdadero talento en sus dedos, pero había una profunda belleza en su alma. Nunca había visto a nadie tan absorto cuando tocaba como lo estaba su esposa desde el principio. Dudaba de que tuviera idea de cuán graciosa era la figura que presentaba cuando se movía un poco al ritmo de la música, o cuán hermosa era su cara mientras tocaba.

Sus noches estaban llenas de placer y satisfacción. No siempre hacían el amor, y cuando lo hacían no siempre lo hacían con una pasión feroz. De hecho, rara vez lo era, aunque siempre le proporcionaba un placer puro, como a ella, estaba seguro. Pero incluso cuando no hacían el amor, se contentaba con acostarse en sus brazos y dormir toda la noche acurrucada en él. A veces se contenía de dormir, sólo para poder saborear la sensación cálida de ella, el olor de su pelo y piel, el sonido suave de su respiración. Su propia esposa en su propia cama, pero no tan impersonal como eso. *Dora* en *su* cama.

Y luego estaban los otros cambios en su vida.

Aparte de un pequeño grupo de vecinos a quienes George había considerado amigos durante mucho tiempo, nadie lo había visitado sin invitación durante años, así como no había visitado a nadie excepto a esos amigos. Ahora se presentaron un gran número de personas, como era de esperar, para presentar sus respetos a la nueva duquesa de Stanbrook. Llegaron sus amigos, al igual que aquellos que eran conocidos amigables que conocía regularmente en la iglesia o en la calle del pueblo. Vinieron personas que apenas conocía, y también lo hicieron algunos de los que eran sus enemigos, aunque la palabra *enemigo* era demasiado dura en la mayoría de los casos. La mayoría eran damas que habían sido amigas de Miriam, aunque quizás menos amigas que parásitos, aduladoras, mujeres que se habían deleitado con su alto rango y belleza y se habían agraciado ante sus vecinas porque eran las amigas especiales y confidentes de la querida duquesa. Eran las mismas damas que las que se habían aferrado a las palabras de Eastham después de la muerte de Miriam, aunque era Meikle en aquel entonces, heredaría de su padre más tarde, y habían considerado al propio George como un asesino villano. Tal vez todavía lo hacían.

Todas estas personas vinieron, y según Dora, las visitas tenían que ser devueltas. Él

cuestionó el punto, pero insistió en que ser duquesa no la ponía por encima de los dictados de la conducta social cortés.

—Además,— le explicó,—los vecinos son importantes, George. Uno siempre debe cultivar su buena opinión cuando puede hacerlo sin comprometer sus principios. A veces los vecinos pueden hacerse amigos, y los amigos son preciosos.

Sus palabras le dieron una idea de la soledad que debía sentir cuando se mudó a Inglebrook, una mujer soltera, a la edad de treinta años. Sin embargo, cuando la conoció años después, estaba bien establecida y era muy respetada en la comunidad.

No la acompañó en todas las visitas devueltas, pero sí en algunas. Y aunque era tedioso conversar educadamente con gente con la que no tenía mucho en común, le conmovió la gratificación con la que fueron recibidos en casi todas partes. Y estaba orgulloso de su esposa, que se comportaba con la dignidad de su nuevo rango y, sin embargo, con la cálida accesibilidad de la Srta. Debbins que había sido hasta hace muy poco. Era generalmente apreciada, vio, y el darse cuenta le calentó. Miriam no había estado. Como siempre, se sacudió las comparaciones no solicitadas.

E hizo dos amigas de verdad. Una era la Sra. Newman, la esposa del vicario, una criatura ligeramente desvaída de su misma edad que de alguna manera floreció en una cálida animación cuando Dora habló con ella. La otra era Ann Cox-Hampton, la esposa de uno de los amigos de George. En su primera reunión, las dos señoras descubrieron intereses similares en los libros, la música y el bordado y charlaron alegremente sentadas una al lado de la otra en un sofá, mientras George y James Cox-Hampton, liberados de la necesidad de mantener la conversación en general, hablaban sobre los cultivos, el ganado, los mercados y las carreras de caballos.

Durante esas semanas de cambio y satisfacción tras su regreso a Penderris, George dejó de lado el recuerdo de aquella primera tarde, cuando cometió el error de llevar a Dora a la galería de retratos. No habían estado allí desde entonces, y no se habían referido al pasado desde entonces. Quizás, pensó a veces, realmente podría dejarse de lado y olvidarse, o, si eso era imposible, al menos ser enviado a un rincón remoto de su memoria donde no tendría ningún impacto en su presente.

El regalo era realmente muy dulce.

*****

En una tarde en particular, Dora estaba haciendo una visita por la tarde sola. Aunque sabía que George había visitado a muchos más de sus vecinos con ella de lo que lo había hecho antes, también sabía que era algo que no le gustaba mucho. Puede que no haya venido hoy porque el sol brillaba y el aire era cálido y la playa hacía señas. Pero había mencionado a la Sra. Yarby en la iglesia el domingo que la visitaría hoy si era conveniente, y la señora le había asegurado que en efecto lo era y que esperaría con ansias la visita de Su Gracia. El primer pensamiento divertido de Dora a su llegada fue que era algo muy bueno que George no la hubiera acompañado, ya que claramente la Sra. Yarby, advertida, había hecho un Evento con una *E* mayúscula de la posible visita.

El ama de llaves, como si cada centímetro de su uniforme hubiera sido almidonado sin piedad, condujo a Dora a la sala de estar, abrió la puerta y la anunció. Parada orgullosa en medio de la habitación, como si hubiera estado anticipando el momento por algún tiempo, estaba la Sra. Yarby, vestida con galas de la tarde que no habrían permitido una segunda mirada en un salón londinense, pero sí en un pueblo rural. Sentadas alrededor de la habitación, pero poniéndose de pie casi como si fueran una sola persona con un susurro de sedas y muselinas, había otras cinco damas, que parecían estar a punto de irse a una fiesta en el jardín con la realeza.

Tres de los cinco habían visitado Penderris Hall, pero quizás no se habían dado cuenta de que Dora tenía la intención de devolver la visita de cada una. Tal vez la Sra. Yarby las había convencido de que había sido seleccionada para recibir atención especial.

Dora aceptó con una sonrisa los saludos ensayados de su anfitriona: el Sr. Yarby, adivinó, se había marchado a otra parte o había sido desterrado desde que Dora había dejado claro que el duque no estaría con ella. También sonrió a cada una de las otras damas e inclinó su cabeza al ser presentada a las dos que no había conocido antes. Todavía le resultaba un poco extraño que la llamaran "Su Gracia" y que la trataran como si fuera una criatura aparte de ellas.

Sin embargo, George, sin ninguna arrogancia consciente, dio tal deferencia por sentado.

Los saludos terminaron, Dora fue conducida al asiento de honor cerca de la chimenea con sus brasas apagadas, y llevaron la bandeja de té casi de inmediato, o mejor dicho, las bandejas de té. Un servicio de té de plata brillante al principio con lo que seguramente era la mejor porcelana. Los alimentos suntuosos cubrían el otro, incluyendo sándwiches sin corteza con diferentes rellenos y hojaldres y pasteles y tartas de manzana con olor a canela y bollos con crema coagulada y mermelada de fresa. La cocinera de los Yarby debía haber estado ocupada desde el domingo, pensó Dora.

El tiempo proporcionó un tema de conversación animada durante diez minutos. Las preguntas sobre la salud del querido duque murieron al final de otros cinco. Después de eso, todas las señoras se dirigieron a la comida de sus platos y sonrieron alegremente como si estuvieran perfectamente a gusto.

Sólo soy yo, quería decir Dora. Pero, por supuesto, "sólo yo" era ahora una duquesa, y en realidad, podía entender perfectamente cómo se sentían estas damas cuando recordaba lo asombrada que había estado el año pasado cuando ella y Agnes fueron invitadas a cenar en Middlebury Park con el Vizconde y Lady Darleigh y todos sus invitados, cada uno de los cuales tenía un título y uno de ellos era un duque: el Duque de Stanbrook.

Se propuso hacer que la Sra. Yarby y sus invitadas se sintieran más cómodos haciendo preguntas: sobre ellas, sobre sus hijos, sobre la vida en el pueblo, sobre el bonito puerto de abajo. Era algo que podía recordar que su madre le enseñaba cuando era una niña tímida que apenas comenzaba a ser admitida en reuniones de adultos. En general, según explicó su madre, a la gente le gusta hablar de sí misma. El secreto de una buena conversación era inducirlos a hacer exactamente eso y luego parecer interesadas en lo que tenían que decir. Pero no sólo parecer interesada, Dora había añadido para sí misma en años posteriores. Uno tenía que estar interesado.

La gente era casi invariablemente interesante cuando uno realmente los escuchaba. Todos eran muy diferentes de los demás.

El silencio rígido y torpe pronto fue reemplazado por conversaciones animadas y risas, e inevitablemente la conversación general se rompió en pequeños tête-à-têtes y Dora ya no sentía que era el centro de la atención de todas, sino más bien como si fuera una especie aparte.

—El duque, tu marido, es un querido amigo mío—, dijo la señora que estaba a su lado.

—¿Oh?— Dora sonrió cortésmente e hizo un esfuerzo por recordar el nombre de la dama, que era una de las personas que no había conocido hasta hoy. Ah, ella era la Sra. Parkinson.

—Sí.— La Sra. Parkinson sonrió amablemente. —Tuve el placer de presentarle a mi querida amiga y a sus ilustres huéspedes en Penderris Hall hace un par de años. Ella y yo salimos juntos cuando éramos niñas y pronto nos hicimos inseparables. Se casó con el vizconde Muir. Podría haberme casado con un título aún más impresionante si lo hubiera elegido así: tenía suficientes ofertas, Dios sabe. Pero en cambio me casé con el Sr. Parkinson por amor, era un hermano menor de Sir Roger Parkinson, ya sabe. El Sr. Parkinson murió hace unos años y me dejó en un estado de colapso nervioso y angustia, y mi querida Gwen, que también era viuda en ese momento, aunque supongo que no sintió su pérdida como yo, vino a quedarse conmigo para brindarme su apoyo. "*Cualquier cosa en el mundo para ti, mi muy querida Vera,"* fueron sus primeras palabras el día que llegó en el carruaje de su hermano, el Conde de Kilbourne. Mientras todavía estaba conmigo, la presenté en el Penderris Hall, y el Barón Trentham se enamoró y se casó con ella, aunque tengo entendido que él no nació con el título. Tampoco lo heredó de su padre. De hecho, se dice que su padre era comerciante. Mi pobre Gwen, me atrevo a decir que se mantuvo muy callada al respecto hasta que se casó con ella. Ella asumió una severa caída en su rango.

Oh, Dios mio, Dora pensó en silencio.

—Debe estar muy contenta de haber participado en su reunión—, dijo. —Lord Trentham fue galardonado con su baronía por el Príncipe de Gales, ahora el rey, después de haber liderado con éxito un ataque suicida en Portugal. Es uno de nuestros grandes héroes de guerra.

—Sí, bueno, si usted lo dice—, dijo la Sra. Parkinson. —Aunque una se pregunta cómo un hombre que ni siquiera es un caballero de nacimiento pudo haber sido un oficial, y por qué se le permitió liderar una carga cuando debía haber una docena de caballeros que habrían estado perfectamente dispuestos a hacerlo ellos mismos sin exigir ninguna recompensa. Los caballeros no se comportan con tanta vulgaridad, ¿verdad? Nuestro mundo no es lo que solía ser, Su Gracia, como estoy segura de que estará de acuerdo. Al Sr. Parkinson le gustaba decir que no pasarían muchos años antes de que tuviéramos chusma en el Parlamento. No le creí en ese momento, pero ahora no estoy tan segura de que no tuviera razón. Sólo puedo esperar que Gwen esté contenta con su decisión impulsiva de casarse por debajo de ella, estoy segura.

—Creo que ambos están muy contentos—, dijo Dora, y consideró la posibilidad de hacer una pregunta sobre el difunto y estimado Sr. Parkinson que podría convertir la

conversación en un camino diferente. Pero la señora habló primero.

—Estaba muy angustiada por usted, Su Gracia—, dijo su voz más suave y confiada, — cuando escuché sobre la interrupción de su boda.

¡*Ah!*.

Pero había sido demasiado esperar, supuso Dora, que un chisme tan jugoso no hubiera viajado desde Londres incluso antes de que ellos lo hicieran. Sin embargo, *no* era demasiado esperar que nadie fuera lo suficientemente mal educado como para mencionarlo en su audiencia o en la de George.

—Gracias—, dijo,—pero fue una molestia menor en un día perfecto.

La Sra. Parkinson puso una mano sobre su brazo y se acercó.

—La admiro por ser capaz de ponerle una cara valiente, Duquesa—, dijo,—aunque estoy segura de que no tiene nada que temer.

Dora miró directamente a la mano que descansaba sobre su brazo y luego, con la misma atención, a la cara de la Sra. Parkinson.

—¿Miedo?—, dijo, y pudo oír el frío en su propia voz.

La Sra. Parkinson sacó su mano del brazo de Dora apresuradamente. El color manchó sus mejillas, y sus ojos registraron primero disgusto y luego… ¿malicia? Pero su boca sonrió dulcemente.

—Era una dama que inspiraba pasión en todos los hombres que la contemplaban—, dijo. —Aunque nunca los enfrentó deliberadamente. La primera duquesa, quiero decir. Era rubia, de ojos azules, alta y esbelta, y en conjunto, más bella de lo que cualquier mujer tiene derecho a ser. Podría haber estado celosa de ella si no hubiera sido también la persona más dulce que he conocido. El duque la adoraba y la protegía celosamente. Nadie podía ni siquiera mirarla sin provocar su ira. Incluso odiaba a su propia familia porque la amaban y querían visitarla aquí y que ella los visitara en su casa de la infancia. Llegó al punto de prohibirle a su propio hermano que viniera a Penderris y de prohibirle a su propio hijo que se fuera y se quedara con su tío y abuelo a pesar de que lo adoraban. Sin embargo, odiaba al muchacho porque para la duquesa el sol salía y se ponía sobre él. Nunca una madre ha amado tanto a un niño, —declaro—. Estaba inconsolable cuando él murió después de que el duque había insistido en comprar su comisión y llevarlo a la Península hasta los dientes del peligro. Había endurecido su corazón contra todas las súplicas piadosas de la pobre madre del muchacho. Aunque no la empujó por el acantilado, la mató. Pero me atrevo a decir que la peor de sus pasiones murió con ella. Ha sido un hombre diferente desde entonces. Eres una mujer completamente diferente, por supuesto.

Dora intentaba desesperadamente pensar en una forma de silenciar a la mujer. Se habría puesto en pie de un salto y la habría sofocado con bastante firmeza si no hubiese sido plenamente consciente de las otras mujeres que estaban a su alrededor, todas hablando y riendo a la vez, al parecer. Pero afortunadamente, la Sra. Yarby vino a rescatarla por fin.

—Sra. Parkinson—, dijo bruscamente,— va a aburrir bastante a Su Gracia al monopolizar su atención.

La Sra. Parkinson le sonrió dulcemente a su anfitriona. —Le contaba a Su Gracia la

época en que jugue a casamentera en el Penderris Hall para mi querida amiga, que en ese entonces todavía era la Vizcondesa Muir—, dijo.

—Como yo lo oí,— comentó la Sra. Eddingsley, —la dama se encontró con Lord Trentham mientras estaba caminando sola y se torció el tobillo cuando sin darse cuenta invadió la tierra de Penderris. Se encontró con ella y la llevó a la casa. Siempre he pensado que es una historia particularmente romántica con un final feliz.

—Tiene razón, Sra. Eddingsley—, dijo la Sra. Parkinson. —Pero mi querida Gwen no perdió tiempo en llamarme y rogar que la trajeran de regreso a mi casa, tan avergonzada estaba de haber sido capturada en la tierra del duque. Sin embargo, fui lo suficientemente inteligente como para insistir en que permaneciera en Penderris mientras su tobillo sanaba. Estaba muy claro para mí que el amor verdadero necesitaba una mano amiga.

Algunas de las damas rieron nerviosamente.

Qué horror de mujer, pensó Dora. Se preguntó qué demonios había inducido a Gwen a venir y quedarse con ella. Era bueno que lo hubiera hecho, sin embargo, o probablemente nunca habría conocido a Hugo. Qué extraños podrían ser los giros del destino.

—La primera vez que mi marido me llevó a la playa—, dijo Dora, —me mostró la fuerte caída de piedras donde ocurrió el accidente y la roca protegida donde estaba sentado Lord Trentham cuando lo presenció—. Sonrió a todas las damas. —¿No es una maravilla vivir cerca de las arenas doradas y el mar? Me siento maravillosamente bendecida, habiendo vivido toda mi vida en el interior.

Como esperaba, algunas de las señoras tenían algo que decir sobre el tema, y la conversación se mantuvo general hasta que Dora se levantó para despedirse. Aunque había sido la última en llegar, comprendió que nadie haría ningún movimiento para irse hasta que ella lo hiciera. Agradeció a la Sra. Yarby por su hospitalidad, sonrió mientras les dio las buenas tardes a todas las demás, y escapó.

Era desafortunado que pensara en su partida como una fuga, pensó mientras la llevaban de vuelta a casa en el landau. La Sra. Yarby se había tomado muchas molestias para entretenerla con estilo, y las demás damas habían sido amables y respetuosas.

¡Pero esa mujer! Oh, cielo santo, *esa mujer*.

La Sra. Parkinson era un plomo y una fanfarrona, y esas eran sus buenas cualidades. ¿Qué demonios quería lograr con esas últimas cosas que había dicho? ¿Ventilar el rencor? Pero, ¿por qué? ¿Causar desavenencias? *Pero, ¿por qué?* Si Dora hubiera podido taparse los oídos, lo habría hecho. Como una niña, habría tarareado fuerte mientras lo hacía. Pero había sido imposible dado dónde estaba, y ahora temía que sus pensamientos y sueños fueran perseguidos por todos los pequeños detalles desagradables que la Sra. Parkinson había comprimido con maestría en ese minuto o dos.

Cuando el landau se acercó a la casa, Dora pudo ver que George estaba parado al pie de las escaleras delante de las puertas delanteras, mirándola llegar. Parecía muy familiar, sus manos entrelazadas detrás de él, su cara radiante de placer.

No esperó a que el cochero bajara, sino que abrió la puerta del vehículo él mismo, bajó los escalones y levantó ambas manos para buscar las suyas.

—Te he echado de menos—, dijeron juntos al bajar, y ambos se rieron.

Dora levantó la cara por su beso. Dudó un instante mientras recordaba que estaban en presencia de sirvientes y que debería comportarse con más decoro.

La besó suavemente en los labios.

—Estoy tan feliz de estar en casa—, le dijo.

CAPÍTULO 15

Le contó durante la cena sobre su visita a la Sra. Yarby.

—Cualquiera pensaría,— dijo,—que soy alguien especial.

—Pero lo eres—, le aseguró. —Y además, eres una duquesa.

Eso la hizo pensar, y luego reírse con deleite.

—Eres tan halagador, George—, le dijo, moviendo un dedo en su dirección.

Le contó su tarde, que no había pasado en la playa porque no había estado con él. En cambio, había caminado por el promontorio y casi perdió el sombrero con el viento.

—Estoy muy contento de no haberlo hecho—, le dijo. —Habría parecido un poco indecoroso persiguiéndolo por el parque. Los duques nunca son indignos, sabes.

Le encantaba su risa.

Y sin embargo había algo.... Estaba allí durante toda la cena y estaba allí después de que se retiraron a su sala de estar. Eligió tocar algo bastante melancólico en su piano. No lo reconoció, y no preguntó. Ese algo estaba todavía allí después de que ella se había sentado frente a él y había encendido el fuego a pesar de que era verano y el día había sido cálido. Leyeron durante un tiempo. Al menos, eso es lo que aparentemente estaban haciendo. Pero seguía mirándola. Estaba casi seguro de que no había pasado una sola página.

Levantó la vista y lo miró a los ojos y sonrió. —¿Un buen libro?—, le preguntó.

—Sí—, dijo. —¿Y el tuyo?

—Sí.

Cerró el suyo, manteniendo un dedo en la página para marcar su lugar. No dijo nada más. La experiencia le había enseñado que el silencio a menudo atrae confidencias cuando la otra persona obviamente tenía algo en mente. Y Dora claramente tenía algo en la suya.

Estoy tan contenta de estar en casa, le había dicho a su regreso del pueblo. Pero no había habido verdadera felicidad en su tono, ni siquiera un simple cansancio después de una tarde ajetreada. Había habido algo más, algo que rozaba la desesperación. Y había invitado a su beso mientras estaban a la vista en la terraza con sirvientes a su alrededor. Eso no era propio de ella.

Pasó una página por primera vez, pero luego cerró el libro con un chasquido decisivo.

—Me consta de muy buenas fuentes,— dijo ella,—que eres un querido amigo de la Sra. Parkinson.

—¿Qué?

—Sin embargo, no eres su amigo *más querido*—, agregó, levantando un dedo índice. —Ese lugar en su corazón y estima está reservado para Gwen. La Sra. Parkinson te la presentó a ti y a tus compañeros Supervivientes aquí, tengo entendido, y se hizo la

casamentera para ella y para Hugo.

¿*Esto* era lo que tenía en mente? No, no lo creía. Pero se divirtió de todos modos.

—Y supongo que tu muy buenas fuentes era la propia dama,— dijo. —Al menos hay algo de verdad en lo que te dijo. De hecho, se aseguró de que Gwen permaneciese aquí después de sufrir un esguince de tobillo, para disgusto de la propia Gwen, que estaba mortificada ante la perspectiva de imponerse en una fiesta privada en casa de extraños. Sin embargo, creo que el motivo de la Sra. Parkinson era algo más que emparejar. Vio en el aprieto de Gwen una manera de congraciarse conmigo y con mis invitados, todos los cuales, excepto Imogen, eran hombres guapos con títulos y fortunas, y ninguno de los cuales estaba casado en ese momento. Estaba extremadamente atenta a su amiga más querida en el mundo y venía aquí todos los días y se quedaba varias horas. Creo que Flavian tenía la distinción de ser su favorito. Estabas en grave peligro de no tenerlo como cuñado, Dora.

—Lo que se me escapa por completo de mi comprensión —, dijo, moviendo la cabeza lentamente, — es la razón por la que Gwen se estaba quedando con una mujer tan terrible en primer lugar.

—Al parecer, se conocían de niñas que debutaban en la sociedad—, dijo, —y después continuaron con algún tipo de correspondencia. Cuando la Sra. Parkinson perdió a su esposo, supongo que Gwen sintió suficiente lástima por ella como para ofrecerle su compañía por un tiempo. Creo que se arrepintió de su bondad poco después de su llegada, pero al final fue recompensada cuando se torció su ya cojo tobillo en mi tierra y cierto gentil gigante bajó de entre las rocas para recogerla y llevarla hasta aquí.

— ¿No hay ninguna verdad en la primera afirmación de la Sra. Parkinson?—, le preguntó. —¿No es tu querida amiga?

Agitó la cabeza. — Por desgracia —, dijo.

Se recostó en su silla, cruzó los brazos sobre su estómago y agarró los codos. Su sonrisa se desvaneció. Y sabía que ella estaba llegando a eso, sea lo que sea.

—Ella se compadeció de mí,— dijo,—por la interrupción de nuestra boda.

—Ah.— Sacó el dedo de su libro y dejó el volumen sobre la mesa a su lado. — Supongo que era inevitable que la noticia de una escena tan dramática llegara hasta aquí. Espero que no haya dicho nada más que te moleste.

Pero sabía que algo más debía haber sido dicho. El pasado simplemente no moriría y lo dejaría en paz, ¿verdad? No habían hablado de ello desde aquel espantoso día en la galería, y habían sido felices. La vida había sido buena. Pero aquí estaba otra vez.

Podía verla dudar antes de que hablara.

—Creo—, dijo, —que me consolaba por no poder inspirar en ti ninguna gran pasión, debido a mi edad y a mi aspecto, supongo. Sin embargo, no es malo ser de mediana edad, simple y poco atractiva, porque aparentemente te vuelves irascible y celosamente posesivo y quizás incluso violento cuando sientes un apego apasionado por una mujer. Por lo menos..... Creo que esto es lo que la Sra. Parkinson estaba insinuando. Creo que dejé de gustarle cuando no estaba de acuerdo con sus insinuaciones de que Hugo era un vulgar

advenedizo y Gwen se casó por debajo de ella.

Habló en voz baja y sin tono, sus ojos en el fuego moribundo.

George estiró los dedos sobre su regazo, los curvó en sus palmas y los relajó de nuevo.

—No debes poner mucha credibilidad en nada de lo que la Sra. Parkinson tenga que decir, Dora—, dijo. —Incluso por lo que me has dicho, puedo ver que sus palabras estaban llenas de contradicciones. No te he tratado con ningún gran romance o pasión desde nuestro matrimonio, pero te tengo un profundo respeto. Tu edad y tu aspecto te hacen más querida para mí que si fueras una chica joven de una juventud deslumbrante. Eres hermosa para mí y tienes la edad exacta para ser mi compañera y amiga. Eres perfecta en todos los sentidos como mi amante.

—No le creí—, le aseguró, mirándole fijamente, frunciendo el ceño entre las cejas. —Es una persona rencorosa, desagradable, una de las personas más desagradables que haya tenido la desgracia de conocer. Soy feliz con nuestro matrimonio tal como es, George. No puedo imaginarte celoso, posesivo o violento. Eres todo lo contrario, de hecho. No te aferras a lo que amas. Le das alas y lo dejas volar. Sólo tengo que conocer y hablar con tus compañeros Supervivientes para entender eso.

Sentía extrañamente ganas de llorar. —Y entonces desearía que no se hubieran ido volando—, dijo.

—No, eso no es cierto para ti.— Puso su cabeza contra la silla y lo miró con la suavidad de lo que sólo podía ser afecto. Su ceño fruncido había desaparecido. —Echas de menos a tus amigos cuando están lejos. Incluso te sientes un poco solo sin ellos. Pero absolutamente no desearías haberlos hecho tan dependientes de ti que todavía tendrían que estar aquí viviendo en Penderris. Eres feliz en su independencia y felicidad. No tiene sentido negarlo aunque te sientas inclinado a ello. Te he visto con ellos. Y me has dado alas con tus regalos de mi piano y mi arpa. Estoy más que parcialmente reconciliada con mi madre porque me animaste a visitarla y a hablar con ella. Sin embargo, no me iré volando. Nunca, porque te has casado conmigo y eres bueno conmigo. Me quedaré. Es una promesa y un compromiso, no sólo porque hice votos durante nuestra boda, sino porque nunca podría desear dejarte.

Sus ojos permanecieron en los de él mientras la miraba fijamente y sabía con cierto asombro que decía la verdad. Pero, ¿por qué el asombro? Se había casado con ella para tener una compañera para toda la vida, alguien de su propiedad que se quedara. Pero.... ella había dicho *porque no podría dejarte nunca*. Nunca se le había ofrecido un regalo tan inestimable. ¿Cómo podría atreverse a aceptarlo sin aferrarse desesperadamente a él?

—Espero—, dijo,—nunca darte motivos para arrepentirte de esa promesa.

—El Conde de Eastham debía haber amado mucho a tu esposa—, dijo.

Sus dedos se doblaron de nuevo en las palmas de sus manos. Sintió un pinchazo de dolor cuando una de sus uñas penetró en la piel. ¿Qué...?

—Debe haber querido mucho a su hermana —, dijo. —Sólo eso explicaría su viaje a Londres e interrumpir nuestra boda como lo hizo. Debe haber estado muy molesto al saber que estabas a punto de volver a casarte. No estuvo nada bien que reaccionara como lo hizo.

De hecho, fue sorprendentemente rencoroso de su parte. Pero cuando la emoción se apodera de nosotros, todos podemos portarnos mal. Quizás sería mejor darle el beneficio de la duda y perdonarlo. Me atrevo a decir que lamenta profundamente lo que hizo tan impulsivamente. ¿Puedo escribirle? ¿O eso sólo le causaría más dolor?

Inhaló bruscamente y exhaló más lentamente. —Preferiría que no lo hicieras, Dora—, dijo. —Puede que tengas razón. Él quería mucho a Miriam y ella a él. Le costó creer que podría haberse suicidado. Era más fácil, supongo, creer que la había empujado, especialmente porque él y yo nunca nos habíamos gustado particularmente.

—¿Le prohibiste visitar a tu esposa aquí?—, preguntó, frunciendo el ceño, con la voz perturbada. —¿Y te negaste a permitir que tu hijo visitara a su abuelo y a su tío en su casa?

¡Oh, Señor!

—Nunca lo segundo—, dijo, —y no siempre lo primero. Cuando lo hice, había razones. No tuvimos un matrimonio feliz, Dora, Miriam y yo. Nos obligaron a casarnos cuando yo tenía diecisiete años y ella veinte. Mi padre se estaba muriendo y por alguna loca razón quería verme casado antes de irse, y su padre pensó que ya era hora de que se casara. La conocí por primera vez cuando le propuse matrimonio, en presencia de su padre y el mío. La conocí por segunda vez en nuestra boda al día siguiente, ya se había obtenido la licencia de matrimonio.

—Era hermosa—, dijo Dora.

Ah, la Sra. Parkinson realmente había llenado sus oídos de mentiras. Se pregunta qué habian estado haciendo las otras mujeres mientras la mujer estaba tête-à-tête con Dora. Seguramente la Sra. Yarby no habría permitido que esa conversación continuara sin control en su sala de estar si la hubiera escuchado.

—Increíblemente—, dijo. —Era una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida.— Pero ni una décima parte tan bella para él como su segunda esposa. Sin embargo, las palabras habrían sonado forzadas y falsas si las hubiera dicho en voz alta.

—¿Compraste la comisión de tu hijo y lo enviaste a la Península en contra de sus deseos?—, le preguntó.

Sintió un repentino deseo de tener el cuello de la Sra. Parkinson entre sus dos manos.

— Contra la de ella, sí —, le dijo. —Pero no contra la de él.

—Lo siento mucho—, dijo. —Que él murió, quiero decir.

Respiró hondo y aguantó un rato antes de dejarlo ir. —A veces pienso —dijo— que Brendan no tenía ni el deseo ni la intención de regresar vivo de la Península. Y *esa* es la carga que debo llevar sobre mi alma mientras tenga aliento en mi cuerpo, Dora. Tal vez ahora tus preguntas hayan terminado.

Se puso de pie y salió de la habitación sin mirar atrás.

Pasaron muchas horas antes de que se acostara. De hecho, casi había esperado que amaneciera en el horizonte oriental cuando regresó por el promontorio. Pero aún estaba oscuro después de haberse quitado la ropa y haber entrado en la alcoba. Esperaba encontrar la cama vacía. Pero estaba acurrucada en el centro de la misma, profundamente dormida, con un brazo extendido sobre su mitad.

Permaneció en la oscuridad, mirándola durante mucho rato antes de apartar cuidadosamente su brazo y acostarse a su lado. La cogió en sus brazos y tiró de las mantas sobre ambos mientras se acurrucaba contra él, refunfuñando incoherentemente mientras dormía. Puso su mejilla contra la parte superior de su cabeza, cerró los ojos, respiró el cálido y reconfortante aroma de ella y se durmió.

******

Dora se había dormido temiendo haber arruinado su matrimonio con su curiosidad. George había dejado muy claro en varias ocasiones que no permitiría ninguna intromisión en sus recuerdos de su primer matrimonio, pero había intervenido de todos modos. Y no era ningún consuelo que lo hubiera hecho, no sólo por curiosidad, sino por la convicción de que él *necesitaba* hablar sobre el pasado, para exorcizar algunos de los demonios que estaba segura de que acechaban allí. Y, oh, había evidencia de que tenía razón.

A veces pienso que Brendan no tenía ni el deseo ni la intención de regresar vivo de la Península. Y esa *es la carga que debo llevar sobre mi alma mientras tenga aliento en mi cuerpo.*

¿Qué había querido decir?

Pero nunca lo sabría. Nunca daría voluntariamente la información, y ella nunca volvería a preguntar.

Se quedó dormida temiendo por su matrimonio pero se despertó un tiempo después del amanecer y se encontró acurrucada, como de costumbre, en sus brazos. ¿Cuándo había llegado? Sabía que había salido, pero no había hecho ningún movimiento para seguirle. No le había oído regresar, pero estaba tan contenta, tan contenta, que había vuelto a casa.

—Si no fuera una barbaridad—, dijo suavemente contra su cabeza,—Me encantaría hervir a la Sra. Parkinson en aceite—.

Fue tan inesperado que estalló en carcajadas contra su pecho desnudo y levantó la cara hacia él.

—Es bárbaro—, estuvo de acuerdo. —¿Sabías, sin embargo, que adoro a los bárbaros?

Sus ojos sonreían. Su cabello estaba despeinado, la plata mezclada con la oscuridad. Necesitaba un afeitado. Se veía hermoso.

—Siento mucho lo de anoche—, dijo. —Pero nunca dejes que esa mujer siembre dudas en tu mente, Dora. Te elegí conscientemente, y elegí aún más sabiamente de lo que sabía en ese momento. Eres hermosa para mí, y eres atractiva, y ambas cualidades abarcan tu apariencia y tu carácter y tu mente, y tu alma misma. Ni por un momento me he arrepentido de haber ido a Gloucestershire para encontrarte de nuevo y reclamarte para mí.

Le sonrió y se mordió el labio al mismo tiempo. Sus palabras la hicieron llorar. Pero parecía preocupado a pesar de sus palabras, y pudo ver que no había terminado.

—Mi primer matrimonio fue difícil e infeliz—, dijo. —Tenía a mis amigos y Miriam

los suyos. La Sra. Parkinson era una de ellas, aunque era una mujer muy joven en aquellos días. Compré la comisión de Brendan no sólo porque me lo suplicó y ciertamente no porque su madre se opusiera categóricamente, sino porque pensé que era lo correcto para él, lo único correcto. Su muerte pesará sobre mí por el resto de mi vida, así como su infelicidad antes de morir, pero no estoy abrumado por la culpa.

Le miró a la cara mientras hablaba. Le estaba dando hechos, pensó, hechos que palpitaban de emoción, pero tenía la correa apretada sobre eso. Ah, George. Había mucho más que no estaba diciendo.

—Y esa otra cosa que te has preguntado—, continuó. —La ausencia en la galería de un cuadro de mi propia familia. Mi vida fue infeliz durante muchos años, Dora, miserablemente, irrevocablemente infeliz. No deseaba que se inmortalizara en la pintura para que las generaciones futuras la contemplaran. Tal vez me equivoqué. Tal vez todos esos otros retratos esconden secretos que sólo aquellos que aparecen sabían. Tal vez no fue correcto privar a las futuras generaciones de treinta años de historia familiar.

Cerró los ojos y lo oyó tragar. Extendió una mano sobre su pecho, ¿pero qué podía decir? Palabras suaves de consuelo o de tranquilidad, no tendrían ningún valor. Todo lo que podía hacer era estar ahí con él. Volvió a abrir los ojos y le sonrió.

—Mi vida es feliz ahora—, dijo, y se volvió a morder el labio para contener las lágrimas, —y estoy contento de que todo el mundo lo vea, tanto ahora como en el futuro. Habrá un retrato después de toda mi familia. Tú eres mi familia, Dora.

Descansó su frente contra su pecho.

—¿He respondido a tus preguntas?—, preguntó. —¿Estás contenta?

—Sí—, dijo ella.

Oh, había miles de preguntas más que podía hacer, ya que lo que le había dicho era realmente como la punta de un iceberg, sospechaba. ¿Por qué su matrimonio había sido tan infeliz? Irrevocablemente infeliz, lo había llamado. Pero era un hombre tan amable y servicial. Pero no preguntaría nada más. Si quisiera que supiera más, se lo diría. Mientras tanto, todo lo que podía hacer era tratar de hacerlo menos infeliz con su segundo matrimonio. Y eso no sería difícil. *Mi vida es feliz ahora,* había dicho. Debía confiar en que lo decía en serio, que lo sentía, que siempre lo sentirá.

—Mencioné la apariencia, la mente, el carácter y el alma—, dijo. —¿También mencioné que te encuentro sexualmente atractiva?

Inclinó la cabeza hacia atrás, frunció los labios y frunció el ceño pensando antes de agitar la cabeza. —No, no lo hiciste.

—Ah,— dijo,—pero yo sí. Te encuentro sexualmente atractiva, Dora.

—¿De verdad?

—¿No me crees?

—Tal vez,— dijo ella,—será mejor que me muestres lo que quieres decir.

Y se sonrieron lentamente el uno al otro y *oh, ella lo amaba, lo amaba, lo amaba.*

Se lo enseñó, tomándose quince minutos para hacerlo. Luego volvió a acostarse en sus

brazos, cálida, un poco sudorosa, un poco sin aliento, y trató de recordar su impresión de él el año pasado, cuando se conocieron en Middlebury Park. Ciertamente había sido guapo, aunque un poco austero, amable y encantador también, confiado y seguro de sí mismo, el consumado caballero y aristócrata, un hombre sin problemas ni necesidades, un hombre sobre el que el sol debía haber brillado siempre. En sus sueños lo había convertido en una especie de príncipe de cuento de hadas.

El verdadero hombre era muy diferente, mucho más vulnerable.

Mucho más adorable.

Estaba durmiendo de nuevo, se notaba por su respiración. Muy pronto, ella también.

******

—Ah—, dijo George mientras miraban sus cartas en la mesa del desayuno a la mañana siguiente, —Imogen y Percy están de vuelta en Cornualles. Parece que ellos mismos organizaron un gran baile e invitaron a cada miembro de su familia a la tercera y cuarta generación, las palabras de Percy, con la advertencia de que era su despedida de Londres hasta por lo menos la próxima primavera y que no tendría sentido que nadie organizara más fiestas en su honor después de la luna de miel. Declara que uno debe ser firme con sus parientes cariñosos.

—Me gusta Percy—, dijo Dora.

—Me horroricé cuando lo conocí por primera vez—, le dijo George. —Parecía grosero y fanfarrón, malhumorado y tan inapropiado para Imogen como era posible. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que en realidad son perfectos el uno para el otro. Ah, debo leerte esto.

Y leyó un párrafo lleno de quejas sobre el hecho de que la colección de perros y felinos de Lady Lavinia Hayes había aumentado notablemente de tamaño desde la última vez que estuvo en Hardford, aunque trató de mantenerlos ocultos en la habitación de la segunda ama de llaves, y aun así nadie había podido explicarle a Percy por qué esa habitación en particular se llamaba así.

—Lady Lavinia—, explicó George, —es la hermana mayor del último conde y ha vivido en Hardford toda su vida. Acepta animales callejeros de la variedad animal y humana. No has visto al perro de Percy, ¿verdad? ¿Te lo he descrito antes? Según Percy, era el más feo y escuálido de todos cuando fue por primera vez a Hardford, y se le pegó como un pegamento a pesar de su horroroso y vigoroso desaliento. Dice que todavía está exasperado de que le siga a todas partes, pero es perfectamente obvio para cualquiera con medio cerebro que lo adora.

Dora se rió.

—¿Tienes otra carta de la Sra. Henry?—, preguntó.

—Ha vuelto a vivir en la casa de campo de Inglebrook—, le dijo. —Trabaja para el Sr. y la Sra. Madison, el nuevo profesor de música y su esposa, y está disfrutando de sus hijos, aunque me extraña. No podría decir lo contrario cuando me escribe.

—Pero no escribiría nada si no te echara de menos—, dijo.

—Oh, Dios mio, escucha esto, George—, dijo ella. —Los Corley se quejan de él a cualquiera que quiera escuchar. El Sr. Madison les ha informado que están malgastando su dinero y el tiempo de su hija y poniendo a prueba su paciencia hasta el límite insistiendo en que continúe con sus lecciones. Aparentemente yo apreciaba mucho más los talentos superiores de Miranda, pero, ¡oh, Dios mío!, eso fue porque tenía un oído musical mientras que "algunas personas" no lo tienen—. Dejó la carta con un movimiento de cabeza. —Oh, el valiente y tonto hombre. Simplemente debo escuchar la versión de Sophia de esto. Seguramente me escribirá para decírmelo.

Levantó la vista y se unió a la risa de George. Alargó la mano y cubrió una de sus manos con la suya.

—¿Tu otra carta es de tu madre?—, preguntó.

—Sí.— La había estado guardando para el final. Siempre sentía una agitación de emociones no examinadas cuando veía la letra familiar en el exterior de una carta y pensó en su madre y recordó esa visita a Londres. Dora rompió el sello y leyó lo que estaba escrito en el interior. —No hay nada muy sorprendente. Han estado en una fiesta de cartas con algunos amigos. Una tarde fueron a dar un largo paseo por el parque Richmond y allí hicieron un picnic sobre el césped. Han estado trabajando en su jardín, los dos. No han sido capaces de mantener a raya el yermo con sólo un jardinero empleado allí, pero ese hecho hace que su jardín de flores sea más precioso para ellos. Hay flores que cultivar y malas hierbas que desterrar.

Se detuvo allí y se mordió el labio superior con fuerza. Inclinó la cabeza sobre la carta.

— ¿Dora?— La mano de George estaba sobre la de ella otra vez. —¿Qué pasa?

—Nada—, le aseguró, secándose las lágrimas y tanteando con el pañuelo que él apretaba contra su mano. —¡Qué tonta soy! Es sólo que dice que la cizaña puede florecer en el desierto con su bendición, pero no en sus parterres. Es exactamente lo que siempre dije de mi jardín en Inglebrook. Yo… Oh, perdóname. Qué tontería.— Dejó caer la carta en su plato y extendió su pañuelo sobre sus ojos.

Esperó mientras se secaba los ojos y se sonaba la nariz y levantaba la cabeza para darle una sonrisa más bien llorosa y de ojos rojos. Entonces su mirada se volvió hacia las ventanas.

—Parece que hoy será tan hermoso como ayer—, dijo. —Hoy no voy a ir de visita. Quizá podamos bajar a la playa más tarde. Tengo un anhelo de quitarme los zapatos y las medias y chapotear en el agua. ¿Es infantil?

—Sí—, dijo. —Pero los niños son criaturas sabias y espontáneas y haríamos bien en imitarlos más a menudo que a nosotros.— Se quedó en silencio durante un momento, mirándola fijamente. —Dora, invitemos a tu madre y a su marido aquí.

Sus ojos se abrieron de par en par conmoción. —¿Para *quedarse*?

—Bueno, difícilmente sería práctico,— dijo,—invitarlos a tomar el té una tarde, ¿verdad?

Lo miró en silencio.

—Invitémoslos un par de semanas —dijo— o un mes. O más tiempo si lo deseas. Creo que anhelas volver a conocer a tu madre, y quizás Sir Everard Havell no es el villano que siempre has pensado que era. Déjalos venir. Conócelos.

—¿No te importaría?—, le preguntó ella. —Tal vez no serían bien recibidos aquí.

—Por supuesto que sí—, dijo. —Son la madre y el padrastro de la duquesa de Stanbrook, ¿no? ¿Los suegros del duque? Estoy seguro de que ya saben que podemos contar con nuestros vecinos para recibirlos en consecuencia. Escribe a tu madre después del desayuno, mientras yo escribo a Imogen y Percy. Dile que enviaré el carruaje por ellos. Podemos hacer algo de entretenimiento mientras están aquí. Disfrutarías eso, ¿no es así, ahora que has conocido a la mayoría de nuestros vecinos y has intercambiado visitas de cortesía con ellos?

—¿Nunca has hecho mucho entretenimiento aquí?—, le preguntó.

—No a gran escala—, dijo, —ni mucho menos a pequeña escala—. Pero.... los tiempos han cambiado y estoy feliz de cambiar con ellos. ¿Te gustaría organizar cenas, quizás unas cuantas fiestas?

—¿Una fiesta?—, dijo ella.

Parecía sorprendido por un momento y luego le sonrió. —¿Por qué no?—, dijo. —El pobre Briggs tendrá una apoplejía. O tal vez no. Le gusta quejarse de que tiene poco trabajo.

—Oh, pero yo le ayudaré—, dijo, con las manos pegadas a su pecho.

—Supongo que tienes mucha experiencia en organizar grandes bailes—, dijo.

—¿Qué tan difícil puede ser?—, le preguntó.

Su sonrisa persistió. — Quizás sea lo suficientemente amable —dijo— de no recordarte esa pregunta en una fecha posterior.

Entonces lo miró con seriedad, recordando de repente lo que había empezado todo esto.

—George,— dijo,—¿estás seguro de invitar a mamá y a Sir Everard?

—Estoy perfectamente seguro—, dijo, otra vez serio. —¿Pero qué hay de ti, Dora? Debe ser lo que quieras.

—Tengo tanto miedo—, dijo ella.

Alzó las cejas.

—Desde que la visite—explicó—, he soñado que algo que creía irrevocablemente roto podría ser reparado de nuevo, lenta y cautelosamente. A distancia. ¿Y si viene aquí y descubro que es imposible? Será como perderla de nuevo.

Se puso de pie, extendió una mano hacia ella y la atrajo a sus brazos.

—Realmente no creo que eso vaya a suceder—, dijo. —Pero si quieres dejar las cosas como están, entonces así serán. ¿Quieres pensarlo un día o dos?

—No—, dijo después de un momento de vacilación. —Le escribiré esta mañana. ¿Y George? ¿Puedo decir que tu carruaje ya estará en camino para cuando lea mi carta? ¿Para que sepa que lo decimos en serio? ¿Para qué no diga que no? ¿Para que no tenga que esperar demasiado?

Se rió suavemente contra la parte superior de su cabeza.

—Será mejor que nos movamos,— dijo,—o el carruaje llegará antes de que tu carta sea escrita.

Era muy, muy bueno, pensó Dora un poco más tarde mientras se sentaban juntos en la biblioteca, escribiendo sus cartas, para persuadir a otras personas a resolver sus problemas y ser felices. ¿Pero qué hay de sí mismo? Anoche le había dicho lo suficiente como para que pareciera que le había contado todo. Pero sabía que no era así.

Temía que él estaba, profundamente sumido en el dolor y la pena, por alguna razón que prefería soportar solo. *¿Por qué* no compartiría con ella? La había animado a compartir su dolor por la deserción de su madre, y algo bueno había surgido de ello: oh, tal vez mucho bien. El dolor, incluso el dolor de hace mucho tiempo, podía sanar. Pero reprimirlo, negarse a hablar de ello incluso con el cónyuge, no haría eso. Quizás la diferencia era que su madre aún estaba viva, mientras su esposa y su hijo estaban muertos. Quizás no parecía haber manera de curar las heridas del pasado.

Pero ojalá supiera al menos cuáles eran las heridas. No eran *sólo* dolor, ¿verdad?

La constatación de que era más que pena lo que agobiaba a su marido y le causaba dolor era casi más de lo que Dora podía soportar. Pero, ¿realmente quería saberlo? La respuesta era seguramente no. Pero…

Necesitaba saberlo.

Si su matrimonio iba a ser realmente feliz, entonces *necesitaba saberlo.*

Y sin embargo, también necesitaba respetar su derecho a la privacidad.

Agitó la cabeza y volvió a prestar atención a su carta.

CAPÍTULO 16

Dora estaba emocionada por la posibilidad de ser anfitriona en su propio baile. También experimentó un poco de pánico al darse cuenta de que no tenía experiencia en la organización de un evento tan importante. Tal vez debería haber empezado con una cena o una pequeña y selecta fiesta, y expandirse a partir de ahí. Pero no podría ser *tan* difícil, ¿verdad? Y de hecho no podía, descubrió pronto, porque su parte en la planificación de la fiesta era muy pequeña.

Se dirigió a la oficina del Sr. Briggs esa misma tarde después de su paseo por la playa con George. Pero casi antes de que pudiera mencionar la palabra *fiesta* al secretario de su esposo, él se deslizó a través de su escritorio hacia ella, una lista de invitados impresionantemente larga que había preparado para que la leyera. También tenía el borrador provisional de una tarjeta de invitación. Poco después, llamó a la Sra. Lerner a su sala de estar, pero su anuncio del próximo evento no provocó ninguna exclamación de sorpresa por parte de la ama de llaves. En su lugar, elaboró una lista escrita de planes y detalles que Su Gracia podría desear revisar.

Cuando Dora bajó a la mañana siguiente con la esperanza de no interrumpir al chef en un momento particularmente ocupado, descubrió que sí lo estaba. Pero el Sr. Humble la llevó a un extremo de la larga mesa de madera de la cocina, la sentó con una humeante taza de té y dos grandes galletas de avena y pasas recién sacadas del horno, y le sugirió una larga lista de manjares para la sala de refrigerios en el baile y un posible menú para la cena a las once. Para entonces, Dora ni siquiera estaba sorprendida. Los sirvientes de una gran casa, estaba aprendiendo, lo sabían todo casi antes que su amo y señora. El Sr. Humble incluso le informó que conocía a varias personas en un radio de cinco millas de la sala que estarían encantadas de proporcionar la ayuda adicional que él y el mayordomo y el ama de llaves necesitarían desde un día o dos antes del baile hasta un día después o así sucesivamente. Su Gracia no debe preocuparse por eso.

Dora no se sorprendió mucho al descubrir cuando llevó al jardinero principal a uno de los invernaderos más allá del huerto detrás de la casa que ya tenía ideas sobre qué flores florecerían y qué verdor estaría listo para llenar las urnas y los jarrones que adornarían el salón de baile y el vestíbulo principal y la escalera y otras habitaciones que se usarían en la noche de la fiesta. Y casi esperaba cuando fue a los establos a consultar al jefe de los mozos que él ya tenía planes bien establecidos para el manejo de un gran número de carruajes y caballos. Sus expectativas demostraron ser bastante correctas: Su Gracia no tiene por qué preocuparse por ello.

El Sr. Briggs le había informado anteriormente que estaba en el proceso de descubrir y contratar a la mejor orquesta disponible, dependiendo, por supuesto, a la aprobación de Su Gracia. También había comenzado a elaborar un programa sugerido de bailes aptos para un baile en el campo, aunque necesitaba saber si Su Gracia deseaba incluir algún vals. Aunque el vals ya se bailaba mucho en Londres, incluso en Almack's, explicó, había gente en las zonas más rurales de Inglaterra que todavía lo consideraba un invento

algo escandaloso. Dora le ordenó que incluyera dos bailes de valses, uno antes de la cena y otro después.

*****

Las invitaciones aún no habían sido escritas cuando Dora visito a Barbara Newman a la vicaría una mañana. Bárbara estaba enseñando a sus hijas más jóvenes, de ocho y nueve años, a tejer. Se sentaron juntas en un sofá, muy concretadas, empuñando agujas gruesas y lana gruesa, con idénticas miradas de abstracción frunciendo el ceño sobre sus rostros. Dora ya las quería mucho, como a su madre. A veces era difícil entender lo que atraía a algunas personas como amigas, por encima del nivel de conocidos amistosos. No le había ocurrido a menudo, pero ya había ocurrido dos veces en Penderris. Era muy querida.

—Todo el mundo está tan entusiasmado como puede estarlo con tu fiesta—, dijo Barbara tan pronto como se prescindió de los saludos iniciales. —No ha habido ningún tipo de gran entretenimiento en el salón en la memoria. Qué encantador que suceda ahora que el duque es por fin un hombre feliz.

Dora la miró sorprendida. —¿Pero cómo lo supiste?—, preguntó.

Bárbara se rió. —¿Realmente imaginas que hay una persona a cinco millas de aquí que no lo sabe?—, dijo ella.

Dora también se rió. Pero la atención de su amiga se centró en las lágrimas silenciosas de la menor de las dos niñas, que había perdido un punto de sutura y pensó que su trabajo se había arruinado. Bárbara recogió la puntada, la trabajó a través de los lazos por los que había pasado, y le devolvió las agujas a la niña con sonrisas y palabras de aliento.

La fiesta, entonces, pensó Dora al regresar a casa más tarde, ocurriría por sí sola, casi sin su ayuda. Ya no había vuelta atrás, ¿verdad?

—Podría acostumbrarme fácilmente a tener un ejército de sirvientes—, observó a George cuando la encontró sentada en el jardín de flores antes del almuerzo con un libro abierto en su regazo. Se rió cuando él levantó las cejas y parecía divertido. —No sólo ya tienen todos los detalles de la fiesta en la mano, sino que además no me han dejado ni una sola hierba en ninguno de los parterres para tirar.

En cierto modo, pensó que, a medida que pasaban los días, era una lástima que tuviera que hacer tan poco mientras esperaba en una agonía de emoción y temor mezclados la llegada de su madre, o el regreso del carruaje vacío. Pero poco a poco, durante esos días, algo más que le molestaba en sus pensamientos cuando estaba ociosa. O, más bien, algo no sucedió, algo que siempre sucedía con regularidad confiable cada mes pero que no se había materializado hace dos semanas o en cualquiera de los días posteriores.

Un día acompañó a George en un recorrido por la granja y escuchó explicaciones sobre la rotación de cultivos y el drenaje y la cría de corderos, pastos y esquila. Le aseguro de verdad que no estaba aburrida. Otro día fue con él y su mayordomo a ver algunas de las cabañas de los trabajadores que el mayordomo creía que necesitaban reparaciones y que George creía que necesitaban ser reemplazadas por completo. Mientras discutían el asunto,

daban vueltas alrededor de los edificios, subían escaleras y hablaban con algunos de los hombres que vivían en las casas en cuestión, Dora hablaba con sus esposas e intercambiaba recetas y patrones de tejido con un par de ellas, mientras observaba desde el interior el estado ruinoso de sus cabañas.

Regresó sola a la mañana siguiente con algunos productos horneados para las familias y dulces para los niños, todo lo cual había preparado la noche anterior después de asegurarle al Sr. Humble, desconcertado y algo sorprendido, que no quemaría la cocina ni dejaría un lío detrás de ella. Se llevó su arpa pequeña y tocó para algunos ancianos y niños. Más importante aún, pudo dar la noticia, con la bendición de George, de que las cabañas serían reemplazadas antes de que llegara el invierno.

Otro día, Dora acompañó a George en el largo viaje para visitar a Julián y Philippa. Los encontró tan agradables como cuando los conoció en Londres. Había temido que pudieran resentirse con ella e incluso verla, quizás, como una cazafortunas. Pero no vio ninguna evidencia de tal cosa. Por supuesto que aún no lo sabían.... Si había algo que saber, eso era.

—El tío George es claramente feliz—, le dijo Philippa a Dora mientras paseaban juntas por el césped hasta el estanque de lirios. —Sólo míralo.

Ambas se volvieron para mirar hacia atrás y ver dónde estaban Julián y George hablando en la terraza fuera de la sala de la mañana. George sostuvo a la joven Belinda en un brazo, y la niña estaba saltando de arriba a abajo. Dora sintió que su estómago daba un salto mortal.

¿Estaba contento? se preguntó mientras volvían a casa en el carruaje más tarde y miró su perfil a su lado. Tanto Philippa como Barbara habían usado esa palabra para describirlo. Pero si lo era, seguramente era algo frágil, fácil de destruir. Si ella... Pero quizás no fuera así.

Volvió la cara hacia ella y tomó su mano entre las suyas.

—¿Qué pasa?—, le preguntó.

Sacudió su cabeza. —Oh, nada—, dijo. —Estoy ansiosa por la llegada de mi madre. Y tengo miedo de que no venga.

Sus ojos buscaron los de ella. —¿Eso es todo?—, preguntó.

—¿Todo?—, dijo. —No la conozco desde hace veintidós años, George, más tiempo del que la conocí. Y Sir Everard Havell es el hombre que nos la arrebató, aunque he llegado a comprender que quizás fue un sentido del honor más que una villanía lo que lo motivó. No sé qué esperar de ninguno de ellos, ni de mí misma. A veces puede ser más sabio dejar las cosas están.

—¿Pero sólo a veces?—, preguntó.

—Es una cuestión de educación de todos modos—, dijo con un suspiro. —Han sido invitados y el carruaje ha sido enviado.—

Se contentó con dejarlo así. Tal vez debería haber respondido a sus preguntas originales con sinceridad, ya que en realidad no había estado pensando en su madre en ese momento. Pero no lo había hecho, y ya era demasiado tarde.

El resto del camino de regreso a casa en lo que podría haber sido un silencio agradable si no hubiera tratado de convencerse a sí misma con cada milla que pasaba de que era la superficie desigual del camino y la sacudida resultante del carruaje lo que la hacía sentir un poco descompuesta.

*****

Había sido bueno tener un hermoso día de verano para visitar a su sobrino, pensó George, pero era una pena que gran parte de él se hubiera tenido que pasar encerrado dentro del carruaje. Y Dora se veía ligeramente pálida, aunque afirmaba lo que lo estaba causando era sólo el nerviosismo por la visita anticipada de su madre.

La noche era tan hermosa como el día, sólo que más fresca. Era perfecta para un paseo. Le sugirió uno después de la cena, y la llevó a caminar por un camino rural detrás de la casa en lugar de a lo largo del promontorio o en la playa. Los cultivos maduros se agitaban con la ligera brisa a ambos lados, las ovejas merodeaban a lo lejos, una gaviota solitaria gritaba en lo alto. El cielo se estaba volviendo rosa en el oeste. El aire era cálido y ligeramente salado.

—Perfecto—, dijo, respirando profundamente en sus pulmones.

—Y esta es toda tu tierra—, dijo, señalando a diestra y siniestra. —Qué pensamiento tan vertiginoso.

—Trato de no darlo por sentado—, dijo, —aunque haya sido de mi padre o mío toda mi vida. Siempre he tratado de contar mis bendiciones, incluso en los momentos más oscuros de mi vida, y todos los tenemos. Siempre he intentado que los que viven y trabajan en mi tierra compartan parte de su generosidad. Me avergüenza que esas cabañas se hayan deteriorado tanto antes de darme cuenta de que las reparaciones ya no eran ni factibles ni justas—.

La detuvo unos pasos más adelante.

—Quédate aquí, Dora,— dijo,—donde estos senderos se cruzan, y mira hacia atrás. Siempre ha sido uno de mis lugares favoritos en la finca o en cualquier otro lugar.

Habían estado caminando un poco cuesta arriba, aunque la pendiente no era realmente aparente hasta que uno se detenía y se giraba para mirar hacia atrás. Allí estaban los campos, separados por muros de piedra y setos que bordeaban las estrechas callejuelas. Debajo de ellos estaba la casa, cuadrada y sólida, y el césped cultivado y los jardines que la rodeaban. Más allá de ellos, y en total contraste con ellos, estaban los acantilados y parecía que el mar extendiéndose hasta el infinito. El agua era de un azul profundo esa noche, con el cielo sobre ella de un tono ligeramente más claro que se mezclaba con el rosa y el rojo-naranja y el oro en el horizonte occidental. Era el mejor de todos los momentos para esta vista, aunque en realidad casi a cualquier hora del día y con cualquier tiempo era el mejor de todos los momentos para estar de pie justo aquí.

—A veces la belleza es más profunda que las palabras, ¿no?—, dijo después de un largo silencio.

Ah, lo entendió. También lo sintió: el corazón de la casa latía aquí.

Puso una mano sobre su hombro y apretó ligeramente. Miriam odiaba el mar. Ella había odiado a Penderris. Que Dios lo ayude, ella lo había odiado. Movió su mano a la nuca de Dora y movió sus dedos en un círculo sobre la suave carne que había allí.

—¿Vienes aquí a menudo?—, le preguntó. —¿Solo?

—No siempre solo—, dijo. —Creo que cada uno de mis amigos vino aquí conmigo al menos una vez mientras estaban convalecientes en Penderris. Hay algo relajante en los caminos y en los campos y en las ovejas y corderos. Incluso Ben logró llegar tan lejos con sus bastones, aunque recuerdo que su temperamento se deshizo en el camino de regreso cuando era obvio que estaba exhausto y con dolor. Pero, por supuesto, no permitió que Hugo y Ralph le hicieran una silla con sus manos—. Se rió suavemente ante el recuerdo. —La mayoría de mis paseos aquí, y en otros lugares, han sido solitarios. Supongo que soy un hombre solitario. O quizás es que no encontré el compañero perfecto para caminar hasta hace muy poco.

—¿Yo?— Se inclinó ligeramente hacia atrás en su mano.

—Me siento totalmente cómodo contigo, Dora—, le dijo,—y todavía me maravillo de la encantadora sorpresa de eso —. Tú eres todo lo que necesito, todo lo que siempre he necesitado o necesitaré. Sólo tú.

Se dio cuenta de que estaba muy cerca de usar la palabra *amor*. Y podría haberlo hecho de verdad, porque por supuesto que la amaba. Pero la palabra estaba tan contaminada por las connotaciones juveniles de la desbordante pasión y el romance de ojos chispeantes que le pareció una palabra inapropiada de usar, pues era un hombre de cuarenta y ocho años y el amor que sentía por su esposa era una cosa tranquila de satisfacción y adoración.

Sí, adoración. Era una palabra mejor que *amor* para describir sus sentimientos por ella. Pero quizás no era necesario pronunciar ninguna palabra específica en voz alta. Eso era lo realmente cómodo de Dora. Las palabras no siempre eran necesarias.

Sin embargo, de repente se dio cuenta de que el silencio entre ellos había adquirido una cualidad diferente y que había una cierta tensión en los músculos del cuello bajo su mano.

—¿No estás cómoda?—, le preguntó.

Su vacilación lo tomó por sorpresa y lo alarmó.

—No en este preciso momento—, dijo.

La rodeó para interponerse entre ella y la vista. La luz del atardecer se proyectó sobre su cara y la hizo parecer pálida e infeliz. Su mirada había llegado a descansar en algún lugar de su pañuelo.

La gaviota sobre ellos sonó repentinamente triste. La ligera brisa se sentía fría.

—Llevamos casados más de un mes—, dijo.

Creía que unas seis semanas. Bajó la cabeza un poco más cerca de la de ella.

—No ha pasado nada—, dijo. Cuando él no dijo nada, aclaró su garganta y continuó. —Ya debería haber pasado algo. De hecho, hace más de dos semanas. He estado esperando,

pero... Bueno, dos semanas es mucho tiempo. Lo siento muchísimo—. Estaba mirando sus manos ahora, extendiendo las palmas hacia arriba.

La comprensión amaneció como un garrote en la nuca. —¿Hablas de tus ciclos?—, le preguntó.

—Sí—, dijo. —Nunca pensé que podría ser por el cambio en las circunstancias de mi vida, pero no creo que pueda ser así. Y es posible que sea.... el cambio de vida. No lo sé, no lo sé. Pero me temo mucho que... He estado sintiéndome, no exactamente descompuesta, pero un poco inestable de digestión. Espero que sea el cambio. Lo espero de todo corazón. Pero... bueno, no creo que lo sea. Lo siento muchísimo. Sé que arruinará todo si tengo razón. Debería haber tenido más cuidado, aunque realmente no sabría cómo, excepto que no es así:—se detuvo por completo y se tapó la cara con las manos.

Para entonces ya tenía los hombros de ella agarrados con las manos.

—¿Dora?—, dijo. —¿Estás *aumentando*?

—Me temo que debe ser—, dijo. —Creo que es demasiado esperar que sea el cambio de vida.

Intentó mirarla a la cara, pero su cabeza estaba inclinada y a la sombra de su brazo. Su frente casi tocó la de ella.

—¿Vas a tener un *bebé*?—, dijo. —*¿Vamos a* tener un hijo? ¿Dora?— Algo extraño le había pasado a su voz. Apenas la reconoció.

—Me temo que sí—, dijo. —De hecho, en mi corazón lo sé.

—¿Voy a ser padre?— Seguía hablando de forma extraña. Y entonces, aun agarrándola por los hombros, echó la cabeza hacia atrás, con los ojos bien cerrados. —¿Voy a ser *padre*?

—Lo siento mucho.

Y finalmente escuchó la terrible miseria en su voz. Abrió los ojos y bajó la cabeza.

—¿Por qué?— Sus ojos se encontraron con los de ella mientras levantaba su cabeza. —¿Tienes miedo, Dora? ¿Por tu edad, quizás? ¿Es esto algo que realmente no querías? Entonces soy yo quien debería disculparse. Pero… ¿No quieres ser madre? ¿Por fin?

Sus manos agarraron sus codos. —Sí, quiero.— La admisión salió sonando casi como un lamento. —Oh, *lo sé*. Siempre lo he querido, aunque durante mucho tiempo he pensado que era algo que nunca ocurriría. Lo saqué de mi mente y de mis sueños hace mucho tiempo. Entonces, cuando me casé después de todo, asumí que era demasiado tarde, a pesar de que... Bueno, aunque debería haber sabido que aún era posible. Y ahora ha sucedido. Pero sé *que* no quieres tener más hijos. Me lo dejaste muy claro cuando me ofreciste matrimonio. Me elegiste porque era mayor, porque era imposible, porque todo lo que querías era una compañera y una amiga. Y acabas de decir que soy todo lo que quieres. Lo siento mucho.

Se sentía como un bruto. ¿Realmente había dado esa impresión? ¿Realmente lo dijo? ¿Y esperaba que la culpara ahora, a pesar de haber sido él quien la había embarazado?

Señor Dios en el cielo, ¿era posible? *La había embarazado.* Iba a tener un hijo. Iba a

ser padre. Iban a ser padres juntos.

Siguió mirándola a la cara durante unos instantes antes de abrazarla.

—Dora—, dijo, —te elegí porque eras *tú,* sin importar la edad o la capacidad de tener hijos. Antes que nada, te quería como mi esposa, como mi amiga, como mi amante. ¿Pero ser bendecido con un hijo encima de todas esas cosas? ¿Ser padre?— Pasó una mano por debajo de su barbilla y le acercó la cara a la suya. —¿Tener un hijo *contigo*? ¿Puede haber tanta felicidad en el mundo? ¿Y pensaste que estaría molesto, incluso enfadado? ¿Pensaste que te culparía cuando no podías haber llegado a tu condición actual sin mi ayuda considerable? Ah, Dora. Qué poco me conoces.

Levantó una mano y pasó los dedos por encima de su mandíbula. De repente parecía de repente melancólica.

—Somos lo suficientemente mayores para ser abuelos—, dijo.

—Pero no demasiado viejos, aparentemente, para ser padres.— Le sonrió. —¿Puedes ser feliz ahora que sabes que lo soy?

—Sí—, dijo. —En el fondo he sido feliz de todos modos, pero me ha molestado pensar que quizás no lo seas...

Entonces gritó de repente, porque él se inclinó como el joven galán que no era y la levantó en sus brazos y la hizo girar mientras sus propios brazos se apretaban alrededor de su cuello. Volvió a ponerla de pie en el camino y se enderezó, contento de notar que apenas estaba sin aliento.

—Voy a ser *padre*—, dijo de nuevo, sonriendo como un idiota. —Estás hecha para ser madre, Dora. Estoy tan contento de haberlo hecho posible, que es *mi* hijo el que vas a dar a luz. Me siento honrado.

Lo miró en el creciente atardecer, y él vio alegría en su sonrisa.

Lo sintió en el suyo propio.

¡Iba a ser padre! Sintió el impulso infantil de gritarlo al mundo como si nadie más en la historia del universo hubiera sido tan inteligente.

*****

La vida era la experiencia más extraña jamás inventada, decidió George esa noche. Se había despertado abruptamente, recordado, y se dio cuenta de que la euforia había sido reemplazada por el pánico.

Las mujeres morían todo el tiempo durante el parto. Y Dora tenía treinta y nueve años. Tendría cuarenta años cuando el bebé naciera, y era su primera vez.

Deslizó su brazo por debajo de su cabeza, se bajó de la cama para no despertarla, y fue a pararse frente a la ventana abierta, donde el aire se sentía benditamente fresco contra su cuerpo desnudo.

Llamaría al médico local mañana. El Dr. Dodd probablemente había dado a luz a

varios cientos de bebés durante su larga carrera.

¿Cuántos de esos bebés habían nacido muertos? ¿Cuántas de las madres...?

Se apoyó en el alféizar de la ventana con sus puños, bajó la cabeza e inhaló lentamente el aire ligeramente salado. ¿Cómo podía haberla puesto en peligro tan descuidadamente e irresponsablemente? Pero, ¿cómo podría no hacerlo una vez que se había casado con ella?

¿Abstenerse?

Y sin embargo, todo mezclado con su terror, más de la mitad tolerado, era una euforia de alegría que amenazaba con estallar en cualquier momento, como lo había hecho la noche anterior cuando la levantó y la hizo girar.

Iba a ser *padre*. Era como un gran milagro. Sí, eso era, sobrevivía a los peligros del parto. Y *si* el niño lo hacía.

¡Eso era demasiados *"si"*!

Pero.... paternidad. Por primera vez se preguntó si el bebé sería un niño o una niña. No le importaba. Tenía su heredero en Julian. Estaría encantado de felicidad si fuera una hija. Oh, Dios mío, una hija, una niñita pequeña. O un hijo. Lo amaría como…

Y de repente, aparentemente de la nada, desplazando tanto el pánico como la euforia, el dolor lo golpeó, un dolor tan doloroso y tan abarcador que se preguntó por unos momentos si podía sobrevivir, o si quería hacerlo.

Brendan.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los nudillos contra el alféizar hasta el punto del dolor.

Brendan. Ah, Brendan.

No disminuyó con el tiempo, la agonía de la pena. La intensidad de la misma se espaciaba un poco más, era verdad, pero cuando llegó, y siempre lo hacía, lo catapultó a lo más profundo del infierno como nunca antes.

—Adiós, Pa…Adiós, señor.— Las últimas palabras que Brendan le dijo cuándo se fue para unirse a su regimiento. George no lo había vuelto a ver antes de irse a la Península y su muerte.

—Adiós, señor.— No papá, sino "señor".

George no sabía lo que el muchacho le había dicho a su madre.

—¿George?— El sonido vino de detrás de él y se giró. —Debes tener frío. ¿No puedes dormir?

Se enderezó. —No todos los días,— dijo,—un hombre aprende que ha sido lo suficientemente listo para engendrar un hijo con su esposa.

—No debí haber dicho que lo sentía tantas veces anoche—, dijo ella. — O en absoluto, de hecho. Debe haber sonado como si lamentara lo del bebé y nunca podría ser así, *nunca*, George. Y probablemente sonaba abyecto, como si me acobardara ante tu esperado enojo. No me refería a eso. Me refería a que lamentaba que tu sueño de un feliz

segundo matrimonio se hiciera añicos por algo tan inesperado, algo que habías dicho específicamente que no querías. Me refería a que lamento que haya una cuña entre nosotros. Temía que no quisieras al niño o que no lo amaras. El miedo a eso me rompía el corazón. Pero no me arrepiento del bebé y no lo estaría incluso si no estuvieras contento con él. Me habría entristecido por ti, por nosotros.

La envolvió con sus brazos y la atrajo contra él.

—He estado aquí de pie luchando contra mi terror por la prueba que tienes por delante—, dijo, —y sintiendo mi alegría—. Añadió algo que no tenía intención de decir en voz alta. —Y sintiendo pena por Brendan.

Bajó su frente hasta la parte superior de la cabeza de ella y luchó contra el dolor en su garganta que amenazaba con lágrimas.

—¿Quieres que toque el piano en la sala de estar? —preguntó en voz baja después de unos momentos de silencio. —¿Y tal vez bajar a la cocina primero para hacer una taza de té? Así es como solía convencer a Agnes para que se durmiera cuando tenía algo en mente.

Era tentador. Una visita sigilosa a la cocina para hacer té y tal vez encontrar algunas galletas sobrantes, como un par de niños traviesos? ¿Y la música?

—Creo que me conformaré con abrazarte en su lugar —dijo— en la cama, donde hace calor. ¿Te he despertado?

—Fue tu ausencia la que me despertó—, dijo mientras se volvían a meter en la cama y se acurrucó junto a él mientras los cubría con las sábanas. —Tu presencia me arrulla.

—Debo sentirme halagado, ¿o no?—, le preguntó, —que me digas que mi presencia te hace dormir.

Se rió suavemente, su aliento caliente contra su pecho.

Su siguiente pensamiento consciente fue que realmente debería haber cerrado las cortinas para que toda esta luz del sol no brillara directamente sobre su cara.

Y luego se dio cuenta de que su esposa ya se había ido de la cama.

CAPÍTULO 17

No era el cambio de vida.

Confirmó el Dr. Dodd a la mañana siguiente, estaba aproximadamente a un mes y medio de su confinamiento, y si había algo malo con su salud, él ciertamente no podía detectar lo que podría ser, y ¿por qué su edad debería tener algo que decir al respecto? Las mujeres de veintinueve años daban a luz todo el tiempo sin ningún problema. ¿Qué dijo? ¿Su Gracia había dicho *treinta y nueve*? Un hombre empieza a tener problemas de audición a partir de los sesenta años, según descubría. Bueno, *¿sólo* treinta y nueve? Todavía había tiempo, entonces, para tener hermanos y hermanas como compañeros para este primero. El año pasado había entregado a la Sra. Hancock a su decimoquinto hijo a la edad de cuarenta y siete años, y no le sorprendería que se le convocara para el decimosexto antes de que ella terminara.

Dora se preguntaba si hablaba sin parar incluso durante el parto de un bebé y adivinó que probablemente lo hacía. Era, se dio cuenta, su manera de relajar a una mujer mientras él realizaba procedimientos íntimos en su cuerpo.

Un resultado de su visita era que mucho antes de que terminara el día, probablemente incluso antes de que terminara la mañana, era perfectamente obvio que todos los sirvientes de la casa, y sin duda también fuera de ella, sabían que estaba en una condición interesante, aunque no se había hecho ningún anuncio oficial o incluso extraoficial y Maisie, la doncella de Dora, le había asegurado desde el principio que no era una chismosa. Antes de que se acabara otro día, todos los sirvientes de los alrededores también lo sabrían, y una vez que los sirvientes lo supieran, todos los demás también lo sabrían.

Sus sospechas se confirmaron incluso antes de lo que esperaba. Ann y James Cox-Hampton vinieron a visitarlos a la tarde siguiente, y Dora paseó por el jardín de rosas afuera de la sala de música con su amiga, mientras que George se quedó dentro con el suyo.

—Dora—, dijo Ann, uniendo un brazo con el de ella y llegando al punto sin preámbulo, —¿qué es esto que hemos estado escuchando de ti?—

—¿Qué *has* estado escuchando?— Dora le preguntó mientras observaba que por fin había sorprendido a los jardineros por ser negligente. Había por lo menos dos rosas que habían pasado su mejor momento.

—Que estás en lo que ellos llaman un delicado estado de salud—, dijo Ann. —Aunque no sé cómo se podría hacer frente a nueve meses de incomodidad y tribulación si se fuera delicada. ¿Estás en un estado delicado?

—Para nada—, le dijo Dora. —Pero estoy embarazada. Supongo que todo el mundo lo sabe.

—Todos y su perro—, dijo Ann. —¿Estás contenta?

—¿Contenta?— Dora se rió. —Estoy extasiada. No puedes saberlo, Ann. Tuviste a todos tus hijos cuando eras joven. No puedes saber lo que es ver a todos tus

contemporáneos casarse y tener familias y...

—¿Y vivir felices para siempre?— Ann también se rió. —Sólo espera. James declara que nuestros hijos son a veces más problemáticos de lo que valen a pesar de que están en la escuela la mayor parte del año, y se queja de que pronto tendrá que afilar su espada para mantener a raya a todos los hombres que mirarán a nuestras hijas con una intención lasciva. Atribuye cada una de sus canas a nuestra descendencia. Y por supuesto, los ama a todos hasta el embeleso. Estoy encantada por ti, Dora. Los dos lo estamos. George siempre ha sido una figura melancólica, hasta hace poco. La transformación en él ha sido muy notable. ¿Está contento?

—Declara que gritaría las noticias desde las murallas—, le dijo Dora, —si no fuera algo indecoroso hacerlo, y si Penderris Hall tuviera murallas. ¿Damos un paseo hasta el cabo?

Ann Cox-Hampton tenía su misma edad, quizás un año o dos más. Tenia cinco hijos, dos varones y tres mujeres, todos ellos mayores de diez años. Y, al igual que Barbara Newman, Dora había sentido una afinidad inmediata con ella, quizás porque era una dama consumada y tenían mucho en común. Ann era una lectora. También probó suerte escribiendo poesía y pintando retratos en miniatura. Tocaba el piano y cantaba, aunque su verdadero interés radicaba en la mandolina de diez cuerdas que su abuelo había traído de Italia después de su gran gira hace casi un siglo. Ann la había heredado y aprendió a tocarla.

Se sentía muy bien, pensó Dora, tener dos amigas en particular, y una que vivía cerca. Y tener un marido al que le gustaba tanto y al que amaba tanto. Y estar embarazada. Oh, nunca en sus sueños más salvajes podría haber predicho nada de esto hace sólo tres meses.

Sin embargo, nunca había felicidad sin límites.

La paternidad era una perspectiva nueva y maravillosa para ella, pero para George, la alegría se mezclaba con el dolor, porque la paternidad no era algo nuevo para él. Había tenido un hijo, Brendan, y su alegría al anticipar la llegada de un nuevo bebé debia ser atenuada por la culpabilidad de alegrarse cuando su primer hijo estaba muerto.

Y por supuesto, para Dora estaba toda la ansiedad por su madre. Todavía no había venido. Pero tampoco había regresado el carruaje sin ella.

******

Sir Everard y Lady Havell llegaron por la tarde dos días después. Ambos parecían cansados, pensó George mientras estaba de pie en los escalones fuera de las puertas delanteras con Dora, esperando para saludarlos. Lady Havell también parecía aprensiva, como su hija, había estado cavilando desde que había enviado la invitación de camino y él había enviado el carruaje. Se parecían mucho, a pesar de que la señora mayor tenía un poco más de circunferencia y cabello plateado. Dora agarró con fuerza su brazo mientras el lacayo que estaba con su cochero saltaba para abrir la puerta y bajar los escalones.

—Dora—, dijo Lady Havell al bajar a la terraza. —Su Gracia.

Parecía como si estuviera a punto de hacerles una reverencia. Dora debía haberlo visto también, porque soltó su brazo y bajó apresuradamente las escaleras.

—¡Madre!— gritó, y se lanzó a los brazos de Lady Havell. —¡Viniste! Estoy tan contenta. Los días han sido interminables, sin saber si vendrías o cuándo llegarías. Oh, madre, voy a tener un bebé.

Y entonces retrocedió con repentina vergüenza, un sentimiento que George compartía, aunque también le divertía. Apostaría a que Dora no había planeado *ese* saludo en particular. Pero la cara de Lady Havell se ilumino con una cálida sonrisa, y Sir Everard descendía del carruaje detrás de ella.

—Pero eso es maravilloso, Dora—, decía mientras George extendía la mano para estrechar la de Havell.

—Bienvenidos a Penderris—, dijo.

—Este es un lugar hermoso, Stanbrook—, dijo Sir Everard, mirando a su alrededor agradecido.

El tiempo había sido bueno para su llegada. Era un día soleado y cálido, e incluso el viento casi omnipresente se había reducido a una suave brisa. El mar brillaba en la distancia.

—Señora—. George dirigió su atención a Lady Havell y le ofreció su mano. —Me honra que haya venido. Confío en que haya tenido un viaje agradable, aunque sé por experiencia que también es largo y tedioso.

Mientras tanto, Dora saludaba a Sir Everard, quien se inclinaba ante ella y se dirigía como "*Su Gracia"*. Ella lo había reprendido, recordó George, por tomarse libertades con su nombre y el de Agnes en una ocasión anterior. Probablemente ella también lo recordaba.

—Sir Everard—, dijo, extendiendo su mano derecha hacia él. —Me encantaría que me llamaras Dora.

—Dora—, dijo. —El aire del mar debe estar de acuerdo contigo. Te ves muy bien.

—¿Has oído lo que ha dicho, Everard?— preguntó Lady Havell. —Está embarazada. Ella y Agnes, ambas. Qué feliz estoy.

Dora entrelazó un brazo con el de ella y la guio por los escalones de la casa. —Déjennos llevarlos a sus habitaciones—, dijo. —Deben estar cansados.

George intercambió una mirada un poco tímida con Havell y los siguió al interior. Todo iba a estar bien, pensó. Nunca se sabe con seguridad cuándo se anima a la gente a tomar un curso de acción que se resisten a tomar por su cuenta, incluso cuando parece ser lo correcto.

— Las felicitaciones están en orden, entonces —, dijo Havell.

—Gracias—, dijo George. —De hecho, me siento bastante orgulloso de mí mismo.

*****

No había una decisión real que tomar, descubrió Dora después de esa extraordinaria escena a la llegada de su madre. No había planeado nada parecido. Incluso se había preguntado de antemano si estrecharía la mano de su madre o simplemente inclinaría la cabeza en un cortés saludo. Ciertamente no había pensado que se sentiría tan abrumada por la emoción de volver a ver a su madre y luego tan desconcertada al darse cuenta de que estaba a punto de hacerles una reverencia que se apresuraría a bajar los escalones para abrazarla y soltar lo que quisiera salir de su boca sin que primero se filtrara a través de su cerebro. Incluso le había dicho a su madre que estaba esperando un bebé.

Estaba un poco avergonzada de haberse comportado sin la refinada dignidad que uno podría esperar de una duquesa, y después se disculpó con George por haberle avergonzado. Se rió y le aseguró que en realidad se alegraba mucho al informar al mundo que iba a ser padre a los cuarenta y ocho años.

Pero era imposible volver atrás y saludar a su madre y a Sir Everard de otra manera, y en general Dora se alegró de ello. ¿Por qué decidir si deberia perdonar a su madre o no? De todos modos, no se podía cambiar el pasado. ¿Por qué dejar que arruine el presente y el futuro?

Su madre estaba claramente feliz de estar aquí, y Sir Everard no parecía infeliz. Parecía disfrutar de vagabundear por la finca con George mientras Dora repasaba los planes para el baile con su madre y le mostro el salón de baile y los otros salones y la llevo a reunirse con Barbara Newman en la vicaría. Su madre y Sir Everard fueron presentados a otras personas después de la iglesia el domingo siguiente a su llegada, y si alguien conocía su historia, Dora no dudó de que todos la conocían, nadie hizo referencia a ella ni mostró renuencia a hacerles una reverencia ni a estrecharles la mano. Sir Everard, por supuesto, recordó Dora de hace mucho tiempo, era capaz de tener un gran encanto, al igual que su madre.

Sir Everard se fue con ellas cuando una tarde visitaron al Sr. y la Sra. Clark, George tenía algunos asuntos que atender con su mayordomo. Los Clarks habían sido los primeros visitantes en Penderris, pero fue sólo ahora que Dora estaba devolviendo su visita, después de haberlo prometido, después de la iglesia, que lo haría.

No se había entusiasmado con la Sra. Clark durante su visita a Penderris. Había encontrado su manera un poco demasiado servil, especialmente a George, aunque Dora admitió que la pobre mujer tal vez simplemente estaba intimidada. Hoy tanto ella como su esposo hicieron un gran esfuerzo por agradar. El Sr. Clark llevó a Sir Everard a una discusión sobre los méritos relativos de la vida en la ciudad frente a la vida en el campo, mientras que la Sra. Clark y su hija fueron muy amables al hablar con Dora y su madre sobre la moda y los sombreros, el clima y su salud. Dora podría haberse sentido cómoda después de todo si la Sra. Parkinson no hubiera estado presente y si no hubiera estado claro que las dos señoras eran amigas y que la última había sido invitada.

Dora había podido evitar todo menos un saludo mínimo con la cabeza con la Sra. Parkinson desde esa terrible tarde en casa de la Sra. Yarby. Se sentó a cierta distancia de la señora esa tarde y llevó a su madre a sentarse a su lado. Ciertamente no iba a permitir otro tête-à-tête como el que había sufrido en esa ocasión.

Sin embargo, había otra sorpresa reservada, antes de que la media hora socialmente aceptable de su visita llegara a su fin. Llegó con la llegada de otro invitado, cuya aparición

sorprendió tanto a la Sra. Clark como a la Sra. Parkinson, que Dora no creyó ni por un momento que era algo inesperado.

—*¡Mi señor!* —exclamó la Sra. Clark, poniéndose en pie de un salto y sonriendo y haciendo una reverencia mientras se anunciaba al Conde de Eastham. —No esperaba que ocurriera, válgame el cielo.

—Bueno, esta es una sorpresa deliciosa, debo decir,— dijo la Sra. Parkinson, levantándose y haciendo una reverencia más profunda que su anfitriona. —No me dijiste, mi querida Isabella, que esperabas a su señoría.

—Pero, ¿cómo podría yo, Vera?—, preguntó la Sra. Clark, asombrada,—¿cuándo ni siquiera sabía que estaba en Cornualles?

Su hija estaba haciendo una reverencia, con sus ojos fijos en el suelo.

—¿Cómo estás, Eastham?— El Sr. Clark dijo, estrechando la mano de su invitado. —Estás en el vecindario por un tiempo, ¿verdad?

—Estoy de viaje por el oeste del país —explicó el conde de Eastham— y actualmente me alojo en una posada a tan sólo tres millas de aquí. Pensé en visitar a los amigos que fueron tan amables conmigo hace muchos años cuando mi hermana murió. Pero... ¿la Duquesa de Stanbrook?— Empezó con sorpresa.

Dora lo había estado observando con cierta consternación. Lo había visto sólo una vez en su vida cuando él acusaba a su novio de asesinato y trataba de poner fin a sus nupcias. Había intentado desde entonces ver sus acciones bajo la luz más comprensiva posible, pero era realmente espantoso encontrarse en una habitación con él sin ninguna posibilidad decente de escapar.

—Oh, permítame que le presente—, dijo la Sra. Clark. —Pero.... oh, Dios mío, lo había olvidado por completo. Has conocido a la duquesa, ¿no? En Londres hace un par de meses. Oh, esto es *muy* angustiante.

—No se moleste, señora—, dijo el conde, inclinándose ante Dora y mirándola, con la preocupación en la cara. —Duquesa, permítame disculparme por el dolor que le causé en nuestro último encuentro. Le aseguro que no quise hacerle ningún daño. De hecho, todo mi comportamiento en esa ocasión fue poco meditado. Soy su sirviente para mandar. Me retiraré inmediatamente de esta casa y de este vecindario si así lo desea.

Dora lo consideraba sincero, aunque era difícil de creer que todo esto no hubiera sido deliberado. Inclinó un poco la cabeza.

—Su visita es para el Sr. y la Sra. Clark en su propia casa, Lord Eastham—, dijo. —No debe retirarse por mi culpa.

—Mi señor—, dijo la Sra. Clark, —permítanme presentarles a Lord Everard y Lady Havell. Lady Havell es la madre de Su Gracia.

Dora había sentido que su madre se ponía rígida a su lado tan pronto como el conde fue anunciado por su nombre y sabía que había hecho la conexión con lo que debia haber escuchado que había sucedido en la boda de Dora.

Después de responder a las presentaciones, el conde primero conversó brevemente con los caballeros y luego, después de que la Sra. Clark había puesto una taza de té en su

mano, se sentó en un taburete cerca de Dora y su madre. Luego procedió a complacerlas con detalles de sus viajes y preguntas sobre sus propias impresiones de Cornualles.

Era quizás una de las medias horas más incómodas de la vida de Dora, aunque después admitió que no estaba del todo arrepentida de lo que había sucedido. El Conde de Eastham se había mostrado como un completo monstruo en su boda, e incluso cuando le puso excusas después, no había sido capaz de creer en su humanidad. Ahora lo hizo. Era mayor que George por varios años y lo parecía. Aun así, poseía los restos de la buena apariencia que debió haber disfrutado cuando era joven, sus modales eran atractivos, y su conversación era amigable. Salió de la casa de los Clarks al mismo tiempo que ellos, y ayudo a su madre a subir ala calesa con gran cortesía antes de que Sir Everard hiciera lo mismo con Dora.

Hizo su reverencia después de que todos estuvieran sentados y se dirigió a Dora.

—Le agradezco sinceramente, duquesa —dijo—, que me haya permitido permanecer en casa de los antiguos amigos de mi hermana y de los míos. Fue bueno volver a verlos después de tanto tiempo. Recordaré su bondad y espero que llegue el momento en que pueda perdonarme por mi comportamiento impulsivo y ofensivo el día de su boda. A sus órdenes, Lady Havell. Suyo, Havell.

La mano de su madre buscó la de Dora mientras la calesa se alejaba. —Qué terriblemente desafortunado fue—, dijo. —Me inclino a creer, sin embargo, que se arrepiente de haber estropeado el día de tu boda, Dora. Me atrevo a decir que es difícil para un hombre ver al viudo de su hermana casarse con otra persona. El amor a un hermano es diferente del amor a un cónyuge. De alguna manera es más duradero debido al vínculo de la sangre. Una esposa puede ser reemplazada; una hermana no.

—Ella era su media hermana—, dijo Dora. —¿Crees que la Sra. Clark y la Sra. Parkinson estaban realmente sorprendidas?. ¿Lo estaban?

—No se me ocurrió,— dijo su madre, —que quizás no lo estaban. ¿Quieres decir que crees quería conocerte y solicitó su ayuda? Pero incluso si es así, Dora, no sería algo malo. Sugeriría aún más que ha estado sufriendo remordimientos y que deseaba disculparse en persona. ¿Qué opinas, Everard?

Sir Everard, parecía pensativo. —Si el hombre quería disculparse con Dora,— dijo, —podría haberle escrito. O podría haberse presentado en Penderris Hall y haber pedido hablar con ella. Aunque me atrevo a decir que Stanbrook habría tenido algo que decir a cualquiera de esos enfoques.

—Encontrarla así fue... ¿clandestino, entonces?— La madre de Dora le preguntó.

—O simplemente accidental—, dijo encogiéndose de hombros. —¿Se lo dirás a Stanbrook, Dora?

—Por supuesto—, dijo ella. No se le ocurriría no decírselo a George. Aunque no tenía ganas. Se sentía casi culpable. Tal vez cuando el Conde de Eastham se ofreció a dejar la casa, ella debería haberse ido. Pero habría sido muy maleducada con sus anfitriones, y se habría corrido la voz por todo el vecindario en poco tiempo.

Estaría por el vecindario de todos modos. Pero al menos se informaría que ella y el Conde de Eastham habían sido civilizados el uno con el otro.

*****

Hubo un golpe en la puerta del vestidor de George justo antes de la cena, y Dora respondió a su orden para entrar. Su ayudante de cámara acababa de terminar de anudar su pañuelo con su habitual estilo en el arte elegante sin ningún tipo de ostentación añadida. George le hizo un gesto con la mano antes de que pudiera agregar el broche de diamante que estaba esperando en el tocador. Algo le molestaba a Dora y lo había estado desde su regreso a casa esta tarde, aunque lo había negado y simplemente sonreía alegremente cuando él se lo preguntó.

—¿Estás lista para bajar?— Se puso de pie.

—Hay algo que deberías saber—, dijo. —...probablemente estarás....molesto por ello, aunque no creo que debas preocuparte.

Levantó las cejas y juntó las manos a la espalda. —Espero que no te sientas mal—, dijo.

—Oh, nada de eso—, le aseguró. —Madre y Sir Everard y yo visitamos a los Clarks esta tarde. La Sra. Parkinson también estaba allí.

—Ah,— dijo. Ambas señoras habían sido amigas de Miriam. —¿Fue la visita una dura prueba para ti, entonces, Dora? Espero que no se repitiera lo que pasó en casa de los Yarby.

—Para nada—, le aseguró. —El Sr. Clark entabló conversación con Sir Everard, y las damas fueron muy amables con mamá y conmigo. Pero.... otro invitado llegó mientras estábamos allí. La Sra. Clark reaccionó con gran sorpresa cuando fue anunciado, al igual que la Sra. Parkinson, pero tuve la sensación de que lo habían estado esperando. Era el conde de Eastham.

¿Qué demonios...? George sintió como si su cabeza hubiera sido sumergida en un cubo de hielo.

— Está viajando por Cornwall —, le dijo, —y se aloja en una posada a pocos kilómetros de la aldea. Visito a los Clarks porque fueron amables con él después de... después de la muerte de su hermana. Estaban encantados de verle, al igual que la Sra. Parkinson. Pero me pareció que su visita no era la sorpresa que ellos pretendían que era. El Sr. Clark no parecía sorprendido en absoluto, y la Srta. Clark parecía simplemente avergonzada. Y entonces él, el conde, se sorprendió al verme.

—Dios mío, Dora—. George estalló en ira. —Su impertinencia. ¿Te fuiste inmediatamente? Espero que Havell...

Pero estaba levantando ambas manos, con las palmas hacia afuera.

—Me dio la impresión de que la reunión era fingida —, dijo, —pero creo que el motivo del conde era un buen motivo. Me pidió disculpas muy generosamente por lo que pasó el día de nuestra boda. Admitió que se comportó muy mal en esa ocasión y me pidió perdón cuando todos escuchaban, podría haberme llevado a hablar en privado y así se ahorría un poco de vergüenza. ¿Estás muy molesto porque me quedé y escuché?

¿Molesto? Estaba casi vibrando de furia. También tenía curiosidad... miedo.

—Me atrevo a decir—, dijo,—fueron esos amables amigos del pueblo los que le escribieron para informarle de mi próxima boda.

—Oh, sí—, dijo ella. —No había pensado en eso. Y, por supuesto, todo el mundo aquí sabe lo que pasó en la iglesia. Tal vez sintió que debía disculparse ya que los Clarks seguramente estaban consternados al escuchar su mal uso de la información que le habían proporcionado.

—Dora—, dijo, adelantándose y tomando ambas manos de ella, —aléjate de él.

—Estoy segura de que podré hacerlo sin ningún esfuerzo—, dijo. —Dudo que lo vuelva a ver. Continuará sus viajes. Pero se hizo muy agradable tanto para Sir Everard como para mamá durante el té, y para mí. Creo que realmente lamenta lo que pasó. Y si él sabía que yo iba a estar en casa de los Clarks, entonces era aún más loable que viniera allí para hablar conmigo. No debe haber sido fácil y podría habérselo evitado.

—Dora—. Le apretó las manos más fuerte. —La Sra. Clark y la Sra. Parkinson estaban a la vanguardia de las acusaciones despiadadas e infundadas que surgieron después de la muerte de Miriam. Ellas, junto con el propio Eastham. El hombre arruinó el día de tu boda.

—Oh, no del todo—, protestó. —Y ciertamente no ha arruinado mi matrimonio, ¿verdad? Esta tarde no podía haber tenido ningún motivo malicioso detras. ¿Qué podrían haber esperado lograr más allá de mi vergüenza? Eso habría sido una recompensa muy pequeña para una conspiración malévola. Parece mucho más probable que todos ellos quisieran arreglar algunos obstáculos, y lo aprecio aunque no puedo sentir gran simpatía por esas damas. En cuanto al conde de Eastham, George, fue una vez tu cuñado, y era claramente muy cariñoso con su hermana. Estaba molesto por la noticia de tu próximo matrimonio conmigo y se comportó mal. Sucede. Se ha disculpado. Eso también sucede. Supongo que en cierto modo sigue siendo parte de tu familia. La gente no deja de ser tu familia política sólo porque la persona que formó el vínculo entre ellos ha muerto, ¿verdad? Agnes seguiría siendo tu cuñada si yo muriera.

—No—, dijo, llevando las dos manos a los labios. —No te mueras antes que yo, Dora. De hecho, lo prohíbo expresamente.

Inclinó la cabeza hacia un lado y le sonrió. —Trataré de obedecer,— dijo, —ya que no has pedido mucho mi obediencia desde nuestro matrimonio. George, creo que sería un gesto maravilloso si lo invitáramos a nuestro baile. Todo el vecindario se daría cuenta de que todo ese asunto desagradable ha terminado. Y luego me atrevería a decir que seguiría su camino y que nunca lo volveríamos a ver.

—¡No!— Su cabeza se había congelado de nuevo. —Eastham *no* será invitado al baile ni a esta casa, Dora. Nunca. Puede que alguna vez haya sido mi cuñado, pero nunca hubo ni un ápice de afecto entre los dos. *Nunca*. Todo lo contrario, de hecho, y empeoró hacia el final. No soy muy dado al odio, pero puedo decir sin vacilación y sin disculpas que detesto a Anthony Meikle, conde de Eastham. Y puedo asegurarte, más allá de toda duda, que siempre ha devuelto el sentimiento con interés. Aléjate de él.

Lo miró, una expresión inescrutable en su cara. —¿Es una orden?—, preguntó.

Soltó las manos de ella y se giró bruscamente para coger su broche de diamante, que procedió a asegurar en su lugar entre los pliegues de su collarín.

—No—, dijo. —Espero nunca tratar de ordenarte, Dora. Es una petición. Pero debemos tener a tu madre y a Sir Everard esperando en el salón y al chef en la cocina.

Continuó mirándole fijamente durante unos momentos más antes de adelantarse y alejarle las manos para ajustar el alfiler más a su gusto.

—¿Iremos a la sala de música después de cenar?—, sugirió.

— Si estuvieras dispuesta a tocar siempre el arpa,— dijo,—*Viviría* en la sala de música.

Se rió. —Mamá solía tener una voz hermosa—, dijo. —Tal vez podamos persuadirla de que cante con el acompañamiento del arpa. O tocar el piano mientras yo toco el arpa.

Se inclinó hacia adelante y besó sus labios.

—¿Te alegras de que la hayamos invitado?—, preguntó.

Levantó los ojos hacia él. —Me alegro—, dijo. —Me alegro *mucho*. Pero ellos, no sólo ella. Creo que me gusta Sir Everard.

CAPÍTULO 18

La semana antes del baile, Dora no podía concentrarse en mucho más, aunque tenía muy poco que hacer más allá de revolotear ocasionalmente para parecer ocupada. Unas cuantas veces se sintió culpable por su ociosidad, pero era muy bueno saber que uno tenía un personal tan bueno y eficiente. Le había dicho a George una vez que podía acostumbrarse fácilmente a tener tantos sirvientes, y de hecho había sucedido. Sin embargo, ¿se las había arreglado en su casita de campo con sólo la Sra. Henry para ayudarla? La respuesta era obvia, por supuesto. Había sido una casita de campo, y nunca había intentado organizar un gran baile allí.

Se dio cuenta de que los criados de Penderris eran aún más solícitos con ella que de costumbre, debido al delicado estado de su salud. Siempre sonreía al recordar lo que Ann Cox-Hampton tenía que decir sobre esa *delicada* palabra. Dora nunca se había sentido con mejor salud en su vida.

Para el día del baile toda la vasta casa brillaba de limpia; el piso del salón de baile había sido pulido con un brillo tan alto que parecía un espejo; todos los candelabros habían sido bajados sobre grandes sábanas esparcidas sobre el piso y habían sido limpiados hasta que las gotas de cristal que estaban suspendidas de ellos brillaron, y cada uno de los portavelas había sido equipado con una nueva vela, docenas en total; el salón de baile y el balcón fuera de las ventanas francesas habían sido adornados con grandes macetas de flores moradas y fucsias y blancas y hojas y helechos; también los lados de la escalera; una alfombra roja estaba enrollada a un lado del pasillo, lista para ser instalada en los escalones exteriores al final de la tarde; las cocinas y la despensa estaban tan cargadas de comida que era una maravilla que cualquiera pudiera moverse sin tener que tirar algunas de sus superficies al suelo, que estaba casi tan limpio como los tableros de las mesas; se habían ventilado algunas de las habitaciones de huéspedes y se habían preparado las camas y un jarrón con flores, un cuenco de frutas y una botella de vino con una bandeja de copas de cristal dispuestas en cada una de las mesas.

Realmente no había nada que hacer para Dora después de un almuerzo temprano, pero esperar la llegada de los huéspedes que se quedarían a pasar la noche, aunque era dudoso que alguno de ellos llegara en las próximas horas. Julián y Philippa habían llegado antes del almuerzo, pero eran familia y habían venido de visita, así como para asistir al baile. Habían llegado temprano para que hubiera tiempo suficiente para que Belinda se instalara en la vieja guardería con su niñera. Dora le había mencionado a la Sra. Lerner que tenía la intención de encontrar algunos juguetes y libros para el entretenimiento de la niña, pero incluso en ese caso se vio frustrada. Una de las habitaciones del ático estaba llena de objetos adecuados, que se trasladaron allí cuando ya no eran necesarios para los niños de la casa. Un par de lacayos fueron enviados a buscarlos y asegurarse de que estuvieran limpios. Incluían un viejo caballo de balancín, que George recordaba como uno de sus favoritos cuando era niño.

George llevó a Julián y a Sir Everard a cabalgar con él después del almuerzo, con la

excusa de que estarían fuera del camino de los sirvientes si se esfumaban. Poco después de partir, Belinda se acomodó para una siesta y la madre de Dora fue a la aldea con Philippa, que quería ver si la tienda tenía un trozo de cinta en el tono de rosa que había estado buscando para decorar el sombrero que había comprado en Londres. Dora no se fue con ellas. Se quedó para recibir a los invitados que por casualidad llegaran temprano. También había prometido a George y a su madre que se retiraría a su habitación en algún momento de la tarde para descansar.

Pasó media hora en su habitación, pero no podía dormir, y no tenía sentido acostarse en su cama mirando el dosel sobre su cabeza. Su cerebro y su estómago estaban demasiado ocupados agitándose con la excitación y la aprensión mezcladas sobre sus próximos deberes como anfitriona de su propio baile. Quería que cada momento de la noche fuera perfectamente feliz y memorable.

Su madre y Philippa la encontraron a su regreso en un salón que había sido creado para jugar a las cartas; era demasiado esperar, por supuesto, que todo el mundo deseara bailar. Estaba moviendo una mesa una pulgada por aquí, una silla media pulgada por allá, como si los muebles no estuvieran perfectamente arreglados. Philippa movió su retícula triunfalmente desde la puerta antes de salir corriendo a la guardería.

—Encontré un rollo entero de cinta de raso en el color que yo quería—, anunció, —y también con el ancho adecuado. ¡Qué milagro!— Se detuvo y volvió a mirar a la habitación. —¿Qué estás haciendo, tía Dora? El tío George tendría un ataque si te hubiera visto mover esa mesa.

—La estaba poniendo donde estaba originalmente—, dijo Dora disculpándose. —A veces casi deseo que nuestros sirvientes no fueran tan eficientes.

—Me voy a ver si Belinda está despierta—, dijo Philippa antes de desaparecer.

—Ah, Dora—, dijo su madre mientras la puerta se cerraba. —Estoy tan contenta de encontrarte sola. Cuando salíamos de la tienda, nos topamos casi de cabeza con el conde de Eastham, que pasaba por la calle. Insistió en acompañarnos a la cervecería y pedirnos un vaso de limonada. Él había visitado al Sr. y la Sra. Clark, nos dijo, pero cuando descubrió que estaban ocupados preparándose para un baile aquí esta noche, interrumpió su visita a pesar de sus protestas. Tenía la intención de tomar un vaso de cerveza solo antes de regresar a su posada y reanudar sus viajes mañana.

—Oh, Dios mío—, dijo Dora, —Pensé que ya había emprendido su camino hace mucho tiempo. George no estaba dispuesto a que lo invitara al baile, pero parece de mala educación no haberlo hecho. Él y George siempre han tenido una relación algo antagónica, aunque no sé por qué. Y luego, por supuesto, empeoró y culminó con el hecho de que el conde no sólo culpó a George por no evitar el suicidio de la duquesa, sino que incluso sugirió que la había empujado a la muerte. No es de extrañar que no me permitiera invitar al conde, ¿verdad? Pero es muy desafortunado que haya elegido hoy de todos los días para venir de nuevo a la aldea y así descubrir que teníamos un baile aquí, pero lo hemos excluido. Me atrevo a decir que puede sentirse herido.

—Pero él lo entiende perfectamente—, le aseguró su madre. —Lo dijo. Escribió a Su Gracia, sabes, directamente después de hablar contigo en casa de la Sra. Clark esa tarde. Pensó que debía hacerlo para que no se pensara que se había acercado a ti a espaldas de tu

marido. George le devolvió su carta sin abrir.

—Oh, Dios mío.

Su madre se acercó y le dio palmaditas en la mano. —Él no desea disgustarte—, dijo. —Lamenta mucho que el día de tu boda te encontraras en medio de una pelea tonta que no te concierne de ninguna manera. Sin embargo, le gustaría explicarte algunas cosas para que puedas concebir una opinión más informada y quizás más amable de la que tienes ahora.

—No creo que a George le gustaría que intercambie ninguna correspondencia con él, madre—, dijo Dora. —Y no me siento tan inclinada de todos modos, aunque probablemente fue sólo una pelea tonta. La mayoría lo son, ¿no es así? Aunque pueden causar años de distanciamiento y dolor innecesarios.

Podría haberse estado describiendo a sí misma y a su madre, pensó, excepto que en realidad nunca habían discutido. Su madre acababa de desaparecer. Y lo que había ocurrido para causar su distanciamiento no había sido una pelea estúpida.

—Se irá mañana por la mañana para continuar su viaje—, dijo su madre. —Él entiende que debes estar muy ocupada hoy. Sin embargo, me preguntó si te informaría que estará caminando cerca del cabo sobre el puerto justo más allá de los límites del parque Penderris durante la próxima hora más o menos y sería un honor si le concedieras unos minutos de tu tiempo allí.

A Dora le pareció un poco clandestino y realmente innecesario. No deseaba hacer daño al Conde de Eastham, y aparentemente él no le deseaba nada. Pero George se oponía categóricamente a que tuviera algo más que ver con él. Incluso confesó que le odiaba, una admisión que la había asustado un poco, ya que no se había imaginado que su marido pudiera odiar a nadie. Y George ni siquiera estaba en casa esta tarde para consultar. Pero el conde de Eastham no podía saberlo, ¿verdad? Y después de haber vivido largos años de separación de su madre y de haberla encontrado de nuevo, Dora se entristeció al pensar en todos los años perdidos en las peleas familiares. El conde se había acercado a ella para disculparse por arruinar el día de su boda. Incluso le había escrito a George. Y ahora le pedía unos minutos de su día para explicarse un poco más a fondo. Todavía se sentía un poco culpable por no invitarlo al baile. Lo menos que podía hacer, seguramente, era escuchar lo que tenía que decir.

Tal vez aún existía la posibilidad de que pudiera persuadir a George de que las personas a menudo se lastimaban más que nadie cuando se aferraban a viejos odios y resentimientos, incluso después de que se extendiera una rama de olivo. Quizás era una rama de olivo que el conde estaba extendiendo hoy.

Su madre la miraba con cierta preocupación. —Tal vez no debí haber dicho nada—, dijo. —Me parece un hombre agradable y sincero, pero Everard no estaba tan seguro después de conocerlo. Quédate aquí, Dora. Supongo que no te está esperando de todos modos.

Dora frunció el ceño y luego se rió. —Supongo —dijo— que si no voy, me sentiré culpable toda la noche y no podré disfrutar plenamente del baile. Debería ir.

—Entonces déjame ir contigo—, dijo su madre.

—Acabas de caminar todo el camino hasta la aldea y de regreso—, dijo Dora, —en un

día cálido. Ve a descansar, o ve al salón y pide una taza de té. Mantenlo caliente para mí. No tardaré mucho.

Pero esto era una tontería, pensó unos minutos más tarde mientras caminaba por el camino de entrada en dirección a la puerta este. El Conde de Eastham no debería habérselo pedido, y George se enfadaría, por no decir más. Ella, por supuesto, se lo diría incluso si el conde hubiera cambiado de opinión y regresado a su posada sin esperarla, lo cual esperaba que hubiera hecho.

Antes de llegar a la puerta, casi había tomado la decisión de darse la vuelta y volver a la casa. Pero luego lo vio a su derecha, inmóvil en el promontorio, mirando hacia el mar. Parecía solitario y bastante desamparado, y le pareció que debía ser la primera vez que volvía desde que murió su hermana. Y había estado muy cerca de su hermana.

Se dio cuenta entonces de que estaba en tierra de Penderris, no más allá de sus límites, como él había dicho que estaría. Sin embargo, no estaba invadiendo mucho, y estaba fuera de la parte cultivada del parque.

Dora dudó un instante antes de desviarse del camino y dirigirse hacia él. Se giró cuando se acercó, y la vio llegar con una cálida y acogedora sonrisa. Se inclinó cuando estaba cerca, cogió su mano derecha en la suya, y se la llevó a los labios, un curioso gesto cortesano para ese entorno.

—Viniste a pesar de que hoy debes estar muy ocupada—, dijo. —No me lo esperaba, Duquesa. Estoy conmovido por su amabilidad.

Recuperó su mano. —Espero invitados pronto—, dijo, —y no debo estar lejos de casa por mucho tiempo. Mi madre me informó que tenías algo en particular que decirme, y vine. Fue muy amable de tu parte llevarla a ella y a la Sra. Crabbe a tomar un vaso de limonada. Sé que lo apreciaron en una tarde tan cálida.

—Fue un placer—, dijo. —Lady Havell es una dama encantadora. También la esposa del joven Julian.

Pero no había venido aquí para intercambiar amabilidades con él. Lo miró interrogativamente y esperó.

—Quiero que entienda —dijo, mirándola a la cara con seriedad— que no tengo nada en contra de usted, duquesa. Me pregunto cuánto le habrá explicado su marido.

Dora dudó. —No me meto en los asuntos de mi marido, Lord Eastham—, dijo, —ni él en los míos. Siempre he entendido que la interrupción de nuestra boda no tuvo nada que ver conmigo. Ni siquiera me conoces, después de todo, o yo a ti. No le guardo rencor, si eso es lo que le preocupa. Sin duda tuvo sus razones para sentirse profundamente ofendido cuando se enteró de que el marido de su difunta hermana estaba a punto de casarse de nuevo. No entiendo del todo por qué, aunque puedo hacer algunas conjeturas. Sin embargo, no importa. Lo que había entre usted y mi marido os concierne a vosotros dos, no a mí. Aprecio el hecho, sin embargo, de que haya hecho el esfuerzo de disculparte conmigo en persona en la casa de personas que eran amigos de tu hermana e incluso en presencia de mi madre.

Asintió, su expresión seria.

—¿Caminamos?, —Sugirió, señalando hacia el sendero que discurría paralelo al cabo y que conducía a la propiedad de Penderris. —Tiene razón, Duquesa, no lo entiende, aunque para mí tiene mucho sentido que Stanbrook no diga nada para iluminarte.

—Como es su derecho—, dijo con firmeza mientras daba un paso al lado de él. —Realmente no necesito saber nada sobre el pasado, Lord Eastham, que él decida no contarme.

—Eres demasiado buena, Duquesa—, dijo. —Siempre fue frío con el chico, y al final, cruel.

—¿Su *hijo*?— Giró su cabeza hacia él, sorprendida. Su cara estaba grave ahora y parecía marcada por la edad.

—Quería desesperadamente enviar al niño a la escuela—, dijo, —a pesar de que Brendan era un niño sensible y de salud delicada y su madre lo adoraba y le habría destrozado el corazón si lo hubieran echado. Stanbrook cedió a sus súplicas, pero contrató a tutores que eran duros y sin sentido del humor y frecuentemente regañaban al niño y lo mantenían alejado de su madre durante largas horas cada día. Y entonces, finalmente, cuando era poco más que un niño, Stanbrook le obligó a cumplir con una comisión militar y lo envió a su muerte a la Península.

Dora realmente no quería escuchar esto. Se sentía fraudulenta, como si estuviera deliberadamente yendo a espaldas de George para reunir más información de la que él mismo estaba dispuesto a darle.

—Creo que es habitual que los niños de su clase sean enviados a un internado a cierta edad—, dijo. —Si había un desacuerdo entre los padres de su sobrino sobre el asunto, entonces parecería que el duque se atenía a los deseos de la duquesa. La contratación de tutores como plan alternativo era seguramente comprensible. Uno no desearía que el heredero de un ducado creciera sin ningún tipo de educación. A veces el trabajo de un tutor es ser estricto e incluso imponer castigos. Y una comisión era lo que su sobrino quería después de crecer en casa, presumiblemente sin mucha experiencia en el mundo exterior.

Y con lo que parecía una madre sobreprotectora. Pero, pensó Dora, no quería involucrarse en una conversación como ésta. No habría venido si hubiera sabido que esto era de lo que él quería hablar con ella.

—De verdad, Lord Eastham—, dijo ella,—Debo ser...

—Lo hizo para castigar a mi hermana—, dijo mientras pasaban junto al hueco en la pared del acantilado, donde se había derrumbado en algún momento en un pasado lejano, y proporcionaba un camino empinado hacia abajo sobre piedras y guijarros hasta la playa de abajo. Pronto estarían a la vista de la casa. Dora realmente no quería que la vieran con el conde antes de poder contarle a George sobre esta reunión. En el siguiente hueco en los arbustos de aulaga debía ser realmente firme y atravesarlos y regresar a la casa. Claramente no tenía nada que compartir con ella, excepto historias que reflejaban mal a George.

—Con todo respeto, realmente no quiero escuchar nada de esto, Lord Eastham—, dijo, deteniéndose un poco más a lo largo del camino, justo donde se curvaba hacia afuera para seguir el contorno de la cima del acantilado. La casa estaba a la vista desde aquí. —Puedo entender la preocupación que debe haber sentido por su hermana y su sobrino si los

creías infelices, pero le sugiero que quizás no conocía todos los hechos o, si los conocía, sólo los conocía desde el punto de vista de su hermana y no también desde el de su cuñado. Lo que entró en las decisiones que se tomaron dentro de ese grupo familiar realmente les concierne a ellos solos, no a usted, y ciertamente no a mí.

Se había detenido a su lado y la miró con una peculiar media sonrisa en los labios. El camino era estrecho aquí, notó, y era imposible poner una distancia aceptable entre ellos. La espinosa aulaga se engancharía a la muselina de su vestido si diera un paso atrás.

—Un hecho esencial era indiscutible, Duquesa—, dijo. —Brendan no era el hijo de Stanbrook.

Lo miró sin comprender.

—Era mío—, añadió.

Su confusión creció. —Pero la duquesa era su hermana.

—Medio hermana—, dijo. —¿Cree usted que un hombre y una mujer no pueden amar de esa manera sólo porque hay un grado prohibido de relación entre ellos, Duquesa? Se equivocaría si lo hiciera. Había estado fuera de casa durante varios años, haciendo lo que hace un joven mientras vive la vida loca. Cuando regresé, vi los cambios que esos años habían producido en la hija de la segunda esposa de mi padre. Había crecido, y era impresionantemente encantadora. ¿Sabía eso de ella? Se ruborizó y sonrió cuando me vio por primera vez en casi cinco años, y nos enamoramos. Fue completamente mutuo y bastante total. Nunca nos desamoramos. Nunca. La nuestra era esa rara clase de pasión que se mantiene firme e inamovible durante toda la vida y más allá. Nuestro padre trató de separarnos casándola con un insípido cachorro del hijo de un duque, pero sólo tuvo éxito en el sentido de que entregó *mi amor* en las manos de un chico de corazón frío, no podía ser descrito como un hombre, y *mi hijo* en las manos de un hombre que finalmente encontró la manera de matarlo sin tener que empuñar el arma él mismo. Y al hacerlo, encontró una forma de librarse de la esposa que había terminado de castigar.

Se habían quedado quietos demasiado tiempo, pensó Dora, y su cuerpo había sido sostenido en un ángulo antinatural, ligeramente inclinado hacia atrás desde la cintura para alejarse un poco de él. Pensó que podría desmayarse. Había una especie de zumbido en sus oídos. La comprensión total aún no había captado lo que estaba escuchando.

—Esto *no tiene nada* que ver conmigo. Ni siquiera quiero oírlo.— Su voz sonaba borrosa a sus oídos, como si viniera de muy lejos. Pero era demasiado tarde para *no* oírlo.

—Pero, Duquesa,— dijo, y ahora estaba frunciendo el ceño, —*todo tiene* que ver con usted.

Había tenido suficiente, más que suficiente. No escucharía más. Se dio la vuelta bruscamente y dio un paso adelante, esperando desesperadamente poder abrirse paso a través de los arbustos de tojo sin avanzar ni un paso más en el camino con él. Pero dos cosas sucedieron simultáneamente. El conde le agarró el brazo por encima del codo, no con demasiada suavidad. Y a lo lejos, cerca de la casa, vio a tres hombres, uno de ellos George. Era obvio también en ese breve momento que él la vio. Pero se giró para enfrentarse al Conde de Eastham antes de que pudiera ver más.

—Suélteme, señor—, dijo indignada, y casi se sorprendió cuando lo hizo.

—¿Por qué, duquesa?—, le preguntó el conde, con el rostro cerca del de ella, —¿se le debería permitir a Stanbrook tener un hijo propio cuando me quitó el mío? ¿Y por qué se le debe permitir tener una mujer que lo consuele cuando me privó de la mía?

Su cabeza se volvió fría. ¿Sabía de su embarazo?

—Si todo lo que me has dicho es verdad, Lord Eastham—, dijo, —el duque de Stanbrook fue engañado para que tomara a un niño que no era suyo y a la mujer que lo estaba dando a luz. Si estás diciendo la verdad, fue su padre el que hizo el truco, aunque quizás no sabía que iba a haber un niño o incluso que ustedes dos eran amantes. En cualquier caso, mi marido fue una víctima al menos tanto como ustedes dos. Pero *sea como sea,* no es de mi incumbencia. He venido a petición suya y le he escuchado en contra de mi voluntad. Ahora debo despedirme. Tengo asuntos que atender en la casa.

Intentó alejarse de él de nuevo, pero con menos éxito aún esta vez. Le cogió los dos brazos para que no se pudiera girar. Y de repente se le ocurrió que quizás tenía algo que temer. Escuchó sus últimas palabras como un eco en su cerebro -¿Por qué*, Duquesa, se le debería permitir a Stanbrook tener un hijo propio cuando me quitó el mío? ¿Y por qué se le debe permitir tener una mujer que lo consuele cuando me privó de la mía?*

Lo miró, con frialdad en sus ojos y en su cuerpo. —Suélteme—, dijo ella.

Esta vez no cumplió con su petición. —¿Alguna vez alguien le ha señalado, Duquesa,— le preguntó,—dónde exactamente en la cima del acantilado estaba mi hermana cuando la empujaron a la muerte?

Nadie lo había hecho. Pero podía adivinar la respuesta.

Señaló hacia abajo con un dedo.

—Aquí—, dijo. —O en realidad un poco más cerca del borde. Déjame mostrarle.

—No, gracias—, dijo ella.

Pero todavía la tenía agarrada de un brazo y la estaba alejando del camino hacia la hierba gruesa, que terminaba de repente a no más de siete u ocho pies de distancia.

Pero incluso cuando vio que esa distancia se acercaba, oyó una voz distante. Era de George. —*¡Eastham!*

—*Mantén tu distancia, Stanbrook. No tienes nada que hacer aquí* —gritó el conde sin quitarle los ojos de encima a Dora. Volvió a bajar la voz. — Ya ves, duquesa, está en la naturaleza de ojo por ojo. Una mujer y un niño por una mujer y un niño, y casi exactamente de la misma manera, aunque no puedo, desgraciadamente, hacer que el niño se convierta en alimento para las armas enemigas.

—Y no puede hacer que salte sin ayuda como lo hizo su hermana—, dijo Dora, asombrada al escuchar la calma de su voz. De repente parecía haberse convertido en una calma helada por todas partes, de hecho, algo extraño cuando debería ser incoherente con el pánico y el terror.

—Le tiene engañada, Duquesa—, dijo. —Pero me atrevo a decir que, como solterona anciana, estabas madura para la cosecha y no le importaba mucho el tipo de hombre con el que se casara. Sin embargo, no pretendo insultarla. No me desagradas. Quise decir lo que dije cuando le dije que no le guardo rencor. Es desafortunado para usted que se haya

convertido en el instrumento perfecto de venganza.

Pobre George, una parte desapasionada de la mente de Dora. Iba a tener que pasar por esta pesadilla por segunda vez en su vida.

—Mi marido puede verlo todo—, dijo. —Así que, presumiblemente, pueden los dos caballeros que están con él. Sería más que tonto que hiciera lo que está en su mente, Lord Eastham. ¿Se imagina que se sentirá mejor después de haber quitado la vida a una mujer inocente y a su hijo por nacer? ¿Se imagina que podrás escapar y seguir viviendo como un hombre libre?

Le sonrió. —Sabré la respuesta a su primera pregunta en un momento, Duquesa—, dijo. —Y sí, escaparé a la libertad de la eternidad, que compartiré, es de esperar, con Miriam y Brendan. Verá, es la vida en este plano humano lo que es un infierno para mí.

—*Eastham.* —La voz provenía de algún lugar más alejado del camino por el que habían estado caminando. Esta vez no era la voz de George.

El conde levantó la vista, la sonrisa aún en su cara. —Oh, sí,— dijo, —Sé que están ahí, acercándose sigilosamente a mí, los tres. Es una pena que no puedan rodearme completamente, ¿verdad? Y desafortunadamente para usted, es por el cuarto lado, lado ingobernable por el que el ducado...

Mientras hablaba, su mano se había aflojado infinitesimalmente sobre el brazo de Dora. Su atención había estado ligeramente distraída. Era ahora o nunca, Dora lo supo cuando liberó su brazo, cogió sus faldas con la otra mano y corrió de regreso al camino y por el camino por donde habían venido. No había tiempo para atravesar la gruesa barrera de los arbustos de tojo. No había tiempo para escapar, no había tiempo para que George corriera a rescatarla. El conde estariá sobre ella en un momento.

—*¡Detrás de ti, Eastham!*

Casi oyó la voz de George, pero ya podía sentir al conde justo detrás de ella, extendiendo la mano para agarrarla. Volvió al agujero de la pared del acantilado. Si se quedaba en el camino, que se doblaba a su alrededor, la atraparía mucho antes de que ella estuviera a medio camino del otro lado. Si ella fue directamente...

Lo hizo y se encontró en la caída de cantos rodados y rocas, todas sueltas en diferentes grados, todas de diferentes tamaños y posicionadas de manera diferente en la empinada pendiente, que era un descenso traicionero incluso cuando una tenía el tiempo libre para hacer su camino cuidadosamente hacia abajo y tenía una mano masculina constante para ayudar en cada paso del camino. Dora no tenía ese lujo. Se precipitó hacia abajo y oyó al conde gritar justo detrás de ella. Escuchó el sonido de sus botas en las piedras sueltas. Y luego otro grito. Y ahora estaba ciega de terror, su helada calma la había abandonado. Esperaba que cada momento perdiera el equilibrio, y esperaba que cada momento sintiera una mano agarrando su espalda o su brazo. En su pánico, se dio cuenta de que se había alejado de la seguridad en vez de ir hacia ella.

Pero el segundo grito se convirtió casi instantáneamente en un largo grito, al mismo tiempo que escuchó un grito de advertencia de otra voz que la hizo girar hacia un lado para agarrar un poco de hierba gruesa que crecía allí y una roca que sobresalía de la pared del acantilado. La roca le sostuvo, y se detuvo estrepitosamente y observó con horror cómo el

Conde de Eastham se deslizaba y daba saltos mortales, pasando y bajando por la escarpada caída de las rocas, hasta que se detuvo contra una roca particularmente grande cerca del fondo y se quedó quieto y con las piernas abiertas boca arriba. Parecía curiosamente destrozado.

—*¡DORA!*

Estaba consciente de que alguien más bajaba por las rocas detrás de ella a una velocidad incauta, y entonces, antes de que pudiera girar, fue recogida en los brazos de alguien y presionada contra su pecho, su cabeza contra el costado de la de ella.

—*¡Dora!* —Había un universo de dolor en su voz.

Había un zumbido en su cabeza, una frialdad en sus fosas nasales cuando se relajó en sus brazos y se deslizó por un tipo diferente de pendiente.

—¿Qué te entretuvo, George?—, se oyó a sí misma decir.

Pero no hubo oportunidad de escuchar su respuesta ni de deleitarse con una repentina sensación de seguridad. Siguió deslizándose hasta que todo se volvió frío y oscuro de repente.

CAPÍTULO 19

George estaba caminando de regreso de los establos a la casa con Julian y Sir Everard Havell después de un agradable paseo que todos habían disfrutado. Esperaba que Dora hubiera encontrado tiempo para descansar o que su madre hubiera insistido en ello. Estaba muy entusiasmada con las próximas festividades, pero los sirvientes tenían todos los preparativos a mano y realmente no necesitaban su ayuda. Sin embargo, algunos de los invitados se quedarían a dormir y, por lo tanto, llegarán antes que los demás, al menos a tiempo para la cena. Dora sin duda desearía ser la anfitriona perfecta y saludarlos en la puerta y verlos instalados en sus habitaciones. Por un momento, George sintió una punzada de culpa por no quedarse para hacerlo por ella mientras descansaba.

Fue Havell quien llamó su atención sobre las dos figuras que se encontraban en la cima del acantilado a lo lejos.

—Espero que no estén tan cerca del borde como parecen—, había dicho, asintiendo en su dirección. —Nunca he tenido mucha cabeza para las alturas.—

George miró, y su primera reacción fue una especie de exasperación, porque si una de esas personas no era Dora, estaba muy equivocado. Sin embargo, ¿qué estaba haciendo caminando, hoy de todos los días en que el sol estaba bastante caliente y debería estar descansando para la noche ocupada que se avecina? No reconoció inmediatamente al hombre que estaba con ella, pero asumió que era uno de los primeros en llegar. ¿No podría haber explorado por su cuenta si se hubiera sentido tan inclinado?

Su estómago dio un vuelco de incomodidad, porque se dio cuenta de que, por desgracia, estaban parados justo donde Miriam se había parado cuando…Y con esa comprensión vino el reconocimiento repentino y la certeza de la comprensión. ¡Por Dios, era Eastham! En el mismo momento en que se dio cuenta de eso, Dora se alejó un paso del conde y se volvió hacia la casa, pero sólo por un momento. George ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera visto.

—¡Dios mío!—, dijo, deteniéndose en su camino.

—¿No es el hermano de la tía Miriam con la tía Dora?— Preguntó Julián al mismo tiempo, sombreando sus ojos con una mano. —¿Qué diablos está haciendo aquí después de lo que hizo en tu boda? No lo has invitado al baile esta noche, ¿verdad?

Pero George ya se había dado la vuelta y había comenzado a apresurarse a través del césped del sur hacia la tierra más salvaje sobre los acantilados. El césped parecía una milla de ancho. Pero la distancia exacta no significaba nada, porque sabía con una esperanza desesperada que estaba equivocado y que no llegaría a tiempo. Eastham estaba mirando hacia la casa. Debia poder verlos a los tres.

Los otros dos estaban ahora corriendo a ambos lados de él.

—¿Es ese el hombre que casi arruina el día de la boda de Dora?— preguntó Havell. —¿Qué demonios...?

—La va a empujar—, dijo George. —Va a matarla. ¡Eastham!— Gritó la última palabra, pero por supuesto que era inútil. El hombre no iba a asustarse solo porque George corría al rescate. De hecho, se deleitaría con esta situación.

—Mantén tu distancia, Stanbrook—, le gritó.

—¿Qué diablos...?—, dijo Havell otra vez.

—Es justo el lugar donde la tía Miriam saltó—, dijo Julián. —Pero.... sólo debe estar mostrando a la tía Dora dónde ocurrió. Seguramente no la empujaría. Sería una locura. Tiene tres testigos.

—Eso no lo disuadirá—, dijo George. Se había detenido, pero su mente estaba acelerada. Si se acercaba más, simplemente provocaría a Eastham para que la empujara antes. Pero si se quedaba y no hacía nada, Eastham lo haría de todos modos. Ya la había alejado de la senda más cercano del borde del acantilado. —¡Dios!— Cayó a un precipicio propio al infierno de terror, pánico y desesperación. No había nada…

Fue entonces cuando Sir Everard Havell se hizo cargo de la situación.

—Crabbe—, había dicho crudamente, dirigiéndose a Julián, —ve a tu derecha. Iré a la izquierda. Atravesar todo ese tojo y luego llamarlo por su nombre. Haré lo mismo directamente después de ti. Tal vez podamos distraerlo lo suficiente para darle a Dora la oportunidad de liberarse. Prepárate para ayudar, pero sólo si ella ha logrado retroceder un poco desde el borde. George, mantén su atención centrada en ti.

George se quedó allí porque no podía hacer otra cosa. Todo era inútil. Al igual que la última vez, aunque la situación era diferente. No había ningún curso de acción que pudiera prevenir una catástrofe. Sin embargo, la inacción tampoco lo impediría. Apenas se daba cuenta de que los otros dos se alejaban hacia los lados. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir adelante? ¿Amenazas extremas? ¿Rogar y suplicar? Ninguna de esas opciones serviría de nada. Miriam había saltado, y Eastham empujaría. Pero de todos modos dio unos pasos adelante y respiró para decir algo.

—¡Eastham!— Era la voz de Julián, no la suya, que venía de abajo en el camino de la derecha.

Eastham le contestó, su voz sonaba a burla.

Pero milagrosa y aterradoramente, Dora se alejó de él y huyó en la dirección opuesta. Eastham recuperó su concentración casi instantáneamente. No podría escapar.

—Detrás de ti, Eastham—, gritó George, y la persecución de Eastham se ralentizó mientras giraba la cabeza para mirar en la dirección de donde venía la voz de Julián. Pero sólo por el más breve de los momentos.

Fue tras Dora nuevamente en un instante. En unos momentos la tendría a su alcance una vez más. Pero esos momentos ofrecieron un poco de esperanza, y George se puso en acción. Nunca, más tarde, supo cómo pasó entre los arbustos de tojo, pero los atravesó, dejando rasguños profundos en sus botas y rasgándose los calzones y sacándose sangre de las rodillas, los muslos y las manos. El sendero se inclinó alrededor de la escarpada caída de rocas que usaban como acceso a la playa, pero Dora no dio la vuelta. En cambio, siguió avanzando, e incluso cuando las manos de Eastham la alcanzaron, desapareció por el borde,

moviéndose a toda velocidad.

George sintió la sensación de pesadilla de tratar de correr a toda velocidad a través del aire que se volvió espeso y gomoso. Pero esto era la realidad, no una pesadilla. Había fallado en alcanzarla a tiempo, y Havell estaba al otro lado del hueco en el acantilado y demasiado lejos para agarrarla y llevarla a un lugar seguro. . Sin embargo, Havell no estaba demasiado lejos para levantar un pie cuando Eastham se volvió hacia abajo en su búsqueda. El pie atrapó a Eastham en un tobillo, y tropezó y perdió el equilibrio.

Hubo voces que gritaban, una de ellas pudo haber sido de George, y luego un grito.

George llegó a la cima de la pendiente cuando Havell, tambaleándose en el borde, recuperó el equilibrio y le hizo una advertencia para que bajara la pendiente. Pero George sólo vio una cosa. Vio a Dora a medio camino, su cuerpo extendido sobre una roca irregular y sobresaliente.

No fue muy consciente de ir hacia ella. Y entonces, estaba justo *allí,* y la estaba fundiendo contra él, llamándola por su nombre, sabiendo que no podía oírlo, que estaba muerta.

—¡Dora!—, dijo de nuevo, y sintió que su corazón se rompía y la cordura se le escapaba. La sostuvo durante lo que parecía una eternidad antes de escuchar un sonido.

—¿ Qué te entretuvo, George?—, preguntó, su voz débil y mal articulada.

Sacudió la cabeza hacia atrás y la miró fijamente. Sus párpados se agitaron por un momento, y luego se fue, su cara tan blanca como el pergamino.

—Ah, Dora—, susurró contra sus labios. —Mi amada. Mi *único* amor.

—¿Está herida?— Era la voz de Julián, y estaba agachado junto a George y presionando dos dedos al lado de su cuello. —Un latido fuerte, gracias a Dios. Se acaba de desmayar.

George lo miró con incomprensión. —¿Está viva?

Julian le dio una palmada en el hombro y lo apretó con fuerza.

—Parece como si fueras a ser el próximo en desmayarte—, dijo. —Está viva, tío George. ¿Puedes oírme? Ni siquiera veo ninguna herida. Creo que la única sangre viene de los arañazos en sus manos. Yo también tengo algunos en la mía. Esos malditos arbustos de tojo. Pero está *viva*—. Le apretó el hombro a George otra vez.

—Está muerto—, dijo una voz desde abajo, la de Sir Everard Havell. —Lo he matado, y por Júpiter me alegro. ¿Dora está herida?

*****

Dora se despertó preguntándose si ya era hora de levantarse. Pero había algo en el ángulo de la luz que entraba por la ventana de la cámara de la cama que no era del todo correcto. Le hizo abrir los ojos de golpe. ¿Qué hora era? *¿Cuándo era el baile?*

Habría quitado las sábanas si su mano no estuviera aprisionada entre dos manos más

grandes.

—¿George?

Estaba sentado a un lado de la cama, pálido como un fantasma. —Gracias a Dios—, dijo. —Me reconoces.

—¿Reconocer...?— Frunció el ceño, y recordó.

—Oh.— Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Cómo llegué aquí?

—Yo te traje—, dijo. —Te desmayaste. Más que desmayarse, en realidad. No pudimos revivirte. Has estado inconsciente más de una hora.

Le miró fijamente. —Iba a matarme. Ojo por ojo, dijo. Una mujer y un niño por una mujer y un niño. No tenía ningún rencor personal contra mí, me aseguró. Era una venganza contra ti.

—Y una muy efectiva, si hubiera funcionado—, dijo. —Mil veces más efectiva que matarme.

—¿Qué le ha pasado?— Trató de sentarse, pero la persuadió de que apoyara la espalda contra las almohadas con una mano en el hombro.

—Sir Everard le hizo tropezar mientras se giraba para seguirte por la ladera—, dijo. —Cayó casi hasta el fondo. Está muerto.

—Muerto—, repitió. —También quería suicidarse, sabes. Por eso no le importaba que tú y los demás fueran testigos de lo que hacía. Creo que en realidad quería ser visto, especialmente por ti. Pero, ¿qué has dicho? ¿Sir Everard lo hizo tropezar?

Un sollozo sofocado atrajo la atención de Dora al pie de la cama. Su madre estaba allí de pie, aferrada al poste de la cama del otro lado, tan pálida como George.

—Todo fue culpa mía, Dora—, dijo. —Te envié a hablar con él. Casi *mueres*.

—Pero no lo hice—, dijo Dora. —Y no quería salir a su encuentro. Fue mi decisión, ¿recuerdas?— Volvió a cerrar los ojos por un momento y se mojó los labios.

—Sir Everard te salvó la vida, Dora—, dijo George. —Arregló la distracción con Julian para distraer a Eastham y darte la oportunidad de escapar, y luego detuvo a Eastham antes de que pudiera perseguirte por la ladera.

Los ojos de Dora se llenaron de lágrimas al mirar a su madre.

—Le teme a las alturas—, dijo su madre.

Dora sonrió débilmente. ¿Cómo es posible que ahora hayan cerrado el círculo? ¿Que el mismo hombre que siempre había creído que había arruinado su vida robando a su madre le había salvado la vida? Y entonces sus ojos se abrieron de par en par con el pánico repentino. —Pero, ¿qué hora es? Debe haber invitados llegando. Debe ser casi la hora de...

La mano que le había presionado el hombro hasta la cama seguía allí.

— Es hora de acostarse donde estás —, dijo George. —Hay otras personas que pueden mostrar a los invitados sus habitaciones. Dodd debería estar aquí pronto. Julian se fue corriendo a buscarlo.

—Pero no necesito un médico—, protestó. —Necesito prepararme para la cena y el baile. ¿Qué hora *es*?

—Todavía es solo por la tarde—, le aseguró. —Escúchame, Dora. Has sufrido una conmoción grave. Supongo que aún no has sentido todos sus efectos. Y existe la complicación añadida de que estás embarazada. Permanecerás aquí hasta que Dodd te haya examinado, y estarás aquí incluso después de eso si cree que debes hacerlo. Y esto es una orden. La cena y el baile continuarán sin ti si es necesario, aunque todos lamentarán tu ausencia, nadie más que yo. Philippa ha aceptado ser la anfitriona de los eventos de la noche si es necesario, y es perfectamente capaz de hacerlo.

—Me quedaré aquí contigo, Dora, si el médico te aconseja descansar—, dijo su madre. —No estarás sola. Y nadie te culpará por no hacer acto de presencia. No cabe duda de que la noticia de lo que ha ocurrido ya se ha difundido por toda la aldea y más allá de ella. Y tu condición es de dominio público. De hecho, creo que todo el mundo se sorprendería más si aparecieras esta noche.

Dora miró con consternación de uno a otro. —Pero este es nuestro primer gran entretenimiento juntos—, le dijo a George. Se volvió hacia su madre. —Y lo planeamos deliberadamente para cuando tú y Sir Everard estuvieran aquí.

—Habrá otros bailes, fiestas y conciertos, Dora—, dijo George. —Pero sólo hay una de ti.

— Es suficiente que estemos aquí —, le dijo su madre. —Todos han sido muy amables. Tú y Su Gracia especialmente.—

Dora agarró un puñado de las sábanas con su mano libre. —No voy a perder al bebé, ¿verdad?—, preguntó.

Su madre agitó la cabeza, pero fue George quien respondió.

—Es de esperar sinceramente que no lo hagas—, dijo, —pero debes escuchar al doctor, Dora y hacer lo que él dice. No arriesgaría a nuestro hijo ni a ti y, francamente, mucho más importante en esta etapa, por el bien de una simple fiesta, tan importante como sé que es para ti. Dios mío, casi te pierdo hoy. Casi te *pierdo* y lo habría hecho de no haber sido por Sir Everard y Julian.

Sus ojos brillaron en los de ella, y se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Se relajó contra las almohadas.

Y la imagen vino de repente y vívidamente a la memoria: con la mano del Conde de Eastham agarrándole el brazo y empujándola hacia adelante. Pensó en la huida desesperada cuando de alguna manera se las arregló para soltarse el brazo y en su decisión en una fracción de segundo de bajar la pendiente en lugar de tomar el sendero que la rodeaba, y en la comprensión casi simultánea de que nunca iba a llegar viva al fondo. Recordaba un cuerpo que caía y gritaba al pasar a su lado. Recordó los brazos que la sujetaban con fuerza y una voz de la oscuridad que la invadía mientras perdía el conocimiento, diciendo su nombre. Recordó una voz de las profundidades: Ah, *Dora. Mi amada. Mi* único *amor.*

La voz de George.

—Debí haberte escuchado cuando me rogaste que no tuviera nada más que ver con

él—, dijo. —Pero pensé que sabía más que tú. Pensé que podría haber una forma de reconciliaros.

—No fue tu culpa—, dijo. —Debería haberte dado una razón. Pero dejemos de asumir la culpa de lo que ha pasado esta tarde. Sólo había un hombre a quien culpar, y no volverá a hacerte daño.

—Está muerto.— Cerró los ojos y respiró lentamente. —Qué terrible que no pueda sentir lástima.

—Yo tampoco puedo—, dijo su madre con cierto espíritu. —Sólo lamento que fuera el pie de Everard el que lo hizo tropezar, no el mío.

Dora le sonrió. —Me alegro de que haya sido Sir Everard—, dijo.

Su madre miró hacia atrás con sorpresa.

—Me alegro de que alguien lo hiciera—, dijo George con fervor, y Dora lo miró fijamente. Y recordó.... Ah, y lo veía claramente.

El hijo de George no había sido suyo, sino del conde de Eastham. El conde y la duquesa habían albergado una pasión ilícita el uno por el otro durante muchos años. Su padre la obligó a casarse con George para separarlos. ¿Había sabido de su embarazo? Tal vez. Probablemente, de hecho. ¿Cuándo descubrió George que el niño no era suyo? ¿Siempre lo había sabido? Querido Dios, solo había sido un niño en ese momento. ¿Qué tipo de efecto permanente tuvo ese conocimiento sobre él? Pero estaba mirando esos efectos, los había estado mirando desde que lo conoció. La amabilidad casi perpetua en sus ojos también tenía un matiz de tristeza. Nunca había identificado esa tristeza hasta ahora. Y allí estaba su soledad muy privada que había sentido pero que nunca había podido penetrar.

Su mano se apretó alrededor de la de ella, y dos lágrimas se derramaron y cayeron por sus mejillas.

—Casi te pierdo—, dijo.

—Oh,— dijo ella,—No soy tan fácil de perder.

Su madre fue a abrir la puerta a quienquiera que la hubiera tocado y se hizo a un lado para admitir al Dr. Dodd.

*****

El médico no pudo detectar ningún signo físico de la terrible experiencia que Dora había sufrido durante la tarde. No había indicios de que un aborto espontáneo fuera inminente. Había sufrido una terrible conmoción, por supuesto, y no podía predecir como eso podría manifestarse en las horas y días venideros. Pero en la actualidad su pulso era constante y su color saludable y su mente despejada. Aconsejó encarecidamente unas horas de reposo en cama. Le correspondía a la duquesa decidir si aparecería ante sus invitados durante la noche, pero si lo hacía, le aconsejó que no se esforzara demasiado y que no participara en ningún baile vigoroso.

Dora aceptó a regañadientes quedarse en sus habitaciones durante la cena. Más tarde

decidiría qué hacer con el baile.

—Aunque odio perderme la cena—, le dijo a George con un suspiro. —Y realmente, me siento bien y bastante fraudulenta aquí acostada.

No estaba dispuesta a que su madre se quedara con ella.

—Aunque aprecio tu preocupación, madre— le aseguró—, no podría dormir si estuvieras en la habitación. Me gustaría hablar para que no te aburrieras.

Catorce personas se sentaron a cenar una hora después. Todo fue una dura prueba para George. Los invitados eran educados, por supuesto, pero estaba claro que estaban llenos de curiosidad por saber exactamente qué había sucedido durante la tarde que de alguna manera había enviado a un hombre muerto a la aldea para esperar una investigación y a la duquesa a sus habitaciones privadas, donde un médico la había atendido. No tenía sentido ser demasiado evasivo, George había decidido consulta con Julian y Sir Everard y las damas. Todo el mundo sabía que el conde de Eastham había acusado una vez a su cuñado de empujar a la primera duquesa a la muerte y más recientemente había renovado esa acusación en la boda del duque con la segunda duquesa. Había sido silenciado en esa ocasión, pero claramente estaba obsesionado y quizás incluso trastornado por su convicción de que su hermana no se quitó la vida, a pesar de que para todos los que la conocían estaba claro que estaba fuera de sí por el dolor de la reciente muerte de su único hijo. Así que George y Julian habían acordado explicar el resto de la historia, que Eastham había venido a Cornualles, engañó a la nueva duquesa para que caminara con él a lo largo del cabo en Penderris, e intentó empujarla a ella y a su hijo nonato a la muerte en el lugar exacto donde su hermana había muerto. Sin embargo, se abstuvieron de mencionar el papel específico de Havell.

La historia fue exclamada y discutida entre los invitados casi excluyendo cualquier otro tema de conversación. George estaba muy contento de que Dora no estuviera presente para escucharla. Esperaba poder disuadirla de que bajara más tarde, aunque no se lo prohibiría. Todos los que vinieran al baile estarían agitados por los hechos y rumores que hubieran llegado a sus oídos y querrían saber la verdad y escucharla de aquellos que han estado involucrados personalmente. Dora sería la atracción estelar si estuviera presente.

¿Qué le había dicho Eastham a Dora en el cabo? Mucho que no sabía antes, sin duda. Mucho que debería haberle dicho él mismo. Pero había poco tiempo para la introspección, la conmoción o la culpa. Estaba organizando una cena. Sonrió, respondió a las preguntas de los que estaban sentados más cerca de él, cambió el tema, respondió más preguntas, volvió a cambiar el tema y se comió la cena sin probar nada ni siquiera darse cuenta de lo que se le estaba sirviendo. Su chef lloraría si lo supiera.

Por fin pudo volver a subir para ver si Dora había dormido y tratar de convencerla de que se quedara en la cama. Estaba en la sala de estar privada, se dio cuenta en cuanto entró en la alcoba. Podía escuchar música que venía de esa dirección. Atravesó su habitación para encontrarla.

Estaba sentada frente a su viejo piano, tocando algo suave y dulce y totalmente absorta. Y estaba vestida magníficamente con un brillante vestido de color rosa fucsia, expertamente diseñado para mostrar las elegantes y delgadas curvas de su cuerpo. Llevaba sus diamantes en el cuello y en las orejas. Su cabello oscuro había sido apilado en rizos

elegantes con zarcillos ondulados sobre su cuello y orejas. Y llevaba puesta la tiara de diamantes de la duquesa que había sido de su abuela y de su madre, pero nunca de Miriam. Un par de largos guantes plateados cubrían la parte superior del piano. Una zapatilla plateada blanda empuñaba uno de los pedales.

Parecía de su edad, pensó George, pero lo mejor que podía hacer una mujer de su edad. Seguramente era más bella ahora de lo que podría haber sido cuando era niña. Cada línea de su cuerpo profesaba madurez, la feminidad en su más plena floración. Y creciendo dentro de su vientre estaba su hijo. Por un momento sus rodillas amenazaron con ceder cuando pensó en esa escena en los acantilados antes.

Terminó lo que estaba tocando y levantó la vista con una sonrisa. Debía haber sentido su presencia en la entrada.

—¿Vas a ir a un baile por casualidad?—, le preguntó.

—Por supuesto que sí—, dijo ella. —Estoy buscando una escolta.

—Permítame el honor.— Le hizo una reverencia cortesana exagerada después de avanzar unos pasos en la habitación.

Se volvió contra el taburete. —¿Cómo estuvo la cena?—, le preguntó.

—Probablemente estaba delicioso—, dijo. —Me habría dado cuenta si le hubiera prestado atención. Sin embargo, nuestros invitados parecían muy satisfechos. Philippa tomó tu lugar sin problemas y con un encanto tranquilo. Es una verdadera joya, Dora. La historia de lo que pasó esta tarde fue contada y recontada. No se retuvo nada. Nada fue exagerado ni desestimado. Ojalá pudiera decir que ahora todo el mundo está satisfecho y preparado para disfrutar de la noche sin más referencia a lo que ocurrió, pero por supuesto la mayoría de los invitados al baile ni siquiera estaban cenando. Habrá que contar la historia una y otra vez. Desearía que te quedaras aquí.

Se puso en pie y se acercó a él para hacer un pequeño ajuste en los pliegues de su cuello.

—¿Y desperdiciar este vestido y estas joyas y el mejor esfuerzo de Maisie en la peluquería?—, dijo. — Todos estarán ansiosos por verme, sabiendo lo que casi ha pasado esta tarde. Es la naturaleza humana, George. Si no me ven esta noche, entonces sucederá en otra ocasión, en la iglesia el domingo, tal vez. No puedo esconderme toda mi vida. Preferiría que sea ahora. Preferirían que fuera ahora. Además, he estado esperando nuestro baile inmensamente y es probable que tenga un berrinche si me veo obligada a perdérmelo.

La miró a los ojos y vio profundidades insondables. La historia que se había contado en la cena era verdadera y precisa, pero no completa. Sólo ella sabía el resto. Pero nunca se referiría a ello, se dio cuenta. Nunca lo confrontaría con lo que le dijo Eastham. Le dejaría su privacidad y la ilusión de sus secretos.

Fue quizás en ese momento cuando se dio cuenta de lo mucho que le importaba. Lo mucho que la amaba. La amaba más que el aire que respiraba. La amaba con toda la pasión juvenil que había guardado en una bóveda interior escondida inmediatamente después de su primer matrimonio. Hacía tiempo que pensaba que había perdido la llave. Pero de alguna manera la había encontrado, la había colocado en la cerradura y la había girado.

—Hablaremos—, le dijo, tomando sus manos en las suyas y levantándolas una por una para besar la base de cada palma.

—Si lo deseas—, dijo. Pudo ver que entendía lo que él quería decir.

—Lo deseo.

Fue a buscar sus guantes al piano, esperó mientras se los ponía y le ofreció su brazo.

Sus invitados al baile comenzarían a llegar muy pronto, y dudaba de que alguien llegara tarde esta noche.

CAPÍTULO 20

Dora no creía haber sonreído tanto en su vida. Y lo extraño era que la mayor parte del tiempo era con verdadera felicidad. ¿Y por qué no? Podría haber estado muerta, pero estaba viva e ilesa, excepto, como sospechaba, emocionalmente. Se había salvado gracias a los esfuerzos combinados de su marido, sobrino de su marido, y del marido de su madre, a quien había despreciado durante años y que sólo recientemente había llegado a respetar e incluso a querer.

¿Por qué *no* iba a ser feliz?

Y la noche con la que había soñado durante semanas estaba sucediendo. Se había perdido la cena formal, era cierto, pero las horas de baile se extendían hacia adelante, y apenas podía contener la emoción que sentía al ver la escalera cubierta de flores y el salón de baile, las lámparas de araña que se elevaban en su lugar bajo el techo y ardían con velas y cristales, el piso que brillaba con el esmalte, y todo eso. La orquesta había llegado. Sus instrumentos estaban apoyados en el estrado en un extremo del largo salón de baile. Un violinista estaba afinando sus cuerdas en el piano. Las mesas largas en el salón contiguo estaban esparcidas con manteles blancos crujientes y adornadas con jarrones de flores y vajilla, vasos de cristal y cubiertos. La comida y las bebidas se llevarían a cabo tan pronto como los invitados comenzaran a llegar. Los pocos que ya estaban presentes, paseando por el perímetro de la habitación o sentados en sillas con respaldo de terciopelo, estaban magníficamente vestidos y peinados para la ocasión.

Y esto era obra de ella, aunque sonrió con verdadera diversión cuando pensó en lo poco que había tenido que esforzarse para lograrlo todo. Ella y George debian tener los mejores sirvientes del mundo.

¿Por qué *no iba a* estar feliz?

Bueno, por un lado estaba su conocimiento de la terrible infelicidad de gran parte de la vida de George, la mayor parte aún encerrada dentro de sí mismo. Y luego estaba la certeza que el Conde de Eastham había querido matarla esta tarde y que casi lo había logrado. Le había asegurado que no era nada personal, pero se sentía muy personal. Fue algo terrible encontrar un odio asesino como ese. Y estaba el hecho de que había muerto. Le pesaba mucho saber que alguien con quien había caminado y hablado hacía unas pocas horas ya estaba muerto. Sabía que recordaría el verle pasar a su lado y el sonido de sus gritos durante mucho, mucho tiempo. Se preguntaba qué le había pasado a él, o mejor dicho, a su cuerpo.

Lo primero que hizo Dora después de detenerse en la entrada para admirar el salón de baile fue deslizar el brazo de George para poder moverse por la habitación, saludar a los huéspedes que se quedaban a pasar la noche y disculparse por no haber estado presente para mostrarles sus habitaciones antes o para entretenerlos durante la cena. Se sentía muy bien, pensó, poder hacer esto sola sin morir de terror. ¿Terror? No había nada tan terrible en estrechar la mano a personas que parecían estar amablemente dispuestas hacia ella, en

reconocer las reverencias y los saludos y en escucharse a sí misma llamada “Su Gracia” y en entablar conversación. Después de esta tarde, seguramente nada podriá volver a asustarla.

Había recorrido un largo camino en unos pocos meses.

Todos, por supuesto, le aseguraron que no había nada por lo que disculparse, y expresaron su preocupación por su bienestar, así como su condolencia por su terrible experiencia. Debía esperar más de lo mismo cuando llegaran los invitados externos, se dio cuenta. Al menos a nadie esta noche le faltaría un tema de conversación.

Pero había otras dos cosas específicas que deseaba hacer antes de que llegaran los invitados, y la primera de ellas seguramente llegaría en cualquier momento. Vio a Julián y a Philippa junto al estrado de la orquesta, alejándose de hablar con el violinista.

Dora le extendió las manos a Philippa y la besó en ambas mejillas.

—Me informo la mejor autoridad —dijo— de que eres una verdadera joya, Philippa, y que has cumplido con tus deberes de anfitriona durante la cena con tu habitual encanto tranquilo. Pero no necesitaba que me lo dijeran. Gracias, querida.

—No puedo creer —dijo Philippa— que haya permitido que ese hombre me comprara limonada esta tarde y que te hubiera contado su solicitud de hablar contigo si Lady Havell no me hubiera asegurado que te lo diría para que yo pudiera ir corriendo a la guardería. Lo siento mucho, tía Dora.

—No lo sientas—, dijo Dora. —Como George observó antes, todos debemos dejar de culparnos. Sólo había un hombre a quien culpar—. Se volvió hacia Julián, puso ambas manos sobre sus hombros, y lo besó también en ambas mejillas. —Fuiste tú quien lo distrajo lo suficiente como para permitirme liberarme. Gracias, Julian.

Le sonrió y le dio palmaditas en los hombros. —Tenía que hacer algo para proteger al futuro heredero,— dijo,—ya que Philippa y yo hemos decidido que sería mucho mejor que sea el hijo del tío George en lugar de su sobrino.

—Bueno,— dijo Dora,—el heredero puede ser todavía el sobrino, ya sabes, si este niño resultara ser una hija. George y yo seremos igual de felices de todas formas.

Todos se rieron, y la risa se sintió bien. Pero Dora había visto a su madre entrando por las ventanas francesas con Sir Everard. Debian haber salido al balcón a tomar un poco de aire.

—Oh, discúlpame, con permiso—, dijo, y corrió hacia ellos.

La cara de su madre se iluminó de placer. —Qué guapa estás, Dora—, dijo. —El rosa siempre fue un buen color para ti, aunque solías protestar que era mejor para las rubias. ¿Pero estás segura de que deberías estar aquí abajo? ¿No te esforzarás demasiado?

—Prometo que no lo haré—, le aseguró Dora. —Ya he recibido el sermón de George.

Su madre también se veía magnífica con un vestido azul plateado que era de diseño clásico más que de moda y que Dora sospechaba que se había hecho ella misma. Su madre siempre había sido una experta costurera. Su cabello plateado estaba elegantemente peinado. El peso extra que había ganado desde su juventud realmente le convenía, pensó Dora, al igual que la sonrisa suave que le trajo tantos recuerdos de la madre a la que había

adorado.

—Yo apruebo a Su Gracia—, dijo su madre.

—Oh, yo también.— Dora se rió y se volvió hacia Sir Everard. Le tendió las manos, pero cuando él las tomó, las liberó impulsivamente, le rodeó el cuello con los brazos y le besó la mejilla. Ella parpadeó para contener las lágrimas. —Le debo la vida, Sir Everard. Y realmente, no creo que haya alguien a quien prefiera deberla. Has sido bueno con mamá. La apoyaste cuando fácilmente podrías haberla abandonado. Siento haberte desairado cuando te visitamos en Kensington. No entendía entonces lo bueno que habías sido o lo bueno que eres. Y te doy las gracias por mi vida.

—Mi querida Dora.— Se apoderó de sus manos nuevamente y parecía bastante avergonzado, aunque la madre de Dora lo miraba con una sonrisa radiante. —Estuve allí esta tarde y tuve que hacer algo vagamente heroico. Solo me alegra que de alguna manera hayas sobrevivido intacta. Y en cuanto a tu madre, supongo que la amaba incluso antes de que se sintiera injustamente avergonzada y obligada a huir de su casa. Nunca lo habría admitido, ni siquiera a mí mismo, si las circunstancias no me hubieran presentado el mayor regalo de mi vida. La amo, querida. Permanecer a su lado nunca ha sido un sacrificio. Todo lo contrario.

Oh, *le gustaba*, pensó Dora. Por supuesto que se había sacrificado mucho cuando estaba junto a una mujer mayor con la que había estado disfrutando de lo que probablemente no había sido más que un ligero flirteo. La sociedad la había condenado al ostracismo cuando dejó a papá y él se divorció de ella. Y aunque al hombre en tales situaciones le iba mejor, sin embargo su propia vida social debía haber sido severamente restringida y sus posibilidades de hacer un matrimonio más ventajoso se han perdido por completo. Estaba claro que, aunque no estaba empobrecido, tampoco era un hombre rico.

Pero era un hombre leal y afectuoso. Y un hombre digno. Él era, pensó deslealmente, más digno de su consideración que su propio padre.

—Creo que los invitados están llegando—, dijo. —Debo unirme a George.

La fiesta de Penderris no se habría clasificado para esa preciada denominación de "apretón triste" si hubiera tenido lugar en Londres, pensó Dora durante la siguiente media hora más o menos. Incluso antes de que algunos de los invitados, en su mayoría los mayores, se dirigieran a la sala de juegos de naipes y varios otros entraran al salón para mirar los refrescos, había espacio para respirar en el salón de baile. Sin embargo, a sus ojos parecía un evento deslumbrantemente concurrido, pues todos los que habían sido invitados habían venido.

Incluso vinieron los Clarks, ambos con pinta de rígidos y bastante demacrados. Vinieron, supuso Dora, en parte por curiosidad, y en parte para que su ausencia no sugiriera que de alguna manera habían conspirado con el Conde de Eastham en un complot de asesinato. George sonrió y se inclinó educadamente ante ellos. Dora también sonrió y aseguró al Sr. Clark cuando le preguntó, que se sentía bastante bien después de descansar un par de horas siguiendo el consejo del médico.

La Sra. Parkinson llegó un poco más tarde con el Sr. y la Sra. Yarby, sonriente y amable y deseosa de informar a Dora que había recibido una carta esa misma mañana de su querida Gwen y que sólo podía lamentar que la querida Lady Trentham fuera menos leal a

una vieja amistad de lo que era y que escribía sólo una breve carta por cada tres cartas largas que escribía la propia Sra. Parkinson.

—Aunque hago concesiones, Su Gracia—, añadió, —por el hecho de que tiene un hijo pequeño y no estoy segura de que Lord Trentham haya contratado a una niñera superior para que se ocupe de todo el asunto, o de que entienda la obligación de una dama de pasar las mañanas ocupándose de su correspondencia. Su padre tenía un negocio, ya sabes. Mi pobre y querida Gwen.

Debía recordar compartir ese pequeño detalle, pensó Dora, la próxima vez que le escribiera a Gwen.

Ann y James Cox-Hampton llegaron con sus dos hijas mayores, a quienes no se les habría considerado lo suficientemente mayores para un baile de Londres, pero eran muy bienvenidas en este. James le retorció la mano a George sin decir palabra mientras Ann abrazaba a Dora durante varios segundos.

—Te ves hermosa—, dijo, —y muy tranquila después de tu terrible experiencia. Si sólo fuera gentil que una dama hiciera una apuesta, le habría ganado una fortuna a James. Apostó a que no aparecerías esta noche.

—Pero entonces, mi amor—, dijo James, —habría tenido que vivir de la fortuna de mi esposa por el resto de mis días, y habrías perdido todo respeto por mí. Me alegra que mantengas la compostura, Dora.

Barbara Newman también abrazó fuertemente a Dora cuando llegó con el vicario.

—Rara vez le doy crédito a los chismes—, dijo. —Casi siempre es demasiado exagerado o totalmente falso. Pero el conde de Eastham está muerto, así que supongo que tu vida realmente estaba en grave peligro.

—Pero he sobrevivido—, dijo Dora. —Disfruta el baile, Bárbara. Encontraré tiempo más tarde para contártelo todo, cuando no estés bailando.

Y finalmente parecía que todo el mundo había llegado. Como los entretenimientos en el campo tendían a terminar antes que los de Londres, nunca había muchos que llegaran tarde. La frase a la *moda tardía* apenas se conocía en el campo.

Y ahora George la atraía por el brazo y la miraba de cerca. —Estás resplandeciente,— dijo, —y yo estoy deslumbrado. ¿Pero las sonrisas y los ojos brillantes esconden la fatiga, Dora?

—No lo son—, le aseguró ella. —Pero mantendré mi promesa de no bailar aunque el Dr. Dodd mencionó sólo los más vigorosos. Será suficiente ver y disfrutar de los frutos del trabajo de todos menos los míos.

Se rió. —Pero la fiesta fue idea tuya—, dijo, —y eso es lo que cuenta. Permíteme llevarte con Ann. Ha estado ocupada viendo que sus chicas tengan compañeros respetables para el baile de apertura y parece no tener intención de bailar.

No necesitaba llevarla a ninguna parte. Era la Duquesa de Stanbrook. Dios mío, incluso llevaba puesta su tiara. Y era la anfitriona del baile. Pero le permitió que la llevara al lado de su amiga antes de ir a abrir el baile con Philippa. Durante esa serie de vigorosas danzas campestres, le contó a Ann todo lo que había sucedido, vomitando sólo algunos de

los detalles que el conde le había revelado. Descubrió que era un alivio desahogarse ante alguien que no había estado involucrado. Probablemente haría lo mismo con Bárbara más tarde, pero no con nadie más. Dejaría que otras personas contaran la historia.

Más que nada esta noche, Dora quería divertirse. Había mucho que celebrar: su matrimonio, su embarazo, su reconciliación con su madre, su amistad.

La vida misma.

Pasó la noche circulando entre sus invitados, como siempre había querido hacer. Nunca había querido bailar mucho. Habló con todo el mundo, respondiendo ocasionalmente a preguntas sobre la tarde, pero también habló sobre una serie de otros temas. Encontró pareja para todos los jóvenes que claramente querían bailar, pero que eran demasiado tímidos para hacerse notar, y eso se aplicaba tanto a los jóvenes caballeros como a las jóvenes damas. De hecho, se aplicaba más a ellos, ya que las niñas tenían madres que les ayudaban a encontrar pareja, mientras que se esperaba que los niños se las arreglaran por sí mismos. Traía platos de comida para unos pocos ancianos que no podían moverse fácilmente entre la multitud, aunque había sirvientes que circulaban constantemente con bandejas. Deliberadamente se paró con el Sr. y la Sra. Clark entre dos bailes y los hizo reír con historias de sus días de enseñanza de música. Subió a la galería alta que corría a lo largo de un extremo del salón de baile cuando vio a los dos niños pequeños de un par de sus huéspedes allí arriba con su niñera. Y los deleitó trayéndoles un plato de dulces de la sala de refrigerios después de obtener el permiso de la niñera.

Oh, sí, sí que se divirtió. ¿Cómo podría no hacerlo? Porque la fiesta era claramente un éxito. Había tenido un poco de miedo de que el hecho de que un hombre hubiese muerto hoy en tierra de Penderris pudiera estropear las festividades, pero no lo había hecho. George pasó gran parte de la noche bailando y el resto moviéndose entre los invitados, como lo hacía Dora. Parecía feliz y tranquilo.

Pero, oh, pensó traicioneramente un par de veces durante el transcurso de la noche, cómo deseaba poder bailar al menos una vez. No todos los bailes eran agotadores. Pero había prometido...

El segundo de los dos valses planeados para la noche era después de la cena. George había bailado el primero con su madre, que era tan ligera de pies como lo había sido cuando Dora era niña. Dora había mirado con nostalgia hasta que vio a esos niños en la galería y se distrajo yendo hacia ellos.

Ahora los invitados recibieron instrucciones de llevar a sus parejas para el segundo vals. Dora, de pie con Bárbara, cuya atención había sido captada por un momento por alguien de su otro lado, enfrió su rostro con su abanico hasta que se lo quitaron de la mano.

—¿Estás demasiado caliente?— preguntó George, continuando con el abanico. —¿Has estado haciendo demasiado esfuerzo?

—No me he esforzado en absoluto—, le aseguró. —¿Pero no es el baile más bonito al que has asistido, George? Y siéntete libre de mentir.

—Ah, pero sólo puedo decir la verdad—, dijo. —Es el baile más bonito al que he asistido, quizás porque la dama más bella que he conocido está aquí.

—No voy a preguntar quién es ella—, dijo. —Podría estar mortificada por tu

respuesta.

—Pero sólo puedo decir la verdad, recuerda—, dijo. —Ella eres tú.

Se rió y su sonrisa se hizo más profunda. Desde su boda la había sorprendido y deleitado descubrir que ocasionalmente podían intercambiar bromas tontas y compartir risas.

—Estoy diciendo la verdad—, le aseguró. —Recuerdo que me dijiste poco después de que aceptaste casarte conmigo en St. George's que siempre habías soñado con bailar el vals en un baile londinense. Lo haremos algún día, ¿pero nuestro propio baile aquí en Penderris servirá para el propósito por ahora? ¿Vas a bailar el vals conmigo?

Oh. Sintió una gran oleada de anhelo. —Pero le prometí a cierto tirano que no bailaría en absoluto.

—Sin embargo, el tirano recuerda que sólo se prohibía las danzas extenuantes—, dijo. —También tuvo unas palabras con el director de la orquesta después de la cena y pidió específicamente una versión más lenta y tranquila del vals que la que se tocó antes.— La miró profundamente a los ojos. —¿Vas a bailar conmigo, Dora?

Cogió su abanico de la mano de él y lo cerró. —Haría que la noche fuera perfecta—, dijo.

Le ofreció su brazo, y ella puso su mano en su puño.

Había bailado una vez, en una asamblea local en Inglebrook, con un caballero granjero que debía haber practicado los pasos mientras se alejaba de un toro juguetón. No había sido una experiencia particularmente agradable, aunque siempre había sentido que podía serlo. Seguramente era el baile más romántico jamás inventado, cuando se bailaba con la pareja adecuada.

Estaba segura de que tenía al compañero adecuado esta noche.

Le puso una mano en la parte de atrás de la cintura y tomó su mano en un cálido abrazo. Apoyó su otra mano en su hombro, tan cálido, firme y confiable. Sólo tuvo tiempo para notar a algunas de las otras parejas que habían tomado la pista como ellos: su madre con Sir Everard, Ann y James, Philippa y Julian. Y entonces empezó la música.

Cualquier temor que pudiera tener de que no conociera los pasos lo suficientemente bien se disipó pronto. Se movían por el salón de baile como si fuera uno, y así lo sentía, pensó Dora, como si estuviera dentro de la música y la creara con todo el cuerpo en lugar de sólo con los dedos sobre un teclado. Se sentía como una creación de todos los sentidos en lugar de sólo sonido. Había candelabros de cristal y la luz de las velas para ver el cielo y las flores y el verdor. Había perfumes de las plantas y de varias colonias, e incluso de café. Había sonidos de música y pies moviéndose rítmicamente en el suelo y voces y risas. Hubo un regusto a vino y pastel. Y había la sensación de calidez bajo su mano, de una mano más grande en la otra, de calor corporal. Había gente que se divertía. Y nada era estático, como nunca lo era con la música o la vida. Todo se arremolinaba a su alrededor con luz y color, y ella giraba en medio.

Todo era vida y alegría.

Pero había una constante en el centro de todo, el hombre que la sostenía y bailaba con

ella. Robusto y elegante, estoico y amable, aristocrática y muy humano, complejo y vulnerable, su compañero y amigo, su marido, su amante. Creando la música de la vida con ella.

Era extraño cómo tal exaltación de euforia iba seguida tan de cerca del terror cuando se amenaza la vida. Los dos extremos de la vida. O quizás no tan extraño.

Recordó que le dijo que la había llevado hasta la casa desde la mitad de esa pared rocosa. La realidad de ese hecho no se había impreso completamente en su conciencia hasta ahora. Él la había *llevado en brazos.*

Pero el pensamiento se desvaneció mientras bailaban el vals y sólo quedaba la sensación.

Se sintió un poco desolada cuando la música finalmente llegó a su fin. Pero George la sostuvo un poco más mientras los otros bailarines se alejaban del piso.

—Me gustaría que te fueras a la cama ahora—, dijo. —¿Lo harás? Pondré tus excusas, y todos lo entenderán. Creo que va a haber un baile más. Y entonces habrá todo el bullicio la partida de todos.

De repente, se cansó y asintió con la cabeza.

—Ven—, dijo. —Te escoltaré hasta arriba.

La dejó fuera de su habitación, después de haber dado instrucciones abajo de que Maisie fuera enviada sin demora. Tomó ambas manos entre las suyas y besó el dorso de ellas.

—Buenas noches, Dora—, dijo, y por un breve momento pensó que veía algo desprotegidos sus ojos, alguna infelicidad, algún sufrimiento profundamente arraigado. Pero la luz era tenue y ella podría haberse equivocado. No había traído un candelabro con ellos. Sólo había velas parpadeando en los candelabros de la pared.

Se dio la vuelta y volvió por el pasillo.

Hablaremos, había dicho antes. Pero se preguntaba si alguna vez lo harían.

******

George estaba contento de haber persuadido a Dora para que se fuera a la cama. Nunca había sido anfitrión de un gran baile, aunque, por supuesto, se trataba de un asunto campestre y, por lo tanto, no era el apretón de manos que podría haber esperado en Londres. Sin embargo, sabía algo sobre todo el caos del final de un baile, cuando de repente la gente deseaba hablar entre ellos como si no hubieran tenido la oportunidad de hacerlo en toda la noche, y cuando los carruajes se apresuraban para posicionarse en la puerta y luego, cuando tenían éxito, tenían que esperar a que sus dueños se despidieran prolongadamente de sus anfitriones y de todos los amigos y conocidos que habían tenido alguna vez. Incluso cuando el carruaje final había desaparecido a lo largo de la entrada, todavía estaban los huéspedes de la casa, que deseaban hablar de lo maravillosa que había sido la noche antes de irse a la cama.

Había pasado más de una hora desde el final del baile antes de que George se metiera tranquilamente en su habitación para no despertar a Dora en la habitación contigua. Pero, al igual que antes, como en el déjà vu, podía escuchar música suave que venía de la sala de estar.

¿Por qué había esperado que estuviera dormida, tan agotada como debía estar?

Se desvistió sin la ayuda de su ayudante, a quien había ordenado que se acostara, y se puso un camisón y una bata antes de entrar en la sala de estar.

Ella dejó de tocar y lo miró con una sonrisa. También estaba vestida para ir a la cama. Su cabello estaba suelto y había sido cepillado para darle brillo. Parecía muy cansada.

—Supongo,— dijo,—que nadie se fue temprano.

—Nadie se fue tarde—, dijo. —Todos se fueron *muy* tarde. Una señal del gran éxito de tu baile. Se hablará de ello durante una década.

—Debemos entretenernos más a menudo—, dijo, —aunque no siempre a gran escala.

—Debemos—, estuvo de acuerdo, caminando más cerca de ella. —Pero no mañana, si no te importa, Dora, o pasado mañana. ¿No podías dormir?

Agitó la cabeza. —Tenía miedo de intentarlo.

—¿Miedo a las pesadillas?

Giró el taburete para que sus rodillas tocaran las suyas. Asintió, y él apoyó una mano contra la parte superior de su cabeza y se la pasó por el pelo.

—Había sólo dos pasos más entre yo y un gran vacío —, dijo. —Y sabía que nada le haría cambiar de opinión. Nada de lo que dijera, nada de lo que dijiste.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato hasta que se inclinó hacia adelante para envolver sus brazos alrededor de su cintura y enterrar su cara contra su pecho. Y lloró con grandes sollozos.

La abrazó, con los ojos cerrados, y se preguntó si habría sentido locura después si....

Lloró hasta que la parte delantera de su bata y el camisón de abajo estaban empapados, y luego levantó su cara para que él pudiera secarla con su pañuelo. Se lo quitó de la mano y se sonó la nariz.

—Quiero ir allí mañana—, le dijo, dejando el pañuelo en el banco detrás de ella. —Quiero caminar por el sendero del cabo, y quiero bajar a la playa. Este es mi hogar, y si no lo hago mañana, nunca lo haré. ¿Vendrás conmigo?

Estaba horrorizado.

—Por supuesto.— Y le pareció, incluso cuando sentía sus rodillas débiles debajo de él, que tenía razón y era increíblemente valiente. —Pero es muy tarde y debemos dormir. Te sostendré contra las pesadillas, Dora. No dejaré que nadie ni nada te haga daño—. Palabras tontas a la luz de su total impotencia de esta tarde. No siempre se puede proteger lo que es propio. —Hablaremos, te lo aseguro, pero no esta noche.— Dudó un momento. —Pero permíteme mostrarte algo esta noche.

Se puso de pie y puso su mano en la de él. La llevó a la alcoba y abrió el cajón

superior del escritorio que rara vez se usaba allí. Sacó un objeto envuelto en un paño suave y lo desenvolvió. Levantó la vela más cercana y la sostuvo en alto mientras le entregaba el cuadro enmarcado.

— Originalmente era un boceto que Ann hizo en un picnic un día —, dijo. —Lo pedí, y ella se ofreció a hacer un retrato al óleo de verdad. Lo hizo un poco más grande que una miniatura. Tiene un buen parecido.

Lo miró durante mucho tiempo. —¿Brendan?

—Mi hijo, sí—, dijo. —Lo amaba.

Levantó sus ojos a los de él. —Por supuesto que sí—, dijo. —Era tu hijo.

Podía ver por sus ojos que ella sabía la verdad. Pero también dijo la verdad. Brendan era su hijo.

—¿Lo mantuviste expuesto,— le preguntó,—antes de casarte conmigo?

—No.— Agitó la cabeza. —No es para la galería, aunque probablemente acabará allí en algún momento. No es para la vista de ningún sirviente que entre aquí. Es sólo para mis ojos. Y ahora los tuyos.

—Gracias—, dijo en voz baja.

Envolvió el retrato con cuidado y lo guardó.

—Ven y duerme—, dijo.

—Sí.

CAPÍTULO 21

Dora se despertó con el sonido de la lluvia azotando la ventana. Era plena luz del día. George estaba sentado en la oficina en mangas de camisa, escribiendo. Sorprendentemente, había dormido profundamente y aparentemente sin soñar.

Se volvió silenciosamente a su lado y lo miró. Normalmente no escribía sus cartas aquí. De hecho, nunca antes había visto que se utilizara la oficina. Pero adivinó que no había querido dejarla para que despertara sola. Sumergió su pluma en el tintero y continuó escribiendo, su cabeza inclinada sobre su trabajo.

Sus ojos se desviaron hacia el cajón de arriba, y sintió como las lágrimas los pinchaban aunque parpadeó con firmeza. Ayer ya había sido bastante aguafiestas. No habría más de eso hoy.

Había tanta ternura en sus manos cuando había doblado la ropa que cubría el lienzo, y tanta ternura en sus ojos cuando había mirado brevemente la pintura antes de dársela a ella. . Y había ternura en su voz cuando habló. *Mi hijo, sí. Yo lo amaba.*

El chico debía tener unos catorce o quince años cuando se hizo el boceto y luego se pintó al óleo, un niño de rostro sencillo y regordete, con el pelo rubio un poco despeinado por la naturaleza, la tímida sugerencia de una sonrisa que le daba tanto vulnerabilidad como encanto. Se veía tan diferente a George como era posible que fuera un niño.

Tiene un buen parecido.

Yo lo amaba.

Es sólo para mis ojos. Y ahora los tuyos.

No había ningún retrato de familia en la galería. Pero estaba esto, una posesión muy privada y preciada. Un retrato de un niño que no había sido de su propia carne.

Mi hijo, sí.

Debía haber hecho algún ruido. O tal vez sólo la estaba vigilando cada pocos minutos. Volteó la cabeza y luego sonrió y... ella lo amaba.

—Buenos días—, dijo en voz baja.

—Buenos días.— Ayer sólo había pensado en sí misma, en el hecho de que podría haber muerto. Esta mañana pensó en él. ¿Cómo habría sido para él ahora, en este momento, si *hubiera* muerto? No creía que él sintiera una gran pasión romántica por ella, pero sí sabía que la quería mucho y que estaba contento con su matrimonio.

Ah, Dora. Mi amada. Mi único *amar.*

¿Realmente había oído esas palabras? ¿O había sido parte de algún sueño en el que se había hundido cuando perdió el conocimiento?

—¿Ninguna pesadilla?—, preguntó.

—Ninguna—, dijo ella. —¿Tú?

Pero sabía la respuesta incluso antes de que moviera la cabeza. No había dormido nada. Había manchas oscuras bajo sus ojos, y los pliegues que se extendían desde sus fosas nasales hasta su barbilla eran más pronunciados de lo habitual. Había poco color en su cara.

—Habia una carta de Imogen esta mañana dirigida a los dos,— dijo,—y otra para ti de tu hermana.— Golpeó una carta sin abrir en la superficie a su lado.

—¿Qué tiene que decir Imogen?—, preguntó.

—Debes leerla tú misma—, dijo, —pero yo haré de aguafiestas y te contaré su principal noticia. Los Supervivientes estamos siendo admirablemente prolíficos en asegurar la supervivencia de la raza humana.

—¿Está embarazada?— Dora se sentó abruptamente y tiró las sábanas. —Pensé que era estéril.

—Ella también—, dijo. —Aparentemente ambas estaban equivocadas.

—Oh, Dios mío.— Comenzó a contar con sus dedos. —Agnes, Imogen, Chloe, Sophia, Samantha. Yo.

—Uno se pregunta, que uno no—, dijo, —¿qué le pasa a Hugo? Tendré que escribirle y preguntarle. Aunque tienen a la joven Melody.

—Imogen y Percy deben estar extáticos. Oh, debo escribirles. ¿Es a ellos a quienes escribías?— Dora cruzó la habitación descalza para mirar brevemente por encima de su hombro, él les escribía, y para recoger la carta de Agnes. Se sentía más gorda de lo normal. Pero eso, descubrió pronto, se debía a que había otra carta doblada dentro de ella dirigida a su madre. Era la primera de ese tipo, Dora estaba casi segura, aunque recordaba que Agnes dijo que informaría a su madre cuando naciera el bebé. Miró rápidamente su propia carta. Pero Agnes no había dado a luz antes de tiempo. Todavía se sentía grande y desgarbada y sin aliento y generalmente enojada cuando Flavia le daba palmaditas a su grandeza y parecía complacido consigo mismo. También se sentía emocionada y un poco aprensiva, y como no podía robar a Dora, entonces iba a tratar de robarle a su madre a Penderris. Esperaba que a Dora no le importara demasiado y que su madre estuviera dispuesta a venir.

—Debo haber enterrado recuerdos de mi infancia—, había escrito. —Aunque no puedo recordar ningún detalle específico, tengo una sensación general de seguridad, calma y comodidad cada vez que pienso en nuestra madre. ¿Era así, Dora? ¿O es sólo a ti a quien estoy recordando?

—Agnes le ha escrito a mamá—, dijo Dora, sosteniendo la carta doblada. —Quiere que vaya a Candlebury Abbey para su confinamiento.

—Oh, ella irá—, dijo George. —Pero la echarás de menos.

—Sí—, estuvo de acuerdo. —Pero tenían la intención de volver a casa la próxima semana de todos modos. Creo que han sido felices aquí, pero tienen sus propias vidas, como todos nosotros.

—No habrá caminata hoy —, dijo, asintiendo hacia la ventana. —Es bueno que Philippa y Julian se queden más tiempo. Los caminos estarán embarrados. Es de esperar que nuestros otros huéspedes puedan volver a casa a salvo.

Seguía lloviendo mucho, y también soplaba el viento, a juzgar por el ruido de la ventana. Era un recordatorio de que el otoño estaba sobre ellos y que el invierno no estaba lejos.

—Tal vez se calme más tarde—, dijo. Todavía quería desesperadamente dar ese paseo del que había hablado anoche, y cuanto antes mejor, antes de perder los nervios. Por el solo hecho de pensarlo, sus rodillas se debilitaron y su corazón comenzó a latir con fuerza. Entonces vio el reloj de la repisa de la chimenea. Se había olvidado de los invitados de la noche a la mañana. —Debo vestirme e ir abajo. ¿Qué pensarán todos de mí?

—Lo que tu marido piensa,— dijo,—es que te ves deliciosa.

Le sacudió la cabeza y chasqueó la lengua mientras se dirigía a su vestidor.

******

La lluvia disminuyó después del almuerzo y luego se detuvo. Pero sólo por un momento. Oscuras nubes colgaban bajas y el viento seguía soplando en ráfagas. Era, de hecho, una tarde muy desagradable, fría y húmeda, sin alegría y que se pasaba mejor dentro de casa. Sin embargo, un grupo de personas dejó el calor y el refugio de Penderris Hall para salir al aire libre a primera hora de la tarde, todos ellos abrigados contra el frío como si ya fuera enero. George y Dora lideraron el camino, y luego vinieron Sir Everard y Lady Havell, Philippa y Julian, y Ann y James Cox-Hampton. A todos ellos se les había asegurado que no debían sentirse obligados a venir, especialmente a los Cox-Hamptons, que se habían limitado a visitarlos para informarse sobre la salud de Dora. Todos habían llegado de todos modos, tan sombríos y con el mismo propósito que el clima.

Podrían, pensó George, haber esperado un día más propicio para exponerse a los acantilados y a la playa, pero entonces esta excursión no era por placer. Todo lo contrario. Dora había estado toda la mañana cerca de las ventanas orientadas al sur, cuando no veía a los huéspedes de la noche de camino, preocupada por la lluvia, imaginando que se había detenido mucho antes de que lo hiciera, y considerando salir aunque no se detuviera.

—Después de todo, ¿para qué son las botas y las capas de lluvia?—, había preguntado en un momento dado a nadie en particular,—si uno nunca sale a la calle bajo la lluvia.

Nadie había sido capaz de pensar en una respuesta decente. O, si alguien lo había hecho, nadie había dicho lo que era.

Dora había querido salir, o lo necesitaba, más bien, y así todos habían venido. Era, pensó George, tan preciosa para todos. Casi había sido asesinada ayer, y nadie estaba dispuesto a dejarla fuera de su vista hoy. Todo el mundo estaba dispuesto a consentir todos sus deseos.

Caminaron primero por el camino de entrada que Ann y James habían tomado hace más o menos media hora, sus pies crujiendo sobre grava mojada. Parecía bastante seguro, como si estuvieran todos de paseo por el pueblo. El viento los golpeaba por detrás, aunque los cortaba como para robarles el aliento tan pronto como se daban la vuelta en la dirección opuesta. Y se volverían, porque no iban a ir a la aldea, por supuesto. Dora estaba volviendo

sobre la ruta que había tomado ayer. Antes de llegar a las puertas del parque se desviaron a su derecha, hacia los acantilados, y luego volvieron a girar a la derecha para caminar por el sendero que corría aproximadamente paralelo al borde durante unos pocos kilómetros hasta que descendía en una suave pendiente para proporcionar un fácil acceso a la playa a un par de kilómetros más o menos al oeste de la casa.

Sin embargo, no irían tan lejos.

George atrajo el brazo de Dora firmemente y la sujetó a su lado. Le cogió la mano con la que tenía libre. Julián se movió hacia el otro lado mientras Sir Everard le ofrecía su brazo libre a Philippa. Julian habría tomado el otro brazo de Dora, pero no quería nada de eso.

—Philippa necesita tu brazo,— le dijo, —y Sir Everard no necesita dos cuerdas en su arco. Eso podría hacerlo engreído—.

Incluso ahora podía hacer un chiste que los hiciera reír a todos, aunque ninguno de ellos, adivinó George, se sentía muy divertido. Los acontecimientos de ayer todavía estaban demasiado crudos en sus mentes. Julián y Havell habían estado aquí ayer por la tarde, y sus esposas sin duda habían oído todos los detalles. Dora se lo había dicho a Ann, creía. Se lo había dicho a James. Esto era una locura.

Pero parecía que era una locura necesaria. Necesaria para su esposa. Dora ni siquiera le permitía tomar el exterior del camino, lo que habría sido lo más caballeroso que se podía hacer incluso en circunstancias normales. Insistió en tomarlo ella misma. Sentía un tremendo terror, igual que el de ayer incluso antes de que llegaran a la parte del camino que bordeaba la caída y el pequeño promontorio que lo rodeaba. Se detuvo cuando llegaron a ese punto y liberó su brazo. Se salió del camino y se metió en la hierba, que debe estar resbaladiza por la lluvia. George agarró sus manos por detrás de su espalda y luchó contra el impulso casi abrumador de agarrarla y llevarla de vuelta a un lugar seguro. Aunque no estaba insegura. Estaba a nueve o diez pies del borde.

Todos los demás se habían detenido en el camino y permanecieron en un silencio antinatural. George se preguntó si todos estaban conteniendo la respiración, como él lo estaba haciendo.

—Es hermoso—, dijo Dora. El viento le devolvió las palabras. —La naturaleza puede parecer muy malévola a veces, incluso cruel, pero en realidad está desprovista de sentimientos o intenciones. Simplemente *lo es*. Y siempre es hermosa.—

Después de ese extraño discurso, se dio la vuelta y volvió al camino y tomó el brazo de George de nuevo. Sonrió con lo que parecía una verdadera diversión.

— Todos están muy callados —, dijo.

—Si el viento no fuera tan ruidoso, Dora,— le dijo James,—oirías todas nuestras rodillas temblando.

—Y nuestros dientes castañeteando—, añadió Julian.

—El pobre Everard le teme a las alturas—, dijo la madre de Dora.

—No creo,— dijo Philippa,—que ninguno de nosotros esté realmente enamorado de las alturas. Sería temerario. Pero tienes razón, tía Dora. Esto es hermoso: el paisaje y el clima. Salvaje pero hermoso—.

—Y a salvo—, dijo Havell. —Es realmente seguro. El camino no está realmente embarrado, ¿verdad? Pensé que podría estar resbaladizo, pero hay demasiadas piedras pequeñas. Y no está tan cerca del borde como recordaba.

—Si todos ustedes siguen hablando ahora que por fin han comenzado—, dijo Dora, —incluso pueden convencerse de que prefieren estar aquí afuera disfrutando de la caminata en lugar de beber té junto a una acogedora fogata en la casa—.

—¿Té?— James dijo. —¿No es brandy?

—Voy a bajar a la playa—, les dijo Dora. —Pero nadie debe sentirse obligado a venir conmigo.

Todos lo hicieron, por supuesto.

George había usado este descenso en particular toda su vida. Igual que todos los demás en la casa. ¿Por qué ir dos millas hasta el acceso fácil cuando esto estaba mucho más cerca de la casa? Todos sus compañeros supervivientes, con la excepción de Ben con las piernas aplastadas, lo habían usado regularmente. Era empinado y debía ser tratado con respeto, pero nunca había sido considerado peligroso. Sin embargo, Dora casi había muerto aquí ayer, y Eastham en realidad lo había hecho. Hoy todos ellos se abrieron camino con más precaución de lo habitual hasta que estuvieron a salvo en la playa.

No fue difícil elegir una dirección, ya que a su izquierda piedras y rocas y guijarros sobresalían en el agua y ofrecían un paso áspero alrededor de una curva hacia el puerto debajo de la aldea, invisible desde donde se encontraban. Esa era la ruta por la que se había llevado el cuerpo ayer. A su derecha había una playa de arena dorada, bordeada a un lado por altos acantilados y al otro por el mar que se extendía aparentemente hasta el infinito. La marea estaba subiendo, aunque aún estaba a cierta distancia. Hoy era un día difícil. Las olas se rompían en espuma mucho antes de encontrar la playa, y caían, una tras otra, cada una subiendo un poco más alto sobre la arena antes de hundirse debajo de la siguiente. Más lejos, el agua era gris pizarra y la espuma moteada.

Caminaron un poco por la playa, todos volvieron a estar en silencio, pero Dora no se detuvo bajo el pequeño promontorio sobre el que se había parado ayer, ni miró hacia arriba. Ninguno de ellos lo hizo. A cierta distancia se detuvo y se giró hacia el mar, apartando su brazo del de él mientras lo hacía y levantando su cara hacia el viento.

Era una señal para que todos se relajaran.

—Apuesto, Julián,— gritó Philippa de repente, agarrándose de las faldas y corriendo, —que puedo correr hasta la orilla del agua.

Julián miró al resto de ellos mientras se alejaba. —Tengo que ir en su persecución—, dijo. —No dijo lo que se estaba apostando.

Y se fue tras ella a un ritmo rápido. Ella miró hacia atrás para ver si le seguía, gritó cuando vio que la estaba siguiendo, y voló hacia adelante.

—Niños, niños—, dijo James, riendo y moviendo la cabeza.

—Desearía, Dora—, dijo Ann, —que tuviera mi cuaderno de bocetos conmigo, aunque probablemente volaría con el viento, ¿no? Me encantaría capturarte cómo eres en este momento. “Mujer triunfante”, o algo así, pero no tan pretencioso.

—No voy a sugerir que intentes competir conmigo, mi amor—, le decía Havell a su esposa. —Pero, ¿vamos?

Comenzaron un tranquilo paseo hacia el mar entrante.

Dora le sonrió a Ann. —¿Con la nariz roja y brillante y el pelo despeinado por el viento bajo el sombrero arrancado por el viento?—, dijo ella. — ¿"Mujer Fría Agitada por el Viento"?

Ann se rió. —Te dibujaré de memoria y te mostraré cuando te vuelva a ver—, dijo. —O te lo ocultaré y te jurare que nunca lo hice. Algunos de mis esfuerzos no son para compartir.

—Pero muy pocos—, dijo James con lealtad.

Dora tomó el brazo de George otra vez. —Acerquémonos—, dijo.

—¿Han volado algunos fantasmas?—, le preguntó cuándo estaban fuera del alcance de los demás.

Ella asintió. —Los acontecimientos van y vienen—, dijo, — pero esto permanece —. Señaló el paisaje a su alrededor con un barrido de su brazo libre. —Y es hermoso, George. Después de mi acogedora casita en su pintoresco pueblo, me preguntaba si me arrepentiría de tener que vivir en un entorno más oscuro cerca del mar. Y cuando llegué a Penderris, me pregunté aún más. Todo, la casa, el parque, esto, era a una escala tan grande. Pero he llegado a amarlo, y no permitiré que un... evento lo estropee todo. Es un evento que está en el pasado. Aunque no del todo, ¿verdad? ¿Habrá una investigación?

—Mañana—, dijo. —En el pueblo. No se espera que testifiques, Dora. Supongo que yo tampoco, pero lo haré.

—¿Lo harán Sir Everard y Julian?—, preguntó.

—Sí—, dijo. —Y tu madre desea testificar.

—¿Debería?—, preguntó ella.

—No—, dijo con firmeza.

—¿Admitirá Sir Everard haber hecho tropezar al conde?—, preguntó.

—Sugerí que no necesitaba hacerlo—, dijo. —Sería muy creíble que el hombre perdiera el equilibrio y cayera sin ayuda. Pero Havell insistió en decir la verdad anoche y la repetirá mañana.

—George—, dijo ella,—es un buen hombre.

—Sí.

—Pero no quiero hablar de esto—, dijo ella.

Julián y Philippa corrían cerca de la orilla, chillando y riendo como un par de niños. Julian acababa de agacharse, recoger un puñado de agua y lanzarla en su dirección. Lady Havell estaba seleccionando algunas conchas marinas y restregando la arena con su guante antes de colocarlas suavemente en uno de los espaciosos bolsillos de Havell. Él le sonreía. Ann estaba de espaldas al agua, mirando hacia los acantilados. Le estaba señalando algo a James, usando ambos brazos en amplios gestos.

—Como un grupo de ancianos tranquilos, parados aquí mientras los niños retozan—, murmuró Dora. Y luego un poco más alto:—Aún no estoy lista para ser una anciana seria.

Se quitó uno de sus zapatos, usó su hombro para mantener el equilibrio mientras se quitaba la media de seda, y luego se movió al otro pie.

—¿Qué es exactamente lo que tienes planeado?—, le preguntó, aunque en realidad era bastante obvio.

Pero sólo se rió, se levantó las faldas con las dos manos y corrió el poco trozo que le quedaba hasta el agua. George, dividido entre la diversión y la consternación, pero tampoco era un anciano estricto, ¿verdad? Fue tras ella

Salpicó en el agua hasta estuvo por encima de sus tobillos. Todo eso estaba muy bien, ya que llevaba las faldas más cerca de las rodillas, pero ¿no sabía nada de la naturaleza de las olas, sobre todo cuando la marea estaba subiendo y sobre todo en un día difícil? Aparentemente no. Una ola rompió sobre sus rodillas y la salpicó hasta la barbilla. Ella jadeó y se rió con lo que sonó como un puro deleite.

—Oh, Dios mío—, dijo, sonando de nuevo por un momento como la profesora de música solterona que había sido,—hace frío.

—No estoy seguro de que me estés contando algo que no haya adivinado ya—, dijo, mirando con tristeza sus botas y luego caminando detrás de ella, solo hasta el tobillo, era cierto, pero había otras olas que se dirigían sin descanso hacia ellos. —Vas a perder el equilibrio si no tienes mucho cuidado. Estás loca.

La miró y se echó a reír justo cuando la espuma y el agua rompieron sobre sus dobladillos levantados nuevamente y sobre la parte superior de sus botas.

—No lo soy—, protestó ella. —Estoy *viva*. *Estás* vivo.

Lo miró con ojos ansiosos y brillantes. Sus mejillas estaban rojas y brillantes. También lo era su nariz. El borde de su sombrero se estaba deformando con el viento. Enredados mechones de cabello oscuro volando sobre su rostro y debajo del cuello. Los dobladillos de su vestido y manto estaban oscuros por la humedad y el resto de ella no le había ido mucho mejor. Nunca la había visto tan vibrante o hermosa, pensó George al notar que una ola particularmente fuerte se elevaba más allá de ella. La cogió en sus brazos, pero la ola rompió sobre ambos, empapándolos de la cintura para abajo y salpicándoles la cara y haciéndoles jadear con el escalofrío de la misma. Por un momento se tambaleó, pero consiguió volver a ponerse en pie.

—Vivo, sí, y loco también—, dijo, riendo y tentando al destino al girar con ella mientras se aferraba a su cuello y se reía.

—Oh.— Gritó mientras otra ola les atacaba y él se retiró apresuradamente a la orilla.

Pero no la puso inmediatamente de pie. La miró a la cara y ella le devolvió la mirada.

—Es bueno sentirse joven de nuevo—, dijo, —y vivo.

—Y fría y húmeda y carente de toda dignidad—, dijo, sonriéndole cariñosamente.

Casi podía ver su reflejo en la punta de su nariz.

Se puso de pie y se dio cuenta de que Ann y James ya no miraban a los acantilados y

que los Havell ya no estaban recogiendo conchas. Julián y Philippa estaban de pie a corta distancia, mano a mano. Todos ellos los miraban a él y a Dora.

—Sí, estamos locos—, dijo George en su mejor tono ducal,—y mojados.

—Y viva—, dijo Dora, agachándose para recoger sus zapatos y medias. —Sobre todo, estamos vivos. Y helados. ¿De quién fue la tonta sugerencia de que saliéramos esta tarde?

—Cuando podíamos estar bebiendo... té en el salón—, dijo James tristemente.

Dora le sonrió deslumbrantemente.

******

Dora no asistió a la investigación en la posada de la aldea a la mañana siguiente. Sin embargo, se había sentado la noche anterior y había escrito una breve declaración de lo que había ocurrido, tanto en Penderris como en su boda. Había omitido algunos detalles de lo que el Conde de Eastham le había dicho, por supuesto, pero había incluido lo suficiente como para no dejar ninguna duda en la mente de nadie de que él había intentado matarla a ella y a su hijo por nacer como venganza por lo que imaginaba que le había ocurrido a su hermana, la primera Duquesa de Stanbrook, cuando se arrojó por el acantilado.

Philippa tampoco fue porque no tenía nada que añadir a lo que la madre de Dora diría sobre su encuentro con el conde en el pueblo y realmente no quería ir. Se quedó en Penderris con Dora y Belinda. La madre de Dora tampoco quería ir, por supuesto, pero estaba decidida a dejar claro a todos que la reunión de su hija con el conde había sido totalmente a sugerencia suya.

Era un evento, se dijo Dora, tal como había sido la escena en los acantilados. Era un acontecimiento que pronto pasaría a la historia, que nunca se olvidaría, sino que se dejaría de lado con firmeza. No permitiría que el Conde de Eastham ejerciera ningún poder sobre ella, ni siquiera desde la tumba. Quizás con el tiempo podría incluso encontrar en sí misma la forma de compadecerse de él.

Pero todavía no.

El carruaje regresó de la aldea poco después del mediodía. Al parecer, la posada llena de interesados y curiosos había estado a punto de estallar con las palabras Julián. La muerte del conde había sido declarada un acto de defensa justificada de la vida de su hijastra, la duquesa de Stanbrook, por Sir Everard Havell.

Su cuerpo, explicó Julian, iba a ser llevado de vuelta a su casa en Derbyshire para su entierro. Un primo suyo le sucedería en el título. Y se acabó el asunto.

Final del asunto.

Dora miró al otro lado de la habitación a George, quien la miraba seriamente.

El fin de algo, sí, pero no de todo.

Hablaremos, le había dicho, pero se preguntaba si alguna vez lo harían.

CAPÍTULO 22

Sir Everard y Lady Havell se fueron después del desayuno de la mañana siguiente, rumbo a la Abadía de Candlebury en Sussex.

—Sólo espero que lleguemos a tiempo—, dijo la madre de Dora mientras las dos caminaban un poco por la terraza mientras cargaban las maletas en el carruaje. —Esto es algo que puedo hacer por Agnes después de tantos años de abandono, y me lo ha pedido, bendito sea su corazón.

—Aún faltan unas pocas semanas para que llegue su hora—, dijo Dora.

Su madre dejó de caminar. —No puedo agradecerte lo suficiente, Dora—, dijo, —por invitarnos aquí y por ser tan amable. Nunca puedo pedirte perdón por el pasado porque no es perdonable, pero…

—¡Mamá!— Dora tomó las manos de su madre en las suyas. —Esta es una fase completamente nueva de todas nuestras vidas. Que sea nueva, sin sombra del pasado. Si el pasado hubiera sido diferente, todo sería diferente ahora. Yo no estaría casada con George, y tú no estarías casada con Sir Everard. Cualquiera de las dos sería una lástima, ¿no?

Su madre suspiró. —Eres generosa, Dora—, dijo ella. —Lo amo, sabes. Y está muy claro que el tuyo es un matrimonio de amor.

¿Lo era? Dora amaba a George con todo su corazón, ¿pero él la amaba con todo el suyo? A veces lo creía. Oh, la mayor parte del tiempo lo hacía. Seguramente lo hacía. Ella sonrió.

—Me encanta tenerte aquí—, dijo Dora. —Y a Sir Everard también, incluso aparte del hecho de que le debo la vida.

Siguió una despedida con lágrimas en los ojos antes de que el carruaje de viaje de George finalmente rodara por el camino de entrada. Ver a Philippa y Julián y Belinda en camino una hora más tarde fue más alegre, porque vivían no muy lejos.

George puso una mano en el hombro de Dora mientras el carruaje desaparecía de la vista. —Por fin solos—, dijo.

Ella se rió. —¿No es extraño ese sentimiento?—, dijo. —Recuerdo cuando tenía visitas en la cabaña. Disfruté inmensamente de la mayoría de esas visitas, pero cuando cerré la puerta detrás de la última de las personas que me visitaban, siempre habia una enorme sensación de alivio casi culpable de que estaba sola de nuevo. Esto es aún mejor, sin embargo, porque estamos solos juntos.

Le apretó el hombro y entraron.

La casa se sintió muy tranquila por el resto del día con todos los invitados fuera y todas las señales de la fiesta despejadas. George se fue a algún lugar con su mayordomo, y Dora pasó algún tiempo con la Sra. Lerner en la habitación de la mañana y con el Sr. Humble en la cocina. Escribió largas cartas a su padre y a Oliver y Louisa. Consideró

brevemente la posibilidad de devolver un libro que le había prestado Bárbara, pero incluso la perspectiva de una conversación alegre con su amiga en particular era más de lo que podía soportar hoy en día. Ella quería paz.

George la encontró más tarde en la sala de música, tocando el arpa. Extendió sus manos sobre las cuerdas para detener sus vibraciones y le sonrió.

—Siempre será el regalo más maravilloso de todos los tiempos—, dijo.

Sus ojos sonrieron. El resto de su cara no lo hizo. Parecía austero, pensó, más delgado y pálido de lo que parecía hace solo unos días. Si lo conociera ahora por primera vez, estaría mucho más asombrada de lo que estaba el año pasado.

—El verano está acabando con un último gesto—, dijo. —Hace mucho calor afuera. ¿Te gustaría sentarte en el jardín de flores?—

Puso el arpa en pie y se puso de pie. Él también se puso en pie y la miró durante unos instantes antes de ofrecer su brazo y sacarla fuera. Se sentaron en el asiento de madera bajo la ventana de la habitación de la mañana en el pequeño jardín de flores que era su parte favorita del cultivado parque. Siempre estaba protegido del viento y tenía un atractivo rural especial porque estaba fuera de la vista del cabo y del mar. Margaritas multicolores crecían en la urna de piedra que estaba en el centro de la parcela. A finales de año, a pesar de que estaba llegando a serlo, todavía había crisantemos a su alrededor y violetas y bocas de dragón entre otras flores de floración tardía.

—Pero nunca una hierba—, dijo en voz alta. —Nunca he sido capaz de encontrar una sola.

—Sería más de lo que valdría el trabajo de un jardinero—, dijo. —Sería arrojado a las tinieblas exteriores, sin aviso y sin una referencia.

Se rió, y se hundieron en un silencio que debió durar varios minutos antes de que él lo rompiera.

—Yo era el más verde de los muchachos—, dijo por fin, —cuando mi padre me llamó a casa desde mi regimiento y esperaba que la vendiera sólo unos meses después de haber comprado mi comisión—. No se me ocurrió luchar contra él, aunque estaba amargamente decepcionado. También me dio mucha pena saber que estaba muriendo y abrumado por lo que me esperaba. No sé por qué se le ocurrió pensar que debería casarme antes de que muriera cuando solo tenía diecisiete años. Sé que mi hermano y él siempre estaban en desacuerdo por algo. Eran demasiado similares en naturaleza, quizás. Mi padre quería asegurarse de que yo cumpliera con mi deber temprano, supongo, y que produjera un heredero para que mi hermano y sus descendientes se distanciaran con seguridad de la sucesión. Sea como fuere, tampoco me enfrenté a él en ese asunto. Yo era joven, pero tenía el apetito de un niño en crecimiento. Cuando vi a Miriam por primera vez, no podía creer mi buena fortuna, aunque también estaba consumido por la vergüenza, pues me vi obligado a hacerle una oferta en presencia de nuestros dos padres. Era extraordinariamente bella y lo fue durante el resto de su vida.

Dejó de hablar tan abruptamente como había empezado. Estaba sentado, aparentemente relajado, en el asiento al lado de Dora, pero estaba ligeramente alejado de ella.

—Estaba terriblemente nervioso en nuestra noche de bodas—, dijo. —Pero no necesitaba preocuparme. Me negó la entrada a su habitación. En realidad no intenté abrir la puerta, pero al día siguiente me dijo que la había cerrado con llave. También me dijo que permanecería cerrada contra mí por el resto de nuestras vidas. No tengo ni idea de si lo hizo. Nunca puse el asunto a prueba.

Dora giró bruscamente la cabeza para mirar su perfil. Podía sentir su pulso tamborileando en sus oídos y en sus sienes. ¿Significa eso...?

—Ella también me dijo —dijo— que estaba apasionadamente enamorada de otra persona, que siempre lo estaría, que estaba embarazada de él y que su padre la había casado conmigo con instrucciones de que tuviera relaciones matrimoniales conmigo lo antes posible para que el niño pareciera ser mío. Incluso me dijo, cuando le pregunté, quién era el padre. ¿Supongo que te lo dijo?

—Sí.— Dora casi se sorprendió al escuchar su propia voz sonando normal.

—Me desafió a que la echara—, dijo, —a que me negara a reconocer al bebé como mío, especialmente si resultara ser un niño. Era evidente que me despreciaba por completo, una impresión que dio el resto de su vida. Era tres años mayor que yo. Debo haberle parecido un muchacho desgarbado, especialmente cuando su amante era diez años mayor.

Dora levantó una mano para apoyarla en su espalda, la cerró sobre sí misma y la devolvió a su regazo..

—Me he inclinado a condenarme a mí mismo por no tener carácter—, dijo. —Pero en realidad sólo era joven. Mi padre murió tres semanas después de mi boda, y mientras vivía no estaba en condiciones de compartir mi carga y dar consejos. Tal vez no le habría consultado de todos modos. Estaba demasiado avergonzado. No le dije nada a nadie. Creo que durante unos meses estuve lleno de valentía interior y de la determinación de no seguir siendo víctima de tal engaño. Pero cuando el bebé nació, un hijo y lo vi por primera vez, vi que era enclenque y feo y lloraba y que mi mente lo odiaba mientras mi corazón sentía su impotencia y su inocencia. Tenía dieciocho años. Me había deslumbrado al ver por primera vez a Miriam. Pero me enamoré al ver a su hijo por primera vez.

Extendió sus manos ante él, las cerró en puños y las relajó.

—No sé qué esperaba Miriam—, dijo. —¿Que aceptaría al niño como mío para que pudiera seguir siendo respetable y su hijo fuera heredero de un ducado? ¿O que yo lo repudiaría para que quedara irrevocablemente arruinada y más allá del poder de Eastham, su padre, y Meikle, su medio hermano, pudiera establecerla en algún lugar en un acogedor nido de amor? Nunca dijo cuál hubiera preferido, y yo no le pregunté. Brendan fue mi hijo desde el momento en que lo vi. Aunque probablemente no estaba totalmente motivado por el amor. Probablemente sentí cierta satisfacción al mantener a Miriam alejada de la otra alternativa, que era obviamente lo que Meikle esperaba.

Se examinó las palmas de las manos durante unos instantes.

—Yo era un simple muchacho—, dijo. —Un chico tan inocente. Ella adoraba a Brendan y lo mantuvo alejado de mí tanto como pudo. Solía ir a visitar a su padre durante semanas, y no se lo prohibí. Meikle solía venir aquí a visitarla, y pasaron años y años antes de que tuviera suficiente fuerza para mostrarle la puerta y decirle que no volviera nunca

más. Me gusta creer que habría madurado mucho más rápido de lo que lo hice si mi padre hubiera vivido y mi vida hubiera continuado como estaba. Pero la vida es como es. Nunca sabemos qué giros y vueltas tomará o qué mano nos tocará. Es lo que hacemos con lo inesperado y con esa mano que muestra nuestro temple. No perdí mi virginidad hasta los veinticinco años. Disculpa, supongo que no debería mencionar esto. Pero incluso entonces me sentí culpable porque estaba casado y había jurado ser fiel. Puede que no la hubiera perdido incluso si Miriam no me hubiera dicho que estaba embarazada de nuevo. Abortó después de tres meses. Fui cornudo y débil, Dora, y finalmente, adúltero.

Esta vez le puso una mano en la espalda. Estaba inclinado ligeramente hacia adelante, con los brazos sobre los muslos y las manos colgando entre ellos. Tenía la cabeza baja.

—Tenía *veinticinco años*—, dijo.

—George—. Le rodeó la espalda con la mano y le dio unas palmaditas.

—Cada vez que sentía rabia contra los dos y sentía que por fin debía *decir* algo y *hacer* algo—, dijo, —pensaba en Brendan y en lo que cualquier escándalo le haría a él. No era un niño atractivo. Tenía sobrepeso y estaba enfurruñado. Miriam era sobreprotectora con él. Siempre le pareció que era de constitución delicada y no le permitía mezclarse con ninguno de los niños del vecindario ni hacer nada que considerara peligroso ni nada en absoluto conmigo. Se rindió a sus rabietas y le dio todo lo que quería. A los sirvientes no les gustaba. Tampoco a los vecinos. Miriam lo amaba. Yo también. Quizá era lo único que teníamos en común. Y ella me odiaba por ello.

Dora le volvió a dar palmaditas en la espalda.

—Autocompasión—, murmuró. —Siempre he luchado contra eso. No es un rasgo admirable. Ella no me permitió enviarlo a la escuela cuando tenía la edad suficiente, y luchó contra la contratación de un tutor. Sin embargo, fue una cosa sobre la que me impuse. No quería que mi hijo creciera ignorante y detestable. Elegí al hombre con cuidado. Y entonces un día, cuando Brendan tenía doce años, le vi la cara cuando se enteró de que estaba a punto de ir a Londres durante un mes más o menos. Parecía melancólico. Le pregunté si quería venir conmigo. Nunca le había caído particularmente bien, quizás porque nunca hacia caso a sus enfados, pero se alegró cuando se lo pregunté. Y dijo que sí antes de burlarse y añadió que, por supuesto, yo no lo aceptaría. Tuve que pelear con Miriam por eso, pero era legalmente mi hijo y ella no podía detenerme. Estuvimos en Londres durante tres semanas, mi hijo y yo, y fueron tres de las semanas más preciosas de mi vida. De él también, creo. Floreció ante mis ojos, y vimos todo lo que había que ver. Sólo una vez intentó enfurruñarse y tener una rabieta. Le dije que estaba siendo un imbécil y nos miramos y nos reímos los dos.

Se detuvo para sonreír y luego suspiró.

—Era mi hijo después de eso—, dijo. —Oh, no voy a decir que la vida cambió y de repente se volvió perfecta. No lo hizo, y Brendan a menudo regresaba a su antiguo yo, especialmente en presencia de su madre. Pero hicimos cosas juntos. Fuimos a pescar y a disparar a objetivos. Fuimos a montar a caballo. Nunca se le había permitido montar antes por miedo a caer y matarse. Perdió algo de peso y su aspecto malhumorado. Lo llevé a casa de mi hermano varias veces y él y Julian establecieron una especie de amistad, ciertamente más de la que había visto a Brendan establecer con cualquier otro muchacho. Tenía grandes

esperanzas en su futuro.

Inhaló, levantó la cabeza y miró a su alrededor como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Y todo eso,— dijo,—fue la parte buena de mi vida matrimonial, Dora.— Giró la cabeza para mirarla por encima del hombro. —Tal vez puedas ver por qué me lo he guardado todo para mí hasta ahora. Nunca se lo he dicho ni siquiera a mis compañeros Supervivientes, todos los cuales nos han desnudado sus almas a mí y a los demás. Sin embargo, me lo he guardado para mí, sólo en parte porque me afecta mucho. Eso no importa *tanto*—. El chasqueó dos dedos juntos. —Me lo he guardado por respeto a mi hijo muerto. Era *mi hijo*, y nadie sabía de manera diferente, excepto Miriam y su padre y su medio hermano y yo. Ahora soy el único que queda y te lo he dicho. No tenía intención de hacerlo, como bien sabes. Brendan debe vivir en la memoria como mi hijo. Pero te debo todo de mí, pasado, presente y futuro. Te confiaría mi vida. Puedo confiarte la memoria de mi hijo.

Dora parpadeó y se mordió el labio superior.

Y todo eso fue la parte buena de mi vida de casado.

Entonces, ¿cuál fue la parte mala?

—Gracias—, dijo. No había nada más que decir.

Miró hacia el cielo. La tarde caía y el aire era más fresco. Pero ninguno de los dos hizo un movimiento para volver a entrar.

—Meikle vino de visita el año en que Brendan cumplió diecisiete años—, dijo. —Su padre aún estaba vivo en ese momento, por lo que aún no había heredado el título de Eastham. Y aún no le había prohibido la casa, aunque había dejado claro durante los años anteriores que no era bienvenido aquí. Le gustaba pasar tiempo con Brendan, pero a Brendan no le gustaba mucho su compañía. No sé por qué. En realidad, sí lo sé. No puedo recordar el contexto, pero recuerdo que Brendan me dijo con un claro resentimiento un día cuando tenía unos quince años, *"a veces actúa como si fuera mi padre*." En esta ocasión, Miriam quería volver a casa con Meikle por un tiempo, y quería que Brendan fuera con ellos. Se negó y ella se enfadó. Brendan se mantuvo firme. Meikle trató de engatusarlo y persuadirlo, y cuando eso falló, perdió los estribos y le contó todo a Brendan. Toda la verdad. Estaba fuera de casa en ese momento.

Dora cerró los ojos y apretó las manos en su regazo. Hubo un silencio que parecía durar para siempre. Pero al final lo rompió.

—Volví a casa—, dijo, —para encontrar a Miriam angustiada, Brendan encerrado en su habitación y negándose a salir, y Meikle rugiendo de rabia contra mí por corromper a su hijo y volverlo contra su madre y su padre. Pronto entendí lo que había pasado. Fue entonces cuando le dije que tenía media hora para dejar Penderris y no volver. Curiosamente, a veces lo olvido, Miriam le gritaba lo mismo. Estaba fuera de sí.

Dora se dio cuenta de que sus nudillos eran blancos y desenrolló sus dedos.

—El daño ya estaba hecho, por supuesto—, dijo, —y no había manera de repararlo. Finalmente entré en la habitación de Brendan, pero no pude convencerlo de que aceptara

que era mi hijo en todo lo que importaba y que lo amaba. Todo lo que diría, con una voz horriblemente plana, era que era el bastardo de su madre, que si alguna vez volvía a ver a su *padre*, lo mataría, y que yo no era su padre y que él nunca sería el Duque de Stanbrook después de mí, aunque tuviera que suicidarse para evitarlo. No me miraba. Todo lo que pude hacer una y otra vez fue decirle que lo amaba. El amor nunca se ha sentido tan inadecuado. Al día siguiente vino a verme, me miró a los ojos y me dijo que si lo amaba, como yo decía, le compraría una comisión militar con un regimiento que estaba activo en la Península. Me opuse a él durante dos días, pero no pude vencerlo. Si no lo hacía, me dijo, entonces se iría y se alistaría como soldado raso, y le creí. Hice lo que me pidió, aunque Miriam no dejó de llorar por él y de enfurecerse contra mí. Se fue, Dora, a pelear una guerra contra todos los enemigos imaginables que un niño podría tener. Un joven oficial que estaba con él en Portugal vino y me dijo después que era hábil, valiente, audaz, feliz y muy querido por sus hombres y sus compañeros. Me aferro a esa imagen de él, verdadera o falsa.

—George—, dijo Dora. Su pecho se sentía apretado por el dolor. Apenas podía respirar.

—Miriam estaba inconsolable después—, dijo. —Yo también, pero me aferré a la cordura mejor que ella. Me culpó a mí; culpó a Meikle. Él vino. No sé dónde se alojó, pero no fue aquí. Ella no quiso verlo. Y entonces, un día, ya no pudo soportarlo más e hizo lo que hizo. La vi cuando regresaba a casa desde algún lugar. Intenté llegar a ella a tiempo. Nunca dudé ni por un momento de lo que iba a hacer. Pero aunque en todas mis pesadillas me acercaba lo suficiente para casi tocarla, casi para pensar en lo correcto para persuadirla de que retrocediera, en realidad todavía estaba a cierta distancia y gritando incoherentemente al viento cuando se tiró.

—George—, dijo Dora, envolviendo sus brazos sobre su cintura por detrás y apoyando una mejilla contra su omóplato. —Oh, Dios mío.

—Después de unos años,— dijo,—concebí la idea de convertir a Penderris en un hospital para oficiales heridos. Pensé que tal vez de esa manera podría expiar algo. Me sentía oprimido por la culpa, por la forma en que había manejado mal mi vida y la de todos los que habían sido mis propios protegidos. Me culpé por dos muertes, una de ellas, de la persona más querida en este mundo. Y el plan tuvo mucho éxito. Mi dinero pudo comprar los servicios de un excelente médico y buenas enfermeras, y mi casa pudo proporcionar un ambiente espacioso y tranquilo para la curación. Y fui capaz de dar tiempo y paciencia y empatía e incluso amor a todos los que vinieron aquí. Recibí abundantemente a cambio. Seis de los pacientes de ese hospital son ahora los amigos más queridos con los que alguien podría soñar tener. Y luego, hace poco, después de que Imogen se casara, concebí la idea de volver a casarme, pero esta vez un matrimonio de verdad. Pensé que tal vez podría permitirme un poco de satisfacción y tal vez incluso una verdadera felicidad al fin. Pensé que tal vez podría perdonarme a mí mismo.

—¡Oh, George!— Dora volvió la cara para enterrarla contra su hombro.

—Nunca tuve la intención de arrastrarte a la oscuridad que nunca me abandonará—, dijo. —Lo siento, Dora. Siento no haber tomado a Eastham lo suficientemente en serio en nuestra boda como para protegerte de futuros daños. Lamento el terror al que mi descuido te expuso a pesar de que sabía que estaba merodeando por el vecindario. Y lamento que te

haya contado lo que hizo.

—George,— dijo,—Soy tu *esposa*. Y yo te *quiero a* ti. Necesitaba saber lo que me has dicho. No es necesario empujarlo todo hacia el interior por más tiempo. Tal vez después de que nazca nuestro bebé, podamos pedirle a Ann que pinte un retrato que haga juego con el de Brendan, y puedan colgarse uno al lado del otro en la galería: dos hermanos o un hermano y una hermana. Brendan *era* tu hijo, y nadie te lo va a arrebatar.

Se movió entonces, girándose para poner un brazo alrededor de ella de modo que su cabeza se posara en su hombro bajo su barbilla.

—George—, dijo después de una breve vacilación, —cuando te acercaste a mí en los acantilados y me abrazaste y me desmayé, ¿me dijiste algo?

Su frente se arrugó pensando. —Creo que dije algo profundo en el sentido de que te tenía y que estabas a salvo —, dijo. —Me preguntaste qué me había retrasado.

Oh, Dios mío. ¿Lo había hecho de verdad?

—Después de eso—, dijo ella.

Ella lo sintió tragar. —Te dije que te amaba—, dijo.

—*Ah, Dora. Mi amada. Mi* único *amor*—, dijo. —Eso es lo que pensé que habías dicho.

—Es una palabra anticuada, ¿no?—, dijo. —Una hermosa, sin embargo. A veces uno siente la necesidad de una palabra más poderosa que el amor, o al menos una más exclusiva para el amor de su corazón.

—¿Es eso lo que soy?—, preguntó.

—Oh, sí—, dijo. —Eres todo lo que esperaba que fueras para mí, Dora, compañera, amiga, amante. Recuerdo haberte dicho que no tenía la pasión del amor romántico para ofrecer, sino un afecto más tranquilo. Me equivoqué en eso. La palabra puede sonar un poco ostentosa, pero describe perfectamente lo que eres para mí, mi único *amor*.

Acurrucó su cabeza más cerca y suspiró. —Ojalá se me hubiera ocurrido primero—, dijo. —Siempre te he amado, ya sabes, con mucho más que un afecto tranquilo y de mediana edad. Me enamoré de ti aquella primera noche en Middlebury Park, cuando me quedé asombrada por ti, pero fuiste tan amable conmigo. Me encantó cuando volviste a casa conmigo unas tardes más tarde. Te amé durante todo el año que siguió cuando no te vi y no esperaba volver a verte nunca más, y te amé cuando entraste en mi casa y me preguntaste si sería lo suficientemente amable como para casarme contigo. Excepto que todo ese tiempo no tenía idea de que después de casarme contigo llegaría al punto de... oh, de rebosar de amor. Me has hecho muy feliz. Es tu mejor regalo, ¿sabes? Haces feliz a la gente.

Giró la cabeza para descansar la frente contra la parte superior de su cabeza y suspiró profundamente.

—Es lo que él dijo, ya sabes—, le dijo, —justo el día antes de que todo se derrumbara. Me estaba diciendo que su tío y su madre querían que fuera con ellos a casa de su abuelo, pero que estaba decidido a quedarse en Penderris conmigo. *Me haces feliz, papá* —dijo—. Pobre Brendan. Ah, pobre Brendan.

No lloró. Pero durante varios minutos su respiración fue irregular. Dora se quedó relajada y quieta, con los brazos sobre la cintura. Y finalmente bajó la cabeza, encontró su boca con la suya, y la besó cálida y suavemente.

CAPÍTULO 23

Por primera vez desde que salieron todos de Penderris Hall después de su larga convalecencia, los siete miembros del Club de los Supervivientes habían acordado posponer su reunión anual de marzo al verano. Era una pena que hubiera sido necesario, George lo había pensado ayer mismo. Estaban teniendo un tiempo perfecto de primavera para marzo, con cielos azules y brisas suaves. Cuando había paseado por el sendero detrás de la casa con Dora, se habían dado un festín con las prímulas y los narcisos que florecían salvajes en la hierba a ambos lados del sendero. Se habían detenido a admirar algunos corderos muy blancos que jugueteaban cerca de sus madres sobre largas y delgadas patas.

Ayer se habían deleitado en la primavera con todo lo que les rodeaba, y ayer habían pensado que era una lástima que este año de todos los años sus amigos no estuvieran aquí con ellos. Hoy, sin embargo, George no estaba al tanto de la luz del sol, las flores de primavera, los corderos y los amigos ausentes. Hoy estaba en la biblioteca paseando. También Sir Everard Havell. Al menos, estaba presente en la biblioteca. No caminaba mucho, aunque se veía tan inquieto y ansioso e indefenso como George.

Dora estaba en su confinamiento y lo había estado desde anoche, cuando despertó a George, disculpándose, para informarle que había tenido una serie de dolores seguidos y que estaba bastante segura de que el bebé debía estar por nacer. Justo a tiempo.

El bebé seguía llegando un número indeterminado de horas después. George, de haber sido confrontado, no habría podido decir si era por la mañana o por la tarde, por la noche o por el día. En realidad era a primera hora de la tarde. Dora había estado trabajando durante trece horas o quizás más si se incluían los dolores anteriores de los que no estaba seguro.

Su madre estaba con ella. Igual que su doncella. Y también el Dr. Dodd. George había sido desterrado a la hora del desayuno, cuando su suegra le había informado que se comportaba como un oso enjaulado, excepto que los osos no decían constantemente recriminaciones sobre sus propias cabezas. ¿Pero cómo podría no hacerlo? Su esposa estaba sufriendo y era su culpa. Además, estaba sufriendo en silencio cuando, en su lugar, él habría estado gritando de agonía e ira.

—George—, le había dicho su suegra, con una mano firme en el brazo, —realmente debes irte, querido. Estás angustiando a Dora.

Humillación tras humillación. Se había ido y no había intentado volver.

Había estado paseando desde entonces. No tenía ni idea de si había desayunado. Ni siquiera sabía que la hora del almuerzo había llegado y se había ido o que era demasiado temprano para la cena. Al cabo de unas horas se le ocurrió que podía ir más lejos si abría la puerta de la sala de música. Pero entonces el arpa ociosa lo acusó y regresó a la biblioteca y cerró la puerta.

—Al menos,— dijo Sir Everard, — no estás cortando el aire con una mano, George, y maldiciendo constantemente con un tartamudeo como lo hacía Flavian en el otoño cuando

nació Frances.

George dejó de caminar. —¿Quiere decir que no soy el único hombre que ha pasado por esto?—, preguntó. —Toma un brandy.

—No, gracias—, dijo Sir Everard. —Como observaste antes cuando te ofrecí uno, uno no desearía ser un borracho asombrado cuando finalmente se haga el anuncio.

—Nunca me perdonaré si algo le pasa a Dora—, dijo George.

—No le pasará nada—, dijo Havell, y George se puso de pie y le miró fijamente, deseando que pudiera creerlo.

Dios mío, tenía cuarenta años. Había tenido su cumpleaños el mes pasado.

La puerta se abrió tras él. Lady Havell estaba allí de pie, sus mejillas sonrojadas, su pelo plateado ligeramente desaliñado.

—Tienes un hijo, George—, dijo. —Un niño perfecto.

—¿Y *Dora*?— George contuvo la respiración.

—Perfecta también—, dijo ella. —Mi hija esta perfecta.

Era todo lo que George necesitaba oír. El resto de su anuncio apenas se notó en su conciencia mientras la pasaba a un lado y subía las escaleras de dos en dos, vigilado por un lacayo que bajo la guardia lo suficiente como para sonreír a la espalda de Su Gracia.

La criada, Maisie, estaba en la habitación. También estaba el médico, hablando. George no vio ni oyó a ninguno de ellos. Sólo vio a su esposa en la cama, sus mejillas sonrojadas, sus ojos cansados, sus labios sonrientes, su cabello húmedo y retorcido en un lazo en la parte superior de su cabeza. Ella estaba viva. También sostenía un bulto envuelto en una manta en la curva de un brazo, y chillaba suavemente.

Fue sólo entonces cuando las palabras de su suegra se registraron tardíamente en su audiencia. *Tienes un hijo. Un niño perfecto.*

Se inclinó sobre la cama. La habitación se había quedado en silencio, excepto por el suave chillido.

—¿Dora?— Parpadeó para contener las lágrimas.

—Tenemos un hijo—, le dijo. Se rió y se mordió el labio. —Tenemos un *hijo*, George.

Sólo entonces bajó los ojos hasta el fardo. Podía ver una manita con cinco dedos y uñas perfectas. Y podía ver la parte superior de una cabeza con un trapeador de pelo húmedo y oscuro. Cogió el bulto y lo levantó en sus brazos. No pesaba nada, pero era suave, cálido y vivo. La cara estaba roja y arrugada, la cabeza ligeramente deformada. Dos ojos desenfocados miraban por los párpados rajados. La pequeña boca estaba haciendo los sonidos que había oído.

Por tercera vez en su vida, George se enamoró profunda e irrevocablemente.

—Christopher—, dijo, el nombre que habían elegido para un niño. —Marqués de Ailsford. Bienvenida al mundo, pequeño. Bienvenidos a nuestra familia.

Y luego se estaba riendo suavemente, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Transmitió su mirada a su esposa.

—Gracias, Dora—, dijo. Él sonrió. —Mi amada.

Se inclinó sobre ella y la besó y recostó a su hijo en el hueco de su brazo. Los pequeños ruidos de alboroto habían cesado.

EPÍLOGO

Tres años después

Podría haber sido difícil vigilar a diecisiete niños, el mayor de los cuales tenía seis años, mientras jugaban en la playa, el mar no muy lejos frente a ellos, rocas escalables y acantilados no muy lejos, una interminable extensión de arena por todas partes. Afortunadamente, había siete grupos de padres para observar, y dos de los niños, Arthur Emes y Geoffrey Arnott, eran demasiado jóvenes para hacer otra cosa que no fuera sentarse, Arthur tratando de comer la arena más allá de su manta a pesar de los intentos de su padre por disuadirlo, y Geoffrey golpeando un cubo volteado con una cuchara y riendo mientras su padre hacía una mueca de espanto ante el escándalo que estaba haciendo.

Habían empezado como siete guerreros heridos, reflexionó George mientras miraba con cariño a su alrededor, seis hombres y una mujer que se llamaron a sí mismos, sólo medio en broma, el Club de los Supervivientes. Ahora, con esposas e hijos, eran treinta y un. ¡Supervivientes de hecho!

Hace tres años, cuando Christopher nació en marzo, la reunión anual, que normalmente se celebraba en ese mes, se había pospuesto al verano. La reunión de verano había sido tan exitosa que decidieron hacer el cambio permanente. El hecho de que todos ellos estuvieran produciendo niños a un ritmo exuberante le dio sentido al cambio.

Hoy, después de tres días de lluvia y nubes bajas, el sol brillaba, el cielo era azul claro y hacía calor sin ser opresivo. Era el día perfecto para el picnic que todos habían estado esperando. La comida del picnic la habían traído desde muy lejos unos pocos sirvientes. Ben y Samantha también habían venido por ese camino, ya que Ben no podía caminar demasiado lejos, especialmente sobre terreno escarpado. Se habían llevado a su hijo pequeño Anthony con ellos, aunque Gwyn, su hermano mayor, había venido con todos los demás por el empinado descenso más cerca de la casa. Incluso Vincent había venido por ahí, aunque estaba ciego.

No había mucho que Vincent no hiciera. En la actualidad ofrecía paseos a caballito a una sucesión de niños. Eleanor y Max, dos de los suyos, lo habían empezado, pero fueron seguidos por Abigail Stockwood, la hija de Ralph y Chloe, y por Bella y Anna Hayes, las gemelas de Imogen y Percy. Thomas, el mayor de Vincent, lo mantuvo en un camino más o menos recto, al igual que Shep, su perro guía. Mientras George miraba, Vincent relinchó y se levantó a medias, y se levantó a medias, estirando la mano hacia atrás para no soltar a una Anna que gritaba.

Dora y Agnes estaban desempacando el cesto de comida y organizando la fiesta en una gran manta. Ben y Chloe, cuyo abdomen redondeado proclamaba el hecho de que para el próximo año habría otro niño en el grupo, estaban organizando las bebidas. Gwyn Harper y Frances Arnott estaban revoloteando entre las rocas en la base de los acantilados, vigiladas de cerca por Samantha, la madre de Gwyn. Pamela Emes, de dos años, y

Rosamond Crabbe, la hija de George, de un año y medio, corrían en línea recta hacia el agua, pero Gwen las perseguía a pesar de su cojera permanente, así que George se relajó. George Hayes, su pequeño homónimo, el más joven de Imogen y Percy, estaba caminando por la playa, con las manos a los costados, con la esperanza de superar a su padre en una carrera por el horizonte lejano. Imogen le estaba explicando algo a Bella, quien se quejaba de que el viaje de su gemela a la espalda del tío Vincent era más largo que el suyo.

Ninguna escena estuvo nunca sin su nota discordante.

Melody Emes, de cuatro años, se acercó a propósito a lo largo de la arena para ponerse de pie ante George y dirigirse a él de manera muy precisa.

—Tío George—, dijo, frunciendo el ceño,—este es el mejor día que puedo recordar.

—Bueno, gracias, Melody—, dijo. —Y ni siquiera hemos tomado el té todavía.

Se acercó a su padre, a quien le informó que si él solo levantara a Arthur sobre su regazo, el bebé no podría comer arena.

—Tienes razón, Mel—, admitió Hugo. —Pero se estaría divirtiendo mucho menos.

Se arrojó sobre la manta para hacerle cosquillas en el estómago a su hermano y frotar su nariz con la suya. El joven Arthur le agarró el pelo, tiró de él y se rió.

— Nunca nadie mencionó —, dijo Flavian, —que la paternidad traería consigo el grave riesgo de la muerte. Geoffrey, le harías un gran favor a tu pobre papá si cesaras y desistieras.

Su hijo giró la cabeza para darle una sonrisa lo suficientemente amplia como para mostrar sus dos dientes inferiores, sus únicos dientes, y dejó caer la cuchara sobre el cubo.

— Muy bien —, dijo Flavian. —Buen chico.

Ralph le estaba lanzando una pelota a Lucas, su hijo de tres años, y mostraba mucha paciencia ya que el niño estaba atrapando tal vez uno de cada cinco lanzamientos, e incluso eso sólo cuando su padre prácticamente colocaba la pelota en sus manos. Christopher y Eleanor Hunt pronto se unieron al juego y probaron la paciencia de Ralph aún más.

Sophia, la esposa de Vincent, estaba haciendo un dibujo a carboncillo, sin duda una caricatura, observada por Anthony Harper, con el pulgar en la boca.

Después del té todos bajaban y salpicaban en el agua antes de regresar a la casa, sin duda llevándose la mitad de la playa con ellos. Una cesta, la que aún estaba cerrada, estaba llena de toallas y una muda de ropa para cada uno de los niños, incluso para los bebés, cuyas nalgas sin duda se hundirían en el agua para que no se sintieran descuidados. Ben incluso había expresado su intención de ir a nadar, algo que podía hacer bien y que de hecho hacía a menudo, aunque sus piernas aplastadas no le permitían caminar adecuadamente, incluso con la ayuda de sus dos bastones.

Percy había regresado con el fugitivo George y lo arrojaba hacia el cielo y lo atrapaba. El perro peludo de Percy, su sombra casi constante, , brincaba alrededor de ellos, gritando con entusiasmo.

—Él cree que es uno de los niños—, dijo Percy. —Sería muy vergonzoso para él que descubriera la verdad. Abajo, Héctor.

Percy rara vez tenía una buena palabra que decir sobre el perro, pero claramente lo adoraba. Y también sus hijos.

—¿Podríamos haber imaginado algo de esto hace doce años?— Preguntó Imogen desde detrás de George. No había hablado en voz baja, pero había llamado la atención de varios de ellos.

Hacía unos doce años que los seis habían sido llevados a Penderris, terriblemente heridos aunque algunas de las heridas no habían sido físicas.

—O incluso hace nueve años—, dijo Flavian.

Hace nueve años todos ellos habían dejado Penderris para retomar los hilos de sus vidas lo mejor que pudieron.

—Fue hace seis años—, dijo Hugo, viendo a su hija divertir al bebé en la manta a su lado, —cuando estaba sentado en un rincón al lado de esa caída de rocas allá atrás, pensando en mis asuntos, cuando cierta señora con una capa roja decidió trepar y terminó deslizándose y torciéndose el tobillo cojo. Eh, pero pesaba una tonelada cuando la llevaba a la casa.

—Gwen está fuera de alcance de escucharte y no puede protestar por su propia cuenta—, dijo Flavian. —Pero cuando la llevaste a la casa, Hugo, ni siquiera te quedaste sin aliento. No podría haber pesado más que una pluma.

—No parecía que pesara más que eso, Hugo —, dijo Vincent con una sonrisa, poniéndose de pie y flexionando su espalda antes de quitar la correa de su perro de la mano de Thomas.

—Fue el principio de todo—, dijo Hugo. —Me casé con ella y todos estaban celosos y en dos años todos me habían copiado.

—Sin embargo, fue Vincent quien abrió el camino en la reproducción, Hugo—, dijo Ben.

—Bueno, no siempre puedo liderar—, dijo Hugo riendo.

Curiosamente, eso los silenció a todos con el recuerdo de que Hugo fue traído a Penderris delirante y en camisa de fuerza a pesar de que, o probablemente porque, no tenía ninguna lesión física. El desesperado ataque suicida que había dirigido en España, el que había dejado a tantos de sus hombres muertos, le había causado locura.

No, no siempre tenía que liderar.

—Melody me acaba de decir,— dijo George,—que este es el mejor día que puede recordar. Podemos mirar hacia atrás mucho más lejos que ella. ¿Alguien puede recordar un día mejor que éste?

—Se me ocurren algunos que podrían igualarlo—, dijo Ben. —¿Pero alguno que fuera mejor? No, sería imposible.

Fue en ese momento que todos escucharon un chillido desde la dirección del agua y luego fuertes gritos mientras Gwen recogía a un niño y venía cojeando rápidamente hacia la playa.

—Rosamond perdió el equilibrio y se sentó en el agua, a pesar de que yo le sostenía la

mano—, dijo Gwen cuando llegó. —Estaba al borde, pero está empapada de todos modos, pobrecita.

Al menos, eso es lo que George pensó que estaba diciendo, aunque su voz estaba más que medio ahogada por el grito indignado de su hija pequeña.

Se puso en pie y extendió sus brazos para alcanzarla mientras Dora se inclinaba sobre el cesto de las toallas.

*****

Dos mañanas más tarde, mientras los adultos aún estaban desayunando, trajeron una carta a la habitación y se la entregaron en la mano de George. El mayordomo explicó cuando Dora lo miró con cierta sorpresa que el Sr. Briggs había pensado que no debía esperar con el resto del correo del día a que Su Gracia lo examinara a su antojo, ya que había sido entregada personalmente.

—Es de Julian—, dijo George mientras rompía el sello. Leyó rápidamente y sonrió.

—Philippa ha dado a luz a un niño sano—, dijo.

—Oh.— Las manos de Dora volaron a sus mejillas. —Pero prometí estar con ella.

—El niño no podía esperarte—, dijo. —Nació tres semanas antes de lo que el médico había previsto y con menos de tres horas de advertencia.

—Un niño—, dijo Dora. —Después de las dos chicas. Oh, qué encantador. Estarán muy contentos. ¿Philippa está bien?

—Si—, dijo, y miró alrededor de la mesa a todos sus amigos. —El único recelo que tenía cuando me casé con Dora y descubrimos que estaba aumentando era que durante años Julian había sido mi heredero. Pensé que sería un poco decepcionante para él si nuestro hijo fuera un niño, como de hecho lo fue. Pero tanto él como Philippa nos aseguraron que no podían estar más contentos por nosotros, que estaban perfectamente contentos con lo que tienen y con lo que podrán dejar a sus propios hijos. Ahora tienen un hijo.

—Y estoy bastante seguro, George,— dijo Ben,—que hoy lo último en lo que están pensando es en que algún día podría haber sido un duque. Me he reunido con Julian unas cuantas veces, y tengo el mayor respeto por él y su esposa.

—Julian estaba bastante apesadumbrado cuando se supo que Brendan había sido matado —, dijo George.

Todos sus amigos lo miraban en silencio, y Dora adivinó que rara vez o nunca les había hablado de su primer hijo.

—¿Han visto todos la galería?—, preguntó.

—Creo que todos lo han hecho—, dijo Vincent, —excepto yo, por supuesto. Pero he escuchado la lección de historia. George la cuenta bien.

—Hay dos nuevos retratos allí—, dijo Dora. —Los colgaron hace unos meses, en el tercer cumpleaños de Christopher. ¿Se lo enseñamos, George?

Dobló la carta y la dejó junto a su plato. —Por supuesto—, dijo. —¿Han terminado todos de comer?

Media hora más tarde estaban todos en la galería, incluso Vincent. E incluso Ben, caminando con sus dos bastones en lugar de que alguien le suba la silla de ruedas. Caminaron a lo largo de la habitación, George y Dora liderando el camino, sin detenerse en ninguna de las pinturas antes de las dos últimas. Eran una pareja a juego, un poco más grande que las miniaturas, pintadas al óleo, una encima de la otra.

—Los dos hijos de George—, dijo Dora. —Brendan y Christopher. Hermanos, nacidos con treinta años de diferencia, pero que juntos contribuyen a la larga historia de la familia.

—Ann Cox-Hampton, una de nuestras vecinas y amigas, los pintó—, agregó George. —Está trabajando en uno de Rosamond. Se añadirá cuando esté completo.

—No sabía que había un retrato de Brendan—, dijo Imogen.

—Lo guardé sólo para mis ojos hasta que lo compartí con Dora—, dijo George. —Pero su memoria no es sólo para mí. Es para mi familia, presente y futuro, y para todos los que vienen aquí. Mi hijo y mi hija aprenderán todo lo que hay que saber sobre su hermano.

—Ojalá pudiera pintar retratos así—, dijo Sophia, —en lugar de sólo caricaturas. El de Christopher es muy parecido, así que supongo que el de Brendan también lo es. Es rubio, Vincent, y acaba de pasar de la infancia a la edad adulta. Parece muy dulce y un poco inseguro de sí mismo, como hacen los chicos de esa edad. Debes haberlo amado mucho, George.

—Oh, lo hice—, le aseguró. —Corrección, *lo hago*, al igual que quiero a mis otros dos hijos. No es que sea único en eso.

Sonrió mientras le pasaba un brazo por la cintura de Dora y la acercaba a su costado.

—Se me ha ocurrido algo—, dijo. —No hemos tenido ninguna de nuestras sesiones nocturnas este año, los siete. Otros años apenas nos hemos perdido una noche, aunque el año pasado nos perdimos varias, me parece recordar.

Esas reuniones informales, de las que los cónyuges siempre se han ausentado aunque nunca se les ha pedido que lo hagan, han caracterizado sus reuniones. En las últimas horas de la tarde, George le había explicado a Dora que hablaban de su progreso, físico, mental y emocional, de sus reveses, de sus triunfos, de todo lo que había en su interior y que necesitaban ser compartidos. Fue realmente sorprendente darse cuenta de que no se habían reunido en privado ni siquiera una vez este año. Ni siquiera se había dado cuenta hasta ahora.

—¿Alguien se ha perdido nuestras reuniones?— preguntó George.

—Tal vez,— dijo Hugo,—ya no las necesitamos.

—Creo que tienes razón, Hugo—, dijo Imogen. —Quizás todo lo que necesitamos ahora que estamos juntos es celebrar la amistad y el amor.

—Y la vida—, añadió Ralph.

—Y recuerdos.— George apretó el brazo sobre la cintura de Dora. —Nunca debemos

olvidar a ninguna de las personas, eventos y emociones que nos han hecho lo que somos hoy en día. No es que sea probable que alguna vez lo hagamos.

Sonrió con tristeza al retrato superior de Brendan y luego un poco más feliz al inferior de un Christopher de mejillas regordetas, como lo había sido hace un año, antes de que cambiara de la infancia a la niñez.

Todo el mundo tenía los ojos un poco húmedos, pensó Dora mientras miraba a su alrededor y luego se levantó para sonreírle.

—Voy a ir a ver a Philippa y al nuevo bebé—, dijo. —¿Alguien quiere acompañarme?

Una hora más tarde, una cabalgata de carruajes partió de Penderris Hall para celebrar una nueva vida.

FIN